MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA

CORRESPONDIENTE DE LA ESPAÑOLA

Participación en el IV Congreso de Academias
de la Lengua Española

y

Discursos Académicos

TOMO XIX

MEXICO, 1968

Derechos Reservados ©
por la Academia Mexicana Correspondiente de la Española.
Primera Edición. Octubre de 1968: 1 000 ejemplares.

PROLOGO

Por don José Ignacio Dávila Garibi,
Secretario Perpetuo.

La Academia Mexicana Correspondiente de la Española publica un nuevo tomo de sus Memorias, el decimonoveno, el cual contiene los diversos trabajos de los señores académicos y los discursos pronunciados en las sesiones públicas celebradas en 1963 y 1964.

La Academia efectuó, en esos años, con regularidad, sus sesiones quincenales y dio respuesta, por medio de oportunos dictámenes, a las frecuentes consultas que le hicieron instituciones, empresas y personas.

En los días del 30 de noviembre al 10 de diciembre de 1964, se efectuó en Buenos Aires, República Argentina, el IV Congreso de Academias de la Lengua Española. La Academia Mexicana estuvo representada por los señores académicos don Francisco Monterde, don Alfonso Junco y don Manuel Alcalá, y presentó las ponencias que aparecen en este volumen.

En ocasión del homenaje que durante el citado IV Congreso de Academias se rindió en Buenos Aires al señor don Federico Gamboa, con motivo del centenario de su nacimiento, el señor académico Monterde dio lectura al discurso que también se publica en este tomo.

Durante el período mencionado pronunciaron sus discursos de ingreso los señores académicos don Ermilo Abreu Gómez, don Agustín Basave y Fernández del Valle, don Salvador Echavarría, don Rubén Bonifaz Nuño, don Eduardo Luquín, don Salvador Azuela, don Andrés Henestrosa y don Alí Chumacero.

En la biblioteca de la corporación los volúmenes aumentaron, merced no sólo a la entrega que hacen los señores académicos de los libros de que son autores, sino al obsequio que asimismo le hacen personas o entidades diversas.

La Academia estuvo representada por algunos de sus miembros en varios actos cívicos y académicos, a los cuales la invitaron: el Departamento del Distrito Federal, para asistir a homenajes que se rindieron en la Rotonda de los Hombres Ilustres, a Ramón López Velarde, a don Antonio Caso, etc.;

el Centro Republicano Español, al homenaje a don Ramón del Valle Inclán; la Sociedad Pro-Cultura de la República Dominicana, a homenaje que se rindió a don José de J. Núñez y Domínguez; el señor académico don Isidro Fabela para asistir a la inauguración oficial de la biblioteca y el museo que llevan su nombre; la Fraternidad Iberoamericana y Filipina, el grupo cultural Bohemia Poblana, etc.

Durante el período que este volumen abarca, la Academia ha honrado la memoria de los señores académicos desaparecidos don Francisco A. de Icaza, don José Bernardo Couto, don Celedonio Junco de la Vega, don Nemesio García Naranjo, don Francisco J. Santamaría, don Francisco González Guerrero, don Luis G. Urbina, don Manuel G. Revilla y don Isidro Fabela.

Sustentaron conferencias, además, los señores académicos don Julio Torri, don Carlos Pellicer, don Jesús Silva Herzog y don Ermilo Abreu Gómez.

La corporación tuvo la pena de perder, durante el lapso a que esta memoria se refiere, al señor académico don Francisco González Guerrero. Habló en el sepelio, a nombre de la Academia, el señor académico don Mauricio Magdaleno.

Los señores académicos ofrecieron al señor Director Monterde, para felicitarlo por su cincuentenario como escritor, una comida. En esa reunión el señor académico don Salvador Novo dio lectura a las páginas que aparecen en este volumen, y finalmente el señor académico González de Mendoza leyó la poesía que en este tomo se incluye.

DISCURSOS DE RECEPCION

DISCURSO DEL ESTILO*

Por don Ermilo Abreu Gómez

Agradezco a la Academia Mexicana el honor que me ha dispensado eligiéndome Académico de Número. Por tan alta distinción estoy orgulloso. También doy las gracias a los gentiles amigos que presentaron mi candidatura. Por tal bondad, estoy agradecido.

* * *

Nunca imaginé que había de ocupar el sillón que dejó vacante don Artemio de Valle-Arizpe, amigo mío por muchos años. Don Artemio y yo nos conocimos en la célebre tertulia de la librería *Biblos* de los señores Gamoneda y Ramírez Cabañas, de la ciudad de México. Ahí conocí también a otros dos entrañables amigos: Francisco Monterde y Genaro Estrada. Francisco acababa de publicar *El madrigal de Cetina* y *El secreto de la Escala* y Genaro andaba en la tarea de preparar su antología de los *Poetas nuevos de México*. Esto sucedía por el año 15, año de mucho revuelo político.

Don Artemio y yo charlábamos de no sé cuántas cosas humanas y divinas. El hablaba mucho más que yo, lo cual es ya un alivio para mi conciencia. En materia política nunca estuvimos de acuerdo; pero como de nuestras diferencias ideológicas no hacíamos mucho caso, seguimos siendo amigos. Bien sé, además, que en política sólo se convence a los convencidos. Era la época en que estaba de moda lo virreinal, no sólo en las cosas literarias sino también en la arquitectura, en la decoración y en el arte del mueble. Don Artemio tenía una idea romántica, casi visionaria, de estos asuntos. Si la Nueva España hubiera sido como él la imaginaba, no existiría ni siquiera la campana de Dolores. Pero esto vale más no *tocallo*. El espíritu, visible e invisible, de este movimiento lo ha explicado con buenas razones el abate González de Mendoza; mas la crítica no ha parado mientes en los

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 26 de abril de 1963.

atisbos de su sagacidad. Don Artemio me animó a proseguir en mis ensayos literarios y hasta tuvo la bondad de prologar mi libro sobre el *Venerable Siervo de Dios Gregorio López*. (Andando los años él haría otro con igual tema.) Don Artemio sabía muchas cosas y las que no sabía las inventaba. En su cabeza y en su pluma se enredaban noticias de diversa índole: históricas, arqueológicas y legendarias. De todas sacaba partido para componer sus libros. Fue hombre de buena pluma, de trazo fácil y desenfadado y, en ocasiones, de poco escrúpulo para decir tamañas herejías. Le encantaba hilvanar largas historias de pícaros, virreyes, obispos y señoras más o menos discretas. Sus obras se leyeron con agrado y confío que por muchos años, se seguirán leyendo con fruición. Don Artemio tuvo el privilegio de inventar un idioma, pues el que usaba para escribir sus relatos era exclusivamente suyo: no era antiguo, ni moderno, ni castizo, ni popular; era esto y también lo otro. Todo él estaba, además, sazonado con el humor de su espíritu. En algunos trances aquel humor parecía el humor de un diablo que, cansado de reír, empezaba a hacer pucheros. Tras el desenfado de sus ocurrencias, don Artemio ocultaba un alma tierna, capaz de sentir el dolor del prójimo. Virtud cristiana. Tal fue, en pocas líneas, mi amigo don Artemio de Valle-Arizpe a quien conocí hace muchos años, cuando yo era un poco rubio y él lucía unos bigotes así de enhiestos y desafiantes. Pocos días antes de su muerte tuve la dicha de abrazarle y de recordar con él nuestros buenos tiempos idos; mucho más idos que buenos. Era el mismo en su afecto, en su ingenio y en su melancolía.

Del Estilo

La verdad no sé cuántas veces he hablado del estilo literario. La cuestión del estilo siempre despertó mi interés; si se quiere ha sido un poco obsesión mía. Mi insistencia acaso proceda de las propias dificultades que ofrece su cabal conocimiento. Pienso hoy que el mayor escollo del problema radica en la ineficacia de las definiciones que se han dado del estilo. Las que conozco me parecen demasiado restringidas o demasiado complejas. Algunas no las entendí nunca. Torpeza mía, sin duda. No logré captar la tesis completa del libro de Middleton Murry sobre el estilo literario; aunque debo confesar que me sugirió sutiles ideas sobre el tema. La definición de Buffon es, a todas luces, incompleta, pues limita la función del estilo a la naturaleza del hombre. Su concepto fue un poco miope. Miopía de su siglo, más amante de la razón que del misterio. No se le ocurrió, no se le podía ocurrir, relacionar el estilo con la arquitectura de la obra, ni con la índole del idioma.

Olvidó que estos elementos son substancia ineludible del estilo literario. Flaubert no hizo sino traducir a Buffon. "Estilo —dijo— es una manera de ser." Pero una manera de ser no es garantía de eficacia literaria ni menos de validez estética. La definición de Stendhal es demasiado oscura: "El estilo —escribe— consiste en añadir a un pensamiento dado todas las circunstancias calculadas para producir el efecto que este pensamiento pudiera producir." Como se ve, tampoco se sale del reducto del escritor y de su posible expresión. Azorín jugó con el término. "Tener estilo —dijo— es no tener estilo." Unamuno, Baroja y Machado se burlaron de quienes creen que el estilo es un adorno conseguido, las más de las veces, a fuerza de lima y de barniz. Más valor tiene la sencilla explicación de Pérez de Ayala. "El estilo —escribe— es el hombre y algo más: la raza, la tradición, la época, el alma y el tiempo. Sin la conjunción de estos valores no hay estilo que valga. No hay estilo musical, ni arquitectónico, ni siquiera literario, ni pictórico, ni escultórico, ni estilo indumentario."

Con estas palabras Pérez de Ayala penetra en el verdadero concepto del estilo literario. A nuestro juicio tan preciosa idea nunca antes había sido señalada. En efecto, el estilo de ninguna manera puede ser el hombre porque el hombre es siempre *este* hombre tan capaz, en una sola pieza, de sinceridad, simulación y engaño.

Tal es el caso —uno de los casos— de los escritores sometidos al ejercicio de una fórmula literaria. Así fue el estilo de Estébanez Calderón, de Juan Montalvo y de Ricardo León. Mal que pese a la calidad literaria que lograron —si lograron alguna—, sus estilos no fueron sino copia o remedo de estilos pretéritos, de valor en su tiempo pero no en los días de aquellos autores. Su belleza es prestada. Y la calca de un estilo no es sino la negación del estilo. También se equivocan aquellos que, por seguir una forma de prestigio, la adoptan sin tomar en cuenta la que exige la obra que realizan. Tal fue el error que cometió Juan de Mena al escoger versos de Arte Mayor para su *Laberinto de Fortuna*. Tal fue el error de Torres Villarroel aferrándose —en pleno siglo XVIII— al estilo de Quevedo. Se salva porque, además, tuvo deseo de claridad y de llaneza, y de muy poca gramática.

Tampoco la creación deliberada o prevista de un estilo garantiza su eficacia. Nada importa su originalidad. La formación de un estilo de esta especie puede estar en contradicción con el verdadero estilo. Este falso estilo también carece de validez.

Ninguno de estos llamados estilos supone la captación de los valores que parten de la obra, del idioma y de otros recursos que le son inherentes. El verdadero estilo ha de satisfacer las exigencias de todos estos recursos que, además, para ser eficaces tienen que existir ensamblados y con un fin

determinado. Son los que vamos a examinar en forma aislada con el objeto de señalar después, siquiera aproximadamente, su cabal ajuste en la obra literaria.

El Escritor

La naturaleza del escritor, su ser, su manera de ser, condicionan su capacidad para seleccionar los materiales humanos que han de constituir su obra. Estas varias condiciones (y otras más que no es preciso apuntar) determinan su capacidad aprehensiva del mundo circundante.

Pero si el escritor se burla de ellas, entonces, consciente o inconscientemente, tratará de enmendar su error, adicionando a su expresión fallida elementos postizos o innecesarios. Dará así la sensación de que labra un tatuaje en su piel. Su mundo no será transfiguración sino simple traslado, arte de calcomanía. Por eso un escritor, en camino de conquistar un estilo, no es aquel que se limita a tener clara percepción del tema, sino aquel que, además, lo escoge de acuerdo con su capacidad para interpretarlo y traducirlo en forma adecuada. Sólo así le será posible hermanar su mundo interior con el mundo exterior que contempla. Sólo así la savia creadora se convertirá en fruto. Tal es el acierto fundamental de Góngora y de Quevedo, y el desacierto que, ocasionalmente, cometieron Pereda, Balzac y Lope de Vega. Góngora fue sincero en sus *Soledades* porque era más dueño del paisaje, del color, de la luz y de la riqueza plástica que le rodeaban, que de su conciencia moral. Con estos recursos a nadie traicionó ni a nadie engañó. Son él mismo; son su espejo, espejo egoísta, pero espejo fiel. Quevedo, de rebeldía innata, está íntegro en su obra de censura y sátira. En ambos el espíritu y la obra concuerdan. En cambio en Pereda, en Balzac y en Lope de Vega, ocasionalmente, se desajustan los términos de la creación. Pereda se equivocó cuando quiso interpretar el mundo urbano que le era ajeno. Balzac no hubiera sido Balzac si persiste en la novela histórica (de tipo inglés) tan extraña a su sensibilidad realista. Lope de Vega, sin alas para el vuelo épico, apenas si mal tropezó con las huellas de Ariosto y de Tasso. Los tres, seducidos por retóricas extrañas, alguna vez desvirtuaron el ímpetu de su genuina capacidad creadora.

Su Idioma

No digo el idioma, sino *su* idioma porque para el escritor no existe otro. El idioma ha de ser su idioma, su propio idioma, instrumento ineludible de su expresión. Sin su idioma le será imposible realizar una obra genuina. Sin él no podría existir su expresión literaria. Pero el idioma, con ser reali-

dad humana, creación exclusiva del hombre, posee características que, en conjunto, determinan su naturaleza, su fisonomía y su valor intransferible. De ahí que el idioma tenga rasgos originales que constituyen su personalidad. El idioma corresponde al pensamiento y al modo de pensar del pueblo. Su estructura es manifestación de su propia fisiología. El aire del castellano es único; y sólo debido a propósitos estilísticos especiales o a una solicitud psicológica individual ofrece cambios fonéticos determinados. Libre, en estado llano, revela su fisonomía primigenia, su forma básica. Por esto el escritor se ha de someter a las características de su idioma. Si no las acepta, si no las capta, su expresión resultará falsa. El escritor que no obedece las normas de su idioma da la impresión de que trabaja con un instrumento que le es extraño o que sólo conoce por fuera, en su parte externa. Por otro lado el estilo del idioma debe transparentarse en la expresión del escritor.

El escritor que no cumple con estas normas traiciona la índole del estilo. Tal es el caso que ofrecen los escritores que, seducidos por la calidad de una literatura, imprimen a sus obras el carácter de sus modelos. En su expresión se palpa la ausencia de la propia raíz idiomática. Así, sus obras, con todas sus posibles excelencias, dejan un sabor de inmadurez y hasta de torpeza. Sus estilos, por alterar el estilo del idioma original, resultan postizos e inadecuados.

La crítica ha señalado repetidos ejemplos de este error, cometido por cierto no sólo en la literatura española sino también en otras de similar categoría. Ya indicó T. S. Eliot el carácter latino que Milton imprimió a su *Paraíso Perdido*. Menéndez Pidal ha hecho ver cómo algunas prosas medievales castellanas reflejan, con más o menos torpeza, el estilo de los idiomas —hebreo, árabe o latín— imitados por sus autores. Es ostensible —por ejemplo— cómo Enrique de Villena (bien llamado Enrique de Aragón) al traducir la *Eneida*, violentó la sintaxis castellana por respetar la sintaxis del original. En el Renacimiento es fácil percibir el sello ciceroniano que resalta en fray Luis de Granada o el de Tácito en la obra de Gracián. Buena parte de la antigua literatura turca careció de valor estético porque se apoyaba en normas francesas; hasta que empleó la lengua propia, la lengua de la vieja Anatolia, no adquirió frescura, naturalidad y genio.

Lo Histórico

No me refiero a la historia o sea al arte de reconstruir, de interpretar los fenómenos que se suceden en el tiempo. Pienso en lo histórico que crea la perspectiva de los episodios que se narran. Hablo de la reconstrucción del alma y del sabor de una época y de su signo vital. Cada época responde a

un esquema que fija el contorno de su ser. Las escenas que se evocan se ciñen al pensamiento y a la sensibilidad de una época. La expresión puede ser concreta, explícita o reducirse a algo indefinido o de puro matiz, pero siempre revelará el sello de su tiempo.

En ciertos momentos se percibe —más que en otros— este signo histórico. Tal acontece, pongamos por caso, con la época romántica. La época romántica no fue sólo literaria: fue algo más: fue un ambiente, un modo de ser, un modo de vivir, un modo de soñar, un modo de morir y hasta un modo de resucitar. La vida romántica se aprecia por igual en las costumbres, en el pensamiento y en el sentimiento del hombre. En una palabra, es la vida misma, sometida a una conducta. Esta conducta se advierte en el carácter de la expresión literaria: con sus giros, figuras, cadencias, usos y abusos de imágenes y de palabras. En la obra romántica se nota el clima en que se vive o en que se muere. Los románticos supieron defender el derecho del ensueño. Viven su atmósfera. En puridad, nada en ellos es *postizo ni negativo ni estático*. En ellos todo parece que sale de sus propias almas. Se diría, más bien, que sus almas son parte del alma que nace y crece en su tiempo. La literatura romántica es válida porque es parte substantiva de su núcleo vital y porque responde a un estilo de vida. El mismo ademán unió a Lord Byron, recorriendo las trincheras griegas que a Espronceda batiéndose en las barricadas de París. Parece que el romántico busca la muerte como conquista de la inmortalidad. El suicidio de Werther, de Larra o de Acuña obedece a un idéntico sino: el hombre contra su destino. Designio romántico.

Lo Social

Existe, además, en cada época un sentido social que encuadra también la actitud del escritor. Este sentido procede de su mundo en debate. Un estado social es capaz de fijar las formas literarias. El hombre vive inmerso en su casta, en su clase y se cree poseedor de un dogma político o de un principio sociológico, más o menos acorde con sus normas éticas. Entonces su conducta literaria se suma al régimen que le cerca o le sostiene. Esta dependencia explica su manera de escribir; más aún, condiciona la apariencia más ostensible de su obra. Tal fenómeno se percibe, por ejemplo, en la novela picaresca española. El lenguaje de sus personajes es idéntico al lenguaje de su pensamiento descosido, cínico y devoto. Las frases son más verbales que nominales, lo que permite un retorcimiento propio para el engaño. Su actitud es, en cierto modo, utópica, como utópico fue el idioma con que se expresaron. Así como en ellos domina la acción sobre la conciencia, en el idioma domina lo barroco sobre la hondura del discurso. En la novela picaresca la máscara es indispensable.

También ofrecen buen ejemplo los escritores populares y los escritores cortesanos que florecieron en España o en México en el siglo XIX; todos estaban cortados por la misma tijera. En los primeros, el desasosiego cívico condiciona su carácter expresivo. En ellos existe cierta actitud plebeya que se aviene con la crisis en que se debaten. Por eso son propensos a la sátira o al humor. En los segundos la conformidad dulcifica y hace ambigua la trama de las frases. En ellos predomina el miedo que se manifiesta en un inconsciente alarde de incisos y de distingos. Estos escritores se inclinan al cultivo del madrigal y de la elegía. Su árbol sagrado es el sauce.

El Tiempo

Claro está que aquí me refiero al tiempo en que se mueve la expresión de la obra, al ritmo, al paso corto o acelerado, con que anda la materia que maneja el escritor. El escritor vive el tiempo de su obra porque ésta es su condición esencial. Cada obra posee un tiempo y el escritor debe aceptarlo si quiere interpretar su realidad. Así en Proust el tiempo que evoca le exige un paso lento, casi intemporal. Proust acomodó su expresión a esta modalidad. Sólo así pudo resolver su valor estético. Proust se muestra minucioso en el dibujo y en el examen de los hechos; y su reiterado análisis contribuye a revelar mejor la naturaleza de su tiempo. Toma los fenómenos con lentitud y tal como los percibe su emoción. Las escenas no las muestra nítidas sino brumosas, envueltas en la gasa del recuerdo. Por eso su diluida expresión le permite intervenir y ahondar en el mundo que evoca. Así es como llega a captar el sentido inmóvil de su obra. En Proust el tiempo carece de medida; es apenas la presencia de su dibujo. De ahí que el pasado sea mera apariencia y dé la sensación de un espacio donde, en un mismo plano, un poco bizantino, viven los hechos que narra.

En la novela realista el signo del tiempo es cronológico. En ella el tiempo reclama una medida concreta, necesaria para dar la sensación de su proceso vital. En Zola y en Balzac el tiempo es una contextura real, es como un cañamazo donde se deposita el tema que se presenta.

En otros escritores el tiempo se atropella con rapidez, con insólita violencia. En ellos los instantes se funden y se distinguen. Un escritor acelerado fue Valle Inclán, en quien el ritmo explica el mundo que desentierra, más que evoca. Su obra se realiza no sobre el tiempo sino en el tiempo. De ahí el conflicto entre el hecho y su medida; de ahí la caricatura, el esperpento que creó. Podría decirse que el tiempo se contrae y se expande frente al hecho. Por eso sus escenas dan la sensación de espejos donde la gente se contempla con azoro. El proceso temporal vale más que la situación creada. Su tiempo,

dinámico y absorbente, configura y desfigura el hecho. A veces el tiempo traspasa el sentido de la propia invención y se torna en concepción abstracta, en realidad distante de toda sucesión. San Juan de la Cruz desenvuelve su obra en un plano donde no rige ni el más arrinconado sentido del tiempo. Su obra está en la línea divisoria, en el instante inconcebible donde se cruzan las sombras del pasado y del futuro. La misma sensación de ausencia de tiempo se observa en Santa Teresa cuando entra en el sagrado laberinto de sus *Moradas*. Tal tiempo intemporal es pura abstracción que apenas puede traducirse en conceptos.

La Geografía

Pero la geografía, el suelo, el paisaje, las montañas, los ríos, los bosques, las selvas, todo lo que habita en la tierra tiene también validez ostensible en la creación literaria y, por lo tanto, en la naturaleza del estilo. Nadie puede excluirse de la influencia del medio físico, como nadie puede huir de la influencia del medio espiritual. No es lo mismo vivir en el llano, que en la montaña; no es lo mismo habitar en un predio boscoso, húmedo, cruzado de arroyos o poblado de fuentes, que vegetar en una paramera, en un desierto, en un solar de piedras. Allí los ojos y las manos tienden a reposar, a empaparse en la gloria del aire o en el cristal del agua. Aquí los ojos y las manos anhelan huir hacia arriba, hacia lo alto, como en busca de un horizonte que guarda, en la cima inasible, el descanso para la fatiga del camino y del sueño. La ilimitada planicie ahoga la esperanza terrena y la impulsa a buscar refugio en la diafanidad increada. Estas actitudes las denuncia con plenitud la música popular. La canción que nace entre altas breñas, se ciñe al ritmo cortado de quien, jadeante y arisco, tiene que trepar o bajar la montaña. Y el ritmo que nace en el llano o a la orilla del mar se alarga y adquiere ancha y apacible respiración.

Lo propio acontece con el predominio de los instrumentos musicales. ¿Cómo va a tocar un pesado instrumento de viento quien, falto de aire, vive a la altura de un ventisquero? Y cuando se toca no hace música; cuaja un grito. Para la endeblez de sus pulmones le bastará un caramillo. Y un caramillo apenas si se toca con residuos de aliento, con lo que sobra después de la faena. En él se respira, no se sopla. Pero el que ambula por la planicie, golpeará con ánimo un timbal de cuero o las pesadas maderas de una marimba. Por eso su canto será sonoro y su voz caminará a zancadas por la escala de las nubes en busca del perfil imposible de su eco.

Igual acontece con la literatura. Ya recuerda un crítico español que "en la geografía se esconden muchas veces las claves estilísticas más importantes de una obra literaria". Es fácil distinguir, en efecto, el matiz dominante del

escritor, según la geografía que le circunda. Esta realidad es ley inexorable y es válida siempre.

Los ejemplos acuden solos aunque un poco al azar. Para el caso no importa. Herrera tiende a un ritmo retorcido y ornamental, acorde con su paisaje andaluz. Fray Luis de León refleja la clara amplitud del solar castellano. Juan Ruiz responde a su mundo toledano, centro híbrido de castellanos, judíos, árabes y mozárabes. Santa Teresa es el temblor místico de Avila, como Boscán es Provenza y también el Mediterráneo.

Esta influencia de la geografía más se nota en los autores regionales porque trabajan en medios cerrados, a veces herméticos, de difícil acceso y, al mismo tiempo, dóciles para regar el sabor de la tierra. El predio en que viven renace en sus obras como en linterna mágica, entre ingenua y tonta y un poco juguete de niños abuelos.

¿Cómo puede entonces hallarse en el hombre, sólo en el hombre, el cabal estilo literario? En la simple capacidad del escritor, se tiene una modalidad trunca e incompleta. El escritor no puede ser ajeno a su idioma, a su medio y a la exigencia de la obra que realiza. El estilo es como la semilla que se fecunda con la tierra, el agua y el viento; es el resultado del ensamble del ser y del enigma que le rodea. Por eso sólo las obras que cumplen con estos requisitos son capaces de crear un verdadero estilo literario. Sólo estas obras alcanzan valor de ejemplaridad estilística. Es lo que se advierte en las obras y en los autores que, por vía de ejemplo, se mencionan enseguida.

En el *Cantar del Cid* el poeta se mueve cómodo en su obra porque en ella le sobra espacio propio. El *Cantar* no es *la* obra sino *su* obra; la ha parido, no la ha adoptado. En el poema todo participa, con naturalidad y espontaneidad, de la voz y del eco. En él están presentes el juglar, la geografía que habita, el ritmo del canto, el fantasma que ronda y el camino que se huye y le incita a caminar, la entraña de los personajes, la saeta que los hiere y el valor histórico que anima la narración. En las *Coplas* de Manrique la gravedad del tema, el tono de la expresión, las palabras mismas y la quebrada medida del verso se ajustan a la condición espiritual de quien llora. Ninguna palabra del *Quijote* contradice el estilo de Cervantes que se funde en el estilo de la obra, en el estilo de la andanza y en el estilo de sus figuras, traspasadas de imaginación. El sentido de la distancia permite que la acción cabalgue en el filo de la realidad y del sueño. El vocabulario es capaz de despistar el tiempo y el espacio en que se acota la fábula. Todo en el *Quijote* participa, por igual, de la invención y de la realidad. En la obra de Lizardi, tema, idioma, estructura y tiempo forman un cuerpo coherente. Su arte pertenece a la tierra y al espíritu de México. Lizardi supo imprimir a su obra hasta cierta apropiada imperfección y un reiterado regusto discursivo. En su obra se goza un clima rústico, aherrojado por arbitrario cas-

ticismo, herencia de siglos. Se respira olor de tierra húmeda, de mercado bullanguero, de maíz maduro y de trigo en horno; y no importa que en el ambiente floten basuras y rastrojos porque más allá se adivina el camino abierto. En Martín Luis Guzmán la obra está vinculada a su vida, y su vida a su tierra en el momento más trágico de su historia. Por ajustado ensamble de estos valores no es posible quebrar el eslabón del proceso creador; en efecto, no existe una línea que no esté inmersa en la génesis de su concepto literario. La realidad de sus temas se funde en la realidad del escritor; por eso el dolor, la alegría y el ideal del hombre son parte del dolor, de la alegría y del ideal de la patria. Su expresión es suma de su conciencia y de la de México. Su estilo se ordena en su sensibilidad y en su pensamiento. De ahí su perfección.

No es, pues, el estilo literario mero reflejo del hombre, como dijo Buffon y repitió Flaubert. El estilo es el resultado de la coherencia de los factores que concurren en el fenómeno literario. Es decir, el estilo es un sistema que permite entender, por ejemplo, el sistema literario del Quijote que, bien a bien, se encierra en estas dramáticas y hasta oscuras palabras de Cervantes: "en don Quijote pudo más la locura que la otra razón". En ellas está el enigma y la realidad del Quijote. En ellas está su imperecedero valor estético.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don FRANCISCO MONTERDE

DON ERMILO ABREU GÓMEZ, a quien esta noche damos la bienvenida como Académico de Número, no es para nosotros un recién llegado, a pesar de que hoy ingresa, conforme a los estatutos que norman nuestras actividades, en la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. Nos ha acompañado, desde que fue electo a principios de 1962, en sesiones de nuestra corporación, y le hemos oído hablar en algunas efectuadas en este mismo local, en recientes conmemoraciones, que por él fueron dignas de aquellos a quienes se consagraban. Desde antes, su nombre figuraba, como debía, en el Anuario de la Academia. Ausente de México unos años, ingresó por tal motivo como Correspondiente, el 17 de junio de 1955. Entonces prestaba sus servicios de escritor y conferenciante, en la Unión Panamericana de Washington, D. C., y residía en esa capital de los Estados Unidos del Norte.

Así, aunque es ahora cuando ingresa definitivamente en la Academia Mexicana y toma asiento, por derecho propio —derecho de conquista—, en el sillón que le corresponde, nadie podría afirmar que hasta la fecha ha permanecido de pie, obligado a aguardar, ni siquiera por fórmula o protocolo, semejante a los que él, diplomático, ha respetado, esa antesala impuesta a los correspondientes en turno: espera forzosa, antes de su ingreso como numerario, en época no muy lejana. Según el reglamento en vigor, sólo tuvo que ver transcurrir un año, después de su retorno a la capital, para que, tras ese lapso, al proponerle colegas suyos, fuera electo Académico de Número y ocupara la silla hace poco más de un año.

En ella, la número X, le han precedido sólo tres académicos: don José María Roa Bárcena, de 1875 a 1908; don Victoriano Salado Alvarez, de 1908 a 1931, y don Artemio de Valle-Arizpe —como los oyentes acaban de escuchar de labios de quien viene a reemplazarlo—, de 1931 a 1961. Silla destinada a narradores cabales: testigos del presente, curiosos del pasado, varones longevos los tres. Con semejantes predecesores, confío en que no sólo sea —como lo es— buen continuador de aquéllos, en cuanto a la

actividad en que descuella el escritor; deseo que lo sea también, con muy larga vida, para satisfacción nuestra y bien de las letras mexicanas.

En los dos aspectos, lleva mucho adelantado al avanzar, con pasos firmes, por ambas rutas, pues vino al mundo en Mérida de Yucatán, el 18 de septiembre de 1894, y en 68 años de vida —40 de actividad literaria—, ha dado a las prensas dos docenas de libros, de los cuales varios están reimpresos, en tierras propias y extrañas.

Se suele mencionar primero, en su bibliografía, las obras del crítico, preferentemente sorjuanista —con razón, pues fue uno de los iniciadores mexicanos del sorjuanismo, hace tres décadas—, y sus libros de crítica y los didácticos representan más de un tercio de su labor, en conjunto.

El narrador, en relatos y cuentos, precedió al crítico, ya fuera al remontarse, con sus recorridos por lo pretérito —del virreinato a la conquista, y de ésta a lo prehispánico maya—, o bien al asomarse al presente, por los caminos del folklore o por aquellos, siempre libres, de la fantasía. En ambos, se encuentra seguro el biógrafo de personajes idos y el autor de ágiles semblanzas de gente que vive, o vivió, como la que desfila por sus Memorias.

Antes de afirmarse el crítico —la crítica requiere, descontadas penetración y sensibilidad excepcionales, plena madurez, asiduas lecturas y sólida experiencia humana—, apareció, por las razones que él da al contar su vida, el hombre de teatro, autor de pasos de comedia, farsas, juegos de escarnio, dramas y cuentos escenificados. El narrador y el comediógrafo han convivido cuatro décadas, porque el diálogo alternaba con los relatos, y el dramaturgo aprovechó ese dominio, al redactar acotaciones en las cuales la acción tuvo complemento, en cinco o seis obras que incluyen alguna recién recuperada, que va a publicar pronto.

A las obras impresas en libros y folletos, se suma la treintena de estudios y prólogos suyos que han aparecido, a partir de 1929: aquéllos, en revistas no sólo nacionales; los segundos, al frente de selecciones y libros, agotados en su mayoría —originales unos, traducidos otros—, y los que ha realizado en colaboración con algún autor extranjero. Todo, sin contar sus abundantes artículos, en publicaciones periódicas —diarios, revistas—, entre los que no se olvidará los que sirven de continuación a sus Memorias, tan amenamente narradas.

* * *

Sin que pretenda hacer aquí, de un solo trazo, la semblanza de Ermilo Abreu Gómez, debo recordar que su formación, iniciada en Mérida, prosiguió en Puebla de los Angeles, donde él estudiaba cuando principió allí la Revolución mexicana.

El Maestro en Letras, con largo ejercicio en la Escuela Normal Superior de México, que ahora también imparte enseñanzas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, ha sido catedrático de Literatura Española en varias universidades de los Estados Unidos, como la de Illinois, Chicago; en Middlebury College, Vermont, y en la Escuela de Verano de la Dirección General de Cursos Temporales de nuestra Universidad. El funcionario fue Jefe de la Sección de la Liga de las Naciones en la Secretaría de Relaciones Exteriores, Jefe de la División de Filosofía y Letras de la Unión Panamericana y Jefe de la Editorial de Educación del mismo Instituto.

Excelente expositor, ha probado su capacidad de conferenciante, en la Universidad Americana de Washington, D. C., en universidades de la República y de la mayoría de los países vecinos, en Centroamérica, en la América del Sur y en las Antillas, que visitó como Delegado de la misma Unión Panamericana.

* * *

Las personas que gentilmente concurren a las sesiones públicas de la Academia Mexicana, han podido apreciar aquí los méritos del conferenciante, en actos conmemorativos de centenarios, como aquel en que el académico electo nos habló de Lope de Vega, y el más próximo en que se rindió homenaje a la memoria de don Francisco A. de Icaza.

Quienes asisten a esta velada, acaban de escuchar el discurso de recepción del nuevo Académico de Número, al cual ha querido que yo dé respuesta. Me apoyo, para hacerlo, en la amistad por él definida al iniciarlo, con palabras cordiales que debo agradecerle —y es profundo mi reconocimiento—, por el adjetivo que allí comparto, inmerecidamente.

Al cumplir ese deseo —porque el de un amigo inalterable como Abreu Gómez equivale para mí a una orden que no puede eludirse—, advierto que, en su afán de hacer tan antigua como nuestra amistad mi iniciación en las letras, anticipó allí unos tres años la fecha en que publiqué el par de novelas cortas virreinalistas que él sitúa en el año en que principié a escribir, dentro de la tendencia a la cual se incorporó pronto Abreu Gómez: el llamado "colonialismo" mexicano.

Juntos fuimos por aquel sendero y por algunos de los otros que él recorre, como el indigenista que hizo coincidir en fecha de aparición su *Quetzalcóatl* y mi *Moctezuma II*. Por la ruta del teatro anduvimos desde antes de finalizar el primer cuarto del siglo; devotos del gran comediógrafo don Juan Ruiz de Alarcón, le rendimos a la vez homenaje, en 1939; como sorjuanista, invitado por Abreu Gómez, preparé la edición de los sainetes de

la ilustre monja, que apareció después de sus oportunas contribuciones a ella destinadas.

Otras coincidencias en estudios de literatura española e hispanoamericana —que no me detendré a señalar aquí—, nos permitieron orientarnos recíprocamente, cuando él me proporcionó valiosos informes sobre el teatro en lengua maya, de Yucatán —camino que me conduciría a la épica mayaquiché— y yo le señalaría la calidad de un prosista a quien él ya admiraba como poeta, en 1937. Afinidades y discrepancias —éstas unen tanto como aquéllas, bien comprendidas—, sirven para justificar el adjetivo que él me dedicó en su discurso de ingreso, al que doy aquí respuesta.

* * *

Fiel a la tradición que mantiene viva la Academia Mexicana, Abreu Gómez principió su discurso con encomios para su antecesor, Artemio de Valle-Arizpe, cuya extensa labor de "colonialista" ha sintetizado, al enfocarla, después de evocar, de manera afectuosa, al autor a quien ahora sucede.

Lógicamente, al elegir como tema de ese discurso el estilo literario, Abreu Gómez tenía que citar, y discutir, en primer término, la frase con la cual trata de definirlo Buffon, que cada uno interpreta a su modo y con la que nadie está conforme — aunque muchos la repitan.

El recipiendario —es inevitable emplear tal palabra en ocasiones como ésta, aunque resulte larga y, por serlo, rebelde a la dicción común— habló sobre el estilo literario, sin duda, como buen catador, pues domina el asunto por él tratado, con el debido conocimiento de quien puede apreciar y sabe distinguir el estilo verdadero, legítimo, del falso, adoptado, aparente.

Con apreciaciones personales, al seguir el derrotero que se marcó para realizar su trabajo; al ir de los clásicos —no sólo españoles— a los modernos, después de remontarse a los antecedentes, Abreu Gómez ha hecho, sobriamente, el elogio del castellano; con lo que viene a comprobar que entiende bien cuáles son los propósitos de las Academias que tienen, como fin principal, conservarlo y enaltecerlo.

Al hablar de normas y tendencias en el estilo literario, nos indujo a seguirle por vericuetos que él ha podido recorrer a lo largo de sucesivas experiencias individuales —no sólo, al través de lecturas—, que le llevaron del ciprés de Hafiz al sauce de Alfredo de Musset.

Cuando afirma que "cada obra posee un tiempo y el escritor debe aceptarlo si quiere interpretar su realidad", casi nos sugiere que para cada obra hay un estilo insustituible, en la evolución personal del poeta o prosista, en quien tiempo y naturaleza influyen si él permite que así sea.

Esto no equivale a hacer vigente lo caduco y tornar a las influencias decisivas, determinantes de la obra, según la teoría de Taine — a la cual deben unirse, como sabemos, factores que aquél no tuvo en cuenta. Las ideas que sobre el estilo literario expresó, adquieren valor de testimonio singular, pues contribuyen a explicarnos, en buena parte, las alternativas del mismo escritor cuyo discurso con gran atención, hemos escuchado.

En sus obras de creación, Abreu Gómez —como fiel heredero del modernismo—, fue del estilo ornamental, plástico en sus relatos iniciales —*El Corcovado*, *Vida del Venerable Siervo de Dios Gregorio López*—, a la directa sencillez de expresión, en *Canek* —traducido a varias lenguas— y otros héroes mayas, por él resurrectos. Ha acometido empresas difíciles porque, para él, la dificultad lleva en sí misma el acicate que permite dominarla.

Al lado del impasible narrador que seguía el perímetro de los personajes de las cortes hispana y novohispana, está el que apasionado ahonda en el alma indígena; mas no olvidemos que Abreu Gómez, ágil pintor de sus coetáneos, trazó la silueta espiritual de San Francisco de Asís, y es también el mismo que narra sabrosamente en su propia vida, en *La del alba sería . . .*, *Duelos y quebrantos* y la obra en proceso de cervántico título, igualmente, en la cual prosigue sus Memorias.

* * *

Con el discurso que acabamos de escuchar, brinda Abreu Gómez una valiosa aportación para el examen del estilo y sus problemas, ante los que un escritor como él no permanecerá indiferente. El tema daría asunto no sólo para un discurso, aun para un tratado, y quizás él mismo encuentre allí material para un libro. Aquí lo desarrolló, como convenía, sin apoyarse demasiado en algún punto; con esa contención por la cual debemos hacer presente el reconocimiento de todos porque se limitó a sembrar inquietud, sin que pretendiese recoger la cosecha en conclusiones definitivas.

Sagaz a la vez que prudente, marcó el camino para la exploración, y sin recorrerlo hasta el fin, alumbró con reflejos de claridad —golpes de esa luz espejeante de los clásicos— los recodos de más difícil acceso, aunque no descendiera por los barrancos ni escalara las cimas; ésas podrán ser, para Abreu Gómez, tareas del futuro, de las cuales deseo verle salir airosamente, como de otras, arduas, que afrontó con fortuna.

En su discurso desechó la mayoría de las definiciones reunidas por él, acerca del estilo literario. Aun podría hallar, y discutir, otras, si hojeara, por ejemplo, *La voluntad de estilo*, de Juan Marichal, quien opina que "el escritor no elige estrictamente su estilo", e invierte los términos de la fórmula

de Buffon, al decir que "el estilo está en el hombre antes de estar él en su estilo".

Coincide, en cambio, con el ensayista español, al oponerse a los que "tienden a descarnar a obras y autores de su suelo histórico", según acaba de oírse en el discurso de Abreu Gómez.

Si alguien pensó, al escucharle aquí su entusiasta defensa de los románticos, en lo prestado, postizo de alguno de los nuestros, y cuando esbozó una teoría instrumental recordó esa larga trompeta de aliento vigoroso con la que se hacen oír a enormes distancias, por encima de las cumbres, los montañeses de Suiza, queden esas y otras objeciones sin trascendencia, para la conversación amistosa en que una opinión se discute sin ánimo de polémica agresiva; sobre todo, aquí, donde no alienta el encono.

La corporación que entre sus normas tradicionales mantiene ésta, capital, de la cortesía; la Academia Mexicana —donde los antagonismos, que nacen de posiciones opuestas adoptadas en la vida, se olvidaron siempre, al situar por encima de ellas el respeto a los valores humanos que perduran— abre de par en par sus puertas, ahora, para recibir al Académico, ya de Número, Ermilo Abreu Gómez.

El, como suele hacerlo en sus escritos, sin agotar el tema de su discurso —prueba de la mesura y la cortesía que todos en él reconocen— al desarrollarlo, dejó entrever lo que podrá rendirle en días venideros.

No incurriré en la descortesía de alargar mi respuesta a su discurso, más allá de los límites habituales en estas ocasiones. Le diré, solamente, para concluir, que sea bienvenido y se considere bien hallado entre aquéllos que aquí se sientan con él, amigo y colega a quien tiendo la mano lealmente.

LA IMAGEN DEL HOMBRE EN ALFONSO REYES*

Por don AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE

SEAN mis primeras palabras para don Francisco Monterde. El conocimiento y la admiración que de su persona y obra tengo, lo debo, en buena parte, a mi padre. Las amistades no se heredan de padres a hijos; se prosiguen cuando hay afinidad y se incrementan por el amor hacia el desaparecido que quiso —fiel y cordial— al amigo común. Mi presencia en esta docta Corporación de varones —así lo pienso y así lo digo— no se debe tanto a mi obra —"en train de se faire", como diría Bergson— y a mis escasos merecimientos personales, cuanto a la generosidad proverbial del doctor don Francisco Monterde, proponente de mi candidatura como académico correspondiente, con residencia en Monterrey, y a vosotros, señores académicos, por haberme aceptado tal como vengo: más armado de entusiasmos que de obras, más pleno de proyectos que de realizaciones. Recibid el testimonio de mi encendida gratitud y de mi más alta estimación intelectual.

Habéis tomado el acuerdo —loable en más de un aspecto— de "que los discursos de ingreso de los académicos correspondientes deben referirse a alguna persona o a determinado aspecto de la literatura en el Estado en el cual representen a la Corporación". Aunque tapatío por nacimiento y familia, soy regiomontano por domicilio y destino. En Monterrey cursé una carrera universitaria y en Monterrey han nacido mis hijos. Lo digo, pensando en el refrán castellano: uno no es tanto de donde nace cuanto de donde pace. Monterrey ha sido mi circunstancia primordial. Circunstancia difícil, ciertamente, para una probada y definida vocación filosófica. Pero el hombre debe ser señor, y no náufrago, de su circunstancia. Por eso me ha parecido insuficiente la conocida frase orteguiana: "yo soy yo, y mi circunstancia". De cualquier modo, no puede perderse de vista la circunstancia cuando se juzga a un hombre y a una obra.

Escogí algún aspecto de Alfonso Reyes, por tres razones fundamentales: 1) Su incuestionable estatura intelectual; 2) Su trayectoria definiti-

---

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública de 21 de junio de 1963.

vamente concluida; 3) Su carácter de Director, hasta su muerte, de esta misma Academia. El tema escogido, "la imagen del hombre en Alfonso Reyes", está dentro de la línea de mis preocupaciones y de mis afanes más entrañables.

Imagen —apunta el Diccionario de la Real Academia Española (decimoctava edición)— es "Figura, representación, semejanza y apariencia de una cosa". Y el mismo Diccionario registra otra acepción del vocablo: "Representación viva y eficaz de una cosa por medio del lenguaje". El descubrimiento o revelación de la realidad acontece por la palabra. Con su habitual sentido de penetración, Heidegger expresa que "la esencia de la imagen consiste en hacer ver algo".[1] Alfonso Reyes, hombre de letras, tiene su imagen del hombre. No es la idea de un filósofo; es la imagen de un artista. "Cada uno —nos advierte el propio don Alfonso— mira el mundo desde su ventana. La mía es la literatura".[2] No se trata de utilizar un método riguroso canonizado por la filosofía; tampoco se pretende ensayar fantasías arbitrarias divorciadas de la realidad. El literato, el poeta, ilumina, esclarece, con imágenes y con ideas, la realidad circundante. Al preguntar por la realidad, parece decirnos Alfonso Reyes, cada hombre se sitúa en un mirador. La literatura, disciplina expresiva de estructura lingüística, representa, imagina, por escrito, un contenido psíquico de nivel valioso.

Cada hombre —el hombre de letras no es una excepción— tiene su idea del hombre. Explícita o latente, errónea o verdadera, rica o pobre, con todos los matices constatables, pero, en todo caso, operante. Sin ella no es dable vivir humanamente. Necesitamos conocernos para actuar y para dirigirnos hacia el destino que nos está reservado. Toda cosmovisión es, en cierto sentido, egocéntrica (no egoísta). Nos importa conocer la estructura fundamental del *homo humanus* porque en ella estamos envueltos. Pero la verdad es que no hemos creado al hombre, sino que nos encontramos siendo hombres, permeados de humanidad, y sin habernos dado el ser. Un saber plenario sobre el hombre supone la facultad de crearlo. Que nos quede, al menos, la satisfacción de plantear los problemas y trazar las directrices, con cierto rigor y pulcritud.

Las referencias directas al ser del hombre, en la obra escrita de Alfonso Reyes, son escasas. Entre ellas no existe —fácil resulta constatarlo— ninguna articulación lógica. Y sin embargo, hay un proceder peculiar, una como emotividad humanística al reóforo de una constante preocupación. Su proceder no es el del científico que demuestra, sino el del artista que muestra. A la luz de un principio rector cohesiona elementos heterogéneos y los recrea

---

[1] Vorträge und Aufsätze, Neske, Pfullingen, 1954, pág. 200.
[2] *Norte y Sur*, pág. 31.

en el seno fecundo de un propósito estético. Todas las obras de Alfonso Reyes dan la impresión de estar atadas indisolublemente a su alma.

> ¿Qué escribes ahora? —te preguntan—. Y tú no sabes ya si contestar con rabia o con risa: ¿Qué escribo? Escribo: eso es todo. Escribo conforme voy viviendo. Escribo como parte de mi economía natural. Después, las cuartillas se clasifican en libros, imponiéndoles un orden objetivo, impersonal, artístico, o sea, artificial. Pero el trabajo mana de mí como un flujo no diferenciado y continuo. ¿Qué estoy escribiendo? He aquí lo que estoy escribiendo: mis ojos y mis manos, mi conciencia y mis sentidos, mi voluntad y mi representación; y estoy procurando traducir todo mi ser inconsciente en esa sustancia dura y ajena que es el lenguaje, y que por desgracia no fue hecha para tan delicada tarea. Mañana todo eso se llamará la novela de tal, la comedia de cual, el poema de esto y el ensayo sobre lo otro. Eso estoy escribiendo ahora.[3]

¡Espléndido texto sobre el proceso de creación literaria y sobre la inadecuación del lenguaje!

No pretendo ofrecerles el sistema de Antropología filosófica en Alfonso Reyes. No lo tiene ni se lo voy a construir. Me he dado a la tarea de entresacar y ordenar, de su extensa y multiforme obra, los textos que aluden a lo que el hombre es y no a lo que tiene. Con esta investigación —modesta, ciertamente, pero no exenta de esfuerzo— me propongo, primordialmente, trazar caminos, ofrecer criterios de comprensión, incitar a ulteriores meditaciones directas y estudios sobre el tema.

Los existencialistas han afirmado, con notable dramaticidad, que el hombre está "arrojado" a la existencia. Yo prefiero decir —por fundamentales razones que no esgrimo para no alejarme del tema central— que estamos enviados a la existencia por Alguien que nos ha confiado una misión personal. Alfonso Reyes —muy próximo al "estamos embarcados" de Gabriel Marcel— nos dice en tono jovial: "Estamos a bordo de la vida, vivir es nuestra profesión".[4] Estamos a bordo de la vida, querámoslo o no, con la posibilidad de naufragar o de llegar a puerto. El riesgo y la incertidumbre son ineliminables. Pero cabe adoptar, ante la vida, una actitud de aceptación o de repulsa.

> Hay dos modos fundamentales de saludar la vida: uno es la aceptación y otro el reto. Los demás son meros compromisos entre ambos,

---

[3] *Ancorajes*, págs. 19-20.

[4] Obras Completas, t. III. *El Suicida*, pág. 227, Fondo de Cultura Económica.

o falsos equilibrios que resultan de su combinación . . . Inútil decir que la aceptación de la vida no puede llevar al suicidio.[5]

Si la vida es ya de por sí algo valioso, importa conocer las razones o sinrazones que llevan al suicidio. No se trata de una curiosidad vana, sino de una investigación ejemplar con visos pedagógicos:

> Sobre cada tumba de suicida debiera abrirse una información a perpetuidad. Sobre cada uno, escribirse un grueso volumen de investigaciones cuidadosas: así conviene al valor de la vida y a la orientación de nuestras almas.[6]

En rigor, la vida es acción, drama, esfuerzo . . . No podemos abandonarnos inercialmente para que la vida nos viva; tenemos que asumir la vida, desde dentro, y marcarle su rumbo. Este carácter de complicación, de faena laboriosa, que tiene la vida humana, ha sido advertido más de una vez por Alfonso Reyes:

> La existencia humana, si la desvestís de sus adornos, resulta un desnudo problema. Y mientras más se desciende en los grados sociales, mientras más de cerca se considera al hombre de carne, más crudamente se descubre esta viejísima verdad: la existencia humana es una fatiga, una lucha; y el gusto de la vida es el gusto de la complicación. No: la vida sencilla no es la vida genuinamente humana; la vida sencilla es el patrimonio de los dioses, no de nosotros.[7]

Lucha y fatiga porque la vida humana de cada hombre viene tan sólo bosquejada en su naturaleza y es preciso llevar este bosquejo a su cabal realización. La dimensión temporal del hombre es insoslayable. "Hablar del tiempo ha sido y será siempre un rasgo irreducible del hombre. ¿Qué es el hombre? El hombre es un ser que habla del tiempo con sus semejantes".[8]

Ha dicho Max Scheler que el hombre —"asceta de la vida"— es el único ser que dice *no* a la naturaleza. Alfonso Reyes da un paso más y afirma: "El hombre no quiere aceptar; lo que quiere el hombre es innovar, desde innovarse a sí mismo hasta innovar el ambiente".[9] Obsérvese que Reyes usa el término innovar, es decir, mudar o alterar las cosas, introduciendo novedades. En otras palabras: al hombre no le gusta la naturaleza cruda, bruta; sino colonizada, aderezada. Por eso se viste y construye casas, guisa

---

[5] *Opus cit.*, pág. 231.
[6] *Opus cit.*, pág. 229.
[7] Obras Completas, t. III, *El Cazador*, pág. 168.
[8] *Opus cit.*, pág. 88.
[9] Obras Completas, t. III, *El Suicida*, pág. 248.

y manufactura. La historia es el registro de esta actitud de protesta contra la naturaleza bruta.

> El estado humano es el de protesta. Si el hombre no hubiera protestado, no habría historia —historia en el sentido común de la palabra—. El albor de la historia es un desequilibrio entre el medio y la voluntad humana, así como el albor de la conciencia fue un desequilibrio entre el espectáculo del mundo y el espectador humano.[10]

El quehacer humano no se reduce, sin embargo, a colonizar la naturaleza bruta, a imprimirle una cierta dosis de humanidad, si se nos permite la expresión.

> Podemos creer que la inteligencia, joven, rebosante, gozosa de poseer su luz, se esparce y derrama, olvida su destino —que es el de alumbrar la acción—, se aleja del preconcebido plan de la naturaleza, se ejercita en el vacío de su propio ambiente, se gasta en impulsos ya irracionales, con el regocijo de toda virtud exuberante: crea su plano ideal donde se revuelca y retoza. Y nace, así, la sonrisa que no nutre y el juego que no multiplica.[11]

Alfonso Reyes —clásico al fin y al cabo— luchó siempre contra los turbulentos y airados demonios del romanticismo desorbitado y decadente. Sostuvo, denodadamente, la supremacía del "logos".

> La razón —nos dice— es lo mejor que tenemos los hombres: temblemos de nombrarla. Gustemos de conocer, de estudiar, de entender. Basta de absorberlo todo por los tentáculos del misterio. El instinto trabaja en nosotros, a pesar nuestro: no vale la pena de preocuparnos por él a toda hora. El instinto sólo exige cuidados de higiene. Pero la parte racional que hay en nosotros, ésa se cae a pedazos, se cae sola, si no nos curamos de restaurarla día por día. Yo, por mi parte, vivo asqueado del abuso del sentimentalismo que me ha precedido: acabemos con ese caos blanducho, con ese cieno que hay en el fondo, con esa pereza, ese desorden . . . Cosa sagrada el sentimiento: vivimos de rodillas ante él. Pero ¿no es verdad que el arte no debe ser un perpetuo chantaje sentimental? Vamos a hacer una cruzada por lo que hay de superior en el hombre. Vamos a conquistar, a fuerza de brazo si hace falta, el respeto para las alas. Hemos dado algunos en suspirar otra vez por lo que hay en nosotros que nos acerca al ángel. Fray Luis de Granada hace decir, llorando, al Abad Isidoro: "Lloro porque me aver-

[10] *Opus cit.*, pág. 242.
[11] Obras Completas, t. III, pág. 238.

güenzo de estar aquí comiendo manjar tan corruptible de bestias, habiendo sido criado para estar en compañía de ángeles y comer con ellos el mantenimiento divino".[12]

El respeto para las alas, a cuya conquista nos insta don Alfonso, tiene un inconfundible sabor platónico. En un instante de contenida emoción, Sócrates define el ala. La naturaleza del ala, nos dice, consiste en llevar hacia lo alto lo pesado. Con la generosa cruzada por la supremacía de lo espiritual, Alfonso Reyes anhela la misión aerostática del ala: elevar hacia lo alto, "ad astra", las humanas pesadumbres. Su impulso apunta hasta el límite áureo en que el pensamiento ha comenzado a ser emoción.

Pero la misión aerostática del ala no puede hacernos olvidar un dato primario y radical: somos "seres-en-el-mundo". "¿Cuál es la actitud inmediata del hombre ante el mundo?" —se pregunta Reyes—. "La ironía", responde.

> Por una parte, en nuestra legítima calidad de hombres, el mundo excita nuestra ironía; por otra, en nuestra calidad de seres naturales, caemos en la red de las leyes y tenemos que acatar el mundo; puesto que —hemos dicho— "conservarlo ya incorporado el impulso de libertad, es conservar el anhelo de un retorno a la no existencia" . . . "lo que hay en el hombre de actual, de presente y aun de pasado, nada vale junto a lo que hay en él de promesa, de porvenir". "Lo que aún no existe ha tenido un hijo: se llama el hombre. El hombre existe para que pueda existir lo que aún no existe".[13]

La ironía —burla fina y disimulada— es la actitud de un ser que palpa su finitud y su desamparo ontológico en el mundo, pero que no quiere descomponerse, en su figura de hombre, y por eso da a entender lo contrario de lo que expresa. Tal vez esta interpretación de la ironía rebase el texto comentado. Desgraciadamente carecemos de otros pasajes más explícitos sobre esta actitud —fundamental para don Alfonso— del hombre ante el mundo. Nos dice, eso sí —y no deja de parecer irónico— que el hombre es hijo de lo que aún no existe y que lo presente y lo pasado nada vale junto a lo que en él hay de promesa. No anda distante del aserto orteguiano: la vida es futurición, y de la tesis heideggeriana sobre la primacía del futuro en la existencia del hombre. Aunque cabría preguntar si futuro no es lo que ha de venir, lo que le ha de acaecer a un presente. Nunca lo futuro puede referirse directamente a lo pasado, porque lo pasado también tiene que referirse a lo presente. Luego entonces, la idea primigenia y fundamental del

---

[12] Obras Completas, t. II, *Calendario*, págs. 333-334.
[13] Obras Completas, t. III, *El Suicida*, págs. 239-240.

tiempo es el "ahora", el presente que está presupuesto en los otros dos tiempos y sin el cual no se podrían ni siquiera concebir.

En 1930 Alfonso Reyes condensó, en una encuesta que se le hizo, sus convicciones sobre el hombre y sobre la vida.

—¿Cuál es el principio filosófico que mayor influencia ejerce en mi espíritu?

—No acierto a formularlo en síntesis. Aquí va el resultado de un breve análisis, aunque sea un galimatías:

La frente. (La primera, en la frente.) Postura del hombre en la Creación. El hombre es un medio y no un fin. Los fines humanos son, para la Divinidad, sólo medios. De aquí el mal y el dolor. Aceptación estoica.

Los ojos. La Estética. La escala platónica del deseo, desde el apetito hasta la contemplación. Imperioso afán hacia la belleza, y sospecha de que la comprensión es un resultado de hábito en la contemplación.

La boca. La expresión: toda la Poética. Suma voluptuosidad, suma sensualidad, la palabra. La palabra, único verdadero producto humano, único sentido en que el hombre crea, o colabora plenamente con la Creación.

El corazón. El orden humano es un orden moral. Todo acierto humano, consciente o inconsciente, era una investigación hacia el Bien.

El vientre. La Economía, la Economía Política, la Política. Nunca lo he entendido muy bien. ¿Acaso aquí el anhelo de independencia, de libertad? ¿Libertad para qué? ¿Para trabajar siempre en lo que quiera? Y trabajar siempre en lo que quiera ¿no será más bien jugar? Tal vez.

Las manos. El principio ortodoxo de toda acción; a saber: a) rigor en lo esencial; b) tolerancia en lo accesorio; c) abandono de lo inútil.

Los pies. La fábula del astrónomo al revés: ver, cada día, dónde se va afirmando la planta, y afirmarla bien. Y en cuanto a la trayectoria del viaje (es curioso), cierto fatalismo, cierta obediencia semejante a la que me permite acatar con sencillez, en mi carrera diplomática, los cambios de país que me ordenan desde México. De aquí el horror de los "manifiestos", "plataformas", "programas" —y hasta de las definiciones como esta que voy haciendo, que me parecen atentados contra la plasticidad necesaria de mi ser.

(Creo que es inútil continuar más abajo de los pies).[14]

[14] *A lápiz, Anatomía espiritual*, págs. 145-147.

Partiendo de la Creación, y no del hombre, Alfonso Reyes advierte que el ser humano es un medio y no un fin. Se limita a decirnos que para la Divinidad, los fines humanos son sólo medios, sin precisar el sentido de este aserto y sin hablar del respeto que el mismo Dios tiene para nuestra esencia de seres librevolentes. Cree poder derivar el mal y el dolor del carácter de medio que tiene el hombre, pero no explica su naturaleza ni apunta su fundamento metafísico, aunque fuese en forma sucinta. Concluye en la aceptación estoica y no en la aceptación cristiana. Hasta aquí nuestras reservas y nuestras observaciones críticas a este primer punto, la frente (La primera, en la frente) de su *Anatomía espiritual*, manifestadas por imperativos de conciencia y de honestidad intelectual.

Sobre los ojos, don Alfonso nos ha dicho, en otra parte de su obra, que "son unas ventanas por donde entra y sale la conciencia a toda hora".[15] ¡Fecunda y espléndida imagen! En ella está entrañada una significativa tesis de antropología filosófica, a saber: que el cuerpo, y singularmente los ojos, son escenarios y campo de expresión del espíritu. Por los ojos entra la escala platónica del deseo y el irrefrenable afán hacia la belleza.

La palabra, que pronuncia la boca humana, no sólo dice algo sobre la significación de las cosas, sino que devela en algún modo la intimidad del que habla y le comunica con la intimidad de un semejante. "Animal provisto de la palabra" (zoon lógon éjon) llamaron los griegos al hombre. Alfonso Reyes, que vivió de la palabra y para la palabra, siente hacia ella sumo respeto, es verdad, pero también júbilo, voluptuosidad, sensualidad. La saborea siempre como un "bocatto di Cardinale". Sabe que es el único verdadero producto humano, la única creación, cuasi-creación o colaboración plena en la Creación. El lenguaje —significación y sonido— es una exclusiva de la persona. La existencia propiamente humana de los hombres que evocan su ser e invocan el ser de los otros comienza con el lenguaje.

> Humboldt llega a decir —expresa Reyes— que el hombre mal pudo haber hecho el lenguaje, cuando el hombre mismo ha sido hecho por el lenguaje. Prescindamos de la paradoja; lo que él vio como oposición es una modelación mutua. Conservemos el segundo miembro del aserto. La Antigüedad sintió aguadamente que el lenguaje es el sostén de la vida humana, el Logos. El lenguaje se le ofrecía en sus varias aplicaciones:
>
> 1. La aplicación práctica, instrumento de comunicación social, materia a la que poco a poco se irá consagrando el estudio científico de la gramática y de la filología, las cuales, naturalmente, se derraman también sobre las otras aplicaciones del lenguaje.

[15] Obras Completas, t. II, *Calendario*, pág. 354, F. de C. E.

2. Las aplicaciones teóricas en diversas fases:
   a) Instrumento de expresión científica.
   b) Instrumento de expresión filosófica.
   c) Instrumento de expresión literaria.[16]

El lenguaje, aunque producto humano, hace al hombre, nos viene a decir Reyes. Y no solamente le constituye como hombre, sino le configura como mexicano, como alemán o como griego. Veamos este otro texto de Reyes:

> Sólo a través de la lengua tomamos posesión de nuestra parte del mundo. En último análisis, el pueblo se vuelca y se resume en su lengua, donde hay la mención de todo su haber material y la sustentación de todo su haber moral, en cosas, en ideas, en emociones, en su respuesta ante la problemática de la existencia y su apreciación sobre todos los incidentes de la jornada humana, en su concepción de la vida y de la muerte.[17]

Es oportuno recordar aquí que a través de la lengua española, pronunciada al modo nuestro, Alfonso Reyes tomó posesión de su ser de mexicano. Vivió por y para el servicio de su tierra, hasta donde alcanzaron sus alientos, con la clara conciencia de que

> la única manera de ser provechosamente nacional consiste en ser generosamente universal, pues nunca la parte se entendió sin el todo. Claro es que el conocimiento, la educación, tienen que comenzar por la parte: por eso "universal" nunca se confunde con "descastado".[18]

No escribió en vista de una idea preconcebida sobre lo que sea el espíritu nacional, porque su buen gusto le impidió caer en el estulto y horrendo "jicarismo". Pero todo lo que hizo pertenece a México en el mismo grado en que él le pertenecía. La "familia mexicana —expresaba ufano don Alfonso— procede, simbólicamente, de don Juan Ruiz de Alarcón, el poeta de la cortesía y de las buenas maneras, que osó llevar su vocecita correcta y afinada hasta los corrales atronados de la Comedia Española".[19] Proyectó Reyes emprender un serie de ensayos bajo la divisa: *En busca del alma nacional*. Su propósito quedó incumplido. Nos restan, sin embargo, importantes observaciones que es preciso recoger y llevar a su cabal desarrollo. Recordemos de pasada —otra cosa no podemos hacer por ahora— esas notas que don Alfonso asigna al mexicano y que pueden integrarse en una caractero-

---

[16] Obras Completas, t. XIII, *La Antigua Retórica*, págs. 366-7.
[17] Obras Completas, t. XI, *Tentativas y Orientaciones*, pág. 275.
[18] *La X en la frente*, pág. 57, Porrúa y Obregón, S. A. México, 1952.
[19] *Opus cit.*, pág. 28.

logía: cortesía, discreción, pulimento, señorío, disimulo, tendencia a la mesura y a la rotundez clásica. Pasa por alto, el autor, el *pathos* religioso, el barroquismo, el personalismo trascendente del mexicano. Pero nos ha incitado a vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo nuestro pueblo, ha buscado afanosamente el pulso de la patria, nos ha lanzado hacia la cultura latina —matizada de española hasta donde quiera la historia— porque sabe que las aguas hispano-latinas son las únicas que nos han bañado culturalmente. Lo demás, lo autóctono —objetos, formas, colores, sonidos— es un enorme yacimiento de materia prima que se ha incorporado y disuelto en el fluido de la cultura hispano-católica. O para decirlo con palabras del autor que comentamos:

> Nadie se encuentra ya dispuesto a sacrificar corazones humeantes en el ara de divinidades feroces, untándose los cabellos de sangre y danzando al son de leños huecos. Y mientras estas prácticas no nos sean aceptas —ni la interpretación de la vida que ellas suponen— no debemos engañarnos más ni perturbar a la gente con charlatanerías perniciosas: el espíritu mexicano está en el color que el agua latina, tal como ella llegó hasta nosotros, adquirió aquí, en nuestra casa, al correr durante tres siglos lamiendo las arcillas rojas de nuestro suelo.[20]

Retomemos el hilo de nuestro discurso. El orden humano —dice Reyes en su *Anatomía espiritual* al tocar "El corazón"— es un orden moral. Todo acierto humano, consciente o inconscientemente, era una investigación hacia el bien. ¿Acaso este aserto no indica claramente: que estamos en constante relación con el bien: una noción inmediata, un objeto universal que todo ser busca para sí, un trascendental? No se trata, tan sólo, de una cosa exterior y por lo mismo inasimilada y no poseída —objeto de deseo—, sino también, y de manera primordial, de cierta perfección en el ser individual. Somos bondad —relativa, deficiente— que apetece mayor bondad y máxima permanencia en la perfecta integridad del propio ser. Y cuando tomamos conciencia de este apetecer, comprobamos nuestra libertad. Libertad no sólo como dato psicológico, sino como hecho ontológico. Soy mi libertad. Tengo que hacerme, haciéndolo todo, excepción hecha de mi naturaleza. La libertad es indeclinable. Atentar contra la libertad es atentar contra la esencia y contra la dignidad del hombre.

> El último individualista se quejaba y decía:
> —Impuesta, ni la felicidad; a fuerza, ni la gloria.
> Tras una pausa, el último individualista continúa sus quejas:
> —Decís que el individuo es el pecado original de la sociedad.

[20] *Opus cit.*, pág. 92.

Y yo os digo: fiaos en el alumbrado público, y pronto os dejarán a oscuras.

—Y decís que el individuo es el verdadero microbio, y que la asociación de los individuos es la salud. Y yo os digo que, en vuestro higiénico pavor del microbio, os ha de pasar lo que al elefante higienizado".[21]

La acción —cuyo símbolo, para Alfonso Reyes, son las manos— debe ejercitarse de acuerdo con el principio ortodoxo: a) rigor en lo esencial, b) tolerancia en lo accesorio; c) abandono de lo inútil. San Agustín a la vista: "En lo necesario la unidad, en lo dudoso la libertad, en todo la caridad".

Y en cuanto a la trayectoria del viaje —"Los pies", en la *Anatomía Espiritual*— don Alfonso, aunque nos hable de "cierto fatalismo", nos deja entrever su sentimiento "naturaliter" cristiano, cuando nos habla de esa "obediencia semejante a la que me permite acatar con sencillez, en mi carrera diplomática —nos dice—, los cambios de país que me ordenan desde México". ¿Acaso este sencillo acatamiento no implica la admisión de un Ser superior que gobierna el mundo de acuerdo con su propio plan? Mientras otros optaron por la rebelión, Alfonso Reyes escogió la sumisión al orden, a la ley, a la Providencia quizás. Porque ese acatamiento sencillo y alegre del destino involucra la aceptación de un plan digno de Dios, de su sabiduría, de su poderío, de su justicia y de su bondad. También por la vía estética cabe una aproximación a la Providencia. Díganlo, si no, estas palabras de Reyes en *El Deslinde:* "la actitud estética se acerca a la confianza religiosa mucho más de lo que sospechábamos".[22] No queremos decir con esto —¡entiéndase bien!— que don Alfonso haya concebido su obra bajo el influjo de la Revolución cristiana. Se trata de otra cosa. Resulta muy difícil, si no imposible, pensar y sentir, en el siglo XX, sin pensamientos y sentimientos cristianos. Al menos para un hombre de cultura occidental.

Alfonso Reyes encontró, en el humanismo, su razón de vivir. Su ideal fue siempre el mismo; su aspiración nunca vaciló. En varias ocasiones confesó que el escribir era para él un modo de respiración. A punta de pluma organizaba la maraña mundanal y le hacía cobrar sentido. La literatura, la poesía, fueron en sus manos "como una vasta investigación en busca de la conciencia nacional, encaminada a dar al ser mexicano mayor vinculación con la tierra y un apoderamiento mayor sobre las realidades del mundo".

---

[21] Obras Completas, t. II, *Calendario*, págs. 319-320, F. de C. E.
[22] *El Deslinde*, pág. 348, El Colegio de México, 1944.

Nunca se arrepintió de su oficio, a pesar de contratiempos y torturas. En el júbilo de la creación encontró compensación y descanso. Y aunque el don de admirar la belleza y de engendrar la belleza no sea, acaso, el más alto don concedido al hombre, como lo creyó siempre, de buena fe, Alfonso Reyes; es lo cierto que la firmeza de su vocación estética le acercó a la virtud moral.

Como todos los poseedores de una auténtica vocación literaria, Alfonso Reyes luchó y sufrió "en el asalto a ese castillo de amor que es la poesía". Sabía que la adusta perfección no se entrega al primer requerimiento y que el secreto ideal duerme oculto en la sombra.

> Yo también, nos confiesa, me he quebrado alguna vez la cadera contra el Angel de Dios, a lo largo de temerosas noches de duda y desesperanza, para amanecer el día siguiente con la sensación jubilosa de que la naturaleza toda al fin me entregaba su secreto.

A la juventud de México le señaló una misión:

> Pronto he de recoger mi barco en la atarazana, y os dejo esta palabra de aliento. Defended contra las nuevas barbaries la libertad del espíritu, y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad. A mí me ha tocado llegar unos minutos antes, sólo para abriros la puerta; a vosotros, bravos cachorros, alumnos inquietos de las musas, a vosotros el porvenir y el triunfo.

Pero no se limitó a señalar una misión y abrir una puerta. En cada fragmento de su obra total resplandece un valor estético. Su mirada cordial, flexible, amplia, cortés se acerca a los hombres y a las cosas con "una bondad estética" dispuesta a comprenderlo todo. Su destino amable le llevó a explorar y a salvar cuanto pudo.

Alfonso Reyes, ensayista, poeta, crítico, traductor, maestro y erudito, fue, ante todo, un escritor. Un escritor de raza, que todo lo medía y lo calibraba. Un escritor clásico —en el más digno sentido de la palabra— que leyó todo y todo lo fichó y lo juzgó. Su galanura y su gracia de estilista es incomparable. Agil y fresco hasta el final, su prosa nunca denotó anquilosamiento ni fatiga. Mientras su cuerpo fue doblado y subyugado por su irremediable mal cardíaco, su espíritu estuvo siempre en disponibilidad para emprender, una y otra vez, las grandes aventuras del pensamiento y de la sensibilidad. Amó apasionadamente la antigüedad clásica —a los griegos, sobre todo— sin haber sido nunca, por eso, un extraño a nuestra realidad cultural. Formado en severas disciplinas filológicas, sus inquietudes le llevaron lo mismo a la literatura clásica española —por la que sintió siempre una particular predilección— que a las corrientes literarias de la época; al estudio de la aportación cultural hispano-americana y al tratado que resume

las enseñanzas de la retórica greco-latina; a las pequeñas fantasías estéticas y al deslinde del fenómeno literario. Y aunque la poesía forme una parte mínima de su obra escrita, fue —¡qué duda cabe!— un poeta de arte noble y sereno que supo atar en el hilo central de su emoción personal, todo lo recogido por su curiosidad y simpatía inagotables.

A Monterrey, su ciudad natal, permaneció vinculado, por inequívoca voluntad, toda su vida. Entre los años de 1930 y 1937, publicaba, en América del Sur, un "correo literario" con el nombre de *Monterrey* y con el emblema del Cerro de la Silla. Movido por la nostalgia e impulsado por un afán de íntimas nupcias con su ciudad y con su paisaje, escribió aquellos versos:

Monterrey de las montañas,
tú que estás a par del río;
fábrica de la frontera,
y tan mi lugar nativo
que no sé cómo no añado
tu nombre en el nombre mío: . . .
Monterrey, donde esto hicieres,
pues en tu valle he nacido,
desde aquí juro añadirme
tu nombre en el apellido.

Y el regiomontano universal expresa:

> Nuevo León es el laboratorio del civismo nacional. Sus valores espirituales tampoco están a discusión. Desde Fray Servando Teresa de Mier —bravo y algo fantástico luchador de la Independencia— hasta nuestros días, se suceden los trabajadores de las letras y la inteligencia. Algunos de ellos han alcanzado renombre dondequiera que se habla nuestra lengua y aún más allá. Saludemos a Nuevo León, vivero de buenos mexicanos. Saludemos a Monterrey, alarde de la humana virtud, abrigado en su estupendo valle, donde se alzan como centinelas el Cerro de la Silla y el Cerro de la Mitra, con sus caprichosas siluetas, y aquel bastión de la Sierra Madre que el poeta Manuel José Othón ha cantado bajo el nombre de "Las montañas épicas".

Basten los textos que anteceden, me parece, para justificar la regiomontanidad de Alfonso Reyes. Su universalidad es patente. Su mexicanidad, inequívoca. Permanece en la vida cultural de México, de alguna inimitable manera superior, en sus discípulos, en su biblioteca y en sus libros. Esperamos, para el tema del hombre, la publicación de una obra inédita de don Alfonso, *Andrenio: perfiles del hombre*, que se nos antoja decisiva. Lo que

importa, ahora, es que se siga, ya de pleno y de lleno, su tarea. Tarea inconclusa, pero abierta. Abierta como la realidad que desborda a todo sistema. Y abierta, con singular tensión, al misterio del hombre.

Pero cierta noche que acampaban, y Diógenes proyectaba al azar la luz de su linterna, el muchacho le dijo al oído:

—¡Apaga, apaga tu linterna, padre! ¡Que viene la mejor de las presas, y ésta se caza a oscuras! Apaga, no se ahuyente. ¡Porque ya oigo, ya oigo las pisadas iguales, y hoy sí que hemos dado con el Hombre![23]

Las nuevas generaciones mexicanas hemos aprendido, de Alfonso Reyes, que México puede dejar oír ya, sin temor a confundirse, su clara voz. El nos ha lanzado por sendas universales y nos ha dado la esperanza —porque México es el nombre de una esperanza humana— de participar en el diálogo mundial.

[23] Obras Completas, t. II, *Calendario*, *pág.* 323, Fondo de Cultura Económica.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO

COMO PARA DESMENTIR la sentencia hegeliana de que el buho de Minerva no despliega sus alas sino cuando ha caído la noche, he aquí que hoy viene entre nosotros, a ser uno de nuestros pares, este joven maestro que no ha llegado aún a la cuarentena, pero que sí ha llegado a la más alta excelencia intelectual (y el hombre lo es privativa y soberanamente por el intelecto) que es la sabiduría.

Como soy enemigo de hipérboles y encarecimientos, y como en este lugar, además, debe respetarse ante todo la propiedad del lenguaje, os ruego creer que tomo tan altos términos en su más propio y riguroso sentido. Desde que Aristóteles lo dijo así, la sabiduría es el saber de las primeras causas y principios, el supremo saber por consiguiente; sólo que, por esto mismo, es un saber en que interviene no únicamente la percepción intelectual de las esencias puras, sino igualmente la aprehensión vivencial de los valores.

Pues a la conquista de este saber (que es conjuntamente un *scire* y un *sapere)* ha conspirado desde su adolescencia, sin la menor intermisión, la vida entera de Agustín Basave y Fernández del Valle. Una vida ejemplar, hasta donde los hombres podemos juzgar, por las virtudes personales, familiares y cívicas de quien la ha vivido; una vida en procura incesante, para asimilarlo y para difundirlo, de todo cuanto es grande, noble y hermoso. La filosofía ha sido, como lo reconoce él mismo, su vocación principal; pero la filosofía, una vez más, no como hacinamiento de nociones hechas, ni siquiera como cuerpo de proposiciones pensadas y repensadas con originaria responsabilidad, sino como la más alta forma de vida humana después de la santidad, tal y como la concebían los antiguos cuando hablaban del *bíos theoretikós.*

Una vocación así que compromete al hombre por entero y que redunda, cuando es abrazada por un hombre de buena voluntad, en un saber de salvación, viene de Dios tan sólo; pero mucho tienen que ver también, y precisamente como medios instrumentales de la Providencia, los conocidos factores genéticos y nutritivos, la tierra y la sangre. Yo por lo menos no puedo

explicarme a Agustín Basave y Fernández del Valle sino como oriundo del hogar cristiano y tapatío de don Agustín Basave y doña Margarita Fernández del Valle de Basave.

Para cualquiera que haya conocido al Arquitecto don Agustín Basave (quien pasó ya desgraciadamente de este mundo) creo que será evidente de suyo la honda influencia espiritual que ejerció en su hijo, y cómo éste recibió de aquél, antes que de nadie más, el gusto y la afición por las cosas del espíritu, que es la raíz última de toda auténtica vocación intelectual, cualquiera que sea su especificación ulterior. Fue don Agustín Basave, en la doble actividad que le conquistó un nombre prestigioso en la arquitectura y en las letras, un espíritu enamorado de la belleza, en constante desvelo de apresarla dondequiera que pudiera intuirla o producirla; y sobre esto, un alma pura, un hombre que pasó haciendo el bien. No sé en qué mejor ocasión que la presente pueda yo rendirle, de todo corazón, este respetuoso y conmovido homenaje.

Después de la familia y concurrentemente con ella, dos ciudades mexicanas en bipolaridad complementaria (precisamente como los valores de que son respectivamente portadoras): Guadalajara y Monterrey, le dieron a nuestro nuevo colega su formación y sus hábitos, y son una y otra, a su modo cada cual, igualmente explicativas de su obra.

De Guadalajara, su ciudad natal y su domicilio hasta el fin de sus estudios secundarios, recibió Basave lo que más importa, que es la preferencia por los valores del desinterés y la contemplación, que son y han sido la fuente de todo filosofar real y posible. Son la "única cosa necesaria", como lo dijo el Señor a la afanosa Marta, y de la que nadie carece en Guadalajara, con sólo abrir bien sus sentidos al paisaje, al aire y a la luz. En la célebre expresión de Efraín González Luna, es la ciudad a la medida del hombre, que le ofrece el marco apropiado al despliegue armonioso de sus virtualidades, pues no le agobia ni por asfixia como los pueblos, ni por sobresaturación como las urbes. Ciudad a la medida del hombre fue también como ninguna otra en la historia, Atenas, el hogar predilecto de la filosofía; y algo tendrá que ver también en la filosofía mexicana, guardadas todas las proporciones, la ciudad que es entre nosotros la réplica más aproximada de aquélla.

Tapatío por el derecho del suelo y de la sangre, Agustín Basave ha venido a ser regiomontano también por el del domicilio. En Monterrey fue imbuido en la religión del trabajo, la más sobresaliente cualidad, entre las positivas, de sus habitantes; y de otro modo no nos explicaríamos la copiosa producción de este joven filósofo: una docena de libros en números redondos, amén de incontables artículos y conferencias. *Homo sapiens* y *homo faber:* de uno y otro ha de revestirse el espíritu humano en su condición carnal.

y ambos se funden armoniosamente en la patria mexicana, y aquí y ahora, en la personalidad de Agustín Basave.

Por lo demás, él mismo reconoce, en el bello discurso que acabamos de oírle, que su actual domicilio es una "circunstancia difícil para una probada y definida vocación filosófica". Pero por esto mismo, es tanto más de admirar el temple heroico de estos Solitarios del Cerro de la Silla que han podido allí liberar el espíritu en su vuelo más alto. Su empresa me parece ser émula, en nuestro medio, de la de aquellos Padres Apostólicos que en los yermos de la Tebaida o Capadocia hicieron obra tan levantada de teología y filosofía. Unos y otros son el más rotundo mentís al determinismo, al geográfico en especial, y la comprobación, para nosotros, de que por todos los ámbitos del territorio nacional será posible ver florecer la cultura superior en todas sus manifestaciones.

Las limitaciones temporales de todo acto académico (cuando desgraciadamente, "académico" ha venido a ser sinónimo de "perfunctorio") me impiden, muy a mi pesar, reproducir la trayectoria evolutiva del pensamiento filosófico del doctor Basave. Nos situaremos en la obra que por la fecha de su publicación y por su título mismo, puede considerarse su ápice y coronamiento, que es su *Ideario Filosófico*. En ella, según nos dice el autor en la Introducción, ha intentado agrupar orgánicamente sus aportaciones a la filosofía de nuestro tiempo. "El libro —añade— pretende ser, ante todo, una síntesis cabal de mi integralismo metafísico antroposófico dentro de una filosofía como propedéutica de salvación". Estos términos están usados aquí con toda precisión, y lo único que hay que hacer es ponderarlos brevemente.

El integralismo o sincretismo (así lo dice él mismo también) es el carácter más aparente de esta filosofía que si bien tiene sus raíces en la tradición aristotélico-tomista, no deja de ser ampliamente receptiva de las otras corrientes de la filosofía cristiana, la agustiniana principalmente, y más allá aún, o más acá, del pensamiento moderno. Es la única actitud, cabe agregar, que corresponde al filósofo de raza: esta apertura vital no a la derecha ni a la izquierda exclusivamente, sino a todos los horizontes; a todo lo que después de examinado, se compruebe ser verdadero. Es la que proponía San Pablo al decir: "Probadlo todo y retened lo bueno"; la actitud, en suma, que venturosamente se impuso sobre los fanáticos, para los cuales no podía haber diálogo alguno entre Atenas y Jerusalén.

Por esta plenitud, no indigesta sino coherente; por esta receptividad que redunda luego en reelaboración personal, ha podido Adolfo Muñoz Alonso, catedrático de Historia de la Filosofía en la Universidad de Madrid, discernir en la obra de Basave estos tres bellos atributos: prestancia, originalidad, seguridades. "La prestancia —explica— le viene de la erudición

bien digerida; la originalidad le nace de la recreación de la temática; las seguridades se las presta la tradición de la filosofía perenne".

Dentro de esta universalidad, es natural que a nuestro filósofo le solicite de preferencia el tema acaso prominente en la filosofía contemporánea: el tema del hombre; y más cuando se adviene a la filosofía, como en el caso de Agustín Basave, de una disciplina tan humana como es el derecho. Por esto nos parece que sus mejores logros en este terreno se hallan en la elaboración, tan largamente trabajada, de lo que él mismo denomina su Antroposofía Metafísica; término que nada tiene que ver con los esoterismos propios de la llamada teosofía, sino que lo forjó su autor para subrayar la independencia de esta teoría del hombre con respecto a la antropología ligada a las ciencias naturales.

Lo de menos, por supuesto, es el nombre, y lo de más la cosa misma: esta imagen del hombre que Basave nos ofrece, delineada sobre la inconmovible estructura aristotélica, pero con las nuevas aportaciones, con la vida y el color que le presta el manejo diestro de las técnicas fenomenológicas y de la analítica existencial.

De especial profundidad y belleza son esas páginas suyas, en las cuales, en una victoriosa superación del nihilismo existencialista, se nos muestra al hombre transido al mismo tiempo de "desamparo ontológico" y de "afán de plenitud subsistencial". La angustia existencial desemboca de este modo no en la desesperación o en el absurdo, sino en la esperanza cristiana, porque Agustín Basave es, ante todo y sobre todo, un pensador cristiano. "Todas las fuerzas de nuestro espíritu —dice— convergen al sol de la trascendencia del Ser divino". Y por esto mismo pretende ser su filosofía, por su último rasgo autodefinitorio, una propedéutica de salvación.

En el inventario tan sucinto que estoy haciendo, o mejor dicho selección, de la obra del colega que hoy recibimos, no podría de ningún modo pasar por alto la producción del jurista, o a éste simplemente, aunque no hubiera producido nada en cuanto tal. Porque Agustín Basave es una corroboración más de lo bueno que es el haber llegado a la filosofía después de haber cursado las disciplinas jurídicas, que dejan hábitos indelebles de claridad, precisión y orden, y aunque no vuelva uno a acordarse de ellas, preservan siempre de perderse en metafisiqueos nebulosos o de naufragar en el piélago del confusionismo.

Pero no sólo por la bienhechora permeabilidad de su filosofía por el espíritu jurídico, sino directamente y con rendimiento muy apreciable, ha continuado Basave cultivando el derecho al par de la filosofía, en entera conformidad con la tradición clásica y con la hispanoamericana, según la cual

el filósofo no está en las nubes, sino en la tierra, en la suya propia, ni deja de ser ciudadano, antes por el contrario hace de la República uno de los objetos preferentes de su especulación.

Fruto de su fecundo magisterio como profesor de Teoría del Estado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Nuevo León, son los dos libros publicados por el doctor Basave en el campo de la filosofía política: su *Teoría del Estado* y su *Teoría de la Democracia*. En uno y otro es visible el influjo no menos estimulante de la filosofía en el derecho, ya que sólo al filósofo es dable trascender el plano fenoménico para aprehender la esencia que ha de expresarse en toda teoría digna de este nombre. He aquí, para hacerlo patente, el párrafo preambular de la *Teoría de la Democracia*.

"Antes que una forma política de gobierno, la democracia es una forma de convivencia humana. Y antes que una forma de convivencia humana, es una vocación del hombre. Vocación que culmina, en lo político, con la realización práctica de los postulados éticos de la co-participación, de la co-responsabilidad y de la ayuda recíproca. Supone el reconocimiento y protección de los derechos de la persona humana. Lleva a su plenitud el ser dialógico del hombre. Sirve como instrumento para la cabal realización personal. Hace del ser humano —y no del Estado— la base y el fin de la estructura política. Pide la adhesión de seres libres y erige la persuasión en método. Permite subsistir la variedad de opiniones políticas y prohibe la bárbara mutilación de los sectores sociológicos disidentes".

No puede, en verdad, expresarse mejor la concepción fundamental de la filosofía política que sustenta y desarrolla el doctor Basave: una democracia que es a la vez personalista y comunitaria, que no es el despotismo del número, sino el régimen apropiado al armonioso desarrollo de la personalidad humana. Este es el mensaje de quien, como Agustín Basave, no es un filósofo de estufa, sino que ocupa resueltamente su lugar al sol como miembro activo y responsable de la comunidad mexicana.

En lo que ve, por último, a sus méritos específicos para pertenecer a esta docta corporación, celadora por excelencia de la lengua castellana, son patentes de inmediato en el excelente discurso que hemos escuchado, y en el cual, con extraordinario acierto, ha sabido el recipiendario ofrecernos, en una cumplida síntesis, la imagen del hombre que emerge de la vasta obra del gran humanista mexicano que fue nuestro querido y añorado Director, don Alfonso Reyes.

En todos sus escritos es Agustín Basave artífice de limpia y correcta prosa, la cual es ante todo, si no estoy en un error, la que se ajusta a su objeto. La buena prosa, además, estuvo en la tradición de la filosofía occi-

dental hasta la *Crítica de la Razón Pura;* y de esta tradición es idóneo representante el nuevo miembro de la Academia Mexicana.

En esta Casa, en fin, donde tiene el supremo señorío, como en todas las que con ella están confederadas en la tutela del idioma, don Miguel de Cervantes Saavedra, no podemos olvidar el significativo homenaje que a su mayor honra y gloria ha prestado el nuevo académico con su *Filosofía del Quijote*, obra que, en mi concepto, es un maridaje feliz, y bien difícil por cierto de lograr, entre literatura y filosofía. ¿Cómo, en efecto, combinar la abstracción ideatoria con la imagen viviente y concreta, ni menos aún, reducir la una a la otra, con su consiguiente y recíproca depauperación? Pero no es esto lo que ha tratado de hacer Basave, ni siquiera ha pretendido explicitar en categorías filosóficas —y por más que el intento sea de suyo legítimo— la cosmovisión que indudablemente tuvieron Cervantes y su héroe. Su fin ha sido tan sólo, según lo declara él mismo, "hacer una filosofía sobre el Quijote como obra de arte", mostrar los valores ínsitos en ella y abrir el camino "hacia una Axiología del Quijote", la cual, a su juicio, no se ha emprendido hasta ahora con todo el rigor que demanda una investigación tan necesaria en los estudios cervantinos.

En esta Casa, vuelvo a decir, que desde este momento es la suya, entra por derecho propio quien ha sabido hacer del idioma el más noble de los usos, que es hacerlo vector de ideas y órgano de la filosofía, la cual, con la poesía, es la más alta expresión del espíritu humano. Al darle la más cordial bienvenida en nombre de la Academia Mexicana, hago votos porque la madurez, en que igualmente está entrando, acendre e incremente una obra que —por el sol de mediodía que luce sobre sus bardas— es, en la previsión humana, ilimitadamente promisoria.

EL PROBLEMA DEL DESARRAIGO*

Por don SALVADOR ECHAVARRÍA

Señor Director,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

ES DE RIGOR, para un recipiendario, decir que vuestra Academia le otorga un honor inmerecido al aceptarlo entre sus miembros, aunque sus méritos sean cuantiosos y de todos conocidos. En mi caso, no me parece prudente rozar siquiera este punto: estoy tan convencido de mi falta de méritos que, si se pusiera a discusión, mucho me temo que mis argumentos serían irrebatibles y mi victoria suicida. Por otro lado, la natural modestia exigible en estos casos me inclina a creer que vuestro criterio, señores, tiene más valor que el mío. Sea, pues, esta última consideración mi justificación y mi consuelo.

Sin duda, lo que esta Academia quiso honrar en mí no es a mi humilde persona, sino a las Letras jaliscienses. Creo que me eligió por ser yo el más viejo del gremio. Conozco a otros infinitamente más dignos de ingresar en vuestra ilustre compañía; pero acaso la Academia pensó que tienen tiempo de ser mis sucesores. Yo sé que aquí sólo los represento.

Entre ellos, permitidme, señores, mencionar en este recinto y rendir el más conmovido homenaje a dos incansables servidores de las Letras jaliscienses que tienen toda la admiración y mi amistad. Me refiero a Adalberto Navarro Sánchez y a Arturo Rivas Sáinz, ambos poetas, maestros y críticos. Gracias a ellos, hay cultura en Jalisco. Gracias a sus abnegados esfuerzos, hubo y hay un órgano para difundirla. No sabría decir lo que debe mi Estado natal, lo que debo yo mismo a su estímulo. La dignidad de su vida, el desprendimiento de su labor son ejemplares, sin hablar de sus obras y de su talento. No es el menor de sus méritos la fidelidad, no sólo a las letras, que es cosa de innata vocación, sino también a su terruño.

Ellos me han inspirado el tema de este discurso, que se relaciona estrechamente con la provincia. Es, señores, el problema del desarraigo. Para

---

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 19 de julio de 1963.

tratarlo debidamente, me falta tiempo y competencia. Sólo quisiera llamar vuestra atención sobre este problema complejo y trascendente.

* * *

Si nos atenemos al significado literal de la palabra, desarraigar es arrancar las raíces de un árbol o de una planta. En sentido figurado, desarraigado es el individuo que destruye voluntariamente y deliberadamente, las raíces espirituales que lo atan al lugar de su origen. El desarraigo, es, pues, un acto que compromete la responsabilidad de un sujeto. Por lo tanto se distingue del exilio. El desterrado sufre un castigo; el desarraigado se destierra voluntariamente.

El primero que dio un sentido metafórico a la palabra desarraigado fue, si no me engaño, Mauricio Barrés. La novela que escribió sobre ese tema, *Los Desarraigados*, se lee poco ahora. Anteriormente, aun en sentido figurado, desarraigar era sinónimo de extirpar, cuando menos en francés. Hoy, este vocablo figura en el Diccionario de la Academia Francesa con el sentido que le dio Barrés. Designa un fenómeno social que ha ido cobrando cada vez mayor importancia y que Barrés fue uno de los primeros en señalar.

A grandes rasgos, he aquí la tesis: el individuo se desarrolla mejor en la tierra en que vivieron sus mayores, al amparo y a la sombra de una tradición bien localizada, rodeado por la presencia, el ejemplo y el impulso de los muertos, no solamente los de su familia, sino los de su provincia.

La idea no es del todo original. Procede en línea recta de Taine, que la sostuvo en sus principales obras, en la *Filosofía del Arte*, en la *Literatura inglesa*, en los *Orígenes de la Francia contemporánea*. Es la teoría de las tres influencias del medio, del momento y de la raza, aplicada por Taine al arte, a la literatura y a la historia, reducida por Barrés a los límites precisos de su provincia, la Lorena.

La teoría de Taine, por el excesivo rigor de su determinismo, ha envejecido bastante; pero Barrés supo darle una interpretación original, penetrada de espiritualidad, e infundir vida, calor y flexibilidad a su rígida armazón lógica.

Desde la Revolución francesa y aún antes, dice Barrés, se inició el éxodo de la juventud provinciana hacia la capital, con el correlativo empobrecimiento, no sólo de la provincia, sino de la nación, ya que ambas son orgánicamente solidarias.

En su novela, Barrés toma a un puñado de jóvenes y los estudia uno por uno cuando están a punto de abandonar las aulas para emigrar a la capital: "Nuestro papel —dice— es considerar las cosas en sus desarrollos. Somos botánicos que observamos a siete u ocho plantas trasplantadas y sus esfuerzos por volver a echar raíces". Como botánico-novelista, Barrés

describe al lector el origen, el ambiente familiar, la formación de cada una de esas plantas humanas, antes de ser trasplantadas. Su profesor de filosofía, Bouteiller, discípulo de Kant, les infundió el deseo de emigrar. En sus clases, les predicó el amor a la humanidad y a la colectividad nacional. "El individuo —les dijo— vale en la medida en que se sacrifica a la comunidad". Pero, objeta Barrés, "desligados del suelo, de toda sociedad", de sus familias, ¿de dónde sentirían la conveniencia de actuar para el interés general? Sólo valen para ser grandes hombres . . . ". Los personajes de Barrés no son grandes hombres: son jóvenes provincianos como tantos. "Desarraigar a esos muchachos, desprenderlos del suelo y del grupo social en que todo los vincula, para colocarlos fuera de sus prejuicios en la razón abstracta", es el error que de buena fe cometió con ellos su profesor.

Barrés toma como símbolo de la vida perfecta a un árbol que solía visitar diariamente el señor Taine en sus paseos: "¡Cómo me gusta este árbol! —dice Taine al joven Roemerspacher, estudiante en medicina—. Vea usted el grano apretado de su tronco, sus nudos vigorosos. No me canso de admirarlo y comprenderlo. Lo visito diariamente, en cualquier tiempo . . . ¿Siente usted su biografía? . . . Este árbol es la imagen expresiva de una hermosa existencia. Ignora la inmovilidad. Su joven fuerza creadora le fijaba desde el principio su destino, y sin cesar se mueve con él. ¿Puedo decir que es su fuerza propia? No, es la eterna unidad, el eterno enigma que se manifiesta en cada forma." El árbol realiza a la perfección su destino, porque desarrolla a la vez todas sus partes y toma su alimento del mismo suelo en que nació. "Ninguna prevalencia de su tronco, de sus ramas, de sus hojas: es una federación rumorosa."

Si el árbol es la imagen de una vida humana bien lograda ¿a qué pueden compararse las vidas desarraigadas? "Son —dice Barrés— como esos globos cautivos de brillantes y variados colores, que el vendedor mantiene con un hilo ligero, pero que anhelan volar, subir, dispersarse sin objeto."

De los siete personajes desarraigados, uno de ellos, Racadot, funda, con la herencia de su madre, un periódico, *La verdadera República*, en que colaboran sus antiguos condiscípulos. La empresa fracasa desde el principio. Entonces, recurre al expediente del chantaje. Sus amigos lo abandonan. Racadot, desesperado, para salvarse de la ruina inminente, comete un asesinato: a orillas del Sena, una noche, en despoblado, mata a una bella armenia, amiga de Sturel, cubierta de joyas. Ante el peligro, resucitan en él virtudes atávicas: "De pronto, este desgraciado que había dilapidado en menos de once meses 40 000 francos, volvió a ser uno de esos lorenos que, durante las largas guerras que asolaron a su país, se dejaban quemar las plantas de los pies por los soldados suecos mejor que confesar dónde escondían su trigo. La desgracia hace salir del civilizado, como al lobo del bosque, al

bandido, al de los países del hambre, Sicilia o Lorena, al animal de presa universal." Ese mismo hombre que el desarraigo y el fracaso convirtieron en asesino, si hubiese permanecido en su rincón provinciano, habría sido sin duda un buen ciudadano, honrado y útil.

De los otros personajes, uno de ellos, Mouchefrin, el más despreciable de todos, sombra y cómplice de Racadot, sube con él al cadalso. Otros dos se encaminan hacia un éxito que deben al crimen de sus condiscípulos: Suret-Lefort, joven abogado, conquista la celebridad por su bella defensa del criminal; Renaudin, periodista, triunfa con los artículos que escribe sobre el proceso. Otro, Saint-Phlin, instruido por la experiencia de sus compañeros, regresa hastiado al terruño y se dedica a administrar la finca de sus padres. El destino de los otros dos permanece indeciso. Roemerspacher será sin duda buen médico y buen escritor. En cuanto a Sturel, autorretrato de Barrés en su juventud, aprovecha la experiencia para enriquecer su alma y cultivar su Yo. Sin embargo, no se trata de un cultivo egoísta de la persona, de un dilettantismo eudemonista al modo del "egotismo" stendhaliano, sino de algo más noble, más viril y más profundo: del cultivo metódico de una personalidad con el fin de que en ella se resuman las virtudes de la raza. El Yo aspira a ser el alma colectiva y, si lo consigue, se convierte en un instante de una cosa inmortal. Así pues, "un individuo, en una raza, si supiera liberar todas las potencias que están en él y considerarlas con lucidez, sería la conciencia misma de su raza, lo cual es una meta suficiente".

Exagerando un poco la tesis, podría decirse que, según Barrés, sin arraigo no hay salvación y que no puede haber verdadero arraigo sino en el suelo de la provincia originaria.

En suma, los únicos que echan nuevas raíces en la capital son el abogado y el periodista. El lector puede presumir su éxito, a condición de que se conviertan en lo que su profesor de filosofía, Bouteiller, quiso hacer de ellos: en ciudadanos del mundo, fundándose en la regla del imperativo categórico kantiano: "Obra siempre de tal modo que tu voluntad pueda valer al mismo tiempo como principio de legislación universal". ¡Principio de legislación universal! Esa pretendida universalidad es lo que le parece sospechoso a Barrés. En efecto, el proceso de desprovincialización exige el sacrificio de muchas virtudes esenciales. Para llegar a esa universalidad, será preciso podar todas las particularidades del terruño.

Así termina la novela. El abogado, Suret-Lefort, en camino hacia la fama y la fortuna, ha perdido hasta el acento y la entonación de su provincia natal. Por tan brillante resultado, lo felicita su antiguo profesor que, después de renunciar a su misión docente, inicia una brillante carrera en la política: "Lo que más admiraba en usted mientras pronunciaba su discurso —le dice— era que se haya despojado de toda entonación y, más general-

mente, de toda particularidad lorena". Eso es lo que más admiraba el profesor Bouteiller, diputado por una pequeña ciudad lorena en que muchos lo consideran como un extranjero o un intruso; pero no es, a buen seguro, lo que admiraba Barrés. Para él, la supresión de toda particularidad y características provincianas no puede considerarse como una ganancia, sino como un mutilación.

* * *

Esos jóvenes tienen, después de todo, una noble disculpa, válida para los mejores, en cualquier tiempo y país: "Es muy posible —dice Taine a Roemerspacher— que la concentración de las cosas del espíritu en París os haya forzado a venir a buscar aquí la gran cultura".

Este es, en efecto, el gran motivo de muchos de esos jóvenes que, desde el fondo de su provincia, se sienten atraídos hacia la capital. Además de cultura, la metrópoli les ofrece medios de vida. ¿Quién podría culpar tan generoso propósito en esa juventud impecuniosa, encadenada por limitaciones de fortuna a un medio mezquino del que aspiran a evadirse?

* * *

Si ahora volvemos los ojos a nuestra América desde el punto de vista que nos propone Barrés, el espectáculo resulta desconsolador. Pues aquí, en este continente, todos somos hijos o descendientes de emigrantes, es decir, desarraigados por excelencia. Toda América, tanto la latina como la sajona, se ha formado por desarraigo, en contraste con el antiguo continente donde el arraigo es desde hace siglos la regla. Cierto es que, si nos remontamos al origen, Europa, como América, es producto de la conquista y la colonización. El proceso inicial entre la Roma que sojuzgó a los pueblos europeos y les impuso su ley y su civilización es bastante parecido al que España llevó a cabo en nuestra América.

A grandes rasgos, la sociedad medieval se creó para oponer un dique a las invasiones bárbaras que, del siglo IV al siglo X se derramaron sobre Europa. Luego, del siglo X al XIV, la cristalización de esa sociedad flotante, formada de razas heterogéneas, fue obra conjunta de la monarquía y de la Iglesia: se tradujo en la institución del sistema feudal. El recuerdo de la unidad lograda bajo la dominación romana nunca se borró: perduró en el concepto y en el mito del Santo Imperio romano germánico. El principal objeto del feudalismo y de otras instituciones medievales fue construir un cauce a las marejadas de pueblos invasores, que se habían establecido permanentemente en las naciones cristianas de Europa.

La estructura de la sociedad medieval ofreció, del siglo XI en adelante, el espectáculo de una imponente inmovilidad. Las diferentes clases formaban

estratos inamovibles. El campesino se arraigaba de generación en generación a un pedazo de gleba, el artesano y el burgués a su ciudad, el noble a su castillo. Todo estaba calculado para favorecer la permanencia y la duración. Los gremios establecían una rígida y minuciosa reglamentación de los oficios, estrictas normas de producción. De arriba abajo, noble o pechero, campesino, artesano o burgués, cada cual recibía al nacer el puesto que conservaría hasta el sepulcro. De ahí una estabilidad que a nosotros, pueblos del Nuevo Mundo, nos es desconocida o que, si al principio se nos impuso a la fuerza, no se compaginaba con el enorme desarraigo de la conquista y de la colonización.

Además, entre nosotros, el único desarraigado no fue el blanco venido de ultramar. Lo fue, con más razón aún, el indígena, trasplantado de su cultura a otra que le era totalmente ajena. Desterrados en su propio suelo, los pueblos aborígenes han sufrido, si se quiere, un desarraigo más violento aún que el blanco. El conquistador castellano, lo mismo que el colono inglés, implantó en el Nuevo Mundo el orden social que trajo de Europa. Conservó su lengua, su religión, su orden político y social. En cambio, al indígena, la conquista le arrancó de un tajo sus más hondas raíces: idioma, religión, orden político y social, todo desapareció, aun el impulso vital de que había brotado su civilización entera. Lo prodigioso es que las razas indígenas no sucumbieran a ese trauma, que hayan logrado asimilar la nueva cultura y que la Virgen más venerada de América se haya aparecido a un humilde indio, cuyos antepasados no muy remotos adoraban a Huitzilopochtli.

* * *

En la América sajona, el proceso es aún más patente: "Los Estados Unidos —dice Otto Schneider en su Geografía de América— están formados con elementos desarraigados de todas las naciones del globo. Solamente a pequeñísimos núcleos de los pueblos americano y canadiense debe considerarse hoy en día como realmente sedentarios y arraigados al suelo, en el sentido en que lo son los campesinos europeos y en gran parte también los verdaderos vecinos de las ciudades. Lo que más llama la atención es la gran movilidad de la población rural... El auténtico campesino norteamericano *(Farmer)* está siempre dispuesto a vender su tierra y a cambiarse a otra parte, si puede hacerlo con alguna ventaja económica... En tiempos de crisis, el desocupado puede trasladarse al lugar donde espera encontrar, si no trabajo, cuando menos subsidios más altos". Es el drama que ha pintado John Steinbeck en *Las Uvas de la Ira*. Es el drama periódico que se observa en México, cuando bandadas de braceros, como aves migratorias, van a buscar bajo otro cielo condiciones de vida más clementes.

Con el desarraigo va aparejado un sentimiento de angustia y de soledad, que debieron de sentir los conquistadores al poner la planta en esta tierra, poblada de humanos tan extraños. A medida que avanzaban, todo lo que aquí veían se les antojaba una pesadilla. Al llegar a Tenochtitlán, se espantaron ante los dioses crueles, sanguinarios, enigmáticos. Y sin embargo, no pensaron en renunciar a la increíble hazaña, digna de los libros de caballería y de los encantamientos de Amadís. No vieron ante sí otro camino que el heroísmo o la muerte.

A su vez, el puñado de peregrinos que desembarcó en las costas de la Nueva Inglaterra, en pos de libertad religiosa, se afianzó fuertemente en un suelo inhospitalario y fue el primer germen de la futura nación yanqui. Los peregrinos son hermanos del conquistador, en cuanto a desarraigo se refiere. Abandonaron la vieja Inglaterra, el calor y la intimidad del hogar para lanzarse a una aventura desesperada. Peregrinos del Mayflower, fundadores de Plymouth, Puritanos establecidos primero en Salem, luego en Boston, pescadores, zapateros, cazadores de pieles ¿quién no admiraría su tenacidad?

Esos primeros pobladores blancos de América no retrocedieron ante la hostilidad de la tierra. Cortés barrenó sus naves y el Mayflower regresó vacío a Inglaterra.

* * *

¿Qué diríamos, pues, nosotros americanos, de la discusión suscitada por la tesis barresiana? Su horizonte no rebasa la provincia francesa en relación con la capital. Ni a Barrés, ni a Gide, ni a Rémy de Gourmont, ni a los demás escritores que terciaron en el debate, se les ocurrió pensar en esos inmensos desarraigos de que nosotros, en América, somos un ejemplo sin precedente. El desarraigo consistía, tanto para Barrés como para sus adversarios, en trasladarse de Nancy a París. Y Gide se jactaba orgullosamente de sus viajes a Argelia. ¡Como si unos breves viajes de vacaciones bastaran para desarraigar!

Al hablar de desarraigados, Barrés compara implícitamente a un individuo o a un grupo humano con un vegetal; pero en rigor, el hombre en sociedad no puede compararse con un vegetal, sino, cuando mucho, con sociedades animales. Ahora bien, la trasplantación y la migración forman parte de los designios de la Naturaleza y están sancionadas por sus leyes. La Naturaleza no quiso mantener a las especies rígidamente encadenadas a un mismo lugar. Las ha dotado del poder de aclimatarse en cualquier ambiente propicio.

En el caso del hombre, el trasplante produjo cambios sobre todo anímicos. El latinoamericano actual, aun de pura estirpe blanca, tiene características propias que lo distinguen de cualquier habitante de la península ibé-

rica, y el yanqui, aun de pura cepa anglo-sajona, no se parece al habitante del Reino Unido. Lo mismo pasa con los idiomas: el castellano y el inglés que se hablan en América han sufrido profundas mutaciones. El proceso de diferenciación y de amalgama prosigue en este continente, no sólo entre cada una de las naciones que lo forman, sino entre cada una de sus provincias y regiones.

* * *

La colonización de las dos Américas, debida al espíritu de aventura y al desarraigo, ha tenido repercusiones decisivas, en la evolución de los pueblos de Occidente. La historia de Europa y de América muestra una serie de acciones recíprocas. Al principio, la influencia fue unilateral, de la metrópoli a la colonia. La situación cambió en ella en la segunda mitad del siglo XVIII.

Las ideas de liberalismo, de igualdad entre los hombres, que entonces brotaron en las colonias inglesas de América, hubieran sido ineficaces en su lugar de origen (pues no cabe duda que se originaron en Europa). Para germinar, fue preciso que cruzaran el océano y se implantaran en nuestro suelo. El trasplante las vivificó. Fue en nuestro continente donde echaron raíces. La joven nación yanqui mostró el camino de la libertad al viejo continente, agobiado de tradición, anquilosado en rígidas formas del pasado. Las colonias españolas aprendieron a su vez la doctrina liberal en las obras de los enciclopedistas. Después de la guerra de Independencia americana, e influida por ella, la Revolución francesa derrumbó la fortaleza, al parecer inexpugnable, del absolutismo y quebrantó la mole de las sociedades estáticas del antiguo régimen. Pero, en tanto que el paso de la colonia a la república, del absolutismo a la democracia se hizo en América sin graves convulsiones, en Europa se necesitaron cien años de conflictos y revoluciones para llegar al mismo resultado. Así pues, en el curso de los siglos XVIII y XIX, histórica y políticamente, América ha influido más en Europa que ésta en ella. Y semejante transformación ha sido obra de emigrados.

La innovación del Nuevo Mundo, con relación al Viejo, fue la instauración, cuando menos teórica, de la igualdad de las condiciones. Este es el gran principio que hizo la grandeza de Norteamérica: "Los emigrantes —dice de Tocqueville en su libro profético, *La Democracia americana*, publicado en la primera mitad del siglo pasado, los emigrantes que vinieron a fijarse en América a principios del siglo XVII desprendieron, en cierto modo, el principio de la democracia de todos aquellos contra los cuales luchaban, en el seno de las sociedades europeas y lo trasplantaron sólo a las riberas del Nuevo Mundo. Allí pudo crecer en libertad y... desarrollarse apaciblemente en las leyes".

Nótese que medio siglo antes que Barrés, de Tocqueville usa la palabra *trasplantar*, pero sin atribuirle ningún sentido peyoritivo.

Con la igualdad de las condiciones, aparecieron en las vírgenes tierras de América variedades humanas desconocidas en Europa: el *pioneer*, el *self-made man*, el capitán de industria, todos ellos hombres de sus obras, del desarraigo y de la libertad.

Poco a poco, el Nuevo Mundo, como por ósmosis o capilaridad, ha ido contagiando su movilidad a la vieja Europa. Aun la clase en otros tiempos más estable, la campesina, es presa, también allá, de trashumancia y nomadismo. Más aún, trátase ahora de un nomadismo organizado. Otto Schneider, el geógrafo alemán citado antes y que escribió su obra hace sólo unos lustros, en 1936, no podría hablar ahora del arraigo del campesino europeo, sino como de cosa del pasado. En este año de 1963, entrará en vigor, en las Naciones del Mercado Común, el reglamento de la libre circulación de trabajadores, campesinos y obreros. El desarraigo se está generalizando, no sólo a todos los países, sino a todas las clases sociales. A su vez, esa falta de arraigo produce un efecto que ya señalaba Barrés a fines del siglo pasado: la despersonalización.

Un ingente proceso de integración se está llevando a cabo ante nuestros ojos. La multiplicación y la velocidad de las vías de comunicación, el advenimiento de la máquina, el inmenso acrecentamiento del poder de producción industrial y destrucción por la energía nuclear, en una palabra, la revolución técnica y todo lo que entraña han derrocado la sociedad estática de antaño.

La industria requiere la máquina, y la máquina exige masas: masas para producir, masas para consumir. Y como las masas, por definición no tienen personalidad, algo de su impersonalidad se ha transmitido a sus partes integrantes. Así ha surgido en la realidad y en la ficción que la refleja un personaje nuevo que no es propio de los Estados Unidos, pero que sin duda se da allá con más vigor que en otras partes: lo ha descrito Sinclair Lewis en *Babbitt*. Es el personaje multitudinario que se caracteriza por su ausencia de características. Babbitt, producto de la gran ciudad, se pierde en su anonimato.

Tómese cualquier novela contemporánea, de los autores y países más diversos y se encontrará en ella una exacta observación psicológica, una trama bien construida y otras muchas cualidades; lo que no se hallará es un tipo como los que abundan en Dickens, Dostoievski o Balzac. El novelista contemporáneo describe a un personaje anónimo, a un personaje-masa. A este personaje le sucede algo que no le es propio, que hubiera podido sucederle a cualquier otro que pertenezca a la misma clase que él. En los *Buddenbrook*, por ejemplo, Thomas Mann sigue la evolución de una familia a través de tres generaciones. El estudio es tan exacto, que un economista, W. W. Rostow,

lo aprovecha como un hecho real para demostrar una ley económica: "En la novela de Thomas Mann —dice— la primera generación buscó dinero; la segunda nació adinerada y buscó posición social y cívica; la tercera, nacida en medio de la comodidad, rodeada de prestigio familiar, se interesó por la música. Las cambiantes aspiraciones de las tres generaciones conceden escaso valor a lo que reciben sin esfuerzo y buscan otras formas de satisfacción". El principal personaje es, pues, la generación o la clase, no los individuos que la integran.

Si, en este advenimiento de las masas, el tipo ha desaparecido, no es por culpa del novelista, sino del modelo. Y es que este hombre de grupo no se determina a sí mismo, sino que lo determina la sociedad. Arman Baschet, que cita George Sand en su estudio sobre Balzac, define así el tipo literario: "Un tipo es una personificación real de un género llegado a su más alta potencia". Así, por ejemplo, Harpagon y Grandet son, con tal potencia, avaros que contienen en sí a todo el género. Cada uno es una pasión encarnada. Lo mismo podría decirse de cualquier otro tipo: el ambicioso, el don Juan, el envidioso, etc. Nuestra época es poco propicia para el tipo, que se distingue violentamente de la masa, en tanto que el hombre actual se diluye en ella.

Cuentan que, a fines del siglo pasado, unos cultos y ociosos aristócratas, en Venecia, se divirtieron en representar cada uno un personaje de la *Comedia Humana*. Ese juego artificioso no sería posible con personajes de una novela actual, acaso con una excepción: el último creador de tipos o caracteres es sin duda Marcel Proust, el novelista a quien suele considerarse menos novelístico. Swann, M. de Charlus, Mme. Verdurin, Cottard y otros son verdaderos tipos. Nótese de paso que Proust fue un escritor fuertemente arraigado, tanto en París, como en su provincia, Combray.

En la introducción a la *Comedia Humana*, escrita al final de su carrera, Balzac dice al lector que la idea de su obra le vino de una comparación entre la sociedad y la animalidad: "En efecto —añade—, la Sociedad hace del hombre, según el medio en que se despliega su acción, tantos hombres diferentes como hay variedades zoológicas. Las diferencias entre un soldado, un obrero, un administrador, un abogado, un estadista, un comerciante, un marino, un poeta, un pobre, un sacerdote, son, aunque más difíciles de comprender, tan considerables como las que distinguen al león, al lobo, al burro, al cuervo, al tiburón, a la foca, a la oveja, etc.". Así pues, Balzac, como Taine y Barrés, insiste en la importancia del medio en la formación del individuo y cree en la estabilidad y permanencia de las variedades humanas.

Ahora bien, esa influencia, para ejercerse, supone cierto arraigo a determinado medio. Y precisamente es lo que está desapareciendo en nuestros días. A pesar de la estrechez de su tesis, Barrés tenía en gran parte razón.

Lo sorprendente es la lucidez y la seguridad de su diagnóstico. El problema, no sólo subsiste, sino que se ha agravado.

En un libro escrito durante la ocupación de Francia por los alemanes en la segunda guerra mundial, Simone Weil, una de las conciencias más claras de nuestro tiempo, dijo: "Dos venenos propagan la enfermedad del desarraigo. Uno es el dinero. El dinero destruye las raíces en que penetra, al reemplazar todos los móviles por el deseo de ganarlo. Supera sin esfuerzo a los otros móviles porque exige un esfuerzo de atención mucho menor. Nada es tan claro y tan simple como un número". El otro veneno, la instrucción, es más sutil. Se trata, como ya lo había señalado Barrés, de esa universalización de la cultura que acaba con la tradición nacional. El Renacimiento provocó una escisión entre la gente culta y la masa; pero al separar la cultura de la tradición nacional, cuando menos la sumergió en la tradición griega. Desde entonces los lazos de la tradición nacional no se han reanudado; pero se ha olvidado a Grecia. De ello ha resultado una cultura que se ha desarrollado en un medio muy restringido, separada del mundo, en una atmósfera confinada, una cultura considerablemente orientada hacia la técnica e influida por ella, muy teñida de pragmatismo, extremadamente fragmentada por la especialización, completamente desprovista de contacto con este universo y de apertura hacia otro mundo".

La técnica es sin duda un principio de unificación; pero es a la vez un poderosísimo principio de disociación nacional y de despersonalización. La técnica es la misma o análoga en China, en Alaska, en Africa, en cualquier parte.

* * *

Con razón, en el debate entre Barrés y Gide, René Doumic observó: "Lo propio de la educación es arrancar al hombre a su medio formador." ¿Qué escritor en cierne resistiría al llamado de la capital, en el fondo de una remota provincia? Esta, en efecto, no cultiva escritores: los expulsa, los sofoca o los tolera a su pesar.

El desarraigo es un estado de ánimo. Se manifiesta en el malestar que resiente un individuo en su lugar de origen, malestar que a veces se torna intolerable y lo impulsa a emigrar. Es el antípoda de la nostalgia, o mejor dicho, es una nostalgia de signo contrario: la añoranza del lugar de origen se convierte en deseo de salir de él. De suerte que un individuo podrá ser arraigado, aunque viva lejos del terruño y otro desarraigado, aunque permanezca en él.

Los individuos más propensos a contraer esa enfermedad del desarraigo son precisamente las raras aves que, desde la infancia, sintieron imperiosa vocación hacia el arte o las letras. Se asfixian en la provincia natal y tratan

de evadirse de ella como de una cárcel. ¡Cuántos dramas íntimos ha producido en las vidas de familias provincianas esa patética situación, por ahora sin remedio! El hijo pródigo emigra a la capital, donde a veces ejerce peores oficios que guardar piaras de cerdos, pero rara vez regresa a comer el ternero cebado en la casa paterna.

¿Cómo retener esa raza volátil? ¿Cómo impedir esa injusta, desproporcionada concentración de los medios de cultura en la capital, mientras la provincia se queda exangüe?

Es un problema de descentralización. Hay países en que la metrópoli lo absorbe todo. Hay otros en que varios centros viven de una vida propia. En esos países, Italia en el Renacimiento, Alemania, Suiza, los Estados Unidos en la actualidad, no se observa la división tajante entre una ciudad privilegiada y el resto del país. Nosotros provincianos podemos sentir la misma secreta envidia que Barrés, al comparar la capital del país con la de su provincia y a ésta con una ciudad universitaria alemana como Heidelberg: "Semejante ciudad merecería convertirse en centro. Mejor que cualquier otra, se la podría convertir en un Heidelberg", dice Taine en la novela de Barrés.

¡Convertir en centro a una ciudad provinciana, he ahí el problema! Hacer de la provincia un lugar en que hablen armoniosamente todas las voces del mundo y se oiga la suya, un lugar en que encuentren calor, abrigo y una vida decorosa esos jóvenes que, en cada generación, ofrendan su juventud y su talento a la gran urbe; un centro y no una periferia, un centro, es decir, un lugar con relación al cual se midan las distancias, lejos del cual estén otros lugares, pero que él mismo esté espiritualmente en el centro de todo!

Más que nunca, hoy en día es necesario poner un freno al universal nomadismo que nos invade y que será cada vez más difícil detener. Lo que pedimos no es el arraigo vegetal de las sociedades de antaño ni la extremada fluidez de las sociedades de la actualidad, sino un arraigo moderado, justo medio entre el provincianismo cerrado y confinado de otros tiempos y el nomadismo de ayer y de hoy.

El arte en general, las letras en particular pueden desempeñar esa función reguladora, que se mueve entre el Caríbdis del provincianismo y el Escila del cosmopolitismo. El remedio contra el desarraigo consiste en dar a esa juventud migratoria un aliciente para permanecer en el terruño, o para servirlo desde lejos.

Hay que distinguir, en efecto, entre el desarraigo y el trasplante. El trasplante es fecundo, el desarraigo estéril. El escritor trasplantado se mantiene fiel a su provincia, a su tradición, a sus valores. Como ejemplo de ese trasplante creador, fuera del mismo Barrés, sólo quiero citar a un autor cuya obra es a la vez jalisciense, nacional, universal. Sería prematuro juzgarla, pues cada año crece y llegará a formar un inmenso mural de la realidad provinciana o

mexicana: desde ahora tiene ya la grandeza de la obra de Orozco. Me refiero naturalmente a Agustín Yáñez. Su pluma limpia y militante como una espada, útil como un arado, estuvo siempre al servicio de su provincia y de su patria. Podría referirme a otros. Si no lo hago, no es de seguro, por olvido, sino por falta de tiempo.

El problema aquí planteado es importante y nadie mejor que vosotros lo comprende. Lejos de sentirme avergonzado al presentarlo a vuestra consideración sin proponer, ni siquiera vislumbrar una solución, me siento a la vez confiado y feliz de haberlo hecho. Si este discurso lograra despertar vuestro interés en tal problema, estoy seguro de que con sólo esto se habría dado un paso hacia su solución.

Para terminar, quiero dar mis más cumplidas gracias a mi querido y admirado amigo, vuestro Director, don Francisco Monterde, autor de tantas obras de un estilo tan nítido y puro, honra de las letras mexicanas y españolas, y pedirle disculpas por la molestia que le impuse, a él tan ocupado, de contestar a este pobre discurso.

Y a vosotros todos, señores, quiero repetiros cuán agradecido y honrado me siento de que me hayáis recibido entre vosotros, como al más modesto operario de la obra magna y conjunta, en que todos vosotros estáis empeñados, para mayor gloria de México.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don Francisco Monterde

Don Salvador Echavarría —a quien me complace dar la bienvenida y agradecer su cordial saludo en nombre de mis colegas— es el segundo de los Académicos Correspondientes de nuestra corporación que viene a confirmar su ingreso con el discurso que acabamos de escuchar interesados.

En la Academia Mexicana Correspondiente de la Española no se había señalado antes esa obligación a sus Correspondientes, a quienes se nombra cuando residen fuera del Distrito Federal, según nuestro Estatuto.

Sólo don Agustín Basave Fernández del Valle, Correspondiente de la misma Academia en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, pronunció aquí, el mes próximo pasado, su discurso de ingreso, al cual dio respuesta el Académico de Número don Antonio Gómez Robledo.

Por insólito, el hecho se recuerda esta noche, en presencia de quienes asisten a la sesión pública a la cual se invitó para escuchar a nuestro Correspondiente en la ciudad de Guadalajara, Jal., don Salvador Echavarría, cuya semblanza trazaré en la respuesta a su discurso.

I

Nació Salvador Echavarría el 10 de enero de 1900, en la capital de Jalisco, donde vio transcurrir los seis primeros años de su vida y a la que retornó antes de ajustar medio siglo.

Desde el año de 1906 vivió en la capital de Francia, donde hizo estudios en los Liceos Carnot y Janson de Sailly, entre 1906 y 1918 en que terminó la guerra inicial de esta centuria.

El año anterior había principiado los de Bachiller en Letras, y el siguiente concluyó su Bachillerato de Filosofía, en la Universidad de París. Inscrito en la Facultad de Derecho, cuatro años más tarde obtuvo la Licenciatura, en dicha Facultad de la Universidad francesa.

* * *

Sólidamente preparado, torna a su patria, y en 1934 alcanza en México el primer lugar, en un concurso de traductores —español, francés e inglés—, al cual convocó la Secretaría de Relaciones.

Aquella preparación y el cotidiano ejercicio, le capacitan para ser, entre 1937 y 1947, Jefe de Redacción de la Revista Mexicana *Síntesis* —que empecé a dirigir a raíz de fundada— y en la cual conté, hasta que dejó de publicarse, por hastío del editor, con su eficaz ayuda y algunas colaboraciones tan señaladas como la de don Alfonso Reyes.

Va después a su tierra natal, donde ha sido, a partir de 1949, profesor en varias instituciones docentes, como la Universidad, en cuya Facultad de Filosofía ha impartido enseñanzas de Literatura, Etica y Estética, entre otras materias que conoce a fondo.

* * *

Su dominio de varios idiomas —francés, inglés, alemán—, fue a la vez aprovechado por editoras mexicanas como el Fondo de Cultura Económica, la Editorial Grijalbo y la Editorial Jus, que le encomendaron la versión, a la lengua propia, de libros importantes publicados en el extranjero.

Gracias a él, tienen traducciones dignas, obras de Karl Manheim: *Ideología y Utopía;* de Henri Pirenne: *Historia Económica de la Edad Media;* de Luppold: *Diderot,* y de Karen Horney: *El nuevo psicoanálisis.*

Para la Grijalbo tradujo, de Arthur Bryant, *Encrucijada del destino,* y para la Jus, directamente del alemán: *Liberalismo,* de Oswald von Nell-Breuning y *Comunismo chino,* de Hermann Sacher. Quienes hayan pasado por ellas sus ojos, habrán podido apreciar la calidad de Echavarría, traductor fiel, siempre cuidadoso del buen uso de la lengua española.

* * *

El escritor, según el criterio que prevalecía en México —y, en general, en Hispanoamérica, antes de 1910—, se había formado, como otros conterráneos suyos, dentro de la tradición imperante desde los días del Modernismo.

Entonces las miradas se volvían hacia París —"cerebro del mundo"—, como ahora se vuelven, con frecuencia, a otros países, al ir en busca de meridianos intelectuales, quizá menos bien elegidos que ése.

Su larga residencia —más de tres lustros— en París, le permitió no sólo familiarizarse con la lengua de Francia: merced a sus estudios universitarios logró conocerla profundamente, hasta pensar en ella como en la propia.

* * *

No sorprenderá que los escritos con los cuales inicia su carrera, hayan sido trazados en francés: al colaborar en la *Revue de L'Amérique Latine*, en el *Mercure de France*, y en otras publicaciones de allá, empleaba el francés con soltura.

En francés, Echavarría escribió su primer, breve ensayo: personal interpretación artística de un pasaje de la mitología náhuatl sobre la creación del sol y la luna.

Titulada su "leyenda mexicana" *La Naissance du Soleil*, Ventura García Calderón la acogió, interesado en lo nuestro —no sólo por estrecha amistad con escritores mexicanos como Reyes y González de Mendoza— y la dio a conocer en un tomito de las Ediciones Excélsior.

* * *

He tenido la satisfacción de leer esa obra en la lengua en que fue escrita y publicada, antes que en la pulcra, leal traducción del francés al español, hecha bajo el seudónimo de "Katia Rochín", por quien estuvo tan próxima al corazón de Echavarría como su propia hermana, lamentablemente desaparecida.

Hablar del valor del original, *La Naissance du Soleil*, de su prosa de flaubertiano abolengo, no estaría en su sitio aquí, esta noche: sería propio de otra Academia, para honrar al autor que hizo suya una lengua extraña, como el poeta de origen cubano, José María de Heredia, al consagrarse con *Los trofeos*.

Elogiar la traducción al castellano: *El nacimiento del sol*, como si fuera el original salido de su pluma, podría herir la modestia de Echavarría —y avivar el intenso dolor que le produjo la pérdida, reciente, de la traductora.

* * *

Baste recordar que, en su primera edición, francesa, *La Naissance du Soleil* apareció en París, en 1927: el mismo año en que se publicó, allá, la versión española de *El Libro del Consejo*, hecha bajo la dirección del Profesor Georges Raynaud, por dos de sus alumnos preferidos en la Escuela de Altos Estudios, uno de ellos, el mismo González de Mendoza, admirado colega nuestro.

Aquel año, sin duda, la atención de algunos de los hispanoamericanos residentes en París, se hallaba fija en tal hecho de singular trascendencia: la divulgación, en español, del libro patriarca de Mesoamérica, la llamada "Biblia de los maya-quichés".

Esa circunstancia puede explicar —entre otros motivos que existen cuando se trata de un escritor como Echavarría—, las resonancias del llamado *Popol Vuh* que, con otras reminiscencias de las teogonías del continente, es posible advertir en su obra primigenia.

II

Como escritor de habla española por su origen, tan exigente consigo en la elección de vocablos, Echavarría se afirmó, en la dura tarea de sintetizar la expresión, análoga a la que hizo de un escritor francés de nuestros días, Paul Valéry, obligado a condensar sus pensamientos en telegramas, un prosista seguro de su estilo, por la forma en que Tácito fue maestro.

Concisión, en vez de prolijidad, fue la tendencia dominante del prosista desde sus comienzos: decir en una página lo que hay en un capítulo; en un parágrafo, lo que cualquiera en una página; en una frase, lo que otros apenas podrían expresar en párrafos abundantes.

Concebir el plan de una obra, con precisión; trazar el proyecto de un libro como se diseña un plano de gallarda arquitectura, y realizarlo, de acuerdo con aquél, sin desviarse del camino fijado previamente, ha sido su norma.

Así llegó a prescindir de lo superfluo en sus construcciones; a eliminar lo accesorio, y emplear únicamente lo que es imprescindible para la comprensión perfecta, en su claro, sobrio estilo.

* * *

Por esas razones, su obra original es —hasta ahora— breve: la integran, con *La Naissance du Soleil*, el ensayo crítico de interpretación de los murales de Orozco en el Hospicio Cabañas (1959), incluido en las ediciones "Jalisco en el Arte", y su amplio estudio sobre la novela, que apareció en las ediciones de la revista *Et Coétera*, en 1961, el cual es acreedor a una atención preferente.

Se aprecia allí tanto el interés del crítico por el género multiforme que es la novela, como su preparación que le permite abarcar —no en una visión panorámica sino con el detenimiento indispensable— a los autores de quienes no se puede prescindir al estudiar aquélla desde el ángulo elegido.

Arranca del convencimiento de que la novela pasa actualmente por una crisis, y al desentrañar algunas de las probables causas de ese fenómeno literario, realiza una exploración apoyada en conocimientos adquiridos por él, indudablemente, no sólo a través de la copiosa información, con la lectura y el detenido análisis de las obras.

La amplitud del tema le obligó a fijar bien sus contornos, ya que va, en su recorrido, de la antigüedad a las proyecciones futuras —pues, finalmente, deja entrever el porvenir de la novela.

* * *

De acuerdo con el título: *La novela como exploración de conciencia*, al deslindar la vasta zona, centrado su estudio en los siglos que van del XVI al XVII: de lo clásico a lo barroco, sigue en ellos las corrientes —no alternas sino simultáneas— del idealismo al realismo, en la novela.

Cervantes, maestro de maestros, es el eje hispano —al que volverá para asistir a su triunfo. Así lo sitúa, como gran realizador de la novela, y las novelas: desde las cortas, que él quiso llamar "ejemplares", hasta la extensa, magistral: el *Quijote*. Queda allí, en su sitio, después de evocar el autor a los precursores e iniciadores.

De la antigüedad al Renacimiento, se ve pasar a imaginativos y realistas, para arribar, en los umbrales de la literatura moderna, a la culminación que marcan las obras de Novalis y Richter, en la literatura germana.

* * *

Ese libro merece mayor espacio que aquel que se le dedica esta noche, pues no será posible detenernos a examinar obra tan extensa, a la vez que precisa en su desarrollo.

* * *

Su estudio crítico *Orozco-Hospicio Cabañas*, ha sido reeditado en México en 1962, con selectas ilustraciones, unas a color y otras en negro, ejecutadas en offset, que reproducen algunos frescos del gran pintor mexicano, de los que pueden admirarse, ahora restaurados, en la capilla del mencionado Hospicio.

El texto de Echavarría, escrito con propósitos de divulgación artística, para ilustrar al visitante, no sólo proporciona los antecedentes necesarios, acerca del edificio en cuya construcción transcurrió, casi completa, la primera mitad del siglo XIX.

Sitúa el crítico al artista; expone los propósitos de su arte ilustrador de multitudes, e interpreta debidamente cada una de las pinturas —medio centenar—, que hacen de la capilla del Hospicio Cabañas uno de los centros de atracción, en Guadalajara, no sólo para los visitantes extranjeros.

III

Viene don Salvador Echavarría a reemplazar, como Correspondiente de la Academia en la ciudad de Guadalajara, a otro escritor tapatío: don José

R. Benítez, quien nació allá el 19 de marzo de 1882, y llegó al final de su vida el 21 de enero de 1957, en la misma capital jalisciense.

Como no es obligatorio para un académico Correspondiente de la Mexicana dedicar parte de su discurso, cuando menos, a honrar la memoria de su predecesor —eso es tradicional entre los de Número, en ésta y otras corporaciones análogas—, Echavarría no ha tenido que recordarlo en su discurso.

Se le pidió —según lo resuelto por la Academia Mexicana el año precedente, antes de que lo nombrase para sustituir a aquel escritor—, que desarrollara cualquier tema en relación con la literatura del mismo Estado en el cual reside, y así lo ha hecho, como acabamos de oírlo.

* * *

El recipiendario, Correspondiente de la Academia desde el 14 de septiembre de 1962, ha querido tratar en su discurso, el problema del desarraigo —preferentemente de los escritores, aunque su desarrollo le haya conducido no sólo de la provincia a la capital, en Francia y en México, sino de América a Europa.

Al darle amplitud y trascendencia mayores que las prometidas, con propósitos de universalidad, se apoyó en *Los desarraigados*, de Maurice Barrés, para disertar amenamente acerca de otras formas de desarraigo, antes de llegar al trasplante.

Trasplante de culturas —transculturación, por consiguiente, según el término que le gustaba emplear a un escritor hispano residente en Cuba, donde ahora se le recuerda poco— fue resultado de la conquista, o de las conquistas, pues hubo varias, del continente americano.

* * *

Desarraigo es desgraciadamente, con sus lamentables consecuencias: desvinculación definitiva, aunque en ella pudiere haber indecisión y luchas interiores, según ha querido sugerir el ilustre escritor ecuatoriano don Gonzalo Zaldumbide, excelente amigo, además, con el título de una discutida obra. Me refiero a sus *Vicisitudes del descastamiento*.

Si en ella alude al conflicto que el intelectual afronta, con la batalla íntima consiguiente, al tratar de desprenderse de lo propio, de su casta —con todo lo que esta voz entraña, no sólo en su acepción recta, *castiza*—, ése vendría a ser el extremo al cual puede acercarse un desarraigado.

Sin llegar a él, en su discurso, Echavarría ha preferido hablarnos sólo del desarraigo, en el escritor de la provincia mexicana —¿hay aún zonas que

justifiquen el nombre, entre nosotros?—, sin detenerse en tal punto, al penetrar en el problema, para no fatigar a sus oyentes.

* * *

Lo apuntó, certero, al mostrarlo con índice acusador, porque es verdad que —salvo excepciones muy contadas—, la mayoría aplastante de los escritores jaliscienses, de la Independencia a nuestros días, salió de los límites de su Estado, que antes formó parte de la Nueva Galicia, para pasar a otros, o venir a la capital de la República Mexicana.

Como no es solamente un problema local, Echavarría prefirió referirse, en su discurso, al desarraigo en las provincias, de Francia o de nuestro país; debido a la atracción que sobre el trabajador, no sólo intelectual, ejercen las capitales, con su cultura y otros afectivos alicientes.

El problema existe, sin duda: y ha existido, a lo largo de la vida pública de México, en particular. Todos podemos comprobarlo en la historia y palparlo en los días presentes.

* * *

El mismo señaló posibles remedios para el mal del desarraigo: medidas que los gobiernos locales, con la ayuda del Centro, podrían tomar, para retener a la juventud que siente la tentación de emigrar hacia aquellos centros que le parecen privilegiados.

A esas medidas pudieran agregarse las procedentes de la iniciativa privada, si los capitalistas siguieran el ejemplo de aquellas excepciones —que por fortuna existen ya entre nosotros y que no mencionaré en este recinto, por no lastimar a quienes imparten ayudas de importancia, sin esperar recompensas o elogios.

Fomentar, con el ejemplo laudable de esos varones de excepción, el desprendimiento de otros, sería una tarea noble que en cada uno de los Estados de la República podrían iniciar quienes sepan hacerlo: aquellos que no resulten sospechosos de trabajar en su personal beneficio.

IV

Mientras tanto, en espera de que eso se realice, nos queda la satisfacción de ver que hay —compensaciones significativas— ejemplos dignos de alabanza, entre los que escriben y piensan, con decoro.

En la ciudad de Guadalajara, para no alejarnos de ella, estuvo el mismo José R. Benítez, quien sufrió el "complejo del retorno", a juzgar por las

páginas —que yo tuve la suerte de conocer, manuscritas—, en que hizo el elogio de España, y otras en las cuales volvió la vista hacia el pasado añorante.

Allí está el recipiendario, de retorno en la tierra natal, donde ancló hace una docena de años, para ser maestro, conferenciante y colaborador, siempre activo, de revistas, no sólo jaliscienses, y proporciona un ejemplo afortunado de trasplante —de México a Guadalajara— Octavio Barreda, él también Hijo Pródigo, catalizador eficaz en las tertulias, que trabaja para sí, callada, silenciosamente, pues muy poco deja trascender de su obra, porque es autocrítico implacable.

* * *

La Academia Mexicana —que se siente satisfecha al ver en su seno a escritores como don Salvador Echavarría, y desea que la honren con su presencia otros tapatíos, además de los que él ha mencionado— gusta de asomarse al interior de la República, siempre que su estática existencia lo permite.

Ha podido conocer y tratar, así, a varios de los escritores de algunos de los Estados, aun de aquellos en que no tiene la forma de contar con activos Correspondientes. Al hacerlo, ha podido apreciar el problema señalado, y también el opuesto, que resulta del acentuado localismo.

En el reciente Coloquio de Buenos Aires, al cual asistí invitado —entre una docena de escritores de América y Europa—, un crítico francés, buen amigo nuestro, Jean Cassou, hablaba del acentuado nacionalismo de México, al cual, según él, es difícil sustraerse.

Sin propósitos de polémica, le respondí que es quizás el único baluarte que se yergue ante un poderoso vecino; pero comprendí que debe resultar incómodo para los que nos visitan, oír hablar constantemente de lo propio.

* * *

Así ocurre, a veces, al viajero que al recorrer la República, fuera de ciudades acogedoras, tropieza con un grupo atrincherado en el regionalismo, casi feroz, como de soldados que defienden con encarnizamiento su reducto.

Ante la actitud anacrónica de quien odia lo que viene de fuera y arremete contra el que considera como intruso, resulta reconfortante considerar que hay ciudades abiertas —sin rencor, sin desconfianza—, en las que el visitante recobra el equilibrio.

* * *

Se piensa entonces, con gratitud, en quienes —afortunado trasplante— se afirman en tierra que no es la suya, sin sentirse desarraigados en ella: caso

que señaló Echavarría. Allí reconstruyen y evocan, en sus libros, con natural nostalgia, el paisaje en que la vista se posó, en horas infantiles, o confrontan aspectos sociales, con fines de testimonio o denuncia.

Sabemos bien —por la experiencia y la memoria— cómo los que sobreviven y se salvan, no sólo en la provincia de Barrés, son los que han hecho estudios amplios — aparte, por supuesto, la voluntad que los sostiene.

En la margen opuesta continúan aquellos que, sin preparación alguna —o únicamente con la elemental—, no se deciden a partir, y se estancan o pierden, a pesar de todos los estímulos, pues de nada sirve la esplendidez de los Mecenas, si los beneficiados carecen de cultura.

* * *

La Academia Mexicana solicita con empeño la contribución de escritores que radican en los Estados: la requiere de sus Correspondientes —sobre todo, de los compatriotas—, no sólo para resolver las consultas de instituciones o particulares y para enriquecer, con los mexicanismos que debe incorporar al diccionario, el caudal de la lengua.

Son indispensables, en su seno, más escritores no sólo descollantes por su estilo: maestros, filólogos; especializados profesionales, poseedores del acervo de noticias que sólo se obtienen gracias a bien orientadas y frecuentes lecturas.

Por eso recibe con satisfacción, esta noche, a un escritor tan bien preparado como don Salvador Echavarría; poligloto que —sin menoscabo de la lengua hispana— realiza en Jalisco trascendente labor intelectual, después de que dio su rendimiento en otras latitudes.

Erudito recatado —distinción, parquedad, elegancia—, con norte bien definido en las pesquisas, que sabe adónde va y cómo arriba en sus cruceros, sea bienvenido y llegue aquí siempre que pueda, para tomar asiento entre amigos y colegas, dispuestos a escucharle gustosos, como ahora.

DESTINO DEL CANTO*

Por don RUBÉN BONIFAZ NUÑO

Señor Director de la Academia,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

No QUIERO disimular, no podría disimularlo aunque quisiera, el orgullo que siento al estar entre ustedes. No sé cuáles puedan ser los merecimientos que tenga yo para haberlo conseguido. Acaso, más que los que provienen de mi decidida vocación por las letras, sean los que se fundan en mi buena suerte de que me ampare la estimación de mis maestros. En todo caso, me enorgullezco profundamente de la obligación, a que en adelante estaré sujeto, y de la que intentaré ser digno con todo el esfuerzo de que soy capaz.

Quede aquí, desde ahora, el testimonio de la deuda de gratitud que con mis maestros me liga. En primer lugar, con los que me juzgaron merecedor de pertenecer a esta Corporación, y que para ello me propusieron: con don Julio Torri, con don Francisco González Guerrero, cuya reciente pérdida final tanto lamentamos; con don Agustín Yáñez, a cuya estimulante y generosa amistad me alegro de reconocer que debo cuanto haya hecho o pueda llegar a hacer en el difícil trabajo de la creación literaria. Después, con los que apoyando la proposición de aquéllos hicieron lícita mi presencia en este sitio y en este momento.

La obligación a que me he referido se incrementa por la calidad de la persona que ocupó antes que yo el sitial que ahora se me otorga.

Al hablar de José Vasconcelos se me hace presente más que nunca mi propia pequeñez, y sólo desarmado por la plena conciencia de ella me atrevo a recordarlo en voz alta. A evocar, así, la figura de aquel hombre en quien la vida crecía incesantemente con el aparente desorden de una gran primavera; aquel en quien se combatían sin tregua enormes fuerzas contrarias que muchas veces fueron inconciliables. Señor de la dualidad, como el dios terrible de los nahuas que se inventaba a sí mismo; poseedor de dos rostros opuestos,

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 30 de agosto de 1963.

como el Jano de Roma, que encendía la guerra frunciendo el ceño colérico y sonreía a la bienaventuranza de la paz, fue conducido por un anhelo de unidad humana; de unidad del individuo dentro de sí consigo mismo, y fuera de sí con el conjunto de los hombres con quien comparte la vida; unidad en la libertad y el conocimiento, apoyados éstos en la responsabilidad que vuelve incorruptibles a los hombres. Apto para perdonar una ofensa hecha a su persona concreta; implacable con quien se atreviera a ofender a la sociedad. Grande de suyo, vio aumentada siempre su estatura porque encarnaron en él ingentes ansias colectivas; y a menudo sintió que su sueño era acción, y su acción era traspasada por la lumbre del heroísmo. Y supo que la acción conjunta era la única efectiva, y procuró reunir a los hombres por medio de la cultura, e integrar la cultura con las herramientas de la educación. Y todo esto mientras en su interior trababan combate sin término Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, la vida y la muerte, el amor y la cólera, y Minerva era a menudo insuficiente a conciliar los poderes de Dionisio y Apolo, de la pasión y la inteligencia. Solidario de los vencidos, no compartió el júbilo del vencedor, sino la gloria de la plebe colonial que soñaba con la ruina del imperio; consciente de que la prosperidad de la idea radica en el derroche, fue pródigo hasta excederse a sí mismo. Y del roce de su espíritu con la vida brotaron llamaradas oscuras originadoras de deslumbramiento. Sometido a pruebas supremas, hubo de ser, primero, su madre, y su padre después, para tener la virtud de comenzar a ser él mismo. Y fiel a todo lo que él iba siendo en sí y por sí, no pudo permanecer con los brazos inmóviles ante el espectáculo de la vida que sacudía las cosas en torno suyo; rechazó el indigno traje del espectador o del testigo, y en todo tomó la participación que le dictó su espíritu o su sangre. Y alzó vuelo, y abrazó en él a la América india y latina, como las alas del cóndor y el águila que guarecen el escudo con que dotó a la Universidad de México.

Muchos pueden decir que se equivocó al juzgar, y tal cosa puede ser admitida. Es lugar común que nadie puede ser juez y parte en una causa. El, para no pecar de vileza y cobardía ante sus ojos, tuvo que ser juez y parte en todas las que juzgó, porque fue parte en todas las causas. No rechazó ninguna, a nada se negó donde hubiera posibilidad de comprometerse sin traicionar la íntima lealtad a su ser. Pero con todo eso, su obra y su vida, como todo cuanto ha nacido de algo muy grande, levantan cimas eternas alumbradas por un sol sin muerte. Allí queda la maravilla de sus abundantes páginas perfectas, cuya vibración apasionada o cuya lúcida fuerza espiritual lo establecen sólidamente entre nuestros clásicos irrenunciables; allí, su magna obra de educador que señaló, con infalible certeza de iluminado, caminos redentores que todavía no acaban de recorrerse; allí, su búsqueda de historiador dirigida al encuentro de los argumentos que hicieran al pueblo susceptible de salvación;

allí, también, las luces de su filosofía, que constituyen un sistema coherente y difícilmente atacable, original en medio de sus cercanías y distancias con respecto de los demás sistemas filosóficos vigentes.

Pero sobre todas cosas, permanece allí la presencia insustituible del gran hombre; del hombre grande y nuestro, vencedor incansable de toda medida; del ser humano que tomaba en serio la existencia, y que en su conjunción de impulsos adversos nacidos acaso de la circulación interior y vehemente de dos culturas y de dos sangres en conflicto, juntó las potencias de la videncia y de la voluntad, y las llamó a conciencia, y, sin apartarse de la dirección hacia una altísima misión común, se mantuvo inconmoviblemente de acuerdo con su propio ser, y se creó a sí mismo como el alucinado anunciador de un posible renacimiento mexicano.

Quizá por todo esto, entre los problemas que lo ocuparon estuvieron de manera sobresaliente los que plantea nuestra índole mestiza. Ejemplo eminente él mismo de ese tipo humano en el que diversos elementos entran en pugna, vio con claridad de amanecer las consecuencias buenas y malas, las luces y las sombras, el claroscuro vital originado en el movimiento de nuestra sangre mezclada. Pues si mezclada es ésta, mezclados han de ser por necesidad nuestros modos de vida; los frutos de nuestra cultura serán mezclados, y mezclada, en consecuencia, será nuestra literatura, en la que se marca, junto a impresiones más recientes, la huella espiritual de abuelos entre sí muy distantes.

Y tal vez no sea inútil, por ello mismo, remontar hacia su principio el camino sembrado de tales huellas, y buscar en la poesía de dos de las principales colectividades de que provenimos, en la de los latinos y la de los nahuas, particularmente, algunas señales que nos ayuden a encontrar un rumbo definido que supere la situación, tan confusa a veces, en que se mueven nuestras letras actuales.

Para ello, pues, ahora me ocuparé, un poco someramente, en estudiar tres de los sujetos comunes a la poesía de unos y otros, indagando sus probables diferencias y semejanzas. Tales sujetos serán la guerra, la muerte y la amistad. Todos tres, materia insistente en ambas poesías; todos motivo de constante preocupación. Y tal vez el examen comparado nos orientará hacia la noción que los dos grupos humanos tenían de la poesía, y a través de ésta se nos mostrará su concepción del mundo, su visión última del hombre y de las cosas.

Dice un poeta: "Ni la piedad dará demora a las arrugas, a la instante senectud y a la indomada muerte."[1] Y otro, empujado por una convicción de apariencia semejante, afirma: "No para siempre estamos en la tierra; sólo un poco aquí."[2]

Un gran dolor pasa de claro la voz de los que cantan; una certidumbre voraz, una conciencia que se rebela. Y el tiempo en fuga irreparable, de

Virgilio, y el día que se va, de Catulo, hermanan su rostro con las cosas que irremisiblemente nos van dejando, de Nezahualcóyotl. Pero si se ahonda, siquiera sea de modo superficial, en la corriente del canto; si dejamos que el ánimo bucee con los ojos abiertos en las ondas de esa corriente, empezaremos a advertir separaciones irreducibles, cursos acaso contrarios.

Se lamenta el latino de un dolor individual; ve la irremediable caducidad de su propio ser único; se siente morir como hombre, y frente a la muerte comprende que está solo y sin armas. No es ajeno el nahua a ese dolor; lo padece también, y lo asume todo el tiempo que vive en la tierra. Pero el sentido de su canto va más allá. El siente que la muerte que lo rodea es una amenaza total. No es sólo él quien muere: desde los cuatro rumbos horizontales del universo, y desde lo que hacia arriba y hacia abajo sobrepuja lo que somos, llega la ominosa presencia de una destrucción cósmica inminente; de una noche sin fondo en la que el mundo, despedazándose, se hundirá sin remisión.

Y en tanto que a su certeza de la muerte, a la que no retarda ni siquiera la fuerza de la celosa piedad, el latino opone el anhelo de ser en el presente, gozando hasta el fondo el vaso del instante que huye, negándose a incoar esperanzas desproporcionadas con la brevedad de la vida, y sabiendo que nada podrá destruir lo que una vez trajo la hora fugitiva, el nahua, en tanto, conoce que ese gozo es muy poco más que nada, y que lo único que acaso sea bastante a detener la venida de la muerte general es su propia muerte de individuo, que se sacrifica para mantener el inestable equilibrio del universo. Pues "¿no a la verdad es flor preciosa, muy anhelada y ambicionada, morir con muerte florida, morir con muerte deleitosa?"[3] Y porque aquí "sólo un instante dura la reunión, ninguno de tus amigos tiene raíz, sólo un poco aquí nos damos en préstamo".[4] Aun "la nobleza en el campo de la guerra, con la que se enlazan el señorío y el mando, sólo son secas flores",[5] y al fin: "¿a dónde iremos que la muerte no exista?"[6]

Ha pasado el mundo por cuatro edades, cada una de las cuales terminó de manera violenta, descuajada por el torbellino de un cataclismo. Ahora, merced al sacrificio de los dioses que ofrendaron su sangre para hacer vivir a los hombres, existen éstos sobre la tierra. Y para que se prolongue esta quinta edad, a fin de preservar la subsistencia de este sol, los hombres deben corresponder al sacrificio de la sangre divina con el de la propia sangre, vertida en el altar o en el floreciente campo del combate: "Corazón mío, no temas: en medio de la llanura quiere mi corazón la muerte de obsidiana. Sólo quiere mi corazón la muerte en guerra."[7]

Y con todo esto, el terror que ocasionaba el amago solemne del aniquilamiento cósmico latía sin reposo en la medula del ser humano, cobraba fuerzas y crecía como una marea de angustia cuando se acercaba el día 4 Mo-

vimiento, lo que ocurría una o dos veces al año, fecha en que, según el calendario mágico, peligraba la vida del universo, y se encrespaba con impulso casi inconstrastable cada vez que se cerraba, al término de cincuenta y dos años, la atadura de un siglo, y se apagaba el fuego para esperar el acabamiento del sol. Y cuando este acabamiento se evitaba, y llameaba de nuevo la luz desde el pecho sangriento de un hombre recién sacrificado, renacía la débil esperanza de durar un poco todavía. La esperanza débil, oscurecida por el temor indesplazable.

Luego, el universo asumía carácter azaroso, y todo lo perteneciente a los hombres era sí, tenido como en préstamo, como tomado por casualidad: "Porque no segunda vez venimos a la tierra . . . ¿Son llevadas las flores al reino de la muerte? Solamente prestadas las tenemos. Es verdad que nos vamos."[8]

¿Qué convencimiento del latino podría equipararse en sentido con esta convicción? ¿No era la suya una concepción que se oponía a la nuestra? Firme su mundo, era indestructible, merecedor de confianza inagotable. Y si un poeta nahua hubiera hecho a un poeta latino su pregunta: "¿Qué está por ventura en pie?",[9] éste habría respondido sin duda: "Roma."

La Roma sin límites ni tiempo; Roma, cuya duración se tomaba como medida de la eternidad de la poesía. "Seré nuevo en la gloria que vendrá, mientras suba al Capitolio el pontífice con la tácita virgen",[10] se ufana Horacio; y Ovidio, pensando en lo que de eterno tiene él a pesar del iracundo poder de Tiberio, concluye: "Mientras desde sus colinas la Marcia Roma mire domado el orbe entero, seré leído."[11] Señora del mundo se levantaba la ciudad para siempre, y el ciudadano, que al tenerla era tenido por ella, con ella estribaba sobre la inmovilidad de la tierra. Qué lejos de parecida certidumbre simpatizamos con nuestro Ayocuan, y comprendemos y compartimos su angustia de ser, que lo llevaba a andar repitiendo por dondequiera, en su mundo vacilante, un deseo sin ilusiones: "¡Que permanezca la tierra, que duren en pie los montes!"[12] Y de seguro, al repetirlo, sentía mezclarse en su corazón, esto es, su movilidad esencial, el voltearse de la tierra y el desempeño sacudimiento del cielo. Abandonado estaba, perdido en sus entrañas, sin encontrar.

Relacionadas en lo más íntimo con lo anterior, y mostrando, asimismo, una oposición original en la actitud humana de quien las expresa, pueden hallarse en la poesía nahua y en la de Roma afirmaciones que encierran el concepto que esos pueblos tenían de la guerra.

"Esto cantaba mientras César, magno fulmina en guerra junto al Eufrates hondo, y vencedor dicta leyes en dóciles pueblos, y ensaya el camino al Olimpo",[13] escribe el poeta romano. Y el de México canta: "Ah, las flores del escudo humeante no en verdad, no en verdad; jamás cesarán, jamás acabarán."[14] "En ningún tiempo ha de cesar la guerra florida."[15] O bien: "Ya el

Sol prosigue la guerra: sean arrastrados los hombres: todo acabará en conjunto."[16]

A poco que se observe, se percibirá claramente el espacio que separa en orientación los poemas que se confrontan. Mientras el romano, servidor de la política imperial de César, mira en la guerra, reprobable por sí misma, un instrumento de paz, una manera de civilizar a las naciones sometidas por la fuerza, templando los ásperos siglos para deponer finalmente las guerras, el nahua, seguidor o víctima de las doctrinas políticas y religiosas de Tlacaélel, la concibe como una obligación que no tiene objeto pacífico. De acuerdo con tales doctrinas, el campo de batalla habría de ser como un mercado perpetuamente abierto en el que el Sol, por medio de su ejército, acudiría a comprar, con la sangre y la cabeza y el corazón y la vida de éste, víctimas para el sacrificio: "Es tiempo ya de que el Sol sea complacido. Hacen estruendo los escudos, dispuesta está la sociedad que ha de coger prisioneros."[17]

Dicho más brevemente: aunque tanto México-Tenochtitlan como Roma luchaban por su propio engrandecimiento, la guerra imperialista de Roma tenía como fin la paz, que permitía a esa nación un dominio estable sobre las otras. Por el contrario, la guerra florida de México-Tenochtitlan perseguía un estado bélico permanente, que al cabo fue la raíz de la cual creció su perdición definitiva.

Los poetas mexicanos y los latinos reflejaron en sus cantos esas dos actitudes. Véase, por ejemplo: "La mansión del águila, la mansión del tigre perdura: así es lugar de combates la ciudad de México. Hacen estruendo bellas, variadas flores de guerra. Se estremecen."[18] "Abrácense los águilas y tigres, en tanto que resuenan los escudos. Los príncipes están reunidos para el festín: van a coger prisioneros",[19] y compárense estos versos con los que siguen: "Las guerras, detestadas por las madres";[20] "Entonces la matanza para el género de los hombres; entonces los combates nacieron, y para la muerte cruel se abrió un camino más corto";[21] "El día que acabó la guerra, terminó para ti la ira de la guerra";[22] "Pueda la belicosa Roma dar leyes a los medos";[23] "El cántabro . . . nos sirve, domado con tardía cadena; ya los escitas, aflojado el arco, piensan dejar nuestros campos."[24] O todavía: "No temeré tumulto ni morir por la violencia, mientras César gobierne las tierras."[25] Y más aún: "Ojalá, oh caudillo benéfico, des largos días de fiestas a Italia."[26]

Y al ir de nuevo a los cantos aztecas, sentiremos que es más honda la diferencia, más penosa de salvar la distancia: "Nada como la muerte en guerra, nada como la muerte florida ha llegado a hacer preciosa el dador de la vida. Lejos la veo: la quiere mi corazón."[27] "Luego se marchita la flor del escudo; la tenéis prestada, oh príncipes. Nadie la verá llegar a su fin, porque habremos de irnos a la región del misterio."[28] Y por último, para no hacer interminable la copia de los ejemplos, trasladaré aquí la siguiente estrofa,

cuya exclamación inicial relumbra de tan familiar para los que nacimos en esta tierra, y cuyas últimas frases parecen contener la almendra de cuanto hasta ahora he pretendido dejar en claro a propósito de lo que la poesía nahua dice de la muerte y la guerra: "Si tanto sufrimos, muramos: ¡ojalá ya fuera! Digan los amigos, reprendan los amigos, águilas y tigres. ¿Qué hacer? !Hazlo! ¿Qué hacer? ¡Tómalo! La flor que hace vivir el mundo, sin merecerla se toma, o quizá no se toma, en el lugar de la angustia y la congoja, donde está la gloria, junto a la gloria, en la llanura."[29]

Y si la muerte era para el latino la indivisible muerte de cada uno, y la guerra, camino de la muerte, la consideraba algo en sí mismo odioso, justificable únicamente por la paz que a su extremo se hallaba, para él lo sustancial será, en el campo de la amistad, la relación sin intermediarios entre un individuo y otro, el problema concreto de la relación de hombre a hombre. Por medio de la comunión personal con otro, el latino se defenderá del temor que lo aflige, y en esa comunión intentará salvarse, salvando, a la vez, a alguien insustituible a quien ama. Sembrada profusamente de los testimonios de esta posición, se encuentra la obra de los poetas latinos. Habla así Catulo, por ejemplo, de los dulces grupos de los amigos, y aconseja amar y vivir, dado que una vez que muere para nosotros la breve luz, habremos de dormir en una sola noche perpetua;[30] y Horacio, poseído de la furia de disfrutar los bienes que el instante brinda furtivo, y sabedor de que ninguna cosa es cumplidamente feliz,[31] procura la compañía del amigo en quien siente que está depositada la mejor parte de su alma,[32] pide que el buen amigo sobrelleve los defectos del amigo, y en esto cifra la felicidad: "Y los dulces amigos me perdonarán si en algo pecare por tontería, y a mi vez soportaré de buena gana sus faltas, y como particular viviré más feliz que tú que eres rey."[33] Y concluye: "Mientras esté en mi juicio, yo ninguna riqueza igualaré con un amigo jocundo."[34]

Y Ovidio, desde su quejumbroso destierro en el Ponto, recurre sin descanso a la amistad para ablandar su dolor solitario. A la exclusiva amistad de cada uno de quien se acuerda: "Aquellos amigos a quien amé con fraterno modo";[35] "Tú, también en otro tiempo esperanza de nuestras cosas; que eras refugio para mí, que para mí puerto eras",[36] y en su desventura se lamenta: "Este accidente padecí también: que tú, amigo, estuvieras ausente";[37] y asimismo llama a un amigo parte magna de su alma, y se duele repetidamente de haber perdido, junto con la cálida morada en Roma, el amor de sus amigos: "Mientras seas feliz, contarás muchos amigos; si fueren los tiempos adversos, estarás solo."[38] Y "ningún amigo irá a las perdidas riquezas."[39] Continúa el gemido sin consuelo: "Torpe es secundar la desgracia y someterse a la fortuna, y si no fuere feliz un amigo, renegar de él."[40] Por el contrario, rinde la alabanza de su gratitud a quien no lo aban-

dona, y le escribe: "Amparas al antiguo amigo en las cosas adversas y con tus auxilios proteges nuestras heridas."[41]

El poeta nahua, de pie sobre un filo que se desmorona hacia dos barrancos; como entre sueños colocado en el borde movedizo de la tierra mordida por las aguas, hallará en la amistad el único asidero accesible, la única certidumbre que lo libertará, siquiera sea transitoriamente, de la ruina constante que lo asedia. Y por ello mismo quizá, porque la muerte que teme es la de todas las cosas, su sentimiento amistoso no irá hacia un ser concreto, sino que se tenderá desoladamente hacia la totalidad de los hombres. Y de modo opuesto al latino, que necesitaba en primer término ser romano para después llegar a ser amigo, el nahua tendrá que ser amigo para alcanzar la calidad de miembro de su grupo social. Busca así el poeta la realización de la hermandad, de la colectividad solidaria, como equivalente del florecimiento de la amistad: "Todos unidos en el camino mostrad esfuerzo: . . . ¿Qué será de vosotros? Empero, empiece el baile; cantad, amigos míos."[42] Pues solamente la unión universal de los amigos vuelve asequible el valor y da fundamento visible a la vida. Y, por otra parte, no más que el hecho de compartirlas presta mérito a las cosas: "Pero ya que he venido a saber a este lugar, iré a comunicarlo a mis amigos, para que en todo tiempo vengamos acá a cortar las preciosas diversas flores fragantes, a entonar variados hermosos cantos."[43] El poeta quiere escapar de la muerte; pretende salvarse de la disolución impuesta por el sacrificio y la batalla, y el medio que para lograrlo propone, en verdad el único que se le ofrece, es la relación humana construida sobre bienes poseídos en común. "Cómo, ¿no oís, amigos míos? Vayamos, vayamos. Dejemos el vino del sacrificio, el vino de las divinas batallas. Bebamos allá, gustemos en nuestra casa el vino de fragantes flores, sólo con el cual se perfuma y embriaga nuestro corazón, se hace feliz y se deleita."[44] "Es lluvia de flores preciosas blancas y fragantes, que se desata, vuestra amistad."[45] Porque ésta permite la comunicación y enlaza la sociedad de los humanos: "Alegraos y conversad unos con otros: oh, amigos, llegó ya vuestro amigo."[46] Y a pesar de que a veces pone duda en la duración de la amistad sobre este mundo, y se pregunta si son fieles los hombres, y a pesar de que apenas tiene una esperanza endeble de que la amistad permanezca más allá de la muerte, esperanza que alguna vez manifiesta, como cuando dice: "Mientras yo sufro en la tierra, ¿allá donde ellos viven, se unirán en amistad?",[47] o bien, haciendo una las ideas de amistad y dicha: "¿Hay allá alegría, hay allá amistad? ¿O solamente en la tierra hemos venido a conocernos?",[48] a pesar de todo eso, encuentra en la amistad su máxima afirmación; sabe que son verdaderos los corazones de los amigos, y sobre esta certeza edifica un refugio para su indigencia, refugio donde a sus ojos aparece verdadero él también entre los demás: "También yo he venido a hacer

amigos aquí",[49] exclama; "Esta tierra es lugar de la unión";[50] y en resolución identifica expresamente, valiéndose de un paralelismo sinonímico, las dos ideas que lo preocupan: la amistad solidaria de los hombres y el arraigo en la vida: "Es verdad que nos hacemos amigos, es verdad que se vive en la tierra."[51]

Y considerando lo que antecede, podría uno preguntarse: la poesía, ¿para qué servirá? ¿Cuál es en la tierra el destino del canto? Además, es general la tendencia de los poetas de todos los lugares y de todos los tiempos, a poetizar sobre su propio quehacer, y a dejar así a la posteridad el concepto vital de lo que para ellos es la poesía. Ese concepto, entre los latinos, corre por tres vertientes principales: el poema es mirado como un instrumento para evitar, por medio de la fama póstuma, la muerte individual; o como una herramienta para edificar un recinto de agradable descanso entre el doloroso hervor de los trabajos del mundo, o, finalmente, como un arma para corregir, criticándola, la organización social en la que viven.

También en este orden los ejemplos abundan: "Con ala no usual ni débil, vate biforme seré llevado por el aire claro, y no moraré más en las tierras, y mayor que en la envidia dejaré las ciudades. No moriré yo, sangre de padres pobres . . . , ni por la onda Estigia seré retenido."[52] "He de buscar la vía por que yo también pueda alzarme del suelo y volar, vencedor, en boca de hombres."[53] "Mas no morirá de vejez la fama conquistada por el ingenio; la gloria para el ingenio permanece sin muerte."[54] "Si pues algo de verdad tienen los presagios de los vates, luego, cuando muera, no seré tuyo, tierra."[55] "Finalmente, la gloria da al ánimo no parvas fuerzas."[56] Un solo y mismo aliento impulsa los versos trasladados: la seguridad de que el poema superará con mucho el plazo de la vida terrestre. Cambia el modo de los autores, pero queda uno, en el fondo, el canto.

Aparte de la vía para ascender a la fama eterna, busca en el arte el poeta latino el reposo grato, la serena paz que el ejercicio poético le otorga: "Cuando es dado algo de ocio, me divierto escribiendo",[57] confiesa éste; y aquél: "En ese tiempo . . . , me alentaba la dulce Parténope, a mí, discreto en los deleites de un ocio plebeyo."[58] Y otros vienen a coincidir con ellos: "No buscaba la fama, sino el descanso."[59] "Con los cantos busco los olvidos de las cosas miserables."[60] "Los cantos son alegre trabajo."[61]

Inconforme con las cumbres de la sociedad que lo cerca, el poeta se valdrá del arte para intentar corregirlas. Probo él mismo, y honesto, sentirá en sí la fuerza moral bastante a condenar las deshonestidades y la falta de probidad de los otros. ¿Qué se podrá decir en contra, "si alguien, siendo irreprochable, maldijere a los dignos de oprobio"?[62] Alguno, dirigiéndose a un amigo, le escribe: "Eres pulido en el habla común . . . , en raer fatigantes costumbres docto, y en reprender el vicio con juego honorable."[63] Y uno

más, después de condenar, iniciando su enumeración, las muchas perversiones de la ciudad, declara que al verlas es "difícil no escribir una sátira".[64]

Aunque para el poeta nahua no es indiferente, en apariencia, el tema de la gloria póstuma, y en ocasiones significa que si se ha de ir, quisiera dejar a lo menos flores y cantos como señal de su paso por la tierra, sabe profundamente que aun las criaturas del arte son efímeras y no tienen raíces: "Los toltecas pintaban —dice—: se fueron acabando sus libros de pinturas."[65] También a veces, habla del placer del canto como de una suerte de ameno solaz: "Nadie se deje dominar por la tristeza, nadie ponga su pensamiento en la tierra; aquí están nuestras flores y nuestros bellos cantos."[66] "Gozad, amigos míos; sea el baile, entre las flores está mi canto. Yo soy cantor."[67] Pero a pesar de todo, mucho más alta es para él la que se diría que toma por finalidad última de la poesía. No quiero referirme aquí al sentido exclusivamente religioso de la poesía que celebra lo divino, al canto meramente ritual, sino tan sólo a aquellos aspectos del arte en que mejor se manifiesta el sentir dolorido del hombre abandonado de todos, que procura integrar, integrándose él también dentro de ella, una compañía que le preste el vigor suficiente para enfrentarse al absoluto derrumbamiento de las cosas. En tales aspectos se manifiesta, a mi ver, el destino esencial atribuido al canto, que en ellos aparece y vuelve a surgir insistentemente, llegando a proporcionar una visión que podría llamarse fundamental. Y esta visión descubre a la poesía como la condición que permite realizar la comunidad entre los seres humanos; esto es, la concurrencia que se extiende hacia la única salvación alcanzadiza. En esta tierra a malas penas habitable para el hombre, en este sitio que no es de bienestar, en donde no hay alegría, en donde no hay dicha, el poeta se estima responsable de la comunidad; se pregunta: "¿Por mí, acaso, cesará la hermandad; por mí, acaso, cesará la unión?"[68] A él se le exige: "Tú darás deleite a los nobles, a los caballeros águilas y tigres."[69] Y si se recuerda que la nobleza era en alguna forma sinónimo de la hermandad, el sentido de lo anterior se insinúa con cierta precisión: el cantor une a los nobles, deleita a la nobleza, con los lazos suscitados por el canto. Y este sentido se aclara de todo en todo con lo que sigue: "Sólo con flores circundo a los nobles, con mis cantos los reúno",[70] y se ratifica de modo definitivo al afirmarse, primero: "En verdad apenas vivimos, amargados por la tristeza"; y después, contrapesando la melancólica certidumbre, con esperanzada fe: "Con mis cantos, como plumas de quetzal entretejo a la nobleza."[71] Es como si dijera: si es verdad que la vida es breve y triste e insegura, también lo es que los cantos encierran la virtud de establecer la reunión fraternal.

Además, después de haber identificado, ya lo hemos visto, la amistad con la vida en la tierra, el poeta hará una la verdad del hombre, la raíz que le presta sustento, y la raíz de verdad de la que el canto crece. Y dice:

"¿Acaso son verdad los hombres? Porque si no lo son, ya no es verdadero nuestro canto."[72] Podrían aducirse muchos ejemplos más; algunos ya los di cuando hablé del asunto de la amistad, y todos vendrían a probar lo mismo. Pero hay uno solo en el que, en una síntesis acaso irrebatible, se expresa la misión atribuida a la poesía como fundadora de la colectividad. Me refiero al fragmento que cuenta la manera como se fundaban las ciudades: "Se estableció el canto, se fijaron los tambores; se dice que así principiaban las ciudades: existía en ellas la música."[73] El canto, cimiento irreemplazable de la ciudad, lo era de la comunidad también; pues resalta con evidencia que al hablar de la ciudad se nombra, antes y después de todo, a la comunidad de los hombres que la habitan. Yendo un poco más lejos: al ser la comunidad la raíz del hombre, y el canto la raíz de la comunidad, el canto resulta fundamento del hombre y condición imprescindible para que se realice su ser.

Y acaso sea lícito, repasando lo que hasta aquí ha sido expuesto, tratar de comprender el sentimiento y la concepción particulares que los latinos y los nahuas tuvieron del hombre y del mundo, ya que los poetas pueden representar en su mayor pureza el espíritu de los pueblos que los producen.

Tiende el poeta la abierta mirada sobre el mundo que habita, y lo recoge en ella, lo reúne; lo comprende y lo comunica, comprensible. Gracias a él, nosotros, hombres comunes, columbramos ese mundo en un instante inmóvil; lo columbramos iluminado y a salvo de la muerte.

El poeta latino, a su modo, nos sitúa frente a un mundo sólido, dentro de una comunidad cierta y casi inexpugnable, que él recibe como un legado de quien lo antecedió. En esa comunidad actúa el poeta, y espera, y propone una acción a los demás. Y propone una esperanza. Inconforme con lo que tiene, trata de modificarlo, mejorándolo. Señala las aberturas que ve en los muros que lo defienden, apunta los medios de resguardarlas. Desarmado él mismo en su índole perecedera, reclama su dignidad de ser en libertad, y resiste la incesante embestida del tiempo que implacable lo acerca a su fin, y para eso se vale de lo que no puede serle arrebatado: el momento en que está viviendo, el ejercicio de sus propias interiores potencias. Afirma el mundo que lo rodea, y procura la relación con un semejante que al tenderse hacia él en búsqueda convergente, se convierta en su prójimo, primero, y después en su igual, y en última consumación en él mismo, por puro amor de amistad, de manera que una sola alma pueda ser poseída por ambos. De esta unión nacerá la esperanza: una comunidad ordenada, pacífica y justa; una eternidad conquistada por el quehacer llevado al cabo durante el breve tiempo que dura la vida; una soledad que al ser compartida, deja esencialmente de serlo. Y el hombre se hace fuerte y se afinca, y no hay lugar para la muerte.

Por su parte el nahua, que por ser hombre seguirá los mismos impulsos, soportará necesidades paralelas a las del latino, ha de buscar por sus propios caminos soluciones salvadoras. Habitante de un mundo que desesperadamente y sin cesar se tambalea entre la nada y la nada, miembro de una comunidad que se disloca antes de llegar a existir, juguete de un dios a quien es objeto de burla y que lo mira rodar sin sentido, como una piedrecilla en la despiadada palma de su mano, también intentará encontrar su verdad sobre la tierra, y a pesar de su devoradora religiosidad no tenderá firmes esperanzas hacia un más allá del que perpetuamente duda, ni hacia una supervivencia espiritual. Poco se preocupará por la obtención de la fama; menos aún, por la transformación de unas costumbres que juzga inquebrantables, porque sabe que de ellas depende la estabilidad de su universo precario. Y dado que concibe su muerte como un instrumento de colaboración usado para demorar un instante la de los otros, no la resiste; más bien se la entrega con no sé qué modo de amargo placer. Y solo y destinado a ella, propone su acción: el hombre, para serlo, está obligado previamente a fundar la fraternidad. Porque únicamente la reunión hace que el tránsito por la tierra sea digno de ser recorrido, y porque solamente son valiosas las cosas compartidas. Cámbiase por esta vía la estructura humana del mundo, y al suprimirse casi la diferencia entre el tú y el yo, el hombre comienza a levantarse de su abyección y a convertir la soledad en solidaridad. Hacia esta lumbre dirige el nahua los ojos desde lo profundo de sus tinieblas; hacia esta puerta tiende su mano ciega. Esta es su esperanza: la constitución de un mundo habitable por hombres, mediante la participación en la responsabilidad común de una hermandad de iguales.

Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿A quién, a dónde volver los ojos? Amenazados estamos, conocemos nuestra abrumadora indigencia. Circunstancias de la historia nos conminan con la sombra de un cataclismo en el que perecerán no únicamente los bienes materiales y los del espíritu del hombre, sino hasta su vida misma que será raída de la tierra. ¿Qué se ha hecho la hermandad? El amor y la amistad, ¿qué se hicieron? Diariamente vemos por todas partes las manifestaciones de una absurda oposición de ingentes grupos de hombres; diariamente la destrucción levanta por encima de nosotros, como un hongo del infierno, la amenaza de su cabeza enceguecedora y quemante y ponzoñosa, dispuesta a matar de lejos; y nosotros, después de cinco siglos, volvemos a sentir detrás de los dientes la pregunta de un abuelo que resucita en nuestro interior, y que grita: ¿qué está por ventura en pie? Y al querer contestarla quedamos con frecuencia mudos. Mudos y sordos.

Nuestra poesía, nutrida en su primer origen por las nociones nacidas de dos corrientes culturales distintas, se pierde ahora en un estéril laberinto de espejos, y los poetas parecen confundir la multiplicidad de su propia ima-

gen sin volumen con la compañía de hombres de carne y hueso. La falta de cohesión con los demás y consigo mismos, ya sea que la admitan o la rechacen, los cerca, los deslumbra y los ciega por medio de sus mismas palabras, y en ellas la comunidad de los hombres se vuelve en mera fórmula retórica, y la acción no alcanza siquiera el nivel de propósito viable y es insuficiente a conocer las raíces del mundo y modificar la vida, al afirmarlas.

Para salir de este ofuscamiento, quizá sería conveniente que acertaran a unir los cabos vitales que más aproximan entre sí a nuestros distantes antepasados. Y acaso se pueda y se deba intentar.

De esa suerte, usando de lo que hemos sido, comprendiendo humanamente la vida y la muerte, hablaremos como hombres y a los hombres.

Hagamos, pues, que nuestra palabra restaure los humildes lazos del amor. Que una palabra trasminada de exigencias morales nos lleve a engendrar la ciudad de los seres humanos, responsables de todo y por todos; a cimentar un mundo donde la sola mirada de cada uno, puesta sin sentir vergüenza en los ojos del prójimo, aleje de golpe y definitivamente la amenaza del fin desastroso, y permita aventurar un paso hacia adelante, y ponga en el corazón la necesidad de darlo colectivamente, como un acto en que se ejerza la más plena de las libertades. Porque así tendrán firmeza los corazones de los amigos, y será verdad que se vive en la tierra, puesto que la tierra es el único sitio en donde se puede establecer la amistad.

NOTAS

[1] Horacio, *Odas*, II, xiv.
[2] *Ms. Cantares mexicanos* (Biblioteca Nacional de México), fol. 10 v.
[3] *Ibid.*, fol. 69 v.
[4] *Ibid.*, fol. 12 v.
[5] *Ibid.*
[6] *Ibid.*, fol. 69 v.
[7] *Ibid.*, fol. 9 r.
[8] *Ibid.*, fol. 61 r.
[9] *Ibid.*, fol. 10 v.
[10] Horacio, *Odas*, III, XXX.
[11] Ovidio, *Tristes*, III, vii.
[12] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M.), fol. 10 v.
[13] Virgilio, *Geórgicas*, IV, 558-561.
[14] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M.), fol. 20 v.
[15] *Ibid.*, fol. 18 r.
[16] *Ms. del Palacio de Madrid*, fol. 278 r.
[17] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M), fol. 18 r.
[18] *Ibid.*, fol. 20 r.
[19] *Ibid.*, fol. 18 r.
[20] Horacio, *Odas*, I, i.
[21] Tibulo, *Elegías*, I, x.
[22] Ovidio, *Tristes*, II, i.
[23] Horacio, *Odas*, III, iii.

[24] *Ibid.*, III, viii.
[25] *Ibid.*, III, xiv.
[26] *Ibid.*, IV, v.
[27] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M.), fol. 66 v.
[28] *Ibid.*, fol. 20 v.
[29] *Ibid.*
[30] Catulo, *Poemas*, xlvi y v.
[31] Horacio, *Odas*, II, xvi.
[32] *Ibid.*, I, iii.
[33] Horacio, *Sátiras*, I, iii.
[34] *Ibid.*, I, v.
[35] Ovidio, *Tristes*, I, iii.
[36] *Ibid.*, V, vi.
[37] Ovidio, *Pónticas*, I, vii.
[38] Ovidio, *Tristes*, I, ix.
[39] *Ibid.*
[40] Ovidio, *Pónticas*, II, vi.
[41] *Ibid.*, II, iii.
[42] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M), fol. 54 v.
[43] *Ibid.*, fol. 1 v.
[44] *Ibid.*, fol. 4 r.
[45] *Ibid.*, fol. 10 r.
[46] *Ibid.*, fol. 12 r.
[47] *Ibid.*, fol. 13 v.
[48] *Ibid.*, fol. 10 r.
[49] *Ms. de los Romances de los señores de la Nueva España*, fol. 6 v.
[50] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M.), fol. 35 v.
[51] *Ibid.*, fol. 3 v.
[52] Horacio, *Odas*, II, xx
[53] Virgilio, *Geórgicas*, III, 8-9.
[54] Propercio, *Elegías*, III, ii.
[55] Ovidio, *Tristes*, IV, x.
[56] *Ibid.*, *v*, xii.
[57] Horacio, *Sátiras*, I, iv.
[58] Virgilio, *Geórgicas*, IV, 562-563.
[59] Ovidio, *Tristes*, IV, i.
[60] *Ibid.*, V, vii.
[61] *Ibid.*, V, xii.
[62] Horacio, *Sátiras*, II, i.
[63] Persio, *v*, 15-16.
[64] Juvenal, I, 30.
[65] *Ms. Cantares mexicanos* (B. N. de M.), fol. 27 r.
[66] *Ibid.*, fol. 33 v.
[67] *Ibid.*
[68] *Ibid.*, fol. 3 v.
[69] *Ibid.*, fol. 9 v.
[70] *Ibid.*
[71] *Ibid.*, fol. 10 v.
[72] *Ibid.*
[73] *Códice matritense de la Real Academia de la Historia*, fol. 180 v.

Las versiones de los textos en náhuatl son de los doctores Angel María Garibay y Miguel León-Portilla.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don AGUSTÍN YÁÑEZ

SALUDÉ hace dieciocho años —1945— el advenimiento de Rubén Bonifaz Nuño al reino de las letras, en reseña cuyo texto me place ahora recordar: —"Rubén Bonifaz Nuño es el nombre de un joven veracruzano en el despuntar de cuya obra presiento una gran voz de la poesía nacional. Recientemente lo he conocido. Fue primero al discernir los premios de los juegos florales organizados con fidelidad anual por Aguascalientes para las fiestas de primavera. Xavier Villaurrutia nos hizo notar la extraña belleza de una serie de sonetos, que le cupo leer entre las composiciones recibidas; llevaban el rubro general de *La muerte del ángel*, y un epígrafe de Rilke los amparaba; ciertamente no era de obra cuajada; pero aquí, allá, saltaban chispazos de genuina, profunda inspiración; poesía conturbada, concentrada, sin concesiones ni efectos premeditados. Cuando conocí personalmente al autor, en largas horas de viaje a Aguascalientes por el camino de San Luis, pude explicarme el aire de su poesía. Bonifaz es un joven silencioso, ensimismado, de afilada sonrisa entre infantil o doliente. Sorprendí en él actitudes impresionantes al abrigo de Aguascalientes: lo encontraba paseando a solas por calles apartadas, o inmóvil en jardines abandonados; producía el efecto de que hablaba consigo mismo; en un cuaderno escolar tomaba notas, que pude ver alguna vez: eran cabos de versos; eran versiones diferentes para la forma de uno y el mismo estado emocional: trabajo de conciencia, labor de oficio que se abraza con decisión. Sus actitudes y pasos me revelaban a un poeta con estrella. El recuerdo mayor que de su figura guarda mi memoria es el momento de la velada de los juegos florales en que fue al proscenio para decir los versos laureados. Impresión desconcertante. La magra presencia carecía en absoluto de desenvoltura, y el contraste con los poetas o intérpretes que lo precedieron —buenos declamadores todos ellos— era mayúsculo. Con débil voz, de matices imperceptibles, rígido el continente, rígidas las manos, lentamente fue diciendo *La muerte del ángel*. Me parecía estar frente a un iluminado en momentos de liberación, ajeno a toda circunstancia; más que un hombre de carne y hueso, era un fantasma inmóvil, que dejaba el es-

pacio a la pura poesía, y ésta cobraba fuerzas mágicas, vibraciones y resonancias de misterio. Fue una impresión extraordinaria: el anuncio —para mí, para otros— de un poeta; de una personalidad extraordinaria."

El curso del tiempo conserva los rasgos cardinales de la fisonomía. Los signos presagiosos han hallado cumplimiento. Sin ansias ni prisas, con firmeza, el ensimismado sigue a la estrella, sin dejar camino por vereda. La Circe de los juegos florales trató de retenerlo; el peregrino pudo escapar al fácil hechizo y renovar sus votos de profeso. *Per aspera ad astra*. Si ha dado pasos sin descanso —*nulla dies sine linea*—, pocas moradas ha levantado su exigencia; pero sólidas, desprovistas de inútiles apariencias, labradas piedra a piedra, tras rechazar materiales acumulados con paciencia, sin avaricia: singular ejemplo de renunciación por elección.

Y al concluirlas, el ánima trashumante, desterrada por sí, ante sí, ha dejado de largo esas estancias, con la fiebre de levantar otra más, otras más —nunca la definitiva—, conforme a los planos implacables de la Coatlicue —señora de vida y destrucción, madre y amante—, que carga dentro el poeta y por la cual es desde dentro poseído.

Una de aquellas casas fue construida para guardar los designios y leyes del ministerio poético. El visitante se detiene a lo largo de la galería y recoge sentencias:

> Pero nunca puedan ser los objetos
> en poema lo que son ellos solos
> sino más de lo que son: la palabra
> les dé lumbre, intensidad y sentido.
>
> Y una extraña aspiración a lo eterno
> se levante de las cosas nombradas,
> y del paso de un instante surgidas
> en su oscura soledad resplandezcan.

Retrocede a releer otras:

> Luzca el poema
> de una materia solamente: cristal desnudo,
> blando en su centro tembloroso; líquido claro
> que junto al aire se endurezca libre y preciso.
>
> Que algún sentimiento apagado, oscuro,
> vecino al rumor de la sangre, rija
> con un movimiento sosegado
> su corriente mínima y en penumbra.

Luego se sorprende por la vibración indígena con que ha sido reelaborado el aforismo primero de Hipócrates: *ars longa, vita brevis;* reelaborado con diverso sesgo fecundo:

> Largo es el tiempo de la muerte. Corto
> el que vivimos. Nada nos resguarda,
> del todo somos indigentes.
> Sólo nos ampara la belleza.
>
> Porque por ella en lo mudable asimos
> la forma —esencia— de lo permanente,
> lúcidamente contenida
> por el ser profundo del poema.
>
> Quiébrese el vaso del silencio, y corra
> límpido el canto pues, y luzca libre
> si únicamente en él respira
> la belleza, y fórmase y se extiende.
>
> Y lo agradable no. Lo necesario
> surja en la voz y el pensamiento llegue;
> no importa que lo ignoren muchos
> si hay uno que pueda comprenderlo.

El recinto de la *Poética* no conserva el cuerpo íntegro de formulaciones y reflexiones; muchas quedan desperdigadas en el camino, como éstas: *un poema sin elementos prosaicos, que son peso muerto —la transmisión poética debe ser hecha por encima o por debajo de la razón, pero nunca a su mismo nivel,* o sea: *que todo el poema esté traducido a poesía, aunque pueda resultar racionalmente incomprensible.*

Codificadas o no, las exigencias hienden el hierro en los trabajos y los días del poeta, y les infieren transformaciones incesantes: depuraciones.

Al diseño lineal, en esfumino, de *La muerte del ángel,* sucedió el impresionismo de *Imágenes* —qué música hubiera sacado de ellas Claudio Aquiles— impresionismo luego repudiado, *Imágenes* propuestas al olvido, cuando el poeta las excluyó de la selección por él formada para grabar un disco de la serie universitaria *Voz Viva de México.*

Y es que con *Los demonios y los días* había penetrado al reino subterráneo, y allí entabló nueva lucha fiera con las palabras, con lo que alienta más allá de las palabras; y las dislocó, las desvistió de adjetivos, las hizo correr a fuerza de verbos, las hizo cargar sombras y pesadillas, las contaminó con sudor de pueblo, con jadeo de plebe, con violencia de chusma, y así las hizo encontrar nuevo género de nobleza viril.

Ilustre
es el albañil que pone una piedra
si en lo más profundo siente, al hacerlo,
que es bueno empezar otra casa.

La nueva casa se llamó *El manto y la corona*, que Henrique González Casanova juzga uno de los más hermosos libros de amor que se hayan escrito en lengua española.

Nunca pensé que hubiera tanta parte
de mi ternura en cosas, en momentos
que están y pasan cerca, a todas horas.

Por el camino y sobre la traza engrandecida de *Los demonios y los días*, el ardor de Coatlicue —creadora, destructora— indujo a su poseído a construir *Fuego de pobres*, y allí alojó a los viejos dioses del pueblo; a las potencias, a las fuerzas antiguas de la fecundación y del rayo; allí puso a los héroes y a las heroínas de la guerra florida, y también a los de la guerra inútil, a los protagonistas de rutina y aburrimiento; allí congregó las lenguas, los acentos que no fueron para letras, sino para pinturas; allí constituyó el teocalli del verbo humeante y sanguinario, y el tianguis de los oficios vulgares y las mercaderías de primera necesidad, que corresponden a los derechos instintivos; allí acumuló orfebrerías por él hechas con lodo y basura, con desperdicios, e hizo brillar la belleza de la miseria pública. E hizo sonreír a Coatlicue, la obligó a reconocer que la obra era buena. (Entre paréntesis: declaro que para mis muy personales valoraciones poéticas uso dos evidencias: la retención espontánea de la poesía en la memoria y la selección de textos, previsibles como epígrafes; aplicadas a *Fuego de pobres*, funcionó copiosamente la segunda, suscitando ecos de oscuras vivencias informuladas o de voces que siempre me fueron gratas, y que hallo sorpresivamente recreadas en la poesía de Bonifaz. Dos únicos ejemplos: la voz de López Velarde, así transformada:

La recámara
suntuaria y sin pensar de la memoria.
Abierta y enjoyada.

Comulgar en la música aspereza
junto al estribo ya, de amanecida,
con mujer desolada.

Viéramos, amarilla, construirse
la corona sulfúrica de humo

en la huella del chivo, y floreciera
la doliente señora del incienso
con el siete de espadas. Viernes santo.

Alas crispadas y caducas,
de domingos de ramos polvorientos.

Y así pasajes íntegros, como el que comienza con las palabras: *Area sonante* . . .

El otro caso es la voz de Alfredo R. Placencia:

¿Cómo haremos ahora nuestro oficio?
El préstamo fugaz ¿de qué manera
—si lo poco que tengo te lo quitan—
habrá de consolarnos de la muerte?

Arden las hachas turbias
sangrando el paredón del fusilado.
As de espadas cristiano de la muerte.

Algo se me ha quebrado esta mañana
de andar, de cara en cara, preguntando
por el que vive dentro.

Risa del pobre, cúpula sin suelo.

Yo, el de las cartas sin destino.

A qué imperio la puerta quedó rota.
Quién, grita, quién redobla, quién tañe.

Los contextos pueden también multiplicarse indefinidamente. No se trata de influencias, sino de incidencias. La incidencia en el sentimiento común *ergo:* en el lugar común; pero sublimado por el soplo de sensibilidad personalísima. Seguramente Bonifaz conoce y admira a López Velarde; dudo que conozca suficientemente a Placencia. Pero sé que, como Placencia, comparte las angustias y el idioma del hombre común: el hombre y la mujer de la calle. ¿Se debe a esto, como en Placencia, la resonancia bíblica, que Bonifaz apareja con las resonancias arcaicas de la poesía nahua? Se cierra el paréntesis). Pero el poeta no ha permanecido en esa última de sus construcciones; lo expulsó de allí Coatlicue sañuda, lo arrastró a nuevos destinos, descubridora, sabedora de que su amante, su poseído, adúltero de corazón, recreándose con señoras del Olimpo, cuyas imágenes acarreó, recargó junto a la falda de serpientes; y llegó a la osadía de encimar, a la entrada misma del teocalli,

versos de Homero transcritos en caracteres griegos, sobre textos sagrados en náhuatl; adulterio o incesto, acaso simple alucinación de mirar en Deméter, o Rea, o Ceres, o Cibeles, en Afrodita o Venus, en Perséfona o Proserpina, las mismas apariencias de Coatlicue, idénticas fuerzas de vida, pasión, muerte y resurrección terrenales.

Aquí está la clave para descifrar la etopeya de Rubén Bonifaz Nuño y para sondear su esencial mexicanismo. Dos fuerzas luchan en su sensibilidad —volvamos a llamarlas Coatlicue y Ceres—, y él batalla por integrarlas en una y la misma unidad: la raíz del hombre universal, sujeto de iguales angustias y apetitos, goces y dolores, en siglos de siglos, bien que con idiosincrasias, cuya definición es la meta suprema de grupos e individuos, en el curso de la historia, en el humano afán de perpetuarse sobre los naufragios de la memoria y de señalar huella en el camino de la especie.

Lucha de dos herencias empeñadas —por ilustres— en ser irreconciliables: la indígena y la latina, es el *pathos* que imprime el *ethos* del mestizaje iberoamericano; es la pasión que troquela el carácter de México, en crónica batalla por conciliar las dos corrientes en una sola dirección.

El prolongado, encarnizado combate y sus vicisitudes originan la serie de facultades, aparentemente contradictorias, que a su vez originan los vicios y las virtudes del mestizo; abstracción y realismo, capacidad poética en sentido estricto de transformación de la realidad material, desasimiento, preferencia por la expresión plástica.

Trasladadas estas facultades y aquella pugna de herencias al campo literario, lo primero que aparece son las resistencias lingüísticas, las fugas semánticas, los imperativos morfológicos y sintácticos, la gama de diferencias expresivas. Inútil ha sido la obstinación de falsos puristas empeñados en ignorar la existencia del lenguaje popular como inevitable instrumento de autenticidad, lograda sólo por aquellos que no han tenido miedo de afrontar la tarea elemental del arte: transformar la materia en forma; la lengua común en el lenguaje artístico. A medida que el mexicano logre hacer del idioma de su pueblo el instrumento enriquecido con experiencias universales para la expresión de lo inefable, alcanzará la hondura en que lo nacional adviene a lo ecuménico.

La calificación de cinismo es frecuente hacia los que adoptan la decisión de utilizar el lenguaje popular en agencias literarias. Al cinismo suele conducir también el ejercicio de las facultades analizadas como propias del mestizo, especialmente las aptitudes para el realismo y el desasimiento. Salvo excepciones de morbos o de necio exhibicionismo, lo es en el noble sentido filosófico de señorío desengañado.

Tal el caso de Rubén Bonifaz Nuño, que cuenta en la lista de poetas que han conseguido transfigurar el idioma popular en fuerza original de

creación, con aciertos como cuando transformando mediante la fantasía una locución vulgar, afirma "no tener ni mujer en que caerse muerto", o como con igual procedimiento de trasposición escribe:

Y repetir ardiendo hasta el descanso
que no es para llorar, que no es decente.
Y porque, a la verdad, no es para tanto.

El discurso de Rubén Bonifaz Nuño en su ingreso a la Academia Mexicana confluye con la traza y el aliento de su poesía, y más directamente con la última obra: *Fuego de pobres;* asimismo, es confesión expresa de los indicios perseguidos para fincar la etopeya del poeta y del mexicano. El discurso constituye otro episodio de la querella entre Coatlicue y Ceres o Minerva; entre las águilas romanas y el águila azteca.

Ya en el elogio a José Vasconcelos coloca en paralelo el combate sin término de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, de Apolo y Dionisos: la vida y la muerte, el amor y la cólera, la inteligencia y la pasión; evoca la insuficiencia conciliadora de Minerva entre los combatientes; afirma que Vasconcelos era poseedor de dos rostros opuestos, como el Jano de Roma. El discurso da el toque de guerra y enciende los fuegos.

La acción se formaliza: Vasconcelos, "ejemplo eminente él mismo de ese tipo humano en el que diversos elementos entran en pugna"; del "claroscuro vital originado en el movimiento de nuestra sangre mezclada". Y "pues si mezclada es ésta, mezclados han de ser por necesidad nuestros modos de vida; los frutos de nuestra cultura serán mezclados; y mezclada, en consecuencia, será nuestra literatura".

De aquí arranca el grueso de la disputa, enfocada en tres sujetos comunes de la poesía latina y nahua: la guerra, la muerte y la amistad, que "ayuden a encontrar un rumbo definido que supere la situación, tan confusa a veces, en que se mueven nuestras letras actuales".

Pocos como Bonifaz Nuño para mandar la operación. El, cuya última resonante hazaña es haber traducido al español, con venturosa, difícil ambivalencia poética, las *Geórgicas* de Virgilio; antes había participado en la formación de una señera *Antología de la poesía latina*, que asombró a los especialistas "por su fidelidad a los originales y por la grandeza de las unidades rítmicas bien logradas"; y desde mucho antes, profesa lengua y literatura latina en aulas de la Universidad Nacional, con singular distinción. El, que hace tiempo se aplica al aprendizaje del náhuatl y a asimilar el espíritu de su poesía, lo que ha conseguido, como lo prueban sus obras de creación personal.

La expedición latina nahua rinde triunfos excelentes. Algunos se asocian a la *Poética* del autor; así el pasaje que afirma: "los poetas pueden

representar en su mayor pureza el espíritu de los pueblos que los producen; tiende el poeta la abierta mirada sobre el mundo que habita, y lo recoge en ella, lo reúne, lo comprende y lo comunica, comprensible; gracias a él, nosotros, hombres comunes, columbramos ese mundo en un instante inmóvil; lo columbramos iluminado y a salvo de la muerte".

La confluencia del discurso con *Fuego de pobres* incita a ser marcada por dos epígrafes arrancados del poema:

> Preso por las raíces extranjeras
> del dormir cotidiano, te contemplo,
> canto perdido, verdadero.
>
> No sin trabajo y guerra me divido
> por dentro, y tú me asilas y reúnes
> debajo de tu brazo. Y no es en vano.

Agonista de la palabra en tantos campos, Rubén Bonifaz Nuño llega en brazos de sus méritos a esta Casa Mexicana de la palabra.

Sea bienvenido.

EL ESCRITOR Y LA CRITICA*

Por don EDUARDO LUQUÍN

Señor Director de la Academia Mexicana
Correspondiente de la Española:
Señores Académicos:

LA BENEVOLENCIA de los señores académicos que me dispensaron el apoyo, que me permite figurar entre los miembros de número de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, me ha señalado para ocupar el lugar de una persona, que durante más de dos tercios de siglo dedicó las horas laborales de su existencia a perfeccionar, por decirlo así, los instrumentos de que se vale el hombre en el comercio con sus semejantes: las palabras. No extrañe el empleo del término "perfeccionar". ¿A qué conduce la labor de purificación consistente en fijar el significado de las palabras, desde su nacimiento hasta la etapa declinante que tuerce su sentido original o aquel otro que nos lleva, como de la mano, por los tortuosos senderos del abuso, para mostrarnos las mutilaciones o adherencias que desfiguran la ortografía? Labor de tal envergadura exige la admiración de quienes justiprecian el valor del idioma y muy particularmente la mía, pues me considero incapaz —lo confieso no sin pesadumbre— de llevar a buen término tareas que requieren estudio sostenido y paciencia inagotable: incapacidad que me impone el deber de rendir un tributo de admiración a mi predecesor, el ilustre polígrafo que descolló en tantas y tan variadas actividades.

Mi obra literaria —valiosa, mediocre o despreciable, no soy yo a quien corresponde juzgarla— ha cabalgado casi siempre en el "potro sin freno" de la fantasía. A ello se debe que me incline en actitud reverente ante la ilustre memoria de don Alberto María Carreño. En una confrontación de imágenes, el señor Carreño aparecería como investigador de laboratorio y yo como explorador. Inútilmente me empeñaría en encontrar razones que me recomendaran como continuador de su obra. A manera de reproche para mi impa-

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 13 de septiembre de 1963.

ciencia, el destino me señala para ocupar el sillón vacante por el fallecimiento de un hombre que simboliza la paciencia.

Mi alejamiento de nuestro país en el desempeño de comisiones inherentes al Servicio Exterior, al que dediqué la mayor parte de mi existencia, me privó del placer de tratar a numerosas personas de quienes, seguramente, habría aprendido mucho de lo que hubiese deseado asimilar. Entre tales personas figura, y no ciertamente en último lugar, don Alberto María Carreño. Sin embrago, seguí de lejos, pero con invariable interés, el desenvolvimiento de su vasta obra. Trabajador infatigable, su labor de investigación y de divulgación representa un estímulo, para quienes comprendemos que la vida humana constituye una cadena de causas y concausas; que la conducta que asumimos hoy es secretamente dictada por la que observamos en lo pretérito; que el fruto de ahora es producto de la semilla sembrada ayer.

Para destacar la importancia de su labor como investigador de nuestra evolución histórica —labor que lo encumbró al rango de Presidente de la Academia Mexicana de la Historia, Correspondiente de la Real de Madrid—, mencionaré algunos de sus principales libros, pues lo que en ellos se presenta responde plenamente a lo que los títulos ofrecen.

En 1913 escribió sus *Apuntaciones para la historia del acrecentamiento territorial de los Estados Unidos desde la época colonial hasta nuestros días*, subtítulo de la obra denominada *México y los Estados Unidos del Norte*, que salió a luz en 1922.

En Nueva York escribió otra obra capital: *La Diplomacia extraordinaria entre México y los Estados Unidos*, o sea la ejercida por enviados y agentes especiales. Empleó veinte años en la elaboración de la *Historia de la Real y Pontificia Universidad de México*, que amplía y completa la Crónica de Plaza y Jaén, pues llega hasta la desaparición del docto establecimiento. En el opúsculo intitulado *Sepulcro de Hernán Cortés en el Hospital de Jesús*, reúne importante información acerca del esclarecimiento de un secreto, que durante un siglo pareció impenetrable a todas las investigaciones. Y cómo no recordar que fue editor y director de la utilísima revista, acertadamente llamada *Divulgación Histórica;* descubrió y publicó *Un desconocido cedulario del siglo XVI perteneciente a la catedral de México;* preparó y dirigió la edición de los treinta volúmenes que forman la primera serie del *Archivo del General Porfirio Díaz*, valiosa fuente de información para la historia mexicana, en la segunda mitad del siglo pasado.

He omitido intencionalmente otro libro —como la respuesta de Don Quijote al capellán de los Duques—, acreedor a una mención especial. Cuando el señor Carreño era Secretario de la Legación de México en Washington, cuya jefatura ocupaba el señor licenciado Joaquín Demetrio Casasús, a quien fue muy adicto, se le designó para que con la misma categoría

asistiera al Presidente de la delegación, encargada de defender los derechos de México sobre El Chamizal. Fruto de su participación en tan ardua tarea fue la obra intitulada *El Chamizal y el Presidente Norteamericano Woodrow Wilson*, publicada en 1913. Es todavía, lo será siempre, de consulta indispensable, para quien se proponga conocer pormenorizadamente los diversos aspectos de la controversia, que al fin se resolvió conforme al Derecho y la concordia internacionales.

Si como investigador en el terreno de la Historia el señor Carreño exige nuestro reconocimiento, como explorador en el campo de las letras nos sorprende. Básteme recordar su descubrimiento de que el autor del conocido, bellísimo soneto cuyo primer verso dice:

No me mueve, mi Dios, para quererte

atribuido a Santa Teresa o a otros insignes autores del Siglo de Oro —signo de su altísima calidad—, es Fray Miguel de Guevara, criollo mexicano. Así lo demostró en un folleto publicado en 1915. Mencionaré también su labor de índole filológica, reunida en un tomo de sus *Obras escogidas*.

Dotado de una capacidad de trabajo difícilmente igualable, dedicó gran parte de su vida a la enseñanza, como catedrático de la Escuela Nacional de Comercio, de la que llegó a ser Director. La Universidad Nacional reconoció y premió su sabiduría y constancia en el profesorado, otorgándole el grado de Doctor Honoris Causa.

Como si lejos de representar una razón para apartarlo de otras actividades, la cátedra hubiera sido un estímulo para llevar su talento y su prudencia al terreno de la acción, desempeñó el delicado papel de mediador entre el gobierno del Presidente Portes Gil y el señor Arzobispo Don Pascual Díaz, con el patriótico designio de resolver el conflicto que se produjo entre la Iglesia y el Estado, y fue motivo de seria preocupación, no sólo para una y otro, sino para todo el pueblo mexicano.

A su laboriosidad y cariño por esta Academia, a la que sirvió durante cuarenta y cuatro años y, muy particularmente, desde 1952 en que fue electo Secretario Perpetuo, se debe la reanudación de la publicación de las *Memorias*, interrumpida en 1910 con el tomo VI. Recopilados y dirigidos por él, se han editado once volumenes más. Figuran en ellos no menos de treinta trabajos suyos, leídos en sesiones públicas o privadas, cuantía que se aprecia en su cabal significación, cuando se advierte que quien le sigue en número de colaboraciones se queda a la zaga del señor Carreño en no menos de dieciséis. Escribió la historia de la Academia hasta 1950; bosquejó la biografía de sus miembros y recopiló la bibliografía de todos ellos en grueso volumen; y ¿cómo pasar por alto su participación en los tres Congresos

de las Academias de la Lengua Española y su labor como miembro de la Comisión Permanente del primero, celebrado en 1951 en esta ciudad?

La Academia Mexicana cuenta con el local en cuya sala estamos reunidos, gracias, principalmente, a la diligencia del señor Carreño. Como un modesto testimonio de agradecimiento a cuanto por ella hizo, la Academia dio su nombre a la biblioteca corporativa.

Sabio y hombre de acción, sirvió a México en lo que pudo y siempre que pudo. No hubo esfuerzo ni gestión que le parecieran demasiados, para y por el prestigio de la patria.

No exageró, pues, don Enrique Martínez Sobral cuando, al contestar el discurso de recepción del señor Carreño, dijo de él: "Su amor a la patria es más que su segunda naturaleza; es toda su naturaleza."

Economista, literato, historiador, diplomático, filólogo, merece indudablemente el elogio, que el vigoroso poeta don Nemesio García Naranjo pronunció junto a la tumba del señor Carreño: "Vivió para el espíritu y únicamente para el espíritu." Que no sorprenda el uso de la palabra "únicamente", pues —permitidme que os lo recuerde—, también la acción enderezada hacia el cumplimiento de una tarea bien intencionada, es espíritu; menos vagamente: cuando no la alumbra el espíritu, la acción carece de valor.

El ejemplo de constancia y de probidad que el señor Carreño nos ofrece y el recuerdo de la acritud con que fue combatido —léase, por ejemplo, lo que al respecto dice en su libro sobre El Conflicto Religioso—, me afirman en el propósito de desarrollar el tema que orienta mi discurso, o sea: el escritor y la crítica.

Al meditar acerca de uno y otra, advierto que corresponden a las extremidades de lo que, forzando la imaginación, podría aparecer como un puente cuyos soportes intermedios representarían los libros. Para que la crítica realice la delicada actividad que le corresponde, debe contar con el material que en forma de libro nos entregan las prensas. Fiel a mi propósito inicial, comenzaré diciendo lo que entiendo por escritor y en qué consiste —en mi opinión— la más alta de sus incumbencias.

La aceptación genérica de un vocablo de uso frecuente, nos informa que se llama escritor al autor de una o varias obras escritas o impresas. Si aceptáramos como válida, para acreditar a un escritor —tal como lo entiendo— la escueta definición que nos ofrece el *Diccionario de la Lengua Española*, tropezaríamos con dificultades, para identificar a aquel que puede ostentar legítimamente el honroso título. Escritor no es lisa y llanamente el autor de una o varias obras escritas o impresas, sino aquel otro que posee la virtud maravillosa de imprimir a lo que escribe una fuerza demoníaca, al favor de la cual le es dable construir una obra, que muy bien podríamos representar con el signo de que se vale el matemático para simbolizar lo infinito. "Desde

el caos primitivo, desde la nada", según el ilustre Azorín, el escritor genuino levanta un mundo de claridad, de gracia, de armonía y de fuerza. Me parece por demás aclarar que me refiero a la obra de creación, menos vagamente: a la poesía, al cuento, al teatro y a la novela. Escritor es aquel a quien el índice del Destino señala para que rescate del caos primitivo, de la nada, el material que —tras de pasarlo por el tamiz de un temperamento delicado y de una inteligencia penetrante—, vacía en el molde de oro de un bello poema o en el de acero de una novela.

La consigna suprema del escritor consiste en producir una obra de arte, circunstancia que no excluye en modo alguno la posibilidad de que, a la calidad artística que la acredite, se sumen otros factores recomendables, oportunos y hasta indispensables cuando llevan consigo una enseñanza o lección convenientes a los intereses de un grupo humano, siempre que no desfiguren o mengüen el valor, pura y específicamente artístico. Para la elaboración de una obra de arte no hay recomendaciones o advertencias que valgan. Ninguna retórica sería capaz de asegurarla a quien carece de la capacidad indispensable para ello. Permitidme una digresión. Cierta vez se acercó a Aldous Huxley, un joven que deseaba llegar a ser un buen escritor, para pedirle que le dijera cómo se escribe una novela. "Observe usted a una pareja de gatos siameses" —le contestó. No sé en qué hayan podido consistir las razones que le indujeron a recomendar la observación de una pareja de gatos siameses y no de cualquier otra especie. Con o sin la ironía de la respuesta, comprenderemos el espíritu que la dictó. El secreto de la obra de arte no está en ninguna parte. Menos vagamente: está en el hombre a quien el destino —repito— premia y castiga con la corona y la cruz de la facultad creadora.

Mi buen amigo el ilustre escritor don Ermilo Abreu Gómez recomienda el conocimiento del idioma, como requisito indispensable, para el cumplimiento de una "obra genuina". Yo me permito diferir de su opinión, pues a mi juicio, quien esperara realizarla sólo porque conoce o cree conocer el idioma, no advertiría que está poniendo el coche delante de los caballos. Lo primordial consiste en poseer la aptitud creadora —entiéndase: los caballos— y luego el vehículo de expresión o sea el coche. Sin la capacidad creadora no podemos ni debemos esperar que el aspirante a escritor produzca una obra de arte.

La actitud del filósofo difiere, a mi juicio, sustancialmente, de la del escritor. Para aquél, lo esencial consiste en expresar, con la claridad que le sea dable alcanzar, un concepto o serie de conceptos. No se detiene —si lo advierte— ante el peligro de incurrir en repeticiones o de que su lenguaje resulte escueto y pobre, siempre que logre el propósito perseguido, cuya realización consiente e incluso recomienda el empleo de recursos auxiliares, entre los cuales figura la metáfora; recursos que un concepto erróneo de la filo-

sofía suele señalar como una forma de eludir el tratamiento que exige la discriminación filosófica. En el capítulo intitulado *Las dos grandes metáforas*, nos dice Ortega y Gasset: "Cuando un escritor censura el uso de metáforas en filosofía, revela simplemente su desconocimiento de lo que es filosofía y de lo que es metáfora." Sin embargo, el uso de metáforas no implica necesariamente la pureza de la forma. La metáfora no es más que el procedimiento de que se vale el escritor o el filósofo para "aprehender lo que se halla más allá de nuestra potencia conceptual" —según el mismo Ortega. En resumen: al filósofo le interesa primordialmente la exposición de una serie de conceptos, independientemente de la forma en que los presenta: pero ocurre —permitidme que insista en una vulgaridad— que los conceptos se fijan e imponen en quien los escucha o los lee, porque saben llamar a las puertas de la conciencia guiados por el ángel tutelar, que se llama Arte. Entre la multiplicidad de personas que escriben podríamos señalar dos grandes grupos: Los profesionales y los adventicios. ¿En qué se diferencia el escritor profesional del adventicio? En la actitud frente al arte. Mientras que para el segundo, el cultivo de las letras significa un pasatiempo, para aquél representa una labor inherente a su propia naturaleza; responde a una exigencia profunda de su sensibilidad y de su espíritu. Escribir constituye para él una actividad tan necesaria, aunque no tan sencilla, como respirar. No vacila en renunciar a las comodidades materiales, a una posición brillante, al halago de la publicidad y hasta a sus afectos más profundos, pero se salva a sí mismo. Ha experimentado los desfallecimientos de la fe, mas no permite que la amargura ensombrezca su ánimo. Acaso piense —me refiero al escritor mexicano— como lo pensó de España Mariano José de Larra, que en América "escribir es llorar"; pero no por ello habrá de renunciar a lo que no es renunciable: la vocación. A quienes parezca que la gloria escatima sus laureles, les recordaría la observación de Andrés Maurois: "Resulta ingrato tener la vocación de un apostolado cuando no se tiene la de mártir." Probablemente no encontrarían en la observación del autor de *Ariel o la vida de Shelley* el consuelo que los sostenga en sus horas de escepticismo, ni mucho menos el estímulo indispensable para continuar la brega; pero comprenderán que desempeñan una misión cargada de responsabilidades. La actitud del escritor profesional se asemeja a la de aquellos varones ejemplares, los discípulos de Jesús. Se yergue frente a la incomprensión, acepta el sacrificio como tributo forzoso y prosigue firme e inconmovible la tarea que el Destino le señala. Aceptar el cultivo de las letras como eso que en inglés se llama *"hobby"*, me parece impropio de un literato que se respete y casi una profanación para una actividad cuyo dominio exige una entrega total.

Entre los escritores profesionales se cuentan aquellos a quienes el Destino asegura una situación favorable a la práctica de su actividad, releván-

dolos de la dura servidumbre que implica el ejercicio de labores ajenas a su vocación; y aquellos otros que nadan contra la corriente, por decirlo así; que se yerguen frente a un mundo de indiferencia y hasta de hostilidad para cumplir la misión que les corresponde. Sin menospreciar a los privilegiados, me inclino ante los otros. Les ofrezco mi admiración y mi enhorabuena. Forman —formamos— en la legión de los condenados a los trabajos forzados de la inteligencia. Aunque no corriera el riesgo de que las líneas, que consagro a los escritores que desafían la indiferencia del círculo en que gravitan, resultaran una especie de glorificación del martirio, no debo extenderme; vuestra benevolencia, señores académicos, tiene un límite que por ningún motivo debo rebasar.

El camino de la perfección es largo y escabroso. Hay escritores que lo recorren con facilidad y en un lapso relativamente breve; que logran situarse en primera fila, atraer la atención de los lectores cultos y hasta del gran público. Las revistas reclaman su colaboración; el público aguarda con impaciencia la aparición de sus obras. A los privilegiados, a los favorecidos por la fortuna, les recordaría las siguientes palabras de Flaubert: "El éxito me parece más un medio que un fin." A juicio del ilustre escritor francés el éxito debe constituir un estímulo para continuar la obra, para mejorarla. Ni por un momento siquiera debió de pensar en el éxito pecuniario, pues para el escritor genuino el prestigio literario representa y debe representar —repito— un incentivo. Escribir cada vez mejor constituye la preocupación fundamental, la consigna suprema, la única recompensa realmente valiosa. Pero cuidémonos de confundir el prestigio con la publicidad. La realidad nos enseña que la publicidad se alcanza sin mayores dificultades y brota del compadrazgo, de la camaradería, de la connivencia. ¡No pocas veces se dedican frases de elogio a una obra que carece de méritos, con la esperanza de cobrarlo, no en metálico, sino una posición ventajosa o bien remunerada!

Hay otros escritores que tropiezan a cada paso, pero alcanzan al fin la meta que persiguen. A aquellos que trabajan en la sombra y sin ninguna recompensa a la vista, les sugeriría la lectura y relectura de la consoladora observación de Azorín acerca de lo que el "pequeño filósofo" llama nombradía: "Hay dos clases de nombradía —nos dice—: Las hay horizontales y las hay verticales. Las hay en extensión y las hay en profundidad. Los que gozan de la nombradía en extensión ven su nombre y sus obras aplaudidas por todos; las celebran los críticos y las ensalza el vulgo. Son hombres dichosos los tales artistas. Pero si comprenden, si la inteligencia vigila en ellos, ¿estarán realmente tranquilos? Los que gozan de la nombradía en profundidad, apenas la gozan. El área de su prestigio es muy corta. "Han de sobreponerse a sí mismos, a sus desalientos, a sus caídas, para proseguir en su obra. El público los ignora. Aun la crítica independiente los discute.

En cambio, si no gozan de un extenso público ahora, su obra, en tanto que las demás se desvanecen en el tiempo, irá perforando el tiempo profundamente y pasará, cada vez más estimada, de generación en generación."

Un buen escritor es brújula y timón. No quiero decir que el deber supremo del escritor consista y deba consistir en convertirse en defensor o propagandista de tales o cuales ideas, sino en orientador, en guía y también —¿por qué no?— en juez de las costumbres de la época en que brota; en demoledor de prejuicios; en caballero del ideal. Por aquí me sale al paso la debatida cuestión del arte por el arte. Hay libros de mero esparcimiento. No se proponen guiar nuestros pasos, ni destruir prejuicios, ni destacar el valor de lo alto y desinteresado, pero nos entretienen. No dejan en nuestro espíritu huella perdurable, sino el cosquilleo, la vibración sutil de la ironía, como algunos de Chesterton, que todos conocemos.

Entre el escritor y la crítica se halla el libro. Ofrenda espontánea, invitación fervorosa, reclamo sin exigencia. No me refiero en esta ocasión al libro de carácter científico, o sea aquel por medio del cual se informa acerca de un descubrimiento o se trasmite una serie de conocimientos cuidadosamente observados y comprobados en la quietud y el silencio de un laboratorio o al aire libre frente a la diversidad de especies zoológicas o vegetales. Aludo al libro de arte o sea aquel cuya realización requiere aliento superior, altura de miras, nobleza, deprendimiento y amplio dominio del idioma. "Porque el fin de la creación —nos dice Alfonso Reyes— no es provocar la exégesis, sino iluminar el corazón de los hombres . . . en lo que tienen de meramente humanos y no en lo que tienen de especialistas en esta o la otra disciplina." Evidentemente ningún escritor escribe con la intención de provocar la exégesis, sino con el nobilísimo designio de iluminar el corazón de los hombres y porque tiene algo nuevo que decir. Al escribir las palabras "algo nuevo", acuden a mi memoria la observación de La Bruyère: "Todo está dicho"; y la rectificación de Eugenio d'Ors: "Ni todo está dicho, ni todo está por decir." Vuelvo a Azorín. "Aquel que desde el caos primitivo, desde la nada", hace brotar un mundo, se apoya en la premisa de que el tal mundo no existía, no estaba dicho. Si como sostiene el ilustre filósofo de Koenisberg una interpretación sutil requiere la intervención del genio, la obra de creación exige un mayor rendimiento de esa fuerza, comparable sólo a la de Dios, que sabe arrancar del seno insondable y misterioso de la nada, el tesoro de un bello poema, de una novela o de una obra teatral, para ofrecerlos a la curiosidad por medio de un instrumento sencillo y aparentemente insignificante: la pluma.

Un buen libro es un microcosmos. Obra de arquitectura, de herrería y de orfebrería, de telar y de rueca, de abeja y de hormiga, exige constancia, paciencia, estudio, cuidado y amor. El amor en la más amplia y pura acep-

ción del vocablo representa la condición indispensable de una obra de arte. Milton nos ofrece una definición: "Un buen libro —asegura— es la sangre preciosa de un maestro del espíritu, atesorada, y embalsamada en una vida para otras vidas." Acaso os parezca incompleta, pero dejará en todos aquellos que hemos escrito libros o tratado de escribirlos, la sensación de lo vital, de lo llamado a perdurar; de lo que se emprende con honradez. Un buen libro desafía la acción demoledora de los años; representa el fruto de largas horas de meditación y de estudio. Maestro por excelencia, amigo fiel, guía infalible, confesor y consejero, acudimos a él en nuestras horas de meditación magna y dolorosa, con la esperanza de encontrar un bálsamo para nuestras sienes o la luz que alumbre nuestro camino. Permitidme que mencione el título de uno de ellos: *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, cuyo autor preside, desde la inmovilidad del marco que encuadra su imagen, la severa sencillez de la sala en que nos hemos congregado esta noche.

Ya la crítica dispone del material indispensable al cumplimiento de la labor que le corresponde: el libro. En el capítulo de *La Experiencia Literaria* intitulado *Aristarco o Anatomía de la Crítica*, Alfonso Reyes nos dice todo o casi todo, en mi opinión, acerca de lo que puede y debe decirse de una actividad cuya función primordial consiste en situar la obra en el lugar que la honradez del crítico le asigne para información de los lectores. "La crítica, esta aguafiestas, recibida siempre como el cobrador de alquileres, recelosamente y con las puertas a medio abrir. La pobre musa, cuando tropieza con esta hermana bastarda, tuerce los dedos, toca madera, corre en cuanto puede a desinfectarse. De dónde salió esta criatura paradójica, a contrapelo en el ingenuo deleite de la vida." Yo no encontraría buenas razones para situar a la crítica en un plano de igualdad con la obra de creación, pero tampoco para señalarla como hermana bastarda. El mismo Alfonso Reyes la defiende con sus mejores armas. Si me propusiera analizar todos y cada uno de los argumentos de que se vale, mi discurso resultaría una crítica al margen del capítulo, que el autor de *Junta de Sombras* dedica a tan delicada labor. Me limitaré a reproducir el texto de algunas opiniones que aduce en favor de la crítica: "Que la crítica es una creación dentro de otra creación, según Oscar Wilde." "Hasta puede ser —aclara— que la crítica impresionista no sea tal crítica en el sentido riguroso de la palabra y conserve por sí misma un alto valor poemático. Tal acontece con el comentario de Walter Pater sobre el retrato de Mona Lisa." Yo difiero del juicio de Wilde, pero acepto el de Reyes. La crítica no crea. Cuando se practica con sagacidad y buena fe, aventura interpretaciones o revela aspectos que suelen escapar a la comprensión de la mayoría de los lectores u observadores, como los que Walter Pater dedica a la Giocconda; estudio que no vacilaría en señalar como modelo de perspicacia y penetración. Permitidme que reproduzca sólo

un fragmento: "Es más vieja —nos dice Pater— que las rocas entre las cuales se halla sentada. Como el vampiro, ha muerto varias veces y conoce el secreto de las tumbas; ha sondeado los mares profundos y conserva un rastro de su atenuada luz . . . y todo eso que no fue para ella sino un rumor de liras y de flautas, sobrevive en delicadas huellas en su carne cambiante, en sus párpados y en sus manos."

No creo que alguien se atreviera a negar el valor poemático de las observaciones que Walter Pater nos ofrece acerca de La Giocconda; pero si nuestro conocimiento se limitara a lo que nos dice respecto de la enigmática figura, ¿podríamos sostener que realmente la conocemos? ¿Nos sería dable reconstruir su imagen?... Me afirmo en la convicción de que la crítica no crea.

En la primera parte de su ensayo, Reyes distingue la autocrítica de la crítica ajena. La primera de ellas surge de la duda y se presenta en forma de monólogo. "La crítica es este enfrentarse o confrontarse, este pedirse cuentas, este conversar con el otro, con el que va conmigo." La conversación silenciosa que se entabla entre el escritor y su obra brota al calor del autoanálisis. El escritor se erige en juez de sí mismo. Pasa y repasa sus escritos por el tamiz de su consideración personal y bajo su propia responsabilidad, hasta la etapa en que le parece que responden y corresponden a la intención que los hizo brotar. Producto de un esfuerzo sostenido, puede no satifacernos, pero no tenemos por qué esperar y, mucho menos exigir, una obra gigantesca a aquel que apenas es capaz de modelar modestas figuras de arcilla. No pidamos más que probidad y buena fe. Que no se anteponga el interés de ganar dinero o despertar la curiosidad del lector, al supremo interés que consiste en producir una obra de arte. En suma, la autocrítica se practica a puerta cerrada, en el santuario inviolable de la intimidad; pertenece al dominio de lo estrictamente personal. Dejemos que cada cual se alumbre con su propia luz. Perfecto en la medida compatible con la industria humana, o imperfecto, llega el libro a manos del crítico. En el primer acercamiento a la obra que reclama su atención, el juez desapasionado prescinde de sus personales simpatías y diferencias respecto del autor. El estilete que en manos aviesas cobra un significado semejante al de la cuchilla del verdugo profesional, en la del crítico probo se convierte en escalpelo con cuya intervención desentraña la esencia misma de la obra, pero sin fallar anticipadamente en pro ni en contra, según que el autor figure o no en la lista de sus afectos. Entre nosotros, se saluda frecuentemente como un acontecimiento extraordinario la aparición de un libro mediocre o francamente despreciable, sólo porque aparece firmado por un amigo; y se ataca con virulencia el escrito —aunque reúna las cualidades que lo acreditan como un buen libro— por un autor ajeno a lo que Alfonso Reyes llama "el barrio".

Más adelante, en el fragmento intitulado *El Juicio*, aclara: "Llamo así al último grado de la escala, a aquella crítica de última instancia que definitivamente sitúa la obra en el saldo de las adquisiciones humanas. Ni extraña al amor, en que naturalmente se funda, ni ajena a las técnicas de la exégesis, es la corona de la crítica."

"Ni extraña al amor, en que naturalmente se funda" . . . La frase anterior, de inspiración apostólica, representa en mi opinión la clave de la crítica. Lejos de aparecer extraña al amor, la crítica de altura, la desapasionada y recta, saluda al libro de aparición reciente, con ánimo amistoso. Entre aquel que lo abre con el exclusivo objeto de descubrir yerros y deficiencias, y aquel otro que se acerca a la obra, sin prejuicios, media la distancia que separa a la benevolencia, de la prevención o la malquerencia.

Al confrontar los numerosos libros de Goethe, la crítica observa que, si bien en todos ellos se advierte la mano del maestro, no encontraría buenas razones para situarlos en el mismo plano. *Hermán y Dorotea*, *Las Afinidades Electivas*, *Werther* y otros, no exhalan el aliento de grandeza que respira el *Fausto*, obra en la cual el genio de Goethe alcanza su más alta expresión. El crítico que a la hora de enjuiciar la obra del Consejero del Gran Duque de Weimar se propusiera empañar el prestigio de Goethe, señalando con un empeño sospechoso la existencia de obras del mismo autor, pero de tono menor, no debería, en mi opinión, dedicar su talento al cultivo de aquella noble actividad. El crítico probo estima la labor literaria por las expresiones más altas y no por las inferiores. El crítico incapaz de remontarse por encima de pequeñeces y mezquindades; aquel a quien falta la convicción de que el interés de la mayoría está por encima de la simpatía o antipatía, que el autor de uno o varios libros le inspire, no debe abordar la crítica, pues quien la practica acepta tácitamente la obligación de responder ante su propia conciencia, pero sobre ella y primero que ella, ante la conciencia pública.

En esa especie de jurado popular que representa la opinión pública, el crítico desempeña el doble papel de fiscal y defensor. Su opinión, adversa a la obra que injuicia, entraña una acusación; pero si, a la vez que errores, advierte en aquélla algún mérito o cualidad, habrá de ceder su sitio a la defensa. La exigencia del crítico responde a los intereses de la creación artística, pero su amplitud de criterio y su benevolencia le invitarán a desentenderse de pequeñeces para justificar el esfuerzo, la constancia y la devoción.

No creo haber dicho acerca del escritor y la crítica todo lo que se puede decir. Me he limitado a señalar los aspectos característicos, los rasgos sobresalientes de uno y otra. Me contentaría con saber que las reflexiones cuya lectura habéis escuchado, invitan a pensar en la incumbencia suprema del autor de uno o varios libros y de quienes los enjuician.

Señor Director:
Señores Académicos:

Os ofrezco mi agradecimiento cordial, por haberme brindado la posibilidad de participar en las labores encaminadas a mantener la unidad de la hermosa lengua española, la pureza del habla y la corrección y limpieza del estilo; propósitos que constituyen la misión fundamental de la Academia y la enaltecen, cuando se elevan al plano en que se afirman y confirman los intereses más altos de la cultura mexicana.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don José María González de Mendoza

Señor Director de la Academia Mexicana
Correspondiente de la Española:
Señores Académicos:

El tema del discurso que hemos aplaudido: *El escritor y la crítica*, atañe a cuantos padecemos "esta enfermedad mental o manía, casi incurable, que excita a los hombres a escribir", como de sí mismo decía don Juan Valera en carta a don Juan Enrique Lagarrigue.

Lo que publicamos, artículo o poema, opúsculo o libro, sujeto queda a la crítica; y no rehusamos ejercerla, pues —opinaba acertadamente Albert Thibaudet— "la crítica es obra individual". En su certero análisis, don Eduardo Luquín desdeña las simulaciones de la crítica: la que evade con fórmulas vacuas la responsabilidad del juicio; la que da en el extremo opuesto y, mediante sarcasmos o tal vez con insidiosos sugerimientos, emula a León Bloy, que se intitulaba "empresario de demoliciones", sobrentendido: "demoliciones de nombradías literarias". Desdeña también la crítica "maromera" —valga el decir—, toda en frases anodinas que, sin comprometer al comentarista ante sus colegas, no descontentan al autor. Aun mayor desprecio le merece aquella modalidad de la crítica que es el silencio, forma aparentemente pasiva, mas en realidad activísima, letal, pues para la obra de arte "preterir" equivale a "sepultar". En realidad, nada de eso cuenta porque no es crítica. La que importa y en la que todos pensamos cuando se enuncia tal concepto, la definió Anatole France:

"El buen crítico es el que refiere las aventuras de su alma entre las obras maestras."

La crítica exige el cabal conocimiento de la obra a la que se aplica. Requiere cultura amplia, que permita el parangón de aquélla con otras de antaño, ello en la medida justa para no tomar la erudición, simple instrumento, como fin en sí, prevaleciente sobre el objeto examinado: hay que huir —aconseja Toynbee— de la tendencia del alfarero a volverse esclavo de su arcilla.

El discurso del señor Luquín viene a ser la crítica de la crítica. Indica la supeditación de ésta a la obra sobre la cual se ejerce, y consecuentemente la supremacía del escritor sobre el crítico. Podría argüirse que el crítico es asimismo un escritor y que, como tal, su texto —en condiciones óptimas, bajo la pluma de un Valera, de un *Azorín*, de un Alfonso Reyes— puede ser obra de arte, acaso de igual categoría y calidad que la criticada. Incluso puede serle superior: olvidados están los libros de Necker, de Gourville, de Cosnac, de Gerbet, de Pariset, de Etienne, pero aún se leen con placer y provecho los *Lunes* que respecto de ellos escribió Sainte-Beuve.

Podría parecer contradictorio que el autor de pertinentes y substanciosos artículos acerca de libros de buena literatura, cuyas características aprecia con sagacidad y define con acierto, se haya abstenido de analizar la vasta obra de su predecesor; pero se ha ajustado así a lo que nuestro Estatuto dispone: el recipiendario ha de hacer el elogio de aquel a quien sucede. Hémosle oído palabras de modestia que, si bien sinceras, no responden exactamente a la realidad, pues de sí mismo en relación con su ilustre e inolvidable antecesor, ha dicho: "Inútilmente me empeñaría en encontrar razones que me recomendaran como continuador de su obra." Sin embargo de ello, es dable percibir entre la de ambos escritores cierta analogía: la diversidad. Los varios centenares de libros, opúsculos, folletos, conferencias, prólogos y artículos no recopilados, amén de media docena de traducciones, que registra la bibliografía del doctor Carreño, se clasifican en una docena larga de encabezados. En cuanto a nuestro nuevo colega, él mismo opina que ha realizado en las Letras obra de explorador. Es certera la apreciación, porque su bibliografía hace ver la variedad de los campos literarios por donde se ha aventurado. Sus múltiples viajes —el más reciente, mediado el año anterior, fue nada menos que la vuelta al mundo—, y sus largas residencias en países extranjeros como miembro del Servicio Exterior Mexicano, le han dado opimas cosechas de impresiones, firmes de trazo y exactas de tono, recogidas en libros donde el colorido descriptivo realza con galanura la sagacidad de las observaciones. Y ha escrito novelas; y relatos —algo más que cuentos, algo menos que novelas cortas, desarrollados en torno al narrador—; y ensayos de muy disímiles temas, memorias, ricas en apreciaciones de personas y de hechos; incluso un libro de historia sobre los problemas a que nuestra diplomacia se enfrentó en la segunda década de este agitado siglo, y un par de volúmenes de tema sociológico: el siempre nuevo enigma de la psicología del ente mexicano. Todo ello muestra la diversidad de su producción: no ha escrito versos ni piezas teatrales, pero ha cultivado con fortuna los demás géneros literarios.

No sería posible, en los estrechos límites de esta disertación, pasar en revista uno por uno sus libros. Son veintiséis: el primero, de 1930; el más

reciente, pábulo ahora de comentarios. Séame permitido, pues, adoptar el sistema de *muestreo* empleado para los análisis de minerales, y reducir el examen al de aquellos libros que me parecen más representativos del pensamiento y la estética del autor. Cauto por advertido, no haré la crítica de ellos, sino tan sólo una somera exposición de sus características.

Comenzaré por las novelas. Seis ha sacado a luz. La primera, en 1942, fue *Los embozados;* hace vivir ahí a dos o tres figuras bien observadas; destaca la del protagonista. *Fernando el indeciso* intituló el fragmento que en 1937, mucho antes de la aparición del libro, publicó en la inolvidable revista *Letras de México.* Es el perspicaz estudio de un carácter irresoluto, sacudido por opuestos apetitos, roído de ambiciones y sin fuerzas ni perseverancia para realizarlas. "Mal del siglo" podría llamarse, como antaño al de los románticos, a ese anhelo de la juventud que no arraiga en la voluntad ni se nutre de esfuerzos, que es tan sólo veleidad, ni siquiera deseo.

En todas sus novelas el asunto es algún conflicto inherente a la condición humana, con las modalidades que en México reviste. Así en *Los hermanos Gabriel* (1945) prevalece sobre los prejuicios sociales la avasalladora fuerza del instinto femenino por excelencia: el maternal. *Aguila de Oro* (1950) es la novela de la ambición rastrera y a la vez la de un factor influyente en la política mexicana de otros tiempos: el pistolero. En *La Virgen y la diosa* (1961) se discute el dilema latente en el sér del mexicano: la Guadalupana o Coatlicue; y se resuelve con fe en lo porvenir, mostrando, contra lo que multitud de libros acerbos pudieran hacer creer, que en el campo de México no todo es pistola y machete —tristes reliquias de pretéritas pugnas—, sino que el labriego, en su miseria, es capaz de altruismo, en su ignorancia, de sensatez. Frente a tantísima novela impregnada de rudeza cuando no de animalidad, ensombrecida por la ingente masa de la teratológica Coatlicue, *La Virgen y la diosa* refleja aquella realidad del campo mexicano que la consoladora presencia guadalupana ilumina.

Sus novelas están henchidas de verdad humana, de realidad mexicana. Con gemela habilidad indica relieves o da valor a matices, pinta el pormenor colorido o dice los contradictorios movimientos del alma. A todo lo cual añade el interés del asunto, reanimado en los episodios, que mantienen alerta la atención. En *Los perros fantasmas* (1943) introdujo una nota suprarreal: la presencia, inesperada pero sugerente, de canes callejeros, que tal vez eran alucinaciones de la neurótica y malaventurada protagonista.

Con esas obras alternaron tres volúmenes de relatos. Glosar cualquiera de éstos requeriría bastante más espacio que el relato mismo. En cada uno, granillos de imprecisión y de fantasía intrigan la curiosidad. Hay también fintas en diversas direcciones, comienzos de senderos por los que parece va a encaminarse la acción, pero que no llevan a parte alguna porque es otra

la vía seguida. Habilidad técnica es ese abrir perspectivas, desdeñando guiar al lector; allá éste si las explora mediante la meditación o el ensueño, a su gusto.

Riquísimo es, en tales sentidos, el relato intitulado *Agua de sombra* (1945), confidencias de una muchacha inglesa, una noche, en un restaurante campestre a orillas del Támesis. Diversos aspectos del modo de ser británico y del carácter femenino, expresos mediante los actos o las reflexiones de los personajes o implícitos con sugerencias, se prestan a la colaboración mental del lector con el escritor, colaboración que es uno de los más apetecibles contentos de la lectura. Acierto psicológico hay en la ingenuidad de la protagonista, que para explicarse los hechos imagina razones a su alcance. Acierto en su necesidad de confiar en el amigo extranjero, que un día retornará allende el mar, al olvido. Acierto en la paz que ella recupera una vez confesada su historia, y en la desazón del confidente al advertir, sobre él mudado, el peso de aquel fardo moral. Bello relato es, y profundo: encierra emoción, posee verdad humana. Puede contarse entre los mejores de nuestras Letras.

Tocante a la técnica de esas obras de imaginación, tal vez sorprenda al lector la iteración de procedimientos. Mencionaré uno: el autor se pone en escena, pero le cede la palabra a un supuesto narrador que, a su vez, habla también en primera persona. Así en *Agua de sombra, en Espejismo* (1938). El sistema se halla en otras literaturas: Valery Larbaud menciona, en su crítica a la novela *Chance*, de Joseph Conrad, que el narrador narra lo que otro narró acerca de lo que un tercero narraba.

Transición, en cierto modo, entre la novela y el ensayo es la autobiografía. De la novela tiene cuanto en ella hay de movimiento y pasión; del ensayo, lo que es análisis del ser y de su lugar en la sociedad. Las Letras mexicanas son relativamente pobres en autobiografías, que tanto abundan en otras literaturas. Para deplorar esa escasez no es necesario emprender el examen de las razones que la motivan. Puesto que la autobiografía ahonda en el conocimiento del ser humano en general a través de un individuo, siempre es reveladora.

Porque mucho ha viajado y vivido mucho; porque ha conocido a no pocas personas sobresalientes y ha sido testigo de convulsiones políticas y de estragos bélicos, es plausible que don Eduardo Luquín haya escrito sus memorias. Ello, sea dicho de paso, me dispensa de enumerar las peculiaridades de su vida, pues en dos libros las refiere punto por punto con ágil estilo y buena prosa.

En el primer volumen se adentró en el cerrado huerto de su niñez y adolescencia. Méritos varios se conjugan para volver atractiva esa obra: La sinceridad de la confesión, exenta a la par de jactancia y de falsa modestia;

la pintura de los costumbres pueblerinas durante los años anteriores a la, por recurrente, prolongada guerra civil que padecimos en el primer tercio de este siglo; y el sagaz, penetrante examen de la psicología infantil y de la conciencia del adolescente. Valioso como documento humano, *Espigas* (1948) no lo es menos como obra literaria. Placen el movimiento de las escenas, la variedad de los episodios. Nada sobra. No se advierte que falte cosa alguna. Con el aderezo de otras circunstancias, muchos lectores encontrarán ahí rasgos que les recuerden los de su propia vida; y cerrarán el libro enriquecidos por el mejor conocimiento del Hombre.

Con ser ese libro evocador y placentero, le supera en interés el intitulado *La cruz de mis vientos* (1959). Arroja luz sobre una juventud que en algo, y aun en algos, superaba a la de ahora, pero que le es igual en cuanto *juventud* significa: anhelos, esperanzas, ilusiones, descubrimiento del mundo, don del amor. Luz, asimismo, sobre una sociedad que las sacudidas de la segunda guerra mundial habrían de transformar radicalmente; sobre figuras de un pasado todavía cercano en la cronología, aunque ya nos parezca remotísimo; sobre la condición humana; sobre hechos que la Historia registra y anécdotas que sólo la memoria individual conserva. Quienes en las pasadas tempestades apenas recibimos salpicaduras, admiramos el temple y valentía con que el autor dice la verdad de lo que vio, de lo que vivió, incluso al referir episodios que pueden parecer lesivos para el amor propio; el lector los aprecia como prueba de la sinceridad del relato, al que, en cierto modo, ponen el marchamo de la autenticidad.

En ambos libros sobresalen las certeras reflexiones acerca de motivos que conciernen al ser humano, a su paso fugitivo por la Tierra, a sus afectos y antipatías, a su existencia como individuo sin gemelo en el conglomerado social. Placen el colorido y vigor de los retratos. De muy buena mano son: unos cuantos rasgos bastan: la figura se percibe con nitidez que quizás la acumulación de pormenores no le habría dado.

Sin necesidad de transición pasamos de esas memorias al ensayo, donde nuestro nuevo colega revela sus mejores dones. No menos de diez libros de ese género ha dado a la prensas, entre 1930 y 1961.

El ensayo agrada al escritor por la absoluta libertad que para su tratamiento ofrece y, sobre todo, por la amplitud que deja a lo hipotético: premisas simples permiten conclusiones complejas. El ensayista va adonde gusta, se detiene cuando quiere, da preferencia a lo que le atrae; doquiera cosecha el menudo botín de la abeja y, bien provisto de impresiones, elabora su miel: su página. De parecida manera, los libros de ensayos son adaptables al capricho del lector: puede comenzarse la lectura a la mitad o hacia el final incluso desde el principio! eligiendo los fragmentos conforme a la incitación que los títulos ofrecen en el índice. El ensayo se presta

al juego que podríamos llamar del *contraensayo:* para cualquier tema tratado por un escritor cabe imaginar desarrollos diferentes, cuando no totalmente opuestos al que leemos. Ello, porque todos los temas son siempre susceptibles de revaloración y porque cada quien ve en las cosas lo que todos ven y además lo que solamente él percibe, a su manera: "Eso que a ti te parece bacía de barbero —dijo Don Quijote a Sancho en memorable ocasión— me parece a mí el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerá otra cosa." Sensatas palabras, aunque de loco.

Título afortunado es el de *Ondas cortas* puesto por el señor Luquín a tres series de ensayos publicadas en 1940, 43 y 54. Contradictoriamente, en la radio las ondas cortas tienen largo alcance. Esos libros son amenos, cualidad bastante más rara, en aquel género, de lo que pudiera creerse. Poseen cálido contenido humano, agudo valor analítico. A la madurez del pensamiento se alía, oportuno siempre, el rasgo de ingenio, el toquecillo de ironía, el guiño alegre. Hay en ellos variedad de asuntos: notas de viaje que dan una exacta impresión de ambiente, acaso más que por lo dicho por lo mucho que sugieren. Hay breves estudios acerca de Gide, de Antonin Artaud, de García Lorca, cuya poesía una imagen sinestésica define: "Aroma de jazmín en carne roja." Otro tema es el orgullo y suficiencia juveniles, tan fácil y frecuentemente destinados a terminar en la mediocridad, cuando no en el fracaso. Todas esas páginas convidan a reflexionar. Mención especial merecen las atañaderas a un pueblo jalisciense, trazadas con rasgos precisos y con sugerente juego de luces y de sombras; quizás, a lo Rembrandt, superen éstas a aquéllas, lo que da a las descripciones gravedad, cierto matiz patético; más tienen de grabado que de pintura.

Hermoso libro es el intitulado *Verde y azul.* Salió a luz en 1939. El título es prometedor: a frondas y cielo alude. Afinando un poco el simbolismo podría verse ahí un anhelo de superación: copas de árboles, espacio cerúleo; e incluso el dualismo de lo terrenal y lo espiritual. Son, principalmente, impresiones paisajistas. Las anotaciones sobre Chapultepec, finísimas, de ahilada percepción, de íntima poesía, poseen tanta precisión como levedad, son fecundas en sugerencias. Con la elegante y certera concisión de un *haikú* y la agilidad y la malicia de una greguería, el jilguero es llamado "profesor de canto del agua". ¡Y qué exactitud de rasgos, qué brillantez de imágenes, cuán sutil vibración de luz en croquis como el del sol en la altiplanicie o el de la mañana bajo las frondas! ¡Con qué sencillez de medios queda indicado el contraste entre el ardor meridiano y la deliciosa incitación del arroyo, a la sombra de los plátanos, en el Edén! —quiero decir: en Cuautla. La adecuación de los vocablos, las felices asociaciones de ideas, despiertan en el lector impresiones equivalentes a las percibidas por el escritor; y ello nunca es fácil de lograr. Lo que da alcance general, a

veces universal, a una obra literaria, es el acierto de interpretar, a través de una experiencia o de una intuición personales, innumerables experiencias o intuiciones, no conocidas ni expresadas, de innumerables seres humanos. Sin acento de humanidad, sin sentido del Hombre, la obra de arte carece de razón de ser.

Norma académica no escrita, mas invariablemente observada, es que el discurso de respuesta al de un recipiendario sea más breve que el de éste. Ella me obliga a omitir el examen de otros libros: el de Historia, los dos, sagacísimos, de análisis del carácter mexicano. Mas no dejaré de detenerme un tanto en decir las cualidades del estilo, convencido de que, como lo afirma Thibaudet en sus *Reflexiones sobre la novela*, "no hay literatura sino allí donde hay estilo, tomando esta palabra en su sentido más lato." El del señor Luquín es llano y limpio, preciso sin sequedad, maleable sin blandura. Cuando en sus libros dialogan personajes rústicos, no calca el hablar popular: la estiliza, por decirlo así, con el tino de conservarle colorido a la vez que haciéndola inteligible para todo lector de lengua española, cualquiera que sea su nacionalidad. Y esto es importante; es, valga el decir, "académico", puesto que nuestra corporación —como la casa matriz, que este año cumple dos siglos y medio de existencia, y como las demás correspondientes de ella— tiene por mira y finalidad principal el "velar por la conservación, la pureza y perfeccionamiento de la Lengua Española", lo que implica la unidad de ésta. Unidad, frente a las crecientes amenazas de disgregación dialectal. En la defensa de esa unidad nos ocupamos.

Con sutil humorismo se ha definido a la Academia Francesa como "el último salón donde se conversa". Ironía aplicable a todas las Academias de la Lengua, porque enuncia una finalidad: los académicos conversamos sobre cuanto al idioma atañe; si es anfibológica o no tal o cual frase; si una acepción es correcta o errada; si es aceptable o reprobable cualquiera de los múltiples neologismos que, inventados nadie sabe por quién, se difunden con vertiginosa rapidez y se imponen como insustituibles. Aquí no divagamos sobre el "leísmo", caro a don Juan Valera, ni sobre el "loísmo", preconizado por don Alfonso Reyes; ni como el personaje del *Genio alegre*, comedia de los hermanos Quintero, sobre el empleo de *la* en el dativo femenino; pero sí discutimos sobre las etimologías de los mexicanismos. Yo recuerdo el animado debate, hace años, acerca de *acocil*, que el *Diccionario* de la Real Academia Española, con apoyo en la autoridad de Fray Bernardino de Sahagún, llama *acocili*, forma ahora anticuada; prevaleció la extraña pero lógica derivación de *atl* y *cuitzilli*, que valen por "agua" y "que se retuerce"; o sea, retorciendo el sentido y aderezándolo con elementos gramaticales de relación: "el que se retuerce en el agua", definición apropiada para ese camaroncillo lacustre.

Es frecuente que tildemos a algún vocablo viciado, a cualquier locución mal venida, con los denigrantes epítetos de "rudo barbarismo", de "galicismo vitando", de "anglicismo pedestre". Los solecismos nos ensombrecen el ánimo. La mala colocación de un acento nos incomoda. ¿Minucias? ¿Naderías? No: hay que atajar la insidiosa corruptela prosódica, la grosera falta de ortografía, la de sintaxis, mucho más grave, la torpeza que vulnera a la semántica. Tolerarlas puede llevar de tropiezo en tropiezo hasta "pader", hasta "ahoy". La vigilancia, pues, ha de ser incesante y rigurosa.

Señor Luquín:

Vuestra llegada a esta casa da testimonio del aprecio en que escritores duchos en muy diversas disciplinas literarias tienen vuestra obra, asimismo varia. El decurso del tiempo acaso os lleve en orden de antigüedad hasta puestos marcados en la lista corporativa con un solo guarismo, acaso hasta el decanato. La Muerte, la Muerte sin fin, esto es, sin objeto, sin propósito; y también sin término ni acabamiento —que sería la resurrección—; la Muerte sin límites, pues sobrepasa todo confín, por infranqueable que parezca ser, por inaccesible que lo creamos; la Muerte inmortal, que ha sido fructífera semilla de uno de los más hermosos y elevados poemas de la lírica mexicana, abre en nuestra reducida corporación frecuentes y sensibles huecos. Nos consuela el saber que, si pasan los hombres, de mano en mano pasa también la simbólica antorcha que desde hace diecinueve siglos alumbra el poema de Lucrecio con genial metáfora:

et quasi cursores vitae lampada tradunt.

Ochenta y ocho años de existencia ha cumplido anteayer la Academia Mexicana Correspondiente de la Española. Su *Anuario* registra los nombres de ciento setenta y ocho académicos. El vuestro se le agrega ahora. Sed bienvenido entre nosotros.

NATURALEZA DE LA ELOCUENCIA Y CUATRO SEMBLANZAS DE ORADORES MEXICANOS*

Por don SALVADOR AZUELA

LLEGO A ocupar la silla decimaprimera de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, por la benevolencia de los académicos que votaron por mí. Al maestro Julio Torri, escritor de antología, cuyas enseñanzas enriquecen la conciencia de numerosas generaciones; al erudito doctor Francisco Fernández del Castillo, de la familia ilustre de Angel de Campo, con cuyo sobrino Germán me unieron lazos de intimidad, y a Mauricio Magdaleno, compañero y amigo entrañable de la juventud, figura de la novela y del ensayo en México, mi profundo reconocimiento. Evoco la sombra amada del poeta Francisco González Guerrero, a quien siemprre debí estímulo, muerto cuando supe que se disponía a firmar la propuesta a mi favor, que presentaron tres eminentes académicos.

No sin explicable timidez, cumplo la obligación estatutaria de presentar el trabajo de ingreso a la Academia, porque aunque con cerca de cuarenta años de cátedra en asuntos de orden histórico y social, vengo a ella con montones de cuartillas escritas de prisa, que se han acumulado a lo largo de más de cinco lustros de labor periodística.

Mi gratitud a la ilustre corporación es elemental. Me llama fiel a su tradición de liberalidad; aquí en donde se han reunido don Sebastián Lerdo de Tejada y don Ignacio Aguilar y Marocho, don Jcaquín García Icazbalceta y don Justo Sierra, para referirme nada más a los muertos que representan el testimonio de hospitalidad que prevalece en la Academia, ante todas las corrientes del pensamiento.

Con emocionada reverencia invoco los nombres de don Rafael Angel de la Peña, don Manuel Sánchez Mármol y don Luis González Obregón, que en distintas disciplinas dieron lustre a las humanidades mexicanas, predecesores de don Nemesio García Naranjo, en la silla undecimaprimera, que la Academia me ha hecho el honor de discernirme. De don Nemesio, orador y escritor, habré de ocuparme en distintos pasajes de mi discurso, que por

---

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 24 de abril de 1964.

lo selecto del auditorio impone, en mi caso, acudir al exordio clásico de *captatio benevolentiæ*.

Estamos en una época de incontinencia verbal. Todo hijo de vecino hace discursos. Un banquete, un mitin político, una asamblea profesional o una sesión de sindicato, son propicios a la oratoria sin freno. Si para escribir hay cierto recato, tratándose de la expresión oral ocurre lo contrario.

Privada de rango ético y de belleza, la palabra pierde dignidad en la tribuna. Arte falso, que se fabrica con todos los recursos del prosaísmo; cadena interminable de lugares comunes, nos da, de tal guisa, la impresión de una tienda de quincallería. Se explica que en los parlamentos del siglo XIX se introdujera el método de guillotina, para limitar el tiempo de los discursos y reducir al mínimo el recurso de la obstrucción, que lejos de fecundar el debate, busca prolongarlo sin término, para que se frustre en una atmósfera de somnolencia y tedio, equivalente a una antesala del infierno.

Ante el torrente de palabrería que el tropicalismo propicia, se añora la regla del silencio, rectora de la orden de los cartujos.

Ya el término mismo de orador suena a teatro y es un tanto extraño al encanto de la intimidad, en que florecen las mejores formas de la simpatía.

Lo usaré hoy en este plano, un tanto antioratorio.

¿Es requisito indispensable para que el orador cumpla su vocación, que adquiera la disciplina que forma al escritor literariamente? Asunto éste que no se plantea ahora. Ya Fray Luis de Granada se refería a él con indudable acierto. Escritor fue Cicerón en grado excelso y el mismo Fray Luis, José Martí, Antonio Caso y Manuel Azaña, en los países de habla española, para ejemplificar con figuras más próximas históricamente a nosotros, se entregaron a las tareas de la pluma y a los empeños tribunicios, con fervor.

Habrá, empero, que rectificar a Juan de Valdés en su delicioso *Diálogo de la lengua:* no se escribe como se habla. La llaneza del consejo cervantino es insuficiente para resolver el problema, como lo hace Valdés. Escribir y hablar son afluentes de un mismo caudal; pero el que discurre en forma oral observa el efecto de su palabra en el auditorio y va modelándola, de modo casi plástico, por las reacciones inmediatas que percibe. El escritor sigue nada más el vuelo libre de su inspiración o desarrolla la doctrina en el estilo que su personalidad le presta, sin tener en cuenta las solicitaciones del momento, cuando se trata de faenas diferentes de las que el periodismo impone.

En el desenvolvimiento del discurso se realiza un choque interno entre el elemento dialéctico y el elemento emotivo. Es el que habla quien debe establecer el equilibrio. La ley del buen gusto lo realiza, contra la superabundancia, a que conduce la facilidad para expresarse en formas oratorias.

El orador no es el tipo visual que escribe arengas literarias o discursos de gran enjundia, desde el punto de vista de las ideas. La lectura, por bien matizada que se haga, nunca puede suscitar el estado de ánimo que engendra la emoción oratoria, que brota de los temperamentos auditivos. Ese estado de ánimo equivale, para recurrir a un símil gráfico, a una descarga eléctrica, con reacciones espirituales que se crean entre el que discurre oralmente y las gentes que escuchan. El hombre elocuente se convierte, en tales instantes, en inspirado a través de cuya voz cobran forma ansias profundas, demandas y anhelos informulados, pero que sentimos entrañablemente nuestros; regocijos y congojas que de pronto parecen adquirir relieve casi físico, por el milagro de la palabra.

El recitador de discursos tampoco puede catalogarse como tribuno. El gesto estudiado, el modo de decir en tono declamatorio, el ademán típico del actor profesional, no aportan los caracteres de la elocuencia. Hablar en público no es lo mismo que representar un papel en un drama o en una comedia. Y en nuestro tiempo se busca la naturalidad, se huye del amaneramiento. La elegancia y la concisión, por la armonía de forma y fondo, se consiguen a través de las vías de la sencillez, que otorgan el señorío de los recursos verbales.

Los oradores notables nos cuentan de qué suerte la emoción que se exterioriza por su conducto, en los grandes momentos, entraña un misterio. Saber adentrarse en el alma proteica de la multitud es prenda de elegidos, que determina a manera de una cópula entre el tribuno y el auditorio, al condensar el primero ideas, sentimientos, estados de ánimo que antes aparecían difusos e inconcretos. Obsérvese al público que se estremece hondamente por el fenómeno de la inspiración. ¡Qué interés tan vivo se pinta en la expresión de las fisonomías! Los bustos se inclinan ávidos de escuchar y una atmósfera de recogimiento y simpatía tácita envuelve las palabras, que emergen con valor singular, como de novedad y descubrimiento, al remover estratos profundos que llevamos adormecidos.

Para llegar al dominio de la palabra oral, media una larga, difícil elaboración. Se improvisa no más la forma, cuyo manejo exige también muy largo aprendizaje; lo demás es fruto de empeños laboriosos, en una disciplina que exclusivamente se conquista en la tribuna, a través de múltiples tropiezos. La experiencia hace al orador hasta que llega a encontrar aciertos fuera del plan deliberado que lleva. El sabe de las dificultades que hay que salvar en la etapa inicial, en lucha con las reacciones de los auditorios, que lanzan sobre el primerizo burlas y críticas duras, muchas veces crueles. Por eso se tiene que adquirir el hábito de afrontar públicos que pueden ser adversos y estar presto a desafiar sus iras y sarcasmos, a combatir la actitud de indiferencia o tedio, con alusiones que mantengan la atención suspensa.

La búsqueda sistemática del aplauso daña al orador. Lo daña en lo moral porque al subordinarlo a la conquista del éxito, pone una muralla frente a la verdad. En lo estético lo perjudica en grado mayor, porque la lisonja a la multitud es tan censurable como la que se tributa al hombre de mando, y torna el discurso vulgar.

En cambio, expresar una convicción en los momentos de arrebato que produce la elocuencia, vale más que largos años de poder o de fortuna que se logran por los malos caminos de la intriga y la deslealtad. La independencia espiritual, la fidelidad a sí mismo, el coraje que sirve a una buena causa y hasta el derecho a equivocarse, si se alimenta en propósito limpio, dan la autoridad que permite hacer de la palabra oral la instancia última para juzgar a los poderosos del mundo.

La pureza en la intención se fortalece por la economía de la palabra, que es la clave del arte. Reposa en saber decir lo que se quiere y es la más compleja de las técnicas, porque sirve de escudo contra el exceso; prueba de mal gusto por falta de dominio verbal que muchas veces conduce hacia veredas o atajos en los que no se quiso caer.

No se puede discurrir con eficacia, cuando falta un propósito nítido, definido. Todos recordamos la angustia del auditorio que sigue al que discursea en forma que parece que no acabará nunca, por no encontrar cómo concluir su oración. Se sufre el aburrimiento insoportable ante el que perora y perora, como náufrago en una vorágine de palabras, sin noción ni control de los modos de decir.

Quien carezca de la energía para contrariar una actitud social equivocada, no podrá tener pleno éxito en la tribuna. Pocas conductas tan plausibles como la del que defiende con fervor sus convicciones. La fuerza comunicativa, la devoción que enciende el entusiasmo y la fe dispuesta al sacrificio, se hacen respetables aun para el adversario. Es el triunfo del espíritu sobre los intereses efímeros.

La lucha educa a los oradores, hasta a aquellos que se apartan de la polémica. No hay otra escuela de elocuencia que lanzarse a la empresa. El tiempo da familiaridad, fluidez y disciplina, con el concurso del buen gusto, la fantasía y la pericia dialéctica, más los libros y la experiencia. A veces, según el público, la oportunidad y el tema, será inadecuado, en circunstancias de intimidad, el discurso vibrante; otras, el estilo expositivo está fuera de tono. No hay que perder de vista que los auditorios responden al requerimiento del orador, cuando éste logra emocionarlos y que convencer no basta.

Aquel que se mueve en la tribuna con desenfado antes de una arenga o de una disertación, sabe que hay circunstancias imprevistas que pueden hacerlo modificar el plan que se propone desarrollar. Un incidente cómico, las características del sitio en donde habla, condiciones inesperadas del au-

ditorio o el hecho de que quienes lo anteceden exponen ideas semejantes a las que proyectó para su discurso. Aquí se complacen los auténticos temperamentos de oradores, lo mismo que cuando se les hace hablar de improviso, fuera de programa, acerca de un tema de su agrado.

No se puede prescindir de las manifestaciones de simpatía, repulsa o indiferencia del que escucha. Se necesita estar dispuesto siempre a esclarecer un pensamiento, en plano propicio a la réplica oportuna. Una burla hecha con ingenio, una protesta, una falla de léxico, tornan ridícula la situación del que ocupa la tribuna. Para hacerse respetar de las multitudes, debe tenerse presente su sensibilidad femenina, presta a rendirse al que las afronta con pasión.

El juicio sobre la elocuencia se pierde en abstracciones, si no estudia la experiencia de los oradores. Con las semblanzas de cuatro mexicanos que pude conocer, ilustraré mi discurso.

La obra de Nemesio García Naranjo se singulariza por la variedad de los géneros que cultivó, con talento que le reconocieron sus contemporáneos. Gran parte de sus trabajos quedan en la prensa diaria y son principalmente artículos de asuntos políticos; pero también se refieren a problemas educativos, artísticos y literarios. De su vida parlamentaria conserva la garra polémica, como escritor hecho en la batalla de las ideas.

Tenía poder creador imaginativo. Así logró una visión biográfica de la personalidad histórica del general Porfirio Díaz, apasionada, pero sincera y llena de desinterés. Defendió a don Porfirio después de que ocupó la Presidencia de la República y siempre hubo de proclamar las razones de su adhesión porfiriana. Don Carlos Pereyra escribió, por eso, que quedaban en México tres porfiristas acérrimos: doña Carmen Romero Rubio Viuda de Díaz, don Victoriano Salado Alvarez y don Nemesio García Naranjo.

En el género teatral escribió aquel delicioso juguete cómico *El vendedor de muñecas*. La crítica hubo de reconocer sus méritos, al catalogar la comedia en la escuela de don Jacinto Benavente. Acción, diálogo vivaz, correcto dibujo de los caracteres, finos toques de ingenio, han permitido que *El vendedor de muñecas*, que se estrenó allá por 1933, siga llevándose a escena.

Las memorias de García Naranjo constituyen una de las aportaciones de mayor importancia para el conocimiento íntimo de la época en que vivió. ¡Y qué época aquélla! Las postrimerías del régimen porfiriano, el reyismo, la campaña antirreeleccionista de Madero, el interinato de De la Barra, el triunfo de la revolución armada, el gobierno de Huerta arrollado por la violencia popular y la lucha de las facciones que brota de la hoguera del movimiento revolucionario, hasta el periodo en que el general Calles pierde la preponderancia.

Con la sensibilidad de su tiempo, la vocación oratoria le impuso el estudio del derecho. Vino a la ciudad de México, a la 'escuela de los tribunos. Nuestra facultad universitaria atraía a los jóvenes con disposiciones humanísticas, que no encontraban ambiente en los otros planteles de preparación profesional. Era una combinación de lo que es hoy la Facultad de Filosofía y Letras con la de Jurisprudencia. La celebridad de García Naranjo empieza por un premio de quinientos pesos, del Liceo Altamirano, a un poema que se compone de diez sonetos, sobre temas del *Quijote*, en un certamen literario para conmemorar el tercer centenario de la aparición de la primera parte de la novela de Cervantes.

La vieja Escuela Nacional de Jurisprudencia, cuando aún ocupaba lo que era convento de La Encarnación, en el actual edificio de la Secretaría de Educación, en la capital de la República, surge en las páginas del memorialista. Nos hace asistir a la cátedra elocuente de don Jacinto Pallares. Vemos pasar a don Emilio Pardo, a don Pablo y a don Miguel Macedo, a don Rodolfo Reyes, a don Jorge Vera Estañol... Entre los alumnos se destaca Antonio Caso, orientada su vocación hacia el conocimiento filosófico. El grupo dionisiaco de La Horda, da el tono bohemio.

La lucha contra la filosofía positivista, elevado a dogma el conocimiento científico, que implantó entre nosotros don Gabino Barreda, se inicia ruidosamente. Recuerda García Naranjo episodios de principios del siglo que ahora resultan novedosos, como la controversia en que Rubén Valenti atacó aquí por primera vez a Comte. Encabeza la defensa del pensamiento comtiano contra Valenti, en una memorable reunión estudiantil en Jurisprudencia, nada menos que Antonio Caso, formado en la Escuela Nacional Preparatoria.

Traza la semblanza de don Justo Sierra en la que sobresalen la bondad, el talento y la elocuencia del prócer. Y precisamente el estímulo inicial que el escritor nuevoleonés recibió de don Porfirio, se liga con él. Conoció al Maestro en una visita que hizo al Colegio Civil de Monterrey, siendo García Naranjo preparatoriano. Don Justo improvisó una admirable cátedra de historia universal sobre el tema que le sugirieron los alumnos de la asignatura.

Se hizo amigo don Nemesio de los escritores de la *Revista Moderna*. Por ser sobrino del general Francisco Naranjo, soldado liberal de la Reforma, pudo relacionarse con el poeta Jesús E. Valenzuela. Lo describe cuando empieza a declinar la época de auge económico del gran Mecenas y lo mismo a Díaz Mirón, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Ernesto Elorduy y Rubén M. Campos, quienes aparecen en la tertulia principesca de Valenzuela.

Con buen humor relata cómo empezó su carrera tribunicia, en el Colegio Civil de Monterrey, que él tanto amaba, por una serie de conferencias.

Lo escogió su profesor de cosmografía don Federico de la Garza y el tema fue el sistema solar. Documentándose en la literatura astronómica de Camilo Flammarion, que todavía alcanzamos los estudiantes de mi época preparatoriana, obtuvo el primer triunfo en la tribuna, inesperado para él.

En la cátedra de literatura del Colegio, se le seleccionó después como conferenciante. Entonces disertó sobre la oratoria parlamentaria, acaso con una premonición de sus días de lucha en la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal. Preparó la conferencia en el conocimiento de algunos oradores ingleses y franceses, estos últimos de la época de la Revolución de 1789, en libros como el de Lamartine sobre los girondinos y el de nuestro don Francisco Zarco en torno al Congreso Constituyente de 1857. El resultado fue de caracteres espectaculares, por los aplausos que recibió.

Estudiante aún, viaja por Europa en forma casi novelesca. Obtiene el grado de licenciado en derecho y se prepara para consagrarse a la historia, a la literatura y a la enseñanza. La política lo arrebata. Un panegírico de Morelos en Cuautla, en septiembre de 1907, afirma su reputación tribunicia. El exordio lleva el sello peculiar de las arengas de don Nemesio: 'Morelos engarzó en la historia épica de México las siete letras de la palabra Cuautla, como quien engarza siete diamantes en una diadema.'

Por circunstancias muy personales, García Naranjo tuvo oportunidad de conocer a don Porfirio Díaz. Recibió la protección directa del dictador, que lo llevó a la Cámara de Diputados. Un sentimiento de gratitud hubo de ligarlo al caudillo oaxaqueño en actitud similar a la que guardaron José María Lozano y Francisco M. de Olaguíbel.

La política trastorna la vida del memorialista. Cuenta de qué suerte a manera de un soplo fatal, extraño a su voluntad, lo empuja a la oposición al maderismo. Acaba por formar parte del grupo beligerante del 'Cuadrilátero', al lado de Querido Moheno, Olaguíbel y Lozano, de quienes hace una descripción magistral y llena de admiración.

Reconoce en Madero las dotes del gran ciudadano que sacudió al pueblo para enfrentarlo a un régimen que parecía inconmovible. A lo largo de hechos vividos por él, seguimos paso a paso el proceso que conduce a la caída del régimen porfiriano. Hay pasajes impresionantes en que revive la tremenda requisitoria de Diódoro Batalla en la Cámara de Diputados, a punto de que renunciara el general Díaz a la presidencia y la fulminante réplica de Bulnes, con la elocuencia implacable del parlamentario, que se complacía en desafiar a auditorios hostiles, con su agresividad verbal y sus sarcasmos. La historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal, es uno de los capítulos más apasionantes del México moderno y García Naranjo lo profundiza con la visión que nos da. Admiradores de la hazaña cívica de Madero, no vamos a juzgar hoy al huertismo.

Al llegar a la Secretaría de Instrucción, durante el régimen de Huerta, García Naranjo renueva radicalmente el bachillerato e introduce un plan de estudios que cancela el positivismo, bajo el signo de influencias inspiradas en Bergson y Boutroux, abriéndose una nueva época del pensamiento nacional. Cuatro discursos que muestran su escuela tribunicia, merecen recordarse en relación a esta época.

Cultivaba un estilo oratorio, como forma del arte de declamar, hijo de la tradición clásica, en el que se conjugaban voz, gesto, modulación, presencia y ademán. Era la de García Naranjo, por encima de todo, sensibilidad de orador, que en la plática íntima emergía vigorosa. Para valorizarlo como gran tribuno que fue, es elemental colocarlo en el marco de su época. La exuberancia y el énfasis que formaban parte de su personalidad, explican por qué se incorporó a la corriente de Emilio Castelar.

Fue excelente articulista. Consagró lo mejor de su existencia, desde antes del tremendo fracaso de su carrera política, durante cincuenta años, al ejercicio del periodismo. Nos referimos aquí al periodismo en una acepción libre de todo propósito peyorativo. Así el periodista se torna en intérprete de la vida diaria y prepara la tarea del historiador, porque aporta los materiales de primera mano que permitirán juzgar el presente que empieza a convertirse en pasado. Día a día, don Nemesio escribía sus juicios sobre cuestiones nacionales o internacionales, en cuartillas fáciles y brillantes, con frecuencia cargadas de espíritu polémico. Hizo de su tarea un ministerio decoroso.

Procuró mantenerse fiel a sí mismo. Consciente de que un destino político adverso lo había empujado hacia caminos en que el éxito era lo único a lo que ya no podría aspirar, desde los treinta años de edad sufrió la sanción con entereza. Cuantos lo tratamos quedamos vivamente impresionados de cómo el tiempo había depositado en el alma del escritor de Lampazos, un dejo de serenidad filosófica y de tolerancia.

En enero de 1903 llegó García Naranjo a la ciudad de México para estudiar derecho. No fue compañero de José María Lozano en las mismas clases. El entonces juvenil orador de Jalisco era alumno de cuarto año de jurisprudencia y se destacaba en primer término con Ricardo Gómez Robelo y Abel C. Salazar. Había estado recluido en la cárcel de Belén, porque fue uno de los redactores del periódico *La Protesta*, que se publicaba para atacar a los 'científicos', y en particular a su jefe don José Yves Limantour, Secretario de Hacienda del general Díaz, por un grupo cuyo director era Rodolfo Reyes, hijo de don Bernardo, a la sazón titular de la cartera de Guerra y Marina. Tal fue el antecedente de la caída política del general

Reyes. La prisión sufrida por Lozano, cuya inteligencia le daba singular relieve entre los estudiantes, lo hizo el alumno más popular de la Escuela de Derecho.

El viaje que parece novela, hecho en 1906, por García Naranjo a Francia en compañía de José Pallares, hombre de talento que la fatalidad devoró, hermano del abogado don Eduardo, levanta el escándalo entre sus compañeros. Cuenta en sus memorias de qué modo estudiaban a los grandes escritores franceses, en París, él y Pallares. Al oírlo platicar, ya de regreso a la patria, José María Lozano le reprochaba, con burla, el desperdicio de juventud que aquello había significado.

Pertenecía Lozano al grupo de La Horda y llevaba vida de bohemia. Allí estaban Jesús Urueta, Diódoro Batalla, Francisco M. de Olaguíbel, Rafael Zubaran Capmany, Hipólito Olea, Jesús T. Acevedo, Ricardo Gómez Robelo, Alfonso Teja Zabre. En las reuniones dionisiacas, García Naranjo relata que Lozano ponía pausas trascendentales para discurrir acerca de asuntos de cultura, al estilo socrático.

La disciplina humanística de seminario, que Lozano adquirió en su nativo Jalisco, hubo de permitirle el conocimiento directo de los clásicos latinos. Llegó a México bajo el imperio del positivismo. El método científico de la filosofía de Augusto Comte afirmó su personalidad.

Cuando lo tratamos en 1930, era un tipo de gran magnetismo. Lo primero que nos impresionó de su figura fue el porte de distinción. La voz grave, el ademán elegante y expresivo, el gesto a tono con la idea, concurrían a prestar a su elocuencia un corte señoril. El prognatismo acentuaba la fisonomía de Lozano, que se destacaba en la tribuna por el brío de la inteligencia, la emotividad y la fluidez de la palabra, el dominio en el arte del matiz y la estatura aventajada, con aquella cabeza tan interesante que los años cubrieron de plata.

Decía discursos y conferencias. Por más que se ha querido separar los géneros —el uno por el ímpetu lírico y el valor plástico y sonoro de la palabra, estimada como un fin en sí mismo; el otro, por su poder para convencer y los atributos en la exposición amena y didáctica—, ello no es fácil de darse con rigurosa autonomía. Y he aquí cabalmente el ejemplo que nos ofrece José Ma. Lozano, magistral orador y conferenciante.

La primera vez que lo escuchamos fue al inaugurarse el parque Jesús Urueta, en 1922. Dijo entonces una de sus más hermosas arengas. Se encontraba en la madurez del talento tribunicio. Exaltó generosamente a su amigo de la juventud, con una simpatía superior a las discrepancias que los apartaron, en la política militante del país. Sostuvo una tesis, no por discutible menos original y sugestiva; para él, el rango estético de la palabra puede lograrse en condiciones ajenas al proceso ideatorio, como obra de arte puro,

de la que Urueta era un testimonio admirable. El soplo de la gracia daba al verbo de Lozano una fuerza que fascinó al auditorio.

La manera de construir sus discursos nos recuerda a Churriguera. Se nos antoja que la elocuencia del tribuno del 'Cuadrilátero' discurre bajo el mismo signo que produjo la ornamentación opulenta de las fachadas y los altares de nuestras iglesias y palacios del siglo XVIII. Su capacidad metafórica era fruto de una fantasía oriental superabundante, antitética de las formas clásicas.

En un acto de contrición, que dimanaba de lo más profundo de su temperamento, en los últimos años afirma su amor a España. Durante la juventud, influida por la temperatura de las postrimerías del siglo XIX, dispara las flechas de su aljaba contra el gran pueblo. La experiencia propia le enseñó la generosidad del carácter de la patria del *Quijote*. Por ella explica el ascendiente de la cultura grecolatina en el arte, la filosofía, el derecho y la política, y del sentido ético cristiano de la caballerosidad en la conducta, en nuestros pueblos de habla española.

La formación literaria de Lozano se afirma en el cauce amable que Francia trazó. En un banquete que el Ayuntamiento de la ciudad de México dio en honor del comediante francés Pierre Magnier, el orador se mostró deslumbrado por el ingenio galo, que mil años trabajan como si fuera una magnífica piedra preciosa y seducido por el encanto de la música elemental del *Cantar de Rolando*, de los corales épicos de Víctor Hugo y de las romanzas refinadas y dolientes de Paul Verlaine.

Inglaterra le inspira una conferencia documentada, que dice en el teatro Arbeu. Analiza con perspicacia los antecedentes del régimen parlamentario, hasta llegar al advenimiento del Partido Laborista. No era partidario del colectivismo de Marx; pero se le puede definir como un social demócrata, desde el punto de vista de la doctrina, porque sostiene que la democracia conduce al socialismo que él acoge con el criterio de la reforma y no de la revolución social y muestra sólida cultura en derecho político. En materia agraria había sido partidario del pensamiento del norteamericano Henry George.

Cuba representa para Lozano una tierra próxima a su corazón. En la isla de la estrella solitaria, pasó por la prueba tremenda de la adversidad. A la sombra de las palmas, ante el paisaje tropical exuberante, su apego a México se depura y afirma.

El destierro de Cuba determina en la vida de José María Lozano una crisis. Evoca el amor de Antígona, que necesita el ambiente de la tragedia para cumplir su destino. No conoce pena más terrible que el alejamiento forzado de la patria. En la plenitud de su existencia, con posibilidades intelec-

tuales de rango superior, padece sufrimientos familiares desgarradores, sin renegar de México, adherido a él fuertemente por las cunas y las tumbas.

Miembro del 'Cuadrilátero', interviene en la XXVI Legislatura, en compañía de Nemesio García Naranjo, Francisco M. de Olaguíbel y Querido Moheno. La generosidad del maderismo hizo posible una atmósfera civilizada que permitió que estuvieran representadas todas las corrientes de la opinión pública, en las Cámaras Federales. Fue en uno de los primeros debates, al defender su credencial, que ya consideraba perdida, cuando Lozano pronunció el admirable discurso conocido en nuestra historia parlamentaria con el título de 'El canto del cisne' y convocó a los renovadores a luchar juntos, cuando exclamó: 'Nos veremos en Filipos.'

En el fondo —lo confirman sus visitas a la Casa del Obrero Mundial—, por la sensibilidad y la inteligencia, había sido un revolucionario. Veía en la Revolución de noviembre un complejo proceso de cristalización social de la República. Sostenía que a ella se debe al planeamiento escueto de los genuinos problemas del país, que no supieron entender los sabios oficiales de la dictadura. La comparaba a una caldera en ebullición, de la que habrá de surgir el metal definitivo de la patria.

La novela *Los de abajo*, de mi padre don Mariano Azuela, dio a Lozano tema de una conferencia mexicana que no conocimos, dicha en varias ciudades de la provincia mexicana y en el sur de los Estados Unidos y que mi amigo el general Antonio I. Villarreal escuchó con agrado, allá por 1930.

La hábil táctica del régimen porfiriano atrajo a muchas de las mejores cabezas de la juventud. A la hora de la derrota, entre los pocos leales figura Lozano. Así fue a dar al huertismo, después de sostener que en el empeño histórico de la integración nacional, don Porfirio Díaz había cumplido una tarea similar a la de Luis XI en Francia, frente al particularismo de los feudales.

Supo llevar su infortunio de caído político con suprema dignidad. Al asistir al concurso estudiantil de oratoria que se organizó en la ciudad de Guanajuato, en 1930, durante el viaje tuve oportunidad de oir a Lozano en la intimidad. Me impresionó mucho y no temo decir que con mayor profundidad que en la teatralidad de la tribuna, sentí al hombre purificado por el sufrimiento. No puedo olvidar aquel encuentro que todavía me hace pensar en los pecadores conscientes de la frágil arcilla de que estamos formados, capaces de entender las desventuras humanas, frente a los profesionales de la austeridad rígida, que acaban de fariseos.

Me referí al panegírico que Lozano consagró a Jesús Urueta. La admiración que lo anima late en las páginas en que nuestro gran paisano de Jalisco reconstruyó por escrito el homenaje. Es una muestra del hombre que

está de vuelta de las pasiones políticas, que la Revolución encendió intensamente. Las diferencias fueron fundamentales; pero la amistad entrañable, que venía de la juventud, no disminuyó el afecto mutuo.

Urueta se dedicó a la vida del arte con todo el fervor de su temperamento y la fineza de su sensibilidad aristocrática. El espléndido panegirista de Rodin, el exégeta del genio apolíneo de Grecia, queda como una figura de leyenda al que sus contemporáneos otorgaron el principado de la palabra, muy al estilo convencional de la época.

Apenas alcanzamos a escucharlo. Una mañana de 1918, hizo el elogio de Federico Chopin, el músico de los nocturnos, los valses y las mazurcas, que conservó vivo el aroma espiritual de su nativa Polonia, con una frescura exquisita y un romanticismo depurado en alambiques de sobriedad. Antes de iniciarse el recital de un pianista francés, Mauricio Dumesnil, Urueta discurrió con palabra rítmica, para exaltar el interés al auditorio, por la fascinación de las imágenes luminosas y el plástico prestigio del discurso, dicho en tono cadencioso, mientras el orador se paseaba con soltura por el escenario del viejo teatro Arbeu. Parecía poner alas en las palabras, que a veces se sentían pasar resplandecientes, o destacarse como talladas en mármol, a golpe de cincel.

Otra ocasión lo oímos en el teatro Iris, por la misma época, improvisar con parquedad, en estilo fácil y armonioso, con el acento peculiar de su elocuencia melódica. Recibía Urueta las palmas académicas que Francia le otorgaba en premio a su simpatía entusiasta por la causa de la libertad, con Antonio Caso y Enrique González Martínez.

Quienes tuvimos el privilegio de conocer a Urueta, así haya sido en su última época, al leer sus discursos comprendemos la tragedia del orador. Por más que en el caso medien disposiciones literarias que son evidentes, nada puede volver a dar vida a las horas de mágica inspiración tribunicia. Ya traducido en forma escrita, se siente que falta al discurso el soplo vital de quien lo dijo. Es imposible recrear todos los tributos personalísimos del orador: dicción, gesto, ademán, pausas y la manera de despertar la corriente de simpatía y entrega del artista y el auditorio, por la conjugación de los imponderables que producen la elocuencia.

Concurrimos, siendo preparatorianos, a los funerales de Urueta, en el panteón de Dolores. Era a fines de marzo de 1921, en una de esas mañanas características del Valle de México, en las que el paisaje se destaca nítido bajo un cielo de transparencia luminosa, con la belleza de los volcanes en la lejanía. Martín Luis Guzmán leyó una oración que constituye uno de los análisis más certeros de la figura del tribuno. Alfonso Teja Zabre, con un epígrafe de Gabriel D'Annunzio, hizo un hermoso elogio lírico, y evocó en su discurso las palabras finales de la conferencia sobre Homero: 'Y a todos

nos dice, jóvenes, o viejos: escuchad, ¡oh niños!, el combate de Aquiles y de Héctor. Este canto es bello.' Al acto asistió la plana mayor del gobierno de la república. Urueta había fallecido como nuestro Ministro Plenipotenciario en la Argentina y se le hizo un sepelio solemne. Todos nos retiramos conmovidos.

Artista pulcro que modelaba el verbo con la gracia armoniosa que anima los frisos de la arquitectura helénica, no fue nunca un juglar de la tribuna. Y cuando hubo que seguir el camino del renunciamiento y de la lucha, abandonó el Mirador de Próspero, en donde contemplaba la vida rodeado de presencias luminosas, en los libros y en el arte, para descender a la arena de la política, mezclarse a las pasiones y poner en obra un evangelio de amor a la República. El prosista de la *Revista Moderna*, el propagador de un parisianismo decimonónico muy fin de siglo, el creyente en el ideal helénico de la línea, la luz, y la forma, era sobre todo un patriota y un gran ciudadano.

Confesamos nuestras reservas sobre el helenismo de Urueta. No era dueño de un conocimiento filológico profundo, como el de Pedro Henríquez Ureña, a quien alcanzamos en la Escuela Nacional Preparatoria. Los aciertos del orador modernista estimamos que son fruto de un temperamento estético e intuitivo, en este capítulo de su obra.

Se le acusó de afrancesado no sin razón; no obstante, amaba nuestro idioma y andan por ahí artículos de controversia en que alude a su devoción por el español 'brioso como los corceles, resistente como las armaduras y sonoro como las artillerías.'

Quienes lo escucharon en su mejores tiempos, hablan de la oración fúnebre en el homenaje oficial a don Justo Sierra, en que en una noche de lágrimas escribió el discurso para no perder el dominio de su pensamiento.

A la hora en que el huracán revolucionario sacudía la barca de los destinos nacionales, allí estaba Urueta en el timón, cerca del anhelo sencillo y limpio de los oprimidos. Fue partidario de las reivindicaciones sociales, cuando serlo era un peligro. Amó a la Revolución con pureza y desinterés. Y su espíritu exquisito, hecho para el ambiente de aulas, y ateneos, cobró vuelo magnífico como tribuno del pueblo, en propagandas cívicas y convenciones de carácter democrático. Por eso fue maderista.

Sufrió pobreza y persecución. Cuando llegue la hora de hacer el balance de la Revolución mexicana, Urueta será de los que se salven del naufragio.

Vivió grandes horas de artista y de ciudadano, en un medio adverso, de pobre temperatura para el civismo; pero porque aceptó entera la responsabilidad, en actitud sonriente y ágil, generosa siempre, pasará como uno de los valores formativos más eminentes de la República.

Entre los alumnos de la Escuela Nacional de Derecho que se destacaban, al inscribirse García Naranjo en el plantel en 1903, aparecía Antonio Caso. Su temperamento filosófico se revelaba ya con dotes tribunicias excepcionales, que pudo aplicar a la política militante. Se le empujó a la última campaña reeleccionista del general Díaz, pero no pudo desoir el llamado de su vocación y acabó por consagrarse a la docencia, con relieve único en nuestro país.

Recuerda el caso del filósofo francés Enrique Bergson. Las conferencias que daba en el Colegio de Francia atraían un auditorio en el que las mujeres elegantes abundaban por la calidad y la belleza de la exposición bergsoniana.

Los discípulos de Antonio Caso jamás olvidaremos su figura en la tribuna o en la cátedra. La gran cabeza pensadora; la melena que arrebataba el vuelo poderoso del numen; llena de bondad la mirada; la voz sabia en matices e inflexiones; acusada la barba, índice de carácter. Parecía bajo el dominio de un demonio interior. A nadie hemos conocido con mejores dotes desde el punto de vista de la emoción oratoria. Tal era el juicio de José María Lozano, que en el viaje a Guanajuato escuchamos de sus labios.

Era un temperamento beethoveniano. Decía que el gran hecho estético de la sensibilidad cristiana era la Novena Sinfonía, afirmación original aunque no se puede aceptar sin reservas. Congruente con la misma actitud, lo más importante de la historia, para Caso, era el arte y el espíritu de sacrificio.

En las ceremonias universitarias llegaba a la tribuna y se instalaba como el piloto que gobierna un bajel, en medio del océano de cabezas juveniles. Antes de que comenzara, en un silencio promisorio, parecía que la temperatura iba en ascenso. Como era de la estirpe de constructores morales, el verbo le servía para expresar un mensaje. 'Un flechador intrépido apuntó a una estrella. Como en la leyenda imperial del sagitario azteca saltó vibrante la saeta para el vuelo. Nuestro anhelo la clavará en el Sol.'

La elocuencia de Caso era de tipo magisterial. Nada más lejos de la pedantería. Las lecciones que daba en las Facultades de Derecho y Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, mantenían suspenso al auditorio juvenil. Y jamás faltó una voz de estímulo para aquél que sobresalía por el talento, la inspiración artística o el rango en la conducta.

Consagró toda su vida el magisterio, como si fuera un apostolado. Quiso formar y no deformar; abrió a los jóvenes de par en par las puertas de su propia personalidad. Las dos prendas más altas de su espíritu platónico lo ayudaron en la noble tarea: la exaltación por la belleza y la valentía moral.

Por su jerarquía en el orden superior de la conciencia, por su autoridad comprensiva, la juventud lo amaba y lo seguía con fervor. En contacto

con ella, su alma grande se mantuvo fresca y abierta a las inquietudes nobles de la vida. Fue continuador sagaz y albacea intelectual de don Justo Sierra, en la esfera docente. En múltiples aspectos se le parece y en particular por la simpatía comunicativa y la amabilidad de la inteligencia.

No era el dómine de agrio gesto y mentalidad angosta. Gustaba de las cosas sencillas, profundas y elementales; el paisaje fino de esta zona del altiplano; el paso rítmico de una mujer hermosa; la conversación con amigos dilectos; los juegos de la luz en las copas de los árboles próximos y en las cimas de las montañas remotas; el delicioso 'no hacer nada, en que se hacen tantas cosas.'

Como su maestro don Justo Sierra, podía convocar, en la cátedra, a los hombres y a los pueblos desaparecidos. A don Justo rendía un culto religioso y de él decía 'que era un platónico porque como Platón era un amante. Sabía amar con fuego divino lo mismo las grandes cosas que las cosas pequeñas.' El sentido histórico de Caso se ejercía en función del heroísmo. Sus héroes alcanzaban tal jerarquía por la virtud, la inspiración estética o el talento. 'A veces la gloria, como la muerte misma, besa con suavidad a sus adeptos, les oprime largamente los labios y las sienes y los deja ungidos en silencio, para la inmortalidad.' Y su elocuencia nos producía el cosquilleo de la médula. Así nos enseñó el poder de la palabra. Peregrinamos con devoción tras él, por aulas y teatros.

Prefirió vivir recluido en el refugio de sus libros, lejos del estrépito vulgar del mercado. Intervino en una revolución filosófica paralela a la revolución política y social, que produjo una nueva época de la ideología nacional y cuando se pretendió avasallar a la Universidad por una declaración oficial ordenancista, afrontó todos los sacrificios y su pobreza franciscana sirvió de espejo.

Denunció los extravíos de la civilización tecnológica y la idolatría del Estado. Una de sus preocupaciones de la última época de su vida era el rescate de la personalidad humana. Construyó una doctrina de la persona y abogó por el ideal ético de la ciudad justa.

En el fuego de la palabra, el espíritu magnánimo de Caso se consumía en un proceso de purificación interior.

Su rango de maestro es la antítesis del capataz. Corresponde Antonio Caso a la jerarquía moral de los descubridores de vocaciones que construyen con el soplo inmaterial del espíritu.

Los cuatro varones de que he hablado esta noche, se educaron en una atmósfera de libre discusión, obra liberal egregia. Y es que nuestras más importantes instituciones educativas se organizan por el diálogo, que crea

la disciplina civilizada del trato normal con aquellos que no piensan o creen como nosotros que complementa el principio elemental de que podemos equivocarnos.

Jesús Urueta refinó su estética tribunicia al volver al pueblo al que amaba 'porque el pueblo es religioso y serio' y por ello lo comparaba al genio, al amor, al mar y a los bosques. Los contemporáneos de Urueta recuerdan la vibración emotiva con que hablaba de las chusmas sagradas de Hidalgo. En el corazón de la patria sentía estremecerse sus fibras fuertes y dolorosas. Para loarlas con dignidad, quería el alma de Don Quijote y los exámetros de Víctor Hugo.

Antonio Caso extendió la palabra en función de las convicciones que trascienden a la conducta. Gustaba citar aquel pasaje del anónimo sevillano que propone 'igualar la vida con el pensamiento.' El ejercicio dialéctico permite al filósofo convencer; pero si además convierte la palabra en arte, entonces persuade porque emociona. Así era Antonio Caso, pensador y esteta.

De la enseñanza clásica de griegos y latinos, provienen la poética y la retórica. Aristóteles escribió páginas perdurables acerca de la poesía y del arte de hablar y escribir. Cicerón y Quintiliano ahondaron en las meditaciones aristotélicas. Mucho tiempo estuvo de moda renegar de esta herencia remota y ahora, por ventura, se hace el rescate en lo que presenta de valiosa.

He invocado en el exordio de este trabajo a Fray Luis de Granada. Su retórica es una filosofía de lo bello que contiene múltiples sugestiones que se refieren al orden del discurso, a la distribución de las ideas y de las imágenes, a la entrega que exige la improvisación y a los límites en que cabe enmarcarla. De la estética de sencillez, claridad y orden que postula Fray Luis de Granada, podemos llegar así hasta Juan Ramón Jiménez: 'Inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas...'

El arte que va de la invención a la composición y a la elocución, requiere la observancia de normas que aparecen en el tránsito que se realiza para cumplir el propósito que anima al discurso. Exordio, cuerpo doctrinal y conclusión, integran el plan.

Los argumentos importan mucho al servicio de una doctrina o de un ideal; quedan fríos y secos, como si no tuvieran alma, sin el soplo que crea. Es 'el divino fervor' de que habla Fray Luis de Granada, la inspiración.

En las relaciones cotidianas el lenguaje obra como instrumento necesario para la comunicación entre los hombres. Alcanza jerarquía en el momento en que por la palabra se obtiene la expresión en la belleza, y que culmina en la elocuencia.

La tribuna de la ciudad griega y del foro romano, el púlpito de la oratoria sagrada, el parlamento y el mitin, que prepara los comicios en la democracia constitucional, crean las posibilidades de ejercicio de la palabra

oral. Y también en la austera sobriedad de la cátedra o en el rigor de la academia, encuentra su ámbito.

El logos de los griegos, como el verbo del Evangelio, buscan la síntesis del pensamiento y de la palabra. Una síntesis no satisface por la integración de elementos meramente intelectivos; sólo se cumple por la norma superior de la armonía que obedece a una especie de orquestación de los elementos sensitivos y racionales, para fundirlos, depurándolos de la escoria verbal.

Por la palabra nombramos a los seres y a las cosas. Sin darnos cuenta, ella nos sirve a manera de varita mágica. A su conjuro el mundo adquiere sentido. La palabra es el arma de los poetas y de los iluminados. Las más amables enseñanzas del Evangelio se expresan en la poesía de las parábolas y ningún filósofo griego llega a obtener el toque de la gracia, como Platón en los *Diálogos*.

La palabra se permea del lirismo y sirve para expresar en formas articuladas y musicales el misterio cósmico. En los momentos de elevación mayor, llega el mensaje poético que permite liberar fuerzas éticas o estéticas, que torturan muchas veces al que las lleva consigo, hasta que las expresa y entonces siente que el torcedor íntimo se serena.

Por la palabra los pueblos se organizan y las leyes se declaran y aplican; realízase el trabajo de los sabios, los filósofos y los artistas; se inicia la guerra y se firma la paz. Las grandes revoluciones las prepara y consuma la palabra, semilla que abona el silencio.

Declarar que la elocuencia ha muerto es muy fácil. Nuestro tiempo, ciertamente, dispone de recursos técnicos nuevos, de amplitud considerable; pero el arte cuando es genuino no desaparece, simplemente se transforma para obedecer a la circunstancia histórica, sin perder autonomía. Quizás nos encaminemos hacia una elocuencia más íntima y recogida, con cierta sobriedad que permita que el viejo debate entre filósofos y retóricos —Sócrates y Gorgias—, que viene de Grecia, se resuelva al fin.

Señor Presidente de la República:

Honra usted con su presencia el recinto de la Academia y se honra a sí mismo, de esta suerte. Permítame recordar a un joven de gallarda figura y sombrero de anchas alas mosqueteras, que hoy preside la vida política de la Nación y hace más de treinta años acudía al teatro Hidalgo de la ciudad de México, a las justas de la elocuencia. Ya desde entonces pensábamos que hay una causa eterna: la universalidad del bien, de la verdad y de la belleza.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don MAURICIO MAGDALENO

TEMPRANAS EXCELENCIAS intelectuales, morales y cívicas señalaron la aparición de Salvador Azuela en el fluir de una generación a la que sorprendió el hecho armado de 1910 en plena niñez. Quiero decir que a mitad de la tercera década del siglo figuraba ya en la planta docente del Colegio de San Nicolás de Hidalgo de Morelia, ciudad a la que lo lanzaron rebeldías propias de aquella época y de aquellos jóvenes en los que respiraba la gran crisis de la Revolución, bajo cuyos torcedores se formaron.

Azuela, formado espiritualmente en la ciudad de México, como tantos otros mexicanos provenientes de la provincia, es hijo de una de las más linajudas provincias de la República: aquella que atravesó en un resoplo de novela y de magia el fantasioso Alvar Núñez Cabeza de Vaca y a la que Nuño de Guzmán llamó Nueva Galicia. De su tierra, de su particular lugar de origen, dijo un día un su famoso conterráneo, el padre don Agustín Rivera, liberalote si los hubo y campeón de la libertad de pensamiento: 'He vivido en París, en Londres, en México; pero en ninguna parte tan contento como en este rincón de Lagos.' Por eso, entre otras razones, todas de peso, nos es grato evocar, evocando el alma de su tiempo, a aquel cristiano ejemplar que pasó, frecuentemente, por horroroso hereje.

Familias de mediocre y honrado pasar cuyos jefes leían ávidamente *Regeneración* en 1907 y 1908 y 1909 y hacían correr la inflamada doctrina entre los tendajos y los mesones, familias de fuerte e imperioso varón y tierna y sacrificada matrona; un trajecillo dominguero que, merced al milagro de alforjas y sucesivas adaptaciones, va pasando del mayorcito de los hijos al que le sigue, y de éste al que le sigue, hasta rematar en hilacha que la economía maternal no da de baja del todo sin antes arrancarle los definitivamente últimos servicios como trapeador; un vencido y repintado ajuar austriaco que fue lujo señorial de antepasados de allá cuando un loco diabólico mató a cuchilladas, en Guadalajara, al general Corona; y los floridos tiestos cuyos tepalcates engulle, a escondidas, la doméstica descalcificada por cuatro meses de embarazo.

El ánima que vivifica esta nimia escenografía está preparada para oir el trueno, aunque se desate muy lejos. Cuando se desató, empezaron los años, los largos años de rezar y rezar, mientras el intrépido varón desaparecía y reaparecía en el oleaje de la lucha, y el resplandor de Madero, y el bárbaro crimen que fue combustible del incendio, y la necesaria expiación de todos, y los mesones convertidos en cuarteles ora de villistas, ora de carrancistas, ora de cualquier otra facción que barría parejo con todos. Todo se perdió en la catástrofe y en la desmantelada sala se veló lo mismo al carrancista que al villista, porque eran sangre de la misma familia. El doctor, que al triunfo del maderismo fue, por unos meses, alcalde de la ciudad, vio, luego, dispersarse la partida en la que le tocó afiliarse y fue a dar, fugitivo, al otro lado del río Bravo. En el destierro escribió, para poder subsistir, una especie de rapsodia trágica, *Los de abajo*, destinada a alcanzar gloria duradera.

Cuando el doctor logró volver a la patria se refugió, con los suyos, en esta capital, e instaló humildísimo consultorio en la barriada de Tepito, aquella famosa barriada de los monipodios y las trapisondas que nutrían, entonces, la nota roja de los periódicos. Después de atender al pobrerío, el doctor escribía novelas. Las escribió durante toda su vida, hasta 1952, en que finó, tardíamente recompensado por la gracia oficial a la que tanto huyó y que le sabía a desabor de ceniza. El hijo de aquel intransigente ¿iba a ser un adocenado de las quincallerías del fácil éxito? No lo fue; se debía al metal de los suyos y a él respondió, en plena adolescencia, y sufrió, por contrariar ordinarieces encumbradas, el castigo natural de un rebelde: forjarse en la dura necesidad, escuela en la que se graduó por peldaños ilustres.

Exiliado en Morelia, Salvador Azula fue el alma de grupos, entonces juveniles, que hoy, en la madurez, están en plena circulación. En 1928 era ya secretario general de la Universidad de Michoacán. Participó, echando todo por la borda, en una campaña electoral memorable en cuyas vaharadas fraguaron fuerzas cívicas que México habría de aprovechar: la de José Vasconcelos, el mismo que lo expulsó de la Preparatoria, siete años antes, cuando era el brillante secretario de Educación Pública. Cuando todo acabó, Salvador Azuela se reintegró a lo suyo y empezó a enseñar en la Universidad Nacional Autónoma de México las disciplinas de su preferencia. Ha servido, desde entonces —en algunas de ellas sigue sirviendo aún, para beneficio de las nuevas mareas juveniles— en la Escuela Nacional Preparatoria, en la Facultad de Jurisprudencia, en la Escuela Nacional de Comercio y Administración, en la Facultad de Filosofía y Letras. En otra hora de borrasca ocupó la secretaría de la Universidad.

Su ininterrumpida colaboración en varios órganos de la prensa, de 1942 al día de hoy, maduró su vena de ensayista y lo adiestró en el examen de todas las cuestiones sociales de nuestro tiempo. Goza fama de apasiona-

do y tiene, en efecto, el don de inflamar sus letras y su verbo cuando lo hiere una actitud adversa a sus ideas o a su concepto del hombre y la hombredad. La pasión, sin embargo, no puede inflamarse en vano y exige un aval: el de la autoridad moral que emana de la probidad. Sin su inmensa probidad, hace mucho que su fuerza polémica se habría desmoronado al no responder su palabra sino, quiero decirlo en verso del áureo poeta, a 'baja y fútil pirueta en maroma.' ¡Y cuántas piruetas en maroma andan por ahí y discursean y jadean y bufan! Comulgones de lo utilitario suelen recusarlo por demasía de idealismo; yo tengo para mí, y lo digo sin ambages, que la peor demasía del idealismo es oro celeste al lado de chaparros pragmatismos en que se escuda, frecuentemente, la necesidad de justificar lo injustificable. ¡Y vengan muchos idealismos generosos que demanden excelencia, decoro, pulcritud!

No todo ha sido contienda. Azuela ha servido diligentemente a México en distintas comisiones de la UNESCO; ahora mismo dirige los trabajos del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, que lleva publicados treinta y tres volúmenes de otras tantas materias de interés mexicano. En 1950 la Universidad Nacional le concedió el grado de doctor en Derecho; en 1953 la de Michoacán, la de su fecundo exilio juvenil, le otorgó el título de *doctor honoris causa;* en 1957 el gobierno del Estado de Jalisco le impuso la insignia 'Manuel López Cotilla', honrando en él la conducta erecta y el pulcro patriotismo del magisterio.

Quiso significar la Academia, al llamar a su seno a Salvador Azuela en reemplazo del finado Nemesio García Naranjo, que llenó un largo, vario e infatigable capítulo de su historia, que la elocuencia sigue siendo, con vigencia tan activa como eminente, materia del ministerio de la lengua. García Naranjo fue uno de los grandes tribunos de un México que finó antes de que él finara; Salvador Azuela es, a su vez, uno de los más logrados maestros de la palabra de la generación fraguada en la inspiración de la Revolución. La representa en su mejor expresión humanística, por la seriedad y reflexión de su pensamiento.

Azuela es el nombre de una casta a la que pertenece nuestro nuevo compañero —señalada y noble casta, por cierto—, pero configura en su acepción prístina una forma de experto quehacer. El vocablo azuela se refiere a desbastar: azuela es una herramienta de carpintería que sirve, en efecto, para desbastar. En el caso del académico cuyo ingreso celebramos, implica un orden de desbaste de jerarquías intelectuales por el ejercicio oral. Condición y herramienta se fundieron en él en precisa acta funcional. A Azuela lo arrebató el poder comunicante de la palabra desde la mocedad. Fue, si cabe decirlo y sin exclusión de otros elocuentes, el elocuente de una generación que llega hoy a su plena madurez, heredera de las preocupaciones mo-

rales y la temperatura emotiva de la Revolución mexicana. Desde años de tempranas actividades, Azuela fue un inspirado de la elocuencia. No llegó a ella por vía de la cátedra y la conferencia: era consustancialmente un elocuente e hizo de ambas donosa consagración de su verbo. Hombre de doctrina, imprimió a la palabra la responsabilidad de una ceñida función moral. 'El orador que no sirve a una idea superior, por cabal que sea el dominio de la forma —dice Azuela—, no cumple su tarea, ya que tiene por misión apelar a las conciencias de sus contemporáneos para moverlas en el sentido del bien, de la verdad y de la belleza.'

Se quiere decir que la palabra carece de horizonte distante si no la anima el mandato del estro, y que por sobre el mero dominio formal y la destreza del oficio es tanto más valedera cuanto con mayor fidelidad responde a su compromiso humanístico. Hinchazón y tarabilla, 'baja y fútil pirueta en maroma' o, a lo más, huera retórica, es la palabra proferida en el ágora que no se dirige a influir en la conducta social y a obrar en ella y determinarla. La palabra, para llenar su responsabilidad, ha de cargarse de la honda respiración de la época e impregnarse de los estremecimientos del ser colectivo al que expresa, pero ha de darles cara, también e intrépidamente, cuando los avasallen o deformen impulsos espurios o pasiones malsanas; para decirlo con lenguaje de Azuela: 'Quien carece de la energía para contrariar una actitud social equivocada, no podrá tener pleno éxito en la tribuna.'

El olvido o la falsificación de tan comprometedora condición trae aparejado, a fin de cuentas, el abuso de la palabra, que es mal social de carácter pernicioso. Ayuna de los poderes que la hacen mágica, subvierte el linaje eminente de la elocuencia. Al hombre lo hizo la palabra, y si ésta es bastarda acaba averiándolo y la avería empobrece, por la sandez del atentado, el concierto pensante de la comunidad. La palabra del orador no se da en la boca ni en la garganta, sino en la raíz del espíritu, que es sacra raíz de todas las elevadas manifestaciones de la actividad de la especie. Cuando Antonio Caso explicaba la música de Beethoven y hacía sentir a su auditorio el calosfrío de lo sublime, significaba un orden de valores que, por su heroísmo, lo poseía de contagiosa inspiración y hacía palpitar en los espíritus —en la raíz sacra de los espíritus— el aliento de lo extraordinario que late en los menos prevenidos y aflora cuando se le convoca como él sabía hacerlo. Como de un ilustre poeta escribió Azuela una vez, en letras que respiran, como todo lo suyo, la tonalidad del discurso, Caso pudo 'darse la satisfacción del que ha contribuido a hacer mejores a varias generaciones.'

Porque mientras mayor es la incontinencia verbal de la época menos cuenta la palabra ilustre, oráculos apresurados han dictado, una y otra vez, sentencia de muerte a la elocuencia. Concurre a la razón del fallo cierto laxo desgano

de amplias orquestaciones, cierta ausencia de oído que da por proclive todo lo que no se acomode a la parvedad —en los más casos estudiada y falsa parvedad— del miniaturista. Sin embargo, el que responde al vacío de los mistificadores de la elocuencia con la implantación obligatoria del simple murmullo de lo antielocuente —que cuando es legítimo alcanza, también y por modo natural, excelencias magistrales—, niega una parte, la mayor para mi gusto, del poder heroico de la palabra. Después de todo, aun los libros nacidos del gran arrebato de la elocuencia han hecho y siguen haciendo lo suyo, y seguiremos leyendo u oyendo de pie —como proclamó Vasconcelos, elocuente impar del idioma—, porque nos arrancan de la actitud normal, a Homero, toda la tragedia griega, Platón, Dante Alighieri, Shakespeare, Chateaubriand, Hugo, Rolland. Y no hablo de Martí porque su prosa no es para ser leída en poltrona dominguera, sino para declamarse y transportarse; por eso era un tribuno nato, un enviado asombroso que hizo de la palabra unción religiosa.

¿No es eso la elocuencia, acaso, pese a todas sus peripecias? El apasionado elocuente que era Papini escribió en uno de sus más famosos libros, y no del todo sin razón: 'La elocuencia desagrada a los modernos, lo mismo que la tela de rojo vivo a las señoras de las ciudades y como el órgano de iglesia a los bailarines de minués.' Al fin y al cabo, tal vez las tonalidades inauditas del viento seguirán llenando el valle y la montaña de sinfonía, aunque la oruga requiera, simplemente, para su peculiar comunicación con su esfera, del murmullo aledaño de la yerba.

El sustancioso discurso de Salvador Azuela invita a un extenso incursionar por territorios de la pertinencia de la palabra que no se ajusta al tiempo previsto en una simple respuesta, que se supone ceñida al canon de la bienvenida. Una vez, memorable vez en que Azorín cumplió con su ingreso en la Academia Española, leyó un libro entero, uno de sus más hermosos libros, por cierto; no sé si quien le contestó leyó otro libro: me figuro que no. Aquellos señores las gastaban así y había tiempo y contento para llenar una noche con las delicias, siempre reparadoras, de los nobles recreos del espíritu.

Las cuatro semblanzas que consagra Azuela a otros tantos tribunos de México a los que alcanzó cuando señoreaban sus mejores facultades —Nemesio García Naranjo, José María Lozano, Jesús Urueta y Antonio Caso— desprenden un fuerte aire de vida que singularizó una época, la que nos es inmediatamente precedente. Se solaza evocándolos y nos hace disfrutar de su solaz. No todos correspondieron a una coincidencia de ideas y a la índole de sus opiniones, pero en todos coincidió la probidad y la excelencia de la palabra. No se trata de que Azuela se haya dejado ganar por entusiasmos fáciles, ni mucho menos, al revivir temples que le fueron adversos

en su juventud; el juicio del póstero, cuando lo coronan las verdades fundamentales, impone, por sobre la militancia que fue barrera infranqueable en el pasado, el respeto a lo que nos une a todos y nos hace familia: la limpieza de la conducta que lava sombras y querellas de facción, el magisterio del estro, la entrega a los deberes de la inteligencia —ardua entrega que no suele redondear un pasar próspero— y la común pasión de México.

La Academia saluda en Salvador Azuela un timbre que honra sus actividades y lo recibe en su seno con justa satisfacción, una satisfacción tanto más viva cuanto esta casa que ocupa el ejercicio de la palabra, la consagra esta noche en rendido reconocimiento a la presencia del doctor Adolfo López Mateos, Presidente de la República y alto señor de la palabra.

LOS HISPANISMOS EN EL IDIOMA ZAPOTECO*

Por don ANDRÉS HENESTROSA

QUIÉN me diría cuando niño, cuando no más hablaba el idioma de la tierra de Juárez, que iba a llegar la hora en que las puertas de la Academia Española, en su Correspondiente Mexicana, se me abrieran al reclamo de vuestro estímulo.

Saber, amigos, pretendo,
ya que me premiáis así,
¿qué mérito halláis en mí . . . ?

se preguntaba en parecido trance y en el colmo de la modestia, Alfonso Reyes. Intimamente y en público me he repetido esta desasosegada pregunta. He llegado a pensar que se me premia, no la calidad y el número de mi obra en marcha, sino la persistencia en el aprendizaje del español. A los doce años comencé a leer la *María* de Jorge Isaacs —ya lo he contado. Mi español era tan precario, que no alcancé el cabal sentido de muchos pasajes; pero desde entonces advertí que lo que no entendemos hoy ayuda a la comprensión de mañana, que la ignorancia presente es futuro conocimiento.

Mi casi infantil vocación hispánica y los azares de la Revolución Mexicana me trajeron a buscar escuela a la capital de la República. Oscuramente sospechaba que sin el dominio de la lengua española mi curiosidad del mundo no quedaría satisfecha. La escuela y los libros fueron a mi llegada el solo ejercicio. Leer y leer, consultar diccionarios, repasar la gramática, memorizar lecciones enteras, eran mis afanes cotidianos. Después vinieron los maestros y los amigos. Aquí, entre vosotros, uno de los primeros: Daniel Huacuja, a quien oí por primera vez el nombre de Manuel Gutiérrez Nájera. Luego la fortuna —que a todos nos tiene en sus manos— puso en las mías las fuentes literarias con que Pedro Henríquez Ureña había prepa-

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 23 de octubre de 1964.

rado su *Antología de la versificación rítmica*. Y ahí mi lengua y mi paladar hallaron el alimento presentido por muchos años.

Lo que yo haya hecho con ese primer festín y con los otros que han seguido no quiero ni debo contarlo. Lo que no puedo eludir por más vueltas que le doy, es la reflexión que me hizo aceptar este sitio entre vosotros. Si mi hispanización no se pone en duda es porque corre pareja con la de miles de mexicanos, que habiendo nacido dentro de una lengua indígena, se esforzaron en lograr la otra mitad de su alma. Yo sé que en mí premiáis al indio hispanizado, por más que mis apellidos puedan remontarse, en España por un lado, al lingüista Ambrosio de Morales y en América a Gómez Suárez de Figueroa y Henestrosa, el Inca Garcilaso de la Vega, quien —como yo— mamó en la leche materna lengua de indios.

Pero lo que me impone aún más es el hecho de ocupar la silla vacante de don Francisco J. Santamaría, cuya obra múltiple y unánimemente considerada, he reconocido con respeto y aplauso de tiempo atrás, sobre todo en su aspecto lingüístico, para mí el más valioso, y que he tenido delante como ejemplo continuo. Nacido en aquel Tabasco "bronco y liberal", que dijo José Martí, tierra de la primera intérprete de lenguas mexicanas, el año de 1889, comparte esta fecha con el nacimiento de otros dos grandes espíritus de vocación americana: Gabriela Mistral y Alfonso Reyes. Recordemos también que en esa fecha murió don Juan Montalvo, el hablista americano por excelencia, con quien participa en devociones y conocimientos literarios, siempre avalados "con la firma augusta del augusto padre de don Quijote de la Mancha". Sólo quiero en esta ocasión elogiar su enorme afán americanista de investigador de la lengua, y ofrecer en memoria suya el tema del presente discurso.

Bajo la inspiración del insigne García Icazbalceta se inició Santamaría en el campo lexicográfico, y a él dedicó sus últimas investigaciones, que —ofrecidas como primicia a esta Academia el 2 de abril de 1954, a su ingreso como miembro de número— más tarde aparecieron —salvo leves retoques— al frente y en el fondo de la edición completa del *Diccionario de mejicanismos*, que el gran don Joaquín había dejado trunca. Cerca de medio siglo duró su ímproba y tenaz, soledosa y callada labor, que fue de menos a más, es decir, de la provincia a la nación y de ésta al continente, como él mismo lo refiere: "Habíamos acabado i publicado el primer tomo de nuestro *Provincialismo tabasqueño*, cuando hubimos de concebir el propósito de ensanchar i enriquecer nuestra colección de espigas hasta dar cima al *Diccionario de mejicanismos;* completado el caudal lexicológico de éste, nos hicimos a la mar en 'frágil barquilla', que dijera el poeta, i acometimos la empresa agobiadora del *Diccionario de americanismos* que los manes sa-

grados de Cuervo i Bello, de Icazbalceta mismo, nos permitieron ver concluido i publicado al cabo de más de 30 años de trabajo."

A su talento no discutido, preferimos exaltar ese empeño sin agobio de tantos años, ejemplo para nuestros pueblos, más prontos a confiar y a alabar el chispazo de la inspiración que a practicar y reconocer la tarea afanosa y persistente del estudioso.

Todavía a un paso de la muerte leyó a esta Academia la Introducción al *Diccionario de mejicanismos*, a la vez que hizo las cuentas de lo mucho que traía entre manos: las *Monografías de Tabasco*, el *Atlas jeográfico* del propio Estado, las 1,500 *Papeletas de bibliografía lingüística* y la segunda edición del magno *Diccionario de americanismos*. ¿Cómo no detenernos ante obra tamaña? ¿Cómo no advertir la desproporción entre nuestro breve empeño de hoy con la numerosa cosecha de nuestro antecesor? Que nuestra buena voluntad y la vuestra suplan y justifiquen el atrevimiento de aceptar esta sucesión; yo también quiero comenzar con mi provincia nativa, en la esperanza de que algún día vislumbre horizontes más amplios.

La lengua española en lo que va del Descubrimiento a la Conquista de América ha alcanzado mayoridad y plenitud; díganlo si no *La Celestina* y la *Gramática* de Nebrija. Entre las ventajas que el prócer gramático estimaba en su obra había una de carácter político: "El tercero provecho deste mi trabajo —escribía Nebrija en el prólogo— puede ser aquel que, cuando en Salamanca di la muestra de aquesta obra a vuestra real Majestad e me preguntó que para qué podía aprovechar, el mui reverendo padre Obispo de Avila, me arrebató la respuesta; e respondiendo por mí, dixo que después que vuestra Alteça metiesse debaxo de su iugo muchos pueblos bárbaros e naciones de peregrinas lenguas, e con el vencimiento aquéllos tenían necesidad de recibir las leies que el vencedor pone al vencido, e con ella nuestra lengua, entonces por esta mi Arte podrían venir en el conocimiento della, como agora nosotros deprendemos el arte de la gramática latina para deprender el latín."

Cuando los españoles arribaron a las costas del Golfo en 1519, tenían ya la experiencia del contacto lingüístico americano con los pueblos de las Antillas, incluso, si bien esporádicamente, con el maya de Yucatán, a través de Gerónimo de Aguilar. Incorporado este primer español maya parlante a las huestes de Hernán Cortés, su concurso idiomático fue indispensable para la empresa de la Conquista de Anáhuac. La cadena lingüística que formaron él y la Malintzin culminó en el diálogo entre el Conquistador y Moctecuzoma, que vino a concertar el dominio español de la tierra. El 13 de agosto de 1521 es la fecha oficial en que se establece la nueva lengua; sin embargo,

la intercomunicación humana se había iniciado desde la llegada a las costas, por medio de los *farautes*, *lenguas* o *trujamanes* al servicio del Capitán.

El maya y el náhuatl sufrieron de consuno el golpe de la lengua conquistadora y permitieron el entendimiento que fue necesario al arranque de la nueva edad. Pero la nueva edad era de guerra, ambiciosa, y de amplia vocación geográfica. No iba a ceñir su dominio en el Valle de México. Nuevas conquistas y entradas, exploraciones y colonias fueron agrandando lo que sería la Nueva España virreinal. El Valle de Oaxaca, que dio el título al conquistador, fue dominado en 1524. Para entonces el taíno y el caribe de las Antillas habían sumado voces al léxico de Nebrija, y los nahuatlismos no se hicieron esperar en las *Cartas* de Cortés. Más tarde llegarían al teatro de Lope y a la poesía de Góngora. Traspuesto el primer asombro de las cosas nuevas, llamándolas con el nombre original de la tierra, el zapoteca no pudo aportar sus dicciones al caudal español, porque los idiomas antillanos y el náhuatl ya se había adelantado en la apetencia adánica, edénica del conquistador. Por lo demás, el paisaje lingüístico de la región zapoteca, tan rico y diverso, que al decir de fray Diego de Molina era "un nuevo Babel", oponía múltiples dificultades a las gentes extrañas. Por otra parte, como ya ha observado Menéndez Pidal, las voces americanas primeramente adquiridas por los conquistadores privaron sobre aquellas de igual significado que encontrarían más tarde en pueblos de mayor desarrollo cultural. A esto agréguese el hecho de que el náhuatl era lengua general en Oaxaca, y lo siguió siendo durante la conquista y la colonización. No hubo, pues, contacto directo con el zapoteco, ya que se usó el náhuatl como *lingua franca*. El propio nombre del país no lo derivaron Juan Núñez Cedeño y Hernando de Badajoz del toponímico zapoteca *Lula'*, sino del náhuatl *Huayácac*, que a primeras de cambio dio Guajaca. Igual suceso ocurrió con los nuevos animales, frutos y cosas de la vida diaria: en lengua mexicana se había hecho ya su descubrimiento y conquista.

No hay zapotequismos actualmente en el español universal, pero ciertos núcleos bilingües de hoy pueden darnos idea del fenómeno de interrelación de las lenguas en las primeras décadas de convivencia. Los zapotequismos se dan todavía, aunque en número reducido, en esos hablantes bilingües, pero hay que aclarar que todo el Istmo de Tehuantepec es bilingüe y que si se da el caso del monolingüismo es siempre en favor de la lengua indígena. *Zapi*, por ejemplo, viene del zapoteco *bizabi*, que pierde la primera sílaba y convierte la *b* de la última en *p*, como es frecuente, y que quiere decir 'huérfano, abandonado, desmedrado', peyorativo lastimoso que entraña la idea de compasión y despego. *Rincón-Sapi*, nombre de un humilde paraje de pescadores, muestra por demás el mestizaje que se opera entre ambas lenguas. *Biuxito*, procede de *nabiuxe* (*na*, igual a 'ser', 'algo', 'lo que es', y

biuxe, 'menudo, chiquito, mínimo, desmedrado') y vale como diminutivo típico para seres animados y cosas: "Ganado biuxito", 'ganado pequeño, descriado'. Aquí el mestizaje se logra con la terminación *-ito* del diminutivo castellano. Estos zapotequismos en el español de la región (que llamaremos provisionalmente *criollo)* se dan con más insistencia en los pueblos no zapotecas étnicamente, lo que viene a decir que el zapoteca puro bilingüe cuando habla español observa una respetuosa disposición casticista.

Pero el tema de mi discurso es precisamente el contrario: mostraros en sus líneas generales el proceso de asimilación del español dentro de la lengua zapoteca, los hispanismos en la lengua indígena de que soy testigo. La irrupción del mundo hispánico en el ambiente aborigen causó necesariamente un trastorno en el orden acostumbrado, no sólo lingüísticamente. La implantación del calendario cristiano, por ejemplo, se concretó a la cuenta de los días de la semana con respecto al domingo, que vino a llamarse *dzindaya*, 'día bendito', 'de bendecir' 'día santo' ya documentado por fray Juan de Córdova en su *Vocabulario castellano-zapoteco*, de 1587. En su *Arte en lengua zapoteca*, del mismo año, agrega más puntualizadamente: "Los días de la semana después que son christianos se llaman como nosotros. f. Domingo, Lunes, Martes £. Con el Domingo se tiene gran quenta como día principal y en que han oyr misa infaliblemente y donde acuden a sus casas todos los que por la semana andan trabajando, y asssi de alli comiença a tener quenta desta manera. f."

El domingo, pues, era día central, punto de referencia para contar, hacia atrás o para adelante, los otros días de la semana, por ejemplo, *cicanegue dumingu*, quiere decir "hoy lunes" y literalmente: 'como ayer fue domingo'. Y *cicaguixi dumingu* es el sábado, porque literalmente significa "mañana será domingo", o lo que es lo mismo: 'el día cuyo mañana es domingo'.

Alrededor de la nueva fe nace una constelación de palabras como *Diuxi* (Dios), *stiano* (cristiano, blanco, español, gente), *mixa*, (misa), *mbale* (compadre), *male* (comadre), *xandu'* (santo) *beuxandu'* (noviembre, mes de los santos), *bisigni* (persignar, santiguar, bendecir), *bisigni-guiri'* (apadrinar un matrimonio; literalmente, persignar, santiguar las velas), que ya es un compuesto de *bisigni*, hispanismo referido, y de *guiri*, vela de cera. No nos referimos aquí a otros conceptos cristianos que fueron directamente traducidos al zapoteco, ya que técnicamente no son hispanismos léxicos, sino calcos semánticos, de los que daremos breves ejemplos para mostrar el sincretismo lingüístico-religioso: *nisa-ndaia* (agua bendita), *gupa-bido'* (cuida-santos, sacerdote), *bixoce-yudu'* (padre ante la iglesia, padrino) *ñnayudu'* (madre ante la iglesia, madrina) *bigapa-diuxi* (encomendar a Dios, saludar).

La llegada de seres, objetos, usos y costumbres nuevos obligaron a un acomodo inmediato de la mente, tocaron la imaginación, incluso devolvieron

a la práctica original de bautizar las cosas por su diferencia específica. Los nombres de los cuadrúpedos mamíferos domesticados serían los primeros en vaciarse en el viejo molde. *Diaga-laga* 'orejas amplias' fue la mula. *Bicuxia'* 'perro de algodón', la oveja, de la misma manera que conejo se decía *belaxa-guixi'* 'carne al pie del monte' y, *bere-lucanda*, 'ave adormilada', el correcamino. Dentro del propio reino animal, el caballo conquistador fue el prototipo, el animal por excelencia, de quienes comenzaron a oír palabras españolas: *mani* no es más que una metátesis apocopante de animal, de *manimal*, mejor dicho, que fue como debieron oírlo. ¿O será la *m* inicial la adición de un ataque nasal? *Mani'* es el caballo, pero también todas las bestias, los seres no racionales, v. gr. *maniguna'* 'animal que siembra' o sea el buey, ejemplo a su vez del mestizaje definitorio primitivo o visual y de la percepción auditiva posterior, que luego produjo *maniuaiu'* 'animal caballo', que ya figura en el *Vocabulario* de Córdova. Al lado de *belaxa-guixi'* 'conejo', se encuentra *lexu*, que procede de *conexo*, *colexo*, *culexu*, y *lexu*, por apócope. En *mico*, ocurrió una simple sonorización de la *c* que dio, *migu*, como en el caso de pollo, que dio *bullu'*, por el de la *p*. La *o* final se cierra siempre en *u*.

La *diagalaga*, que antes vimos como en fotografía con sus amplias orejas, se llama al mismo tiempo *mula'* acomodando la palabra española a la especial entonación del zapoteco. *Mundzu* es el ganado sin astas, el ganado mocho, y *gabú* 'gallo castrado' que procede del español capón; *chiclán* (ciclán) aplicado también al hombre. El gato doméstico se llamó *michi*, derivado de *miz, miz,* o *misi, misi*, formas con que los españoles lo llamaban; compárase el *micitu* que consigna el Inca Garcilaso con idéntico origen en el Perú. A este respecto, Angel Rosenblat opina que "lo mismo ha ocurrido en otras lenguas indígenas de América (caribes, arahuacas), en las que el nombre del gato es *michi, mitzi*. El mismo origen tiene el español *michino*". Otro nombre de gato en zapoteco es *mistu'*, que pudiera ser un cruce discutible con el náhuatl *mistón*, y que es el que sirve en el compuesto *mistu-guixi'* para denominar al gato montés. Otro más es *kizi*, que acaso puede venir también del *miz*, o del *misi* españoles.

La propia lengua del conquistador se llamó *didzastilla* o *didza-stia* (palabra, lengua, idioma de Castilla), voz mestiza, y con un circunloquio totalmente zapoteca: *didza-biropa* (segunda lengua, idioma duplicado), como hoy al inglés se le diría, algunos ya lo dicen, *didza-biona* (tercer idioma). La toponimia y la antroponimia nos lleva al terreno común hispano-cristiano: todos los pueblos indígenas fueron puestos bajo la advocación de un santo: San Pablo Guelatao, nombre mestizo; *Zavizende* (San Vicente o sea Juchitán), hispanismo que alterna con otros nombres zapotecos del mismo pueblo; en los otros casos, el nombre náhuatl privó sobre el nombre zapoteca, como lo hemos observado en el caso de nombre de Oaxaca. Los nombres favo-

ritos del santoral cristiano fueron *Chu* (Jesús), *Ché* (José), *Lía* (María), *Wuada'* (Guadalupe); pero, si el primero de ellos se pronuncia *Dzu*, sirve para nombrar a personas cuyo nombre no sabemos y conlleva cierto dejo despectivo; y la forma *Dze*, variante de *Ché*, se usa para el trato familiar. *Dzu* también incluye la idea de extranjero, forastero, romero, transeúnte y se dijo más tarde al soldado, a la gente de tropa, al desconocido en algún sentido. *Lía* es la forma cariñosa de llamar a mujeres de condición humilde, estén o no a nuestro servicio; en cambio *Wuada'*, es el *Dzu* femenino, la mujer desconocida cuyo nombre se ignora o no se le quiere decir por negarle importancia. *Mocha* (moza), vale por muchacha; *mo'oza'* (hermosa); *na* (doña, dona, señora). *Ne* es diminutivo cariñoso de Manuel y Daniel; Hui, de Luis; *Hono* de Honorato; Plu, de Plutarco; *Che Cú*, de José Cruz. *Wuaxa'* es el gentilicio de Oaxaca, o sea el oaxaqueño.

Adjetivos para calificar a personas, que implican prejuicio racial o moral, ponderativo o peyorativo, están ligados a la etapa de hispanización: *Mexu, mexa*, proceden de mejor, como quien dice mejor y mejora aplicados al blanco en detrimento del color nativo. ¿O vendrá de bermejo, *bermexo, bermexu*, y *mexu* por apócope, como en el caso de conejo, ya visto? *Stiano*, cristiano o blanco, tiene similar intención y significado. *Ññula*, es decir española, se dice a la mujer presuntuosa, que sin más razones para sentirse superior procede como tal. *Lata* significa mujer del pueblo, típico, normal, en su sentido lato. O ¿vendrá de mulata? *Muxe'* (mujer), que vino a significar afeminado, pusilánime, apocado, cobarde, se usa peyorativamente sólo para los hombres. *Lugu'* que procede de loco, vale por enloquecerse, locura, enajenación, estar loco.

Los animales, frutos, cosas y los productos que trajo España fueron considerados por los zapotecas como exclusivos de Castilla: *binistilla* o *binistía* (gente de Castilla), *berestía'* (ave de Castilla, la paloma), *nizastía* (vino, agua de Castilla), *xubastía* (trigo, maíz de Castilla), *deexubastía* (harina, almidón, polvo, ceniza de maíz de Castilla), *guezexubastía* (harina, pinole de trigo de Castilla), *guetastía* (pan, tortilla de Castilla), *biadzistía* (olivo, ciruelo de Castilla), *bizastía* (garbanzo, frijol de Castilla), *bidua-stía* (plátano de Castilla), *guie'stía* (la albahaca, flor de Castilla), *guiña-stía* (la canela, chile de Castilla) y *guiñazigundu'* (segundo chile), se llama a un chile montés que pasó a segundo lugar en relación con los pimentones y guindas peninsulares.

La habitación y la vida hogareña refleja asimismo la temprana hispanización de los usos y costumbres: *yodexa* (casa de teja o tejaván o tejavana), *guzina* (cocina), *mexa'* (mesa), *ni'dzi* (leche, pero sólo leche materna, de mujer), *bladu'* (plato), *gudzara* (cuchara), *gudziu* (cuchillo), *guizu* (olla, el recipiente en que se guisa; pero más exactamente, platillo, guiso, vianda),

murcia (morcilla), *xandie* (sandía), *tama* (tamarindo) y *dzuladi* (chocolate, mexicanismo tardío que al parecer llegó a través del español; *gamixa'* (camisa), *buxa'* (blusa), *buxa-holán* (vestido que comprende blusa y enagua de holán), *cuchia* (cuchilla, enagua acuchillada, papalote en cuchilla), *bayu'* (paño, pañuelo), *buñega'* (muñeca), *xabú* (jabón), *xiringa'* (jeringa), *aguxa'* (aguja), *xia* (silla de montar), y los arcaísmos *vihuela* para la actual guitarra; *galán* y *galana:* hermoso, bien parecido, bien puesto.

Otro grupo de hispanismos lo constituyen las palabras que se refieren a conceptos de abstracción menor o de uso cotidiano: los dos primeros ordinales: *niru, primé,* a veces *prumé* (primero) y *xigundu'* (segundo); modos adverbiales: *pora* (a qué hora, desde qué hora), y preposicionales: *dede* (desde), *desta* (desde-hasta), *pará* (para, hacia dónde), *bexu* (peso), *domi'* (tomín, un real), *mimi'* y *mi'mi'* (mínimo, pequeño, para gentes y para cosas), *redo'ndo* (redondo), *cumbu* (combo, maltrecho, encorvado, corvo), *tuncu* (trunco), *capitu* (cabito, trozo pequeño), *gandzu* (gancho), *na-gandzu* (lo que es como gancho). Y finalmente, en el ámbito afectivo, al parecer no existía el beso, que fue aprendido y bautizado con el diminutivo *bixidu' (besito).*

Ya hemos adelantado el orden probable en que las dicciones españolas fueron absorbidas por la lengua indígena. Digamos ahora unas palabras sobre el modo como se logró la absorción partiendo de la índole de ambos idiomas. El zapoteco, como lengua aglutinante, intensamente monosilábica, usó con libertad de los metaplasmos a fin de acomodar las palabras españolas polisilábicas. El zapoteca aceptó únicamente las palabras llanas, normales en su acentuación peculiar, y las agudas las hizo de sílaba final larga. Adoptó los sonidos españoles del siglo XVI, a los más parecidos de su propio sistema y aceptó los canjes consonánticos de sonorización. Entre las vocales, la *o* final española se cierra indefectiblemente en la *u* abundantísima del zapoteco. La clausura glotal o saltillo característico, así como la entonación general, operan sobre los hispanismos tan regularmente que el hablante no tiene conciencia de ellos.

El examen semántico nos dice que las palabras aceptadas fueron las necesarias para la nueva vida mestiza. Para la vida provinciana basta la lengua del medio enriquecida con estos puñados de voces castellanas. El cristianismo, el tratamiento personal, los usos y las costumbres dejaron su huella en la lengua de la antigua gentilidad. Pero el proceso de hispanización no se ha detenido, al extremo que del medio millón actual de hablantes zapotecas casi todos ellos hablan corrientemente el español. No podía ser menos cuando toda la historia de nuestro país trabaja por alcanzar su unidad, y la lengua española, dentro de la pluralidad de lenguas indígenas, ha sido y es un factor decisivo para lograrla.

Si fuéramos a vivir en nuestra aldea, en nuestro pueblo natal —lo repetimos—, bastaría la lengua aborigen; pero si aspiramos a entender al mundo, a formar parte de la sociedad nacional, precisa el dominio del idioma español, único que tenemos para la comunidad de esperanzas, de anhelos, de entendimiento.

No ama de veras a la patria quien desconozca su idioma. No será mexicano íntegro quien ignore la lengua española. Porque el idioma es la patria; es, como decía Unamuno, la sangre de nuestro espíritu. Esto —hablar la lengua patria, saberla para mejor servir los fines nacionales— que es verdad para todos los mexicanos, lo es más para aquellos que como yo, como miles de ciudadanos, venimos de lengua india.

Bien lo sabía, bien lo supo Benito Juárez desde el umbral de su adolescencia, apenas traspuesta la niñez. Así, refiere que en los ratos que le dejaban libres a su tío los trabajos agrícolas y a él los del pastoreo, aquél le enseñaba a leer y le inculcaba lo útil y conveniente de saber el idioma castellano, al propio tiempo que insistía en que se ordenara sacerdote, la sola carrera que era dable aspirar a los pobres, es decir, a los indios. Esas conversaciones, así como el ejemplo de otros indios que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana, despertaron en Juárez un deseo vehemente de aprenderla, en tales términos, que cuando su tío lo llamaba para tomarle la lección, dice, "yo mismo llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía". ¿No se repite aquí el caso de Sor Juana que de todo se privaba con tal de aprender: de comer queso que hace rudos; de lucir sus cabellos, prenda tan amada en la mujer, inútil en una cabeza desnuda de noticias?

Fue cuando Juárez, más por lo que veía que por obra del razonamiento, tomó decisión de ir a la ciudad de Oaxaca para aprender el español; y eso era importunar al tío Bernardino para que lo llevase, hasta que viendo que nada lograba, que el ansiado viaje siempre se posponía, abandonó su pueblo y el lago de su pueblo, la casa que había amparado su niñez y su orfandad, a sus tiernos compañeros de infancia. En Oaxaca desempeñó trabajos serviles: el cuidado de la grana, ganando dos reales al día, hasta que dio con don Antonio Salanueva, encuadernador y empastador de libros, amigo de la educación de la juventud. Las obras de Feijoo y las *Epístolas* de San Pablo eran las lecturas favoritas del terciario. Y lo fueron de Juárez, sin duda. En la casa de Salanueva, mientras aprendía el oficio, debe haber leído los libros que llegaban para su encuadernación: los clásicos griegos y latinos: Homero y Aristóteles; Virgilio y Ovidio; acaso Salustio, en quien parece estar en larva su célebre sentencia: "Entre los individuos, como entre las naciones . . . ".

Qué lejos estaba de la escuelita de primeras letras del tiempo en que la instrucción primaria se reducía a leer, a escribir, a memorizar el Ripalda, pero no la gramática española. Ya no podía decir ahora que "hablaba yo el

idioma español sin reglas y con todos los vicios con que lo hablaba el vulgo". Muy lejos los días en que abandonó la *escuela real* para estudiar por sí solo gramática, para practicar lo poco que había aprendido en las aulas primarias, en que, indio, recibía de un ayudante las lecciones, mientras los blancos, los niños decentes, de un maestro que las daba con esmero. Saber la lengua castellana fue una de sus grandes pasiones: "para poder expresar mis ideas por medio de la escritura, aunque fuese de mala forma, como es la que uso hasta ahora". Juárez estudió latín; aprendió español. Habló poco, escribió menos, como buen indio que era: la palabra era en sus labios, presagio; la pluma en su puño, un instrumento de trabajo, no de recreo. Como Juan Bautista Alberdi pudo decir que sus palabras y sus escritos eran acciones.

Un anécdota final, que, sobre ilustrar, entretiene: Salustiano de Olózaga, en su discurso de recepción (1871) se refiere a una carta de Juárez, que era su corresponsal. "Si pudiera yo —dijo— mostrar una carta escrita por el ilustre Presidente de Méjico, estoy seguro de que encantaría a los señores académicos, por su gusto clásico y por la severidad de su castizo lenguaje." Pendiente de esas circunstancias, solicitó a Juárez por segunda vez su venia para proponerlo académico. "Creo —le decía— que convendría que V. se dignase aceptar el título de académico correspondiente para el que no me atrevo a proponer a V. a la Academia, mientras no tenga su previo consentimiento." Esperaba Olózaga que, ya con esa calidad, pudiera trabajar con mayor entusiasmo en la creación de la Academia Mexicana, para lo que Juárez estaba tan bien dispuesto, como lo prueba el hecho de haber entregado a Monseñor Juan Bautista Ormachea y Ernáiz, su enemigo de la víspera, acérrimo opositor de la causa liberal, el diploma de correspondiente que la Academia de Madrid, envió, a través de Juárez, al Obispo de Tulancingo. Es fama que Benito Juárez, en la respuesta que dio a la segunda instancia para que aceptara el diploma de la Real Academia, anotó de su pluma y letra en una posdata, que aquel honor debía ser para Pedro Santacilia, redactor de su correspondencia. Pero Santacilia, poeta que escribió el apóstrofe "A España", partidario de la libertad de Cuba y desterrado por esa causa, no podía aspirar a la benevolencia de la Real Academia.

Juárez no aceptó aquel gran honor: lo vio desmedido para sus merecimientos. Juárez no, pero yo sí, en nombre del esfuerzo de mi pueblo, que busca y encuentra en el alfabeto y en el aprendizaje de la lengua española el elemento principal de su redención. Que los manes de Juárez nos amparen. Y a mí, me lo perdonen.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don José Rojas Garcidueñas.

La Academia Mexicana de la Lengua, por sus principios y finalidades, requiere de sus miembros el que sean filólogos, en el prístino sentido del término: amigos de la palabra, del lenguaje, y necesita que ese amor se transmute en esfuerzo por el cultivo de uno o varios de los diversos modos de la filología: desde la investigación y el conocimiento de los vocablos y el uso del buen decir, hasta su empleo en la noble y extraordinaria manera que es el arte, la literatura.

Pero la Academia Mexicana, por serlo, necesita que entre sus miembros filólogos los haya no sólo de la lengua castellana, porque no es ésta la única que se habla en nuestra patria, a cuyo idioma vivo y actual han concurrido muy considerables aportaciones de lenguas indígenas. Ya honran esta casa distinguidos nahuatlatos; hoy recibimos aquí a Andrés Henestrosa, conocedor profundo de la lengua zapoteca, amoroso investigador de la literatura mexicana del pasado siglo y autor de relatos cuyo fino aliento poético se expresa en buen estilo castellano.

En el discurso que Henestrosa acaba de pronunciar, ha dicho que el zapoteca es su lengua propia y que el castellano le es ajeno; sin duda lo primero es cierto, pero no lo segundo.

No puede ser ajeno un idioma a quien ha escrito en él obras tan logradas como *Los hombres que dispersó la danza*, tan delicadas como *Retrato de mi madre;* escritos tan llenos de erudición, fruto de muchas y largas lecturas, como tantos de los que ha consagrado a nuestras letras y a nuestra historia en sus puntuales y constantes colaboraciones periodísticas, que ahora esperamos reúna y coordine en volúmenes de estudios, que serán de grande utilidad para los historiadores y críticos de la literatura mexicana.

Curiosas y significativas fueron las circunstancias que determinaron la primera obra literaria de Andrés Henestrosa: como alumno en la clase de sociología de don Antonio Caso se le ocurrió presentar, leer, la relación de un mito zapoteco que él conocía desde su niñez, por tradición oral; el maestro

Caso se interesó por ello y lo estimuló a proseguir por ese camino redactando otras varias tradiciones de igual origen. Así se gestó el libro *Los hombres que dispersó la danza* que poco tiempo después hizo publicar, sin el previo consentimiento del autor, la señora Antonieta Rivas Mercado.

Todos los relatos de ese libro están llenos de una poesía fresca y profunda: fresca porque aún se perciben suaves huellas de toques recientes de lo popular, y profunda porque se siente que viene de muy atrás del tiempo, decantada en sucesivas generaciones de sensibilidad de un pueblo, y finalmente a través de los recuerdos indelebles que dejan las cosas que nos impresionan en la niñez.

Allí están, a mi juicio, los valores esenciales de esas narraciones de mitos y leyendas, valores que otros críticos, hace tiempo y con mayor acuciosidad, han comentado. Pero, en cambio, creo que no se han señalado los propósitos íntimos del autor en la creación de esa su primera obra.

Que el fruto inicial de ese primer esfuerzo creador haya surgido en y para una clase de sociología, es revelador. No hubo entonces, ni más tarde —según ha insistido Henestrosa en explicar—, la intención de hacer una obra literaria, en el sentido de buscar ese complejo de emoción, sensibilidad y belleza, que precisamente por aquellos tiempos explicaba el Maestro Caso en sus brillantísimas exposiciones de Estética. El propósito, a lo que yo entiendo, fue doble: por una parte, lo que Henestrosa explica como una "autoconfrontación", una tarea para comprobarse a sí mismo la posibilidad de expresar, en el aprendido idioma castellano, lo que sabía, sentía y pensaba en la materna lengua zapoteca; por otra parte, un obscuro anhelo —auténticamente poético— de expresar lo que entrañablemente traía consigo: los relatos míticos que eran la expresión de su gente, en el más clásico sentido romano: su *gens*, su nación, el grupo social en el que se nace y al que se pertenece por las primordiales determinantes de la sangre y de la primigenia cultura familiar.

Hubo allí, según pienso, un deseo de expresar y explicar su pueblo, enmedio de la clase de sociología, que era el mejor y más apropiado lugar al alcance del joven estudiante que era, entonces, Henestrosa; había, en ello, un interés no intelectual sino afectivo, pero trascendental, en poner de manifiesto las tradiciones del más puro fondo y la más honda raíz de su gente, pues, en efecto, son fondo y raíz de cada pueblo esas expresiones literarias primeras: los cantos épicos de unos, los mitos y leyendas de otros.

Dije antes que fueron significativas las circunstancias que concurrieron en la iniciación de Henestrosa en su producción de escritor. Significativas, por haber surgido en una clase destinada a conocer lo relativo a las sociedades humanas; significativas, por ese padrinazgo intelectual —digámoslo así— del Maestro don Antonio Caso, sin duda alguna el maestro que más

influyó, en general y en conjunto, en los estudiantes de entonces. Significativas, porque así como manifestaban el hondo sentimiento de vinculación del autor a su grupo social primigenio, también estaban acordes a las inquietudes que movieron a tantos de los jóvenes estudiantes en ese momento de la historia de México.

En esas inquietudes y en ese movimiento, ocurrido en 1929, participó Andrés Henestrosa, porque tampoco podía quedarse espiritualmente sólo nutrido por la savia de la raíz original, como no pudo quedarse físicamente alejado en la tierra nativa; Andrés, que había llegado a la capital seis años antes, proyectó aquel hondo arraigo local ampliándolo hasta el justo marco de la patria grande, del México íntegro y total.

No es aquí ni ahora el lugar para referirme a aquel momento que, para los que lo vivimos, en plena juventud, fue determinante, en muchos aspectos, de nuestros juicios, nuestros sentimientos y nuestra conciencia cívica en los asuntos fundamentales de la patria.

Aludir a ello no creo que sea digresión superflua, porque ese interés apasionado por México y por sus propios orígenes formativos, ha sido una de las líneas directrices en la obra de Andrés Henestrosa; y si es y debe ser virtud de todo ciudadano, más aún en el intelectual, en el escritor debe serlo el interés profundo y apasionado por todo lo que concierne a las orientaciones y conducción de los asuntos públicos, la guía y la marcha de la patria en el camino de la historia.

Baste decir que mi generación se movió entonces —y creo que con acierto— pugnando porque el México aún presidido por la violencia y el caudillismo; el México del día siguiente de la lucha armada, o, mejor aún, de las últimas palpitaciones de la lucha armada, se cambiara en un México dirigido por el civilismo, la inteligencia, la organización, la cultura, los anhelos amplios y generosos, que inclusive desbordaban los linderos de la patria o que engrandecían la patria a dimensiones continentales.

Sin duda era para ello demasiado temprano, pero la juventud es anhelosa e impaciente.

Ahora, cuando por fin muchos de aquellos ideales, y otras metas de indudable progreso se han alcanzado, y ello ha sido logrado precisamente por algunos de aquellos entonces impacientes jóvenes, que en grandes o pequeños grupos, unos en la capital y otros en la provincia —según el vario destino y las circunstancias de cada quien— se agitaron, hablaron (y algunos cayeron), desesperados por el deseo de hacer "otro" México; hoy podemos decir que, aparte muchos errores de circunstancias, en el fondo teníamos razón. Haber logrado la realización de aquellos que eran imprecisos anhelos, convirtiéndolos en las claras líneas directrices de la marcha de nuestro país es noble gloria de quien así ha servido al bien de México.

Hacia 1936-38, Henestrosa obtuvo el disfrute de una beca de la Fundación Guggenheim y mediante ella trabajó en Universidades de Berkeley, Chicago y Nueva Orleans. El resultado fue la elaboración de un vocabulario de términos zapotecos y de un alfabeto acorde a las necesidades de la escritura de ese mismo idioma.

Luego inició su ya larga labor en colaboraciones periódicas. De 1939 a 1942 escribió, diariamente, una sección destinada a divulgar hechos y nombres memorables de nuestra historia, por medio de breves y concretos comentarios que oscilaban entre la anécdota, el artículo y la crónica, bajo el título común de "En el Museo Nacional", que luego cambió por el de "Factores de la cultura en México".

En diversas publicaciones siguió escribiendo y, por otra parte, ha servido largamente cátedras de Español Superior, de Historia de la Literatura Mexicana y de la Literatura Hispanoamericana, en la Escuela Normal Superior, en la Escuela Nacional Preparatoria y en la de Artes Plásticas.

Desde 1951, hace poco más de tres años, publica regularmente cada semana su "Alacena de Minucias", y desde 1956 también, pero diariamente, "La Nota Cultural". Todos conocemos bien el contenido de esas dos series que forman verdaderos archivos ricos en noticias ya de información histórica ya de la presente y actual, que el tiempo va cribando y llega luego a ser también historia.

Entre los diversos cargos que ha desempeñado quiero citar, por más afines a las letras, el de Subdirector de la Biblioteca del Congreso y el de Jefe del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes. En otro campo, desde el 1º de septiembre pasado, ocupa una curul en la Cámara de Diputados, adonde ha llegado por segunda vez, pues ya también había formado parte de la XLIV Legislatura en 1958-61.

Así, aquellos brotes de 1929: su primer escrito y su primera participación en la política, ahora, 35 años después, muestran frutos cuajados, de modo que claramente se ve que el interés por las letras y por la cosa pública no eran veleidades juveniles, sino vocación firme.

Por su obra literaria, por lo que en lingüística conoce y ha realizado, por su erudición y sus investigaciones en la historia de nuestra literatura, Andrés Henestrosa ha llegado a esta casa que, precisamente por todo aquello, es la suya propia.

Mucho me complace, como colega y amigo, el haber sido designado para darle la bienvenida en este acto que por diversos y altos motivos será memorable en los fastos de esta Academia.

ACERCA DEL POETA Y SU MUNDO*

Por don ALÍ CHUMACERO

UN INICIAL deber me da la grata oportunidad de hacer patente mi agradecimiento a quienes propusieron mi candidatura para ingresar en la más alta corporación de nuestra lengua. Méritos y vocación habrán tomado en cuenta don Agustín Yáñez, don Octaviano Valdés y don Antonio Gómez Robledo para señalarme como un problema estudioso que viniera a aprender, de voz viva, las enseñanzas de tanto varón ilustre que forma parte de esta Academia Mexicana correspondiente de la Española. Pero acaso haya sido el fervor de la amistad lo que, de veras, los haya animado a reconocer en mí esos méritos y esa vocación. De los primeros —los méritos—, sé decir que apenas los distingo; en cuanto a la vocación, estoy seguro de que mis amigos proponentes no se han equivocado. Sea, pues, mi ingreso como académico de número un premio a la dedicación que, con prisa y sin descanso, he consagrado a la literatura. Sin temor a contradecirme, afirmo que en las letras —la novela, el teatro, la poesía, el ensayo— descubrí desde un principio uno de los pocos solaces que vuelven hermosa la vida que nos ha tocado compartir. Ni por un momento, aun en horas de jubilosa convivencia, esa afición se ha desvirtuado ante el canto de otras sirenas que no sean las puramente literarias. Con un pie en el arte y otro en la vida, a veces con la pluma en la mano y siempre dando atención al libro ajeno, he llegado a la madurez disponiendo de una obra personal sobremanera escasa, pero sin distraer esa pasión por las formas artísticas: experiencia sólo comparable con las expresiones del sentimiento que, por igual, comprenden la amistad y el amor.

Al llegar a este punto, advierto que mi segundo deber —más que hablar de mí mismo— consiste en recordar la labor literaria de quien me antecedió en el uso de la silla académica que ahora paso a ocupar: don Francisco González Guerrero. Hombre de provincia, jalisciense por más señas, no perdió nunca el aire de sencillez en que pasó su infancia, en su San Sebastián, hoy Valentín Gómez Farías, a partir de su nacimiento allá por el año de 1887. Su cordial persona no varió jamás con la sapiencia adquirida, lo

* Discurso de ingreso, leído en sesión pública el 27 de noviembre de 1964.

mismo en el extranjero al servicio del país, que a su regreso a la patria, en esta ciudad de México. Animado por la curiosidad de internarse en las letras del siglo XIX, González Guerrero fue progresivamente uno de los críticos a quienes debemos un mayor esclarecimiento de épocas y personajes de nuestra historia literaria. Particularmente sus trabajos sobre Manuel Gutiérrez Nájera y Amado Nervo son hoy camino indispensable para quienes tiendan su atención hacia esos grandes poetas. Asimismo, González Guerrero cumplió un trabajo lírico que lo sitúa entre los poetas valiosos de su generación y le da derecho a figurar, con dignidad y nobleza, en cualquiera de nuestras antologías. Su libro de poemas *Ad altare Dei*, editado en 1930, recogió lo más puro de su juventud. Bondad, gracia, ingenuidad, ternura, abundan en esas páginas colmadas del deseo de ofrecer la intimidad de su espíritu:

El alma espera, insomne Sulamita.
Ansiosa del amor o de la muerte,
el alma espera, puntual a la cita.

Lloro de viento, risa de agua, vuelo
de hojas . . . Ninguna voz, pasos de nadie.
Sobre las ascuas vivas, el anhelo.

¡Y esta sorda avidez de los oídos!
¡Y el tiempo, el tiempo que se quiere ir!
¡Y el corazón, ya loco de latidos!

"Sus ideas poéticas —escribió en su oportunidad Enrique Fernández Ledesma—, rotundas de volumen y de sugestión, se matizan con un vocablo exacto. Exacto para la transfiguración de la imagen y para el efecto de la armonía auditiva. El registro de expresión de este poeta, concordando con los más altos diapasones subjetivos, jamás acumula exceso de *valores pintorescos*. Es grave, contenido y sobrio, con esa prócer sobriedad de la conciencia, que marca la línea neta y el punto final." Su poesía proviene de los últimos brotes de las tendencias modernistas y no hay en ella el escándalo de las palabras ni el alborozado juego de los colores, sino un tranquilo asistir al esplendor que el mundo aviva en nuestra alma. Leamos, con este pretexto, el mejor de sus poemas:

Delicia de las noches en flor; goce profundo
de estrellas que penetran en deshojados ramos.
Pensar que nuestra alcoba es el centro del mundo
¡y única en su belleza la rosa que cortamos!

Y alegría recóndita del silencio; alegría
que está fluyendo a modo de cerrera fontana,
inagotablemente.

Dulzura de las noches. ¡Tenemos todavía
la dicha de morder en la carne lozana,
y de alcanzar los sueños, y de sentir un fuerte
lazo contra la vida!
—¿Y la muerte? . . . ¿la muerte?
—¡Pensaremos mañana!

Al referirse a la poesía de González Guerrero, Alfonso Méndez Plancarte afirmó: "Nosotros destacamos, por sobre todo, esa gracia inefable de un alma cristalina —así de nítida, melodiosa y vibrátil— y aquella discretísima elegancia espiritual y técnica, para cuyos regalos de poesía no hallamos más adjetivos que estos —malgastados y desgastados, pero que en él querríamos estrenar— de encantadores y deliciosos."

Tal es el ilustre poeta y crítico a quien yo, deslustrado crítico y poeta, he de suceder en el seno de la Academia Mexicana. A tal efecto, leeré ante ustedes un texto cuyo valor se cifra en la brevedad. En buena parte es un esquema de lo que he leído acerca de la poesía y, en mínima parte, es la reflexión acerca de mis experiencias relacionadas con materia semejante.

Ha sido tradicional la idea de que los poetas —es decir, aquellos hombres que vierten la palabra de acuerdo con significaciones no siempre apegadas al uso corriente del lenguaje— no son ciudadanos recomendables para disponer de algo más que de su propia conciencia. A menudo, ni siquiera son capaces de resolver satisfactoriamente, según reglas de razón, las inquietudes internas que propician su rebeldía contra las normas del juego social. Esas significaciones que imprimen en sus escritos empleando a su placer ciertos aspectos del habla con que todos nos comunicamos, esa maliciosa propensión a impartir al reino del verbo su máximo esplendor, son testimonio de sus conflictos personales, intransferibles, que los sitúan frente a las verdades fortalecidas por el consenso de los demás. "El artista es un loco —dice, sin rodeos, Jacques Maritain— que se ve impulsado por interpretaciones irracionales, como un artesano que ejerce en su obra la mayor sagacidad de la razón práctica." Desde ese precario asiento, el poeta concede al desafío una función constante, convencido de que en su voluntad radica el deber de salvar la pureza a fin de reducir un poco la monotonía de su tiempo. A solas, nutre ese anhelo de responsabilidad que lo arrastra a asemejarse, a los ojos

de sus prójimos, a un ser que se divierte con su propia condenación. Su extrañamiento de la República, argumentado por quien desde un principio gozó de la aureola de la poesía, es el castigo inevitable a semejante actitud erigida primordialmente, casi exclusivamente, en la emoción, y encauzada a distinguir entre las imágenes que los sentidos captan y el misterioso resplandor que de ellas se desprende. "Si uno de estos hombres, hábiles en el arte de imitarlo todo y de adoptar mil formas diferentes —monologa Platón en *La República*—, viniera a nuestra ciudad para obligarnos a admirar su arte y sus obras, nosotros le rendiríamos homenaje como a un hombre divino, maravilloso y arrebatador; pero le diríamos que nuestro Estado no puede poseer un hombre de su condición y que nos era imposible admitir personas semejantes. Lo despediríamos después de haber derramado perfumes sobre su cabeza y de haberla adornado con las cintillas de los sacrificios; y nos daríamos por contentos con tener un poeta y recitador más austero y menos agradable, si bien más útil, que imitara el tono del discurso que conviene al hombre de bien." Desde que la razón prevaleció en la cultura griega, o desde que el filósofo razonó acerca del Estado ideal, el poeta es el antípoda del "hombre de bien", el enemigo de la cordura, el perverso que todo lo desvirtúa. Tal parece que de su cofradía formaran parte el neurótico, el bravucón, el necio, el criminal y el transgresor de cualquier mandamiento de la Ley de Dios. Sus repudiadas facultades de percepción, que hacen aflorar inusitadas relaciones entre los objetos y llevan a primer término raras analogías entre las palabras, son el punto de arranque de ese divorcio del mundo que los otros explican, disfrutan y soportan mediante una lógica compartida. "La función del artista —expresa Ezra Pound— es precisamente formular lo que no ha encontrado expresión en el lenguaje; esto es, en cualquier lenguaje, ya sea verbal, plástico o musical." De ahí que las rivalidades entre la lógica aceptada y la lógica interna del poema, cuando llegan a ser asunto a discusión, definan al poeta como un personaje adicto a la incoherencia cuando no al desatino.

Bien sé que abundan las expresiones líricas que, por sus apariencias, no disienten de inmediato en el llamado sentido común. Poetas que evocan al pan y al vino por sus nombres, que no alteran la realidad cuando la incorporan al verso y que, también en apariencia, no dañan el natural significado de las palabras sino que sólo las disponen en un orden apto para satisfacer a los practicantes de la lógica. Pero es evidente que, aun en estos casos, bajo la sensible superficie de la nitidez se guarda análoga actitud dirigida a remozar el sentido —digámosle "estético", para delimitarlo en alguna forma— que el poeta destina a las palabras tan amablemente elegidas. En la multiplicidad de tendencias que en el curso de la historia literaria nos es dable percibir, encontramos al poeta, dueño de una vocación —más o menos expli-

cita— de "descubridor", de "mago", de "vidente", de "desterrado", que persiste alerta vigilando con su obra la integridad de sus sentimientos. A veces se muestra confundido con el místico, en ocasiones cercano del profeta, y frecuentemente coincidiendo con ambos. Entusiasta o bondadoso, iracundo o triste, se le juzga un sujeto disímil de quienes habitan a su alrededor. Pero al fin y al cabo, en las varias acepciones de la singularidad, su posición se conserva aparte respecto del comportamiento de sus contemporáneos.

Es célebre la opinión de Thomas Love Peacock, novelista inglés antirromántico, que impresionado por el incipiente desarrollo de la civilización juzgó la poesía desde puntos de vista sumamente radicales: "Un poeta en nuestro tiempo es un semibárbaro dentro de una comunidad civilizada. Vive en los tiempos pasados . . . En cualquier grado que se cultive la poesía, necesariamente será a costa de alguna rama útil del saber; y es lamentable observar a ciertas mentes, capaces de cumplir mejores tareas, apresurarse a sembrar en la engañosa indolencia de esas vanas e inútiles bufonerías del esfuerzo intelectual." Esta frase, excepcionalmente ingenua y equivocada, hacía eco al debate empeñado entonces entre el pensamiento científico y el pensamiento lírico, entre la razón y la imaginación. Asimismo, fue el pretexto para que, años después, Shelley escribiera su *Defensa de la poesía* y deslindara los campos: "La razón atañe a las diferencias, y la imaginación a las similitudes de las cosas. La razón es a la imaginación lo que el instrumento al agente, el cuerpo al espíritu, y la sombra a la sustancia." Si en una época se deseó desterrar a los poetas por razones políticas y morales, después habría de pretenderse hacerlo en nombre del progreso. Esas profecías, estimuladas por ominosas intenciones, resultarán siempre graciosas pero inútiles. Es verdad que "en la Edad de Piedra —confirma Herbert Read— la poesía fue un ejercicio espontáneo de las facultades innatas, como lo es todavía entre los niños y los salvajes. Mas para el hombre civilizado el arte ha llegado a ser algo mucho más serio: la liberación —generalmente indirecta— de las represiones, una compensación mediante las abstracciones del intelecto". Sólo esto, aseverado al trasluz del psicoanálisis, sería adecuada justificación para perdonarle la existencia —y la extravagancia— a los poetas.

En tanto la ordenación del caos obedece a la propia e íntima ordenación interior del poeta, su respuesta al mundo en que reside no se ajusta al reconocimiento de las instituciones que precisan, con plena claridad, los alcances de la esperanza humana. Poesía y sociedad tienden, pues, a rehuirse por la incompatibilidad de los métodos a que recurren, por el desdén que una y otra se dedican. "El capitalismo no combate, en principio, la poesía; simplemente la trata con indiferencia, desconocimiento y crueldad . . . En Inglaterra —protesta Herbert Read— los poetas no son considerados como individuos *peligrosos*, sino simplemente como personas que pueden ser ig-

noradas. Dadles un empleo en la oficina, y si no quieren trabajar dejarlos que se mueran . . . " A este respecto, en su discurso al recibir el Premio Nobel, de manos del Rey Gustavo VI de Suecia, Saint-John Perse observó: "Parece que fuera en aumento la disociación entre la obra poética y la actividad de una sociedad sometida a las servidumbres materiales. Separación aceptada pero no buscada por el poeta, y que existiría también para el sabio de no mediar la aplicación práctica de la ciencia." Acaso la sublevación silenciosa, acariciada con deleite nada salubre, sea uno de los frutos inmediatos de ese escaso entendimiento.

Manuel Gutiérrez Nájera recomendó, como desquite, en versos nada recomendables:

> No busques la constancia en los amores,
> ni pidas nada eterno a los mortales,
> y haz, artista, con todos tus dolores,
> excelsos monumentos sepulcrales.

El, que practicaba la afición periodística de asistir a reuniones y jolgorios donde, además de ser bien recibido, era adulado con curiosidad, solía internarse en la prohibida zona del pesimismo. Desilusión o protesta, en los "excelsos monumentos sepulcrales" confiaba para eludir la desdicha de haber nacido. Y ya lo sabemos: proclamar en la plaza pública nuestras tristezas, nuestros afanes o nuestras imprevisiones es síntoma de debilidad. Quizá eso obligó a Gutiérrez Nájera a recurrir a la confortante contrapartida: la fe en que las generaciones futuras habrían de recordarlo.

Resuena la convicción del poeta latino cuando dice a la compañera imaginaria:

> ¡No moriré del todo, amiga mía!

Más recatado, Manuel José Othón regresaba a su tranquila espera, al desolado refugio desde donde atisbaba el trasegar de sus prójimos. En la Elegía que dedicó a Rafael Angel de la Peña, dejó la imagen de esa desesperanza:

> Ignoro de mi rústica morada.
> qué tiene, que viniendo de mí mismo,
> vengo de la región más apartada.

Más temprano que tarde, el imperio del vacío, el "sol negro de la Melancolía", el sentimiento de lo desconocido, asaltan al poeta en su retiro y lo tientan a allegarse tranquilidad enunciando vigorosamente el resto a tales amenazas:

Y aquí estoy, en pavor ante el abismo
de la grave conciencia acusadora . . .
¡Reo que tiembla enfrente de sí mismo!

Me erijo en propio juez, y me sentencio,
réprobo y solo, a la mayor tortura:
a no pedir perdón de mi locura
y a morir en mazmorras de silencio.[1]

La conciencia de la destrucción, la seguridad de que el tiempo triunfará definitivamente, el temor a morir, aparecen de pronto y lo invaden con fervor. La duda lo persigue, y sorprendido exclama:

Fraile, amante, guerrero, yo quisiera
saber qué oscuro advenimiento espera
el anhelo infinito de mi alma,
si de mi vida en la tediosa calma
¡no hay un Dios, ni un amor, ni una bandera![2]

De la desdicha surge entonces la canción que aspira a conservar el relámpago brotado de las ruinas. Ilumina su rostro la vieja sentencia hebrea: "Todo va a un lugar: todo es hecho del polvo, y todo se tornará en el mismo polvo"; mas a despecho del derrumbe, sobre el último vestigio dejado de la mano de Dios, nuevamente las palabras reanimarán aquellas imágenes hijas de la zozobra:

¡Seré polvo en el polvo y olvido en el olvido!
Pero alguien, en la angustia de una noche vacía,
sin saberlo él, ni yo, alguien que no ha nacido
dirá con mis palabras su nocturna agonía.[3]

Pero el fin de la labor artística no reside en procurarse estatuas póstumas; tampoco, en pretender un prestigio sobrepuesto a la validez de la obra que se construye. La "voluptuosidad del porvenir" y la fama en vida no cuentan, o no deberían contar, en el efecto que supone toda poesía. El desinterés que el arte pide, al menos a la hora de la creación, se sitúa a distancia de mandatos imperativos ajenos al arte mismo: "Los artistas renuncian más fácilmente que otros al reconocimiento público de sus obras —se atreve a

[1] Enrique González Martínez: *El condenado.*
[2] José Juan Tablada: *Onix.*
[3] Xavier Villaurrutia: *Estancias nocturnas.*

sostener un psicólogo—. Muchos de ellos no buscan la aprobación de la mayoría, sino la respuesta de unos cuantos, respuesta que es esencial para confirmar la creencia en su propia obra."[4] La persona del poeta se reduce a reconocerse en las palabras que su emoción ha dictado, a hacer de su embriaguez lírica la libertad que anuncia el arribo de algo que habrá de "prolongar" lo existente. Porque "los momentos de la creación son silenciosos y mágicos, un trance o arrobamiento durante el cual el artista se halla en comunión con fuerzas que yacen bajo el plano habitual de la emoción y el pensamiento".[5]

Redactado el poema, libre en los versos que lo circundan, igual que

el iris en el glóbulo del llanto
y la seda en la piel de la pantera,[6]

ya a nadie pertenece. Desprendido de la emoción, plasmado para siempre, a salvo de la contingencia, es el espejo donde el "hombre colectivo" advierte cómo sobreviven los rasgos primigenios de su espíritu. "La esencia de la obra de arte no consiste en hallarse preñada de particularidades personales —cuanto más lo esté, menos obra de arte será— sino en elevarse muy por encima de lo personal y en hablar por y para el espíritu y el corazón de la humanidad."[7] El poema resume las experiencias del hombre, saca a flote las fuerzas sumergidas en el alma colectiva, y el vigor de la pasión creadora, de donde toma vuelo, se propaga a partir de ese momento con vivacidad distinta de la emoción que lo engendró. Expresado con otras palabras: el poema pasa a ser el bien común que caracteriza a toda obra de arte. La exaltación se torna en un objeto capaz de producir exaltación, y su sentido se abre a quienes sepan descubrir en sus significados la intensidad de sus propias emociones.

Sin embargo, "la poesía no es un dar rienda suelta a la emoción, sino un escape de la emoción; no es la expresión de la personalidad, sino un escape de la personalidad. Pero sólo aquellos que tienen personalidad y emociones saben lo que es liberarse de esas cosas".[8] Al escribir, fluyen reacciones psicológicas peculiares que, si bien son descriptibles por la ciencia, no son en manera alguna fáciles de definir. El misterio las preside, mientras la esté-

---

[4] Ernst Kris: "Psicoanálisis y arte", *Sociedad, cultura y psicoanálisis de hoy*. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1958.

[5] Herbert Read: *Arte, poesía, anarquismo*. Editorial Reconstruir. Buenos Aires, 1955.

[6] Salvador Díaz Mirón: *Al chorro del estanque...*

[7] C. G. Jung: "Psicología y poesía", *Filosofía de la ciencia literaria*. Fondo de Cultura Económica, México, 1946.

[8] T. S. Elliot: "La tradición y el talento individual", *Los poetas metafísicos*. Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, 1944.

tica las clasifica, la psicología las diseca, la metafísica las aprovecha y la sociología las contamina. En cada poema, el poeta deja libre algo de su función afectiva reflejando fases de su sensibilidad de acuerdo con las exigencias de los temas, las situaciones y la predisposición de su ánimo. Su misión "no es encontrar nuevas emociones, sino usar las ordinarias y, al elaborarlas en poesía, expresar sentimientos que no se encuentran para nada en las verdaderas emociones".[9] Mas la poesía no es ni la emoción ni el sentimiento en sí mismos, sino un producto diferente que, si bien conserva los símbolos de aquellos "escapes" de la emoción y de la personalidad, vive sostenido por su propio impulso y es susceptible de motivar a su vez otros sentimientos y otras emociones de distinta intensidad. El poema es "por sí mismo un universo que se basta a sí mismo, sin necesidad alguna de significar cosa distinta de él", dice Maritain. Con ello señala la escisión entre la vida emotiva de quien lo escribe y su significado para aquel que lo lee. "La emoción poética —indicó Alfonso Reyes— no es ya la poesía: la emoción precede a la poesía como estímulo, la sigue como resultado. La poesía, en el medio, se mantiene suspendida entre el Padre y el Hijo, como la paloma del Espíritu Santo."

El poeta edifica con sus propios materiales un universo privado, y en ese ámbito procede a bautizar con un "sentido nuevo" las palabras. Ramón López Velarde era diestro en esos menesteres:

> Mi corazón, leal, se amerita en la sombra.
> Es la mitra y la válvula . . . Yo me lo arrancaría
> para llevarlo en triunfo a conocer el día,
> la estola de violetas en los hombros del alba,
> el cíngulo morado de los atardeceres,
> los astros, y el perímetro jovial de las mujeres.

Aun en la estación propicia para transformar el poema en documento con pretensiones didácticas, patrióticas o reformistas, el poeta impone en su trabajo el modelo de su propia naturaleza expresada en la alegría de ver cómo sus palabras han sido poseídas por ese "sentido nuevo" que él les ha otorgado. El recuerdo de Carlos Gutiérrez Cruz sea ejemplo de esta observación:

> Si eres hombre de campo, compañero,
> lucha contra la sombra como el sol mañanero.
>
> Mas si es pobre tu fuerza para vencer tu encono,
> prende fuego a la casa del patrono

[9] *Ibid.*

y ya verás que entonces se ilumina el potrero,
y verás que las llamas son el mejor abono,
compañero.

Por lo tanto, habremos de admitir que no carecen de razón aquellos que contemplan con cierta desconfianza la carencia de razón del poeta, o del artista en general. Porque, más que el entendimiento, impera en él la voluntad, y con mengua de la reflexión la imaginación establece su predominio. Sin otra arma aparente que el uso de la palabra, el poeta practica "la más inocente de todas las ocupaciones"[10] y descubre ciertas propiedades del lenguaje que le otorgan la oportunidad de conducirse según los dictados inaplazables de su vida interior. En sus manos de prestidigitador, la palabra deja de ser "el movimiento del espíritu" para convertirse en "el espíritu en movimiento"[11] y reanimar así el sentido profundo de la existencia. "El poeta, el pintor o el músico —afirma Herbert Read—, si es algo más que creador de diversiones, es un hombre que nos lleva hacia una alegre o trágica interpretación del sentido de la vida; que predice nuestro destino humano o que celebra la belleza o la significación de la naturaleza que nos rodea; que crea en nosotros el asombro y el terror de lo desconocido." Novalis llegó a una conclusión definitiva: "La poesía es lo verdadero, lo real absoluto", idea que hasta ahora ha guiado la labor de los poetas. No es un concepto diverso del que Shelley aportó poco después, al salir en defensa de la poesía frente a las confusiones de su época: "Un poeta participa de lo eterno, de lo infinito y de lo uno; por lo que respecta a sus concepciones, el tiempo, el lugar y el número no existen."

Al invadir el perímetro de los objetos y recoger de ellos el fundamento mismo que los sostiene, la poesía crea *su* verdad, o para ser congruente con la revelación de los románticos, crea *la* verdad. Creada la obra artística, permanece en pie aquello que el espíritu del artista ha rescatado para siempre: "La instalación de la verdad en la obra de arte —expresa Heidegger— es la producción de un ser que antes no era todavía y que posteriormente nunca se repetirá." En fin, la poesía levanta los seres que sus palabras evocan y los conduce al recinto de lo perdurable:

Nada mejor que la mano de Orfeo:
mano que la presumo y no la creo,
para traer la Eurídice dormida
hasta la superficie de la vida.[12]

---

[10] Martin Heidegger: "Hölderlin y la esencia de la poesía", *Arte y poesía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1958.
[11] Rolland de Renéville: *L'expérience poétique*. Gallimard, París, 1938.
[12] Alfonso Reyes: *Arte poética*.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR

Por don ANDRÉS HENESTROSA

APENAS llegado hace unas semanas a ocupar una silla en el seno de la Academia Mexicana, cuando ya me veo —requerido por la amabilidad de un nuevo académico— en la halagüeña ocasión de dirigirme a un auditorio tan distinguido, para contestar su discurso de ingreso.

> La juventud su breve catecismo,
> letra por letra, me enseñó una vez:
> —Corta las rosas, córtalas hoy mismo:
> de su recuerdo vivirás después.

Nunca imaginó el poeta Francisco González Guerrero que nos daba en ese poema, breve como un hai kai, como una estancia de la vieja poesía precortesiana, la divisa, la empresa, de quien iba a ocupar, a la vuelta de los años, la silla que dejó vacía. Porque en Alí Chumacero se reúnen, en armonioso conjunto, la dichosa entrega a la vida y una avidez de permanencia, que en vano se empeña en recatar. Bien sabe el poeta que es breve la rosa, pero eternos su recuerdo y su perfume.

¿Cómo puede Leopoldo Zea —dinámico, perseverante, profundo—, se preguntaba Agustín Yáñez, formar grupo con Alí Chumacero, complacido en sembrar fama de hombre terrible al margen de respetos y convenciones; con José Luiz Martínez, voluntad de pulcritud, y con Jorge González Durán, de templada cordialidad? ¿Cómo puede, se preguntaba, formar grupo con Alí Chumacero? Pero ya se sabe que las apariencias engañan: Alí Chumacero es una dramática dualidad, un adolorido conflicto entre el corazón y la inteligencia, que él suele muy bien acompasar. Ni sólo los recursos del sentimiento, ni los solos de la razón; mejor, la suma de los dos, la afinidad de los extremos. Buenas son las lágrimas, con tal que no sean muchas. Su poesía viene a ser, de ese modo, una resultante de su más recóndita manera de ser: seca, escueta, difícil, "áspero y dulce", "de piedra y cielo", como diría Juan Ramón Jiménez. Pero no lo olvidéis: ello es pura apariencia. Frecuentad su poesía, volved a ella de cuando en cuando, y ella se os entre-

gará luminosa. Razón y disciplina —dice Ramón Xirau— caracterizan la poesía de Alí Chumacero. Es, a primera vista, un poeta seco, escueto, difícil. Su poesía no se entrega a la primera lectura: para gozarla, para entenderla, hay que frecuentarla.

Nativo de Nayarit —su tierra natal es Acaponeta—, llegó niño a Guadalajara, Jalisco, en 1929. Allí, años más tarde, acaso por virtud del ambiente literario de la capital tapatía, decidió dedicar su vida al cultivo de las letras. En la misma Guadalajara, donde hizo amistad con José Luis Martínez y Jorge González Durán, escribió sus primeros poemas, que han quedado inéditos, por un temprano rigor crítico y el temor de entregar a los lectores frutos que estaban aún en tránsito de madurez: en el riesgoso límite entre el sentimiento descarnado y la expresión acabada.

Vino a México en 1937. Fiel a sus iniciales aficiones, en relación constante con sus antiguos compañeros —José Luis Martínez y Jorge González Durán—, que a su vez se habían trasladado a esta capital, muy pronto entre todos idearon la publicación de una revista literaria. La mano generosa de Mario de la Cueva, entonces secretario general de la Universidad Nacional Autónoma de México, hizo posible que, en 1940, apareciera el primer número de *Tierra Nueva*, una de las revistas más importantes de los últimos lustros. En sus páginas, como ha ocurrido con otras, se desarrolló una generación que ha dado nombres ya ilustres a las letras mexicanas. En esa aventura intelectual tomó participación sobresaliente Leopoldo Zea, que entonces inició su primer vuelo por los ámbitos de la filosofía. *Tierra Nueva*, ha dicho el crítico de este grupo, José Luis Martínez, tuvo, entre sus designos más conscientes, el de buscar un equilibrio entre la tradición y la modernidad, entre el entusiasmo iconoclasta de la juventud y la aceptación de un rigor en la formación literaria. Su reconocimiento de algunos maestros en las generaciones mayores, su aspiración a realizar una obra con la austeridad que requiere un oficio que se aprende fatigosamente y su preocupación por ir conquistando, sin prisa pero sin descanso, el mundo de la cultura, les confirieron, cuando menos, sólidas bases de las que podían partir bien dirigidos. Pudiera decirse, de su actitud, que trata de aprovechar las inquietudes más válidas de las generaciones inmediatas, evitando sus riesgos y abdicaciones.

En el número inicial de *Tierra Nueva*, apareció el primer poema que Alí Chumacero ha publicado: "Poema de amorosa raíz", que no era un presagio sino la presencia de un poeta verdadero. No creo abusar de vuestra atención y paciencia, si ahora le doy lectura:

> Antes que el viento fuera mar volcado,
> que la noche se unciera su vestido de luto
> y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo
> la albura de sus cuerpos.

Antes que luz, que sombra y que montaña
miraran levantarse las almas de sus cúspides:
primero que algo fuera flotando bajo el aire;
tiempo antes que el principio.

Cuando aún no nacía la esperanza
ni vagaban los ángeles en su firme blancura;
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;
antes, antes, muy antes.

Cuando aún no había flores en las sendas
porque las sendas no eran ni las flores estaban;
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,
ya éramos tú y yo.

La opinión acerca de la belleza que su poesía descubre ha sido unánimemente reconocida. Todos convienen en señalar la unidad entre sus formas expresivas —tenazmente rigurosas— y el mundo que reflejan —con frecuencia desolado, esperanzado a veces. Inicia esta valoración su amigo de infancia y su compañero de oficio, José Luis Martínez. "Sus poemas —dice— patentizan un labrado minucioso, un disciplinado sentimiento y un sentido penetrante de lo que un poema significa. Creaciones de una pureza lívida para no incurrir en la brillantez, articuladas en goznes de seda con soluciones ásperas para librarse de una monotonía rítmica. Su comprensión y simpatía por las formas clásicas revelan la malicia con que recibe las facilidades caóticas, aunque no deje de servirse de las conquistas verdaderas. No hace, con todo, un juego vacío de virtuoso: rescata su vida en el vaso de una poesía que cincela y pule con un desatado amor por las formas bellas." Lo que antes insinuamos, se encuentra aquí confirmado por el juicio de José Luis Martínez: en verdad, Alí Chumacero sortea el embate de la vida con el *engaño* de la poesía; el huracán se resuelve en un suspiro.

Manuel Calvillo, del elenco de *Tierra Nueva*, ha precisado otra constante de esta poesía, cuando dice que "nos ilumina o hiere; esto es lo que nos da, desde su aguda viveza, el poema de Alí Chumacero: poesía con una conciencia tal de su naturaleza, que parece renunciar a todo lo que no sea ahondar en su herida . . . Dije que su poesía es un ahondar en su propia herida, y aún más, agregaría, un abandonarse en ella, de la que se nutre porque no podría consumirse tal vez la vida que posee. En pocos —en los elegidos— puede ser esto una virtud, y en él lo es en sumo grado". Implacable consigo mismo, extrema su concepto desesperado de un universo que estalla entre sus manos. Así, no es extraño que diga:

Igual que roca o rosa, renacemos
y somos como aroma o sueño tumultuoso
en incesante amor por nuestro duelo;
fugitivos sin fin que el rostro guardan,
mudos cadáveres precipitados
a una impasible tempestad;
y morimos en nuestras propias manos,
sin saber de agonías,
caídos descuidados al abismo,
a través de catástrofes en nuestro corazón dormidas,
así tan simplemente, que al mirar un espejo
hallamos dentro sombras silenciosas
o una paloma destrozada.

Esta frecuencia que caracteriza a la poesía de Alí Chumacero ha sido observada por uno de los poetas y críticos más brillantes de la última generación: José Emilio Pacheco, que ha advertido cómo en este poeta retorna siempre la obsesión de la caída, del descenso, del desastre, del siniestro que ilumina su espíritu: "A veces tanto desamparo —afirma Pacheco— se llena de una presencia: el amor, que precede a la historia y la justifica. Pero ese amor, respuesta al mundo, también resulta olvido, engendra la soledad y la destrucción . . . La vehemencia de las lamentaciones se contiene siempre en un molde estricto cuya serenidad no abre el camino a la queja exaltada, superficial, de otros poetas, aunque la desesperación de esta poesía cuente entre las más hondas. De aquí está ausente toda misericordia, o toda esperanza de que mañana la fraternidad de los hombres cambie el mundo. Ni siquiera la amable idea de que la urna del verso guardará por los siglos el nombre de su creador."

De *Tierra Nueva*, Alí Chumacero pasó a formar parte de la redacción de *Letras de México*, primero, y después, de *El Hijo Pródigo*, las dos fundadas por Octavio G. Barreda, uno de los mexicanos que con más denuedo y vigilia han luchado por los fueros de las letras nacionales, por las letras patrias, como diría Sánchez Mármol. En las dos publicaciones aludidas, a la par que la poesía, la crítica fue cotidiano menester de Alí Chumacero; su juvenil inclinación a la crítica literaria, cuyos primeros brotes se encuentran en *Tierra Nueva*, hallan entonces cauce propicio. Si riguroso fue con su poesía adolescente, riguroso se manifiesta con la creación ajena. El asiduo lector, el curioso de todas las literaturas, el diestro catador de toda vid literaria, halla así oportunidad de poner en circulación el caudal de su cultura. Poesía, teatro, ensayo, novela, encuentran en él un juez que sabe ahondar en la obra ajena y volver a la superficie con la perla que buscaba.

No ha sido menos ni más arduo su trabajo en los suplementos literarios de la prensa mexicana; como en otros tiempos muchos grandes escritores nuestros, también él ha templado su pluma en las columnas de los periódicos, revisando semanalmente la producción literaria nacional.

Tres libros de poesía ha publicado hasta ahora Alí Chumacero: *Páramo de sueños*, *Imágenes desterradas* y *Palabras en reposo*. Parca la cosecha, dorada la espiga. No ha sido necesario que fuera prolífico para escalar la cúspide, para que su voz se escuche inconfundible y nítida en el coro de la lírica mexicana.

El discurso que esta noche hemos escuchado de Alí Chumacero es testimonio evidente de que poeta y crítico caminan a la par: en nada se oponen, sino por el contrario, se complementan. No medra el uno a costa del otro; mejor, constituyen dos caras que se observan y vigilan mutuamente. Al propio tiempo que trabaja su palabra, que depura su expresión, que poda ramas superfluas al sentimiento, estudia el fenómeno de la creación, las leyes que la rigen y su significado en el mundo en que vivimos. Ha considerado el tema desde sus diversos ángulos, desde el destierro que Platón dictó al poeta, hasta la verdad misma que encierra la poesía. No ha olvidado las ociosas controversias que en torno del poeta se suscitan, ni el valor que en sí mismo contiene el poema, ni el orden que éste pone en el caos de la conciencia. Recuerda que el canto no es sólo una expresión personal, sino una recreación del alma colectiva. "Desprendido de la emoción, plasmado para siempre, a salvo de la contingencia, es el espejo donde el hombre colectivo advierte cómo sobreviven los rasgos primigenios de su espíritu." Porque, como dice Angel María Garibay K., cuando el hombre ha forjado su poema, lo da a los demás y ellos lo rehacen, lo modifican y al correr por bocas y memorias, son como los ríos: al correr crecen. Finalmente, quiero señalar la circunstancia de que Alí Chumacero ha tenido la buena ocurrencia de ejemplificar sus tesis con versos de poetas mexicanos: Manuel Gutiérrez Nájera, Manuel José Othón, Salvador Díaz Mirón, Enrique González Martínez, José Juan Tablada, Ramón López Velarde, Alfonso Reyes, Carlos Gutiérrez Cruz y Xavier Villaurrutia.

Alí Chumacero, en cuya vida alternan el trabajo y el juego, el silencio de la biblioteca y el ruido de la calle, la palabra escrita y la palabra hablada, llega hoy a ocupar, honrosamente, el sitial que con igual honra ocupó Francisco González Guerrero, de inolvidable memoria. Los que fueron y son en esta Academia; los que están presentes y los que están lejanos, se encuentran de plácemes. Alí Chumacero, al trasponer las puertas de esta casa, desde ahora suya, renueva la decisión de servir a las letras nacionales. Sea bienvenido.

HOMENAJES

DON FRANCISCO A. DE ICAZA*

Por don LUIS GARRIDO

Señor Director,
Señores Académicos:

HENOS AQUÍ, señoras y señores, congregados para celebrar el Centenario del nacimiento de una gran figura literaria, a la que nuestra Universidad rindió comprensivo homenaje a raíz de su muerte, colocando su efigie en su Paraninfo, y a la que hoy nuestra Academia recuerda con admiración y respeto, consagrando su nombre en una de las secciones de su Biblioteca, al igual que lo acaba de hacer el Ayuntamiento de la Coronada Villa del Oso y del Madroño, llamando a una de sus calles: Francisco A. de Icaza.

Este hombre insigne, fue uno de los mejores símbolos de la amistad hispanomexicana, por la devoción con que estudió los valores intelectuales de España, y por haber entretejido en sus páginas hermosas y eruditas, sentidas notas de nuestra alma nacional. Su nombre es una presea, un timbre de gloria, que nos hace amar el idioma de Cervantes, y fraternizar con los pueblos que llevan también la sangre de nuestros mayores.

Su alejamiento de la patria, a causa de los cargos diplomáticos que desempeñó, la falta de nuevas ediciones de sus libros, y más tarde el olvido que cubre las tumbas, de los que no han tenido el poder que otorga la política o la riqueza, han motivado que sus trabajos sean poco conocidos de la actual generación. Pero hoy que se cumple el Centenario de su nacimiento acaecido en esta capital, se nos brinda una coyuntura para difundir los méritos que lo llevan a gloriosa posteridad. Ya la Academia Española de la Lengua ha evocado honrosamente su nombre en estos días, porque su vida toda se consumió como ofrenda en aras del culto al idioma, ya como historiador y crítico de las letras, o como poeta que atesoró una fina sensibilidad. Don Melchor Fernández Almagro, miembro de número de aquella docta institución, acaba de publicar un hermoso artículo sobre el "Centenario del poeta Icaza", reconociendo el alto valor que tenía el estro de nuestro gran compatriota.

---

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 11 de febrero de 1963.

En esta sesión le corresponde a mi competente y admirado colega don Ermilo Abreu Gómez, hablar de los trabajos cervantistas del eminente desaparecido, y a mí me toca deciros algunas palabras, primero, sobre uno de los aspectos más fragantes de su obra, la de sus versos, esmaltados joyeles que brillan con la más pura y desinteresada emoción. Eran los tiempos en que se anunciaba el modernismo, ese movimiento de renovación literaria promovido en tierras americanas, cuando don Francisco Asís Icaza se dedica a la poesía, en la cual agonizaban las notas de los excesos románticos, publicando en 1892 su primer libro "Efímeras", en donde observa la sagacidad de Max Henríquez Ureña, la influencia de Gutiérrez Nájera:

Este es el muro, y en la ventana
que tiene un marco de enredadera,
dejé mis versos una mañana,
una mañana de primavera.

Más tarde da a la estampa "Lejanías", "La Canción del Camino", "Paisajes sentimentales" y el "Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva", y en todas estas creaciones se advierte el propósito de huir de los clisés, de la vulgaridad de expresión, de las imágenes manidas. En sus versos exhibe una honda emoción. Desde los seis años dio muestras de sus inclinaciones líricas. Su padre, hombre de vasta cultura, lo educó en el amor por las cosas bellas; lo llevaba a museos y galerías pictóricas, enseñándole, también, el conocimiento de las obras maestras de la literatura.

Sus primeros libros son estuches en donde guarda, no sólo sus empeños amorosos, sino la pintura del paisaje: la tristeza de la campiña, el verdor transparente del agua, la enramada sedienta, el vaho opalescente que flota en la tierra llana, la azulada tinta del cielo, el monte, el río, el blanco intenso de la carretera . . . Todo ese mundo natural que nos rodea, y que el poeta escruta sólo para darnos cuadros, que nos cautivan por su gracia delicada, pero de la misma manera por la viveza del color y la firmeza del trazo:

Los árboles negros,
la vereda blanca,
un pedazo de luna rojiza
con rastros de sangre manchando las aguas.

A pesar de su modernismo, la poesía de Icaza tiene en ocasiones dejos románticos, por su nota melancólica y sentimental, que conmueve el ánimo y que penetra por la vía andaluza:

Llego al lejano huerto; bajo la parra
que da sombra a la escena que me imagino,
resuenan los acordes de la guitarra;
rompe el aire una copla que ensalza el vino . . .
y al monótono canto de la cigarra
avanzo triste y solo por el camino.

También su ideal femenino responde a la mujer romántica. La ve como visión bizantina:

Envuelta en el blanco traje,
ví surgir su imagen blanca
que aun en medio de mis sueños
miro, como entonces, clara.

A veces la concibe, pálida, en negro traje orlado de blanco encaje, de cabello castaño y con una "mezcla indefinible de tristeza y majestad". Son creaciones subjetivas, proyecciones de su espíritu en busca de la mujer ideal, que se disuelven en las seductoras figuras entrevistas por el poeta, y las que asocia a la vibración del paisaje, ya cuando mira fluir el agua del río, sintiendo en su hombro la frente de la amada con sus ensueños, ya cuando evoca a psiquis y al amor "sobre el pedestal donde la yedra enlaza sus guirnaldas trepadoras", ya, en fin, cuando excursiona en el agua amatista bogando en la barca donde ella lo contempla.

Pero su poesía tiene más de un objeto que el amor. Domina en toda ella la sensibilidad y el sentimiento, insinuando una melancólica aspiración del alma, pero revelando asimismo al hombre de disciplina interior. Hizo poemas de suaves armonías de indudable distinción estética. Perito en los menesteres de la forma, revestía con elegancia sus emociones, que más se referían a España que a la propia patria, como lo reconoció el maestro Altamira cuando dijo: "Icaza nos parecía a todos un español más. Lo era intelectualmente, y con ventaja sobre no pocos nacidos aquí. Este hecho —agregaba—, no sólo es frecuente sino muy natural y lógico en los hispanoamericanos".

El paisaje lo impresiona de manera profunda, pero lo valoriza con frecuencia en función de su propia circunstancia, preguntándose por qué está brumoso o por qué ríe con la luz del día, y cuando su alma está absorta ve el huerto triste o el campo negro. Pero de igual modo tiene ojos de pintor, y entonces su paleta verbal pone las pinceladas justas para darnos el cuadro:

Bajo el oro vespertino
sobre las mieses doradas,

mueve sus aspas dentadas
pausadamente el molino.
Con enormes paletadas
echa del cielo camino
sobre las mieses doradas
el tesoro vespertino.

Pero el poeta tiene otras etapas en su evolución, pues fue un precursor de los innovadores que nos dieron comprimidos poéticos, como Tablada con sus haikaís y Rubén Romero con sus versos de Tacámbaro. Tenemos como ejemplo el pequeño y célebre poema sobre el pobrecito ciego:

Dale limosna, mujer,
que no hay en la vida nada
como la pena de ser
ciego en Granada.

Los poemas de Icaza brotan sin dificultad, como linfa pura que corre, no únicamente por el cauce de lo sentimental amoroso, sino que recoge la influencia también de las lecturas y meditaciones del bardo, más allá de las penas, de las cuitas y desconsuelos de inspiración romántica. En su soneto "El encanto del libro", declara que parte de su existencia va unida a esos volúmenes que mira "con amor y remordimiento". Es, por excelencia, un poeta preparado culturalmente. Por eso Fernández Almagro tiene razón, cuando asienta que el verso del autor de *Lejanías* "es fluído, fácil la imagen, muy suelta la flexión de la frase, depurado el sentimiento por ostensible disciplina intelectual".

La poesía de Icaza nos deja impresión de gracia, de dulzura, de nueva exaltación; nos cala hasta lo más hondo del alma. Su numen no se detiene sólo en observar a la naturaleza o un estado de ánimo, persigue, además, darnos ideas en sus nobles vibraciones. Dueño del ritmo, su verso es musical y alado. Habiéndose formado en el estudio de las mejores letras del Siglo de Oro, sus creaciones poéticas brotan como agua cristalina, tersas y puras.

"El cancionero" fue su postrer libro de versos, porque cuando lo publicó murió una de sus hijas, y el poeta, preso de magno dolor, guardó para siempre su lira. "Hay en el verso —decía—, algo de artificio que repugna al dolor inmediato, cuando es grande y hondo. Sólo el tiempo y la distancia lo hacen poetizable. Tocarlo siquiera inmediatamente es profanarlo . . . ".

Sin embargo, Icaza que triunfara después como crítico e historiador, siguió teniendo un alma de artista, inefable y musical. Como un retornelo, en los últimos meses de su vida, cuando el cuerpo estaba completamente

vencido por la enfermedad, resurgía el vigor de su espíritu elevado, como en sus mejores tiempos de poeta. "El contraste —dice el doctor Marañón que lo asistió en sus últimos instantes—, llegó a alcanzar proporciones trágicas. Hubo unas semanas en que su vida vegetativa estaba casi anulada, y aún emergía, como la cabeza de un náufrago, la actividad incólume del poeta". Y es que a pesar de haber ejercido la crítica en su forma más documentada e incisiva, vivía en él siempre el artista, el creador de la belleza; él supo llegar al público, no únicamente por sus investigaciones y hallazgos eruditos, sino por las conmociones de su alma.

Cegado el noble manantial de su poesía, Icaza se dedica a las investigaciones históricas y literarias, estas últimas con derivaciones a la crítica, campo en el que ganó fama de penetrante y no pocas veces de severo. Aquel hombre sencillo, caballeroso, pulcramente vestido, que hacía la delicia de las damas en los salones, con sus amenas charlas, se convirtió en un juez implacable de los Aristarcos, con una seguridad y precisión de juicio, que daba a sus fallos el carácter de irrevocables.

Esa impresión de dureza que a veces deja la crítica de Icaza, no correspondía a la verdadera personalidad del autor: con su barba recortada, amplia y prominente frente, fina nariz con lentes de miope, menudito, nervioso y de hablar ceceante, era en realidad un hombre amable y de exquisita cortesía. El nos ha explicado el porqué de su posición al respecto: "Jamás he ejercido —expresaba Icaza— la crítica negativa con los creadores, sino con los críticos, los cuales están obligados a reconocer el derecho a que otros la ejerzan. En cuanto al artista, el creador que no ejerció jamás la crítica, callé y callaré si su obra no me agrada, o la elogiaré si me place, pero no he de ser yo quien señale sus desaciertos, o los que yo tengo por tales, harta desgracia tendrá en haberlos cometido. Por lo cual nunca me vi en el trance de amargar el triunfo de nadie —escritor o artista— o de hacer más doloroso su fracaso."

Icaza no era un crítico superficial. Al enjuiciar una obra la estudiaba en todos sus aspectos, en una forma acuciosa. Hacía una verdadera disección literaria, según lo podemos advertir en sus estudios sobre los trabajos de doña Emilia Pardo Bazán, del padre Feijoo, y de los señores Bonilla de San Martín y Julio Cejador.

Su pasión por las apreciaciones literarias, lo llevó a pronunciar su primer discurso en el Ateneo de Madrid, siendo Secretario de una de sus secciones, haciendo el examen de los críticos a la luz de diversas teorías hasta el siglo XIX. Fray Candil, afirmaba, que Icaza era uno de los pocos censores, que antes de escribir se documentaban debidamente, acudiendo a las fuentes de la obra, y que su labor era de analítico y de poeta. Espíritu justo, no fue un crítico que imaginara cómo debía ser una creación, él juzgaba de la obra

existente, examinando lo que era y no lo que debería ser. Nunca creyó que las obras de arte eran "misterios sólo accesibles a los iniciados". Por el contrario, sostuvo que sólo se necesitaba publicar textos claros de los grandes libros clásicos, "porque así el sentido de dichas obras no se escaparía ni al pueblo ni aun al niño", en virtud de su presentación fácil a todos.

La lectura de las críticas de Icaza nos apasiona, porque no fue un juzgador aburrido y erudito. Sus comentarios y escolios tenían la viveza que les imprimía el artista, eran amenos y sencillos, reflejo de una gran sensibilidad y de un juicio franco, que no se detenía en la superficie de los seres y las cosas, sino que se adentraba con la habilidad del que sabe bucear, y quiere conocer los secretos más profundos. A veces sus sátiras tenían el toque fino y alado del cervantista auténtico, pero en otras sus mordacidades eran punzantes como el aguijón.

Pero nunca fue un crítico frío y calculador. En todo lo que estudiaba "ponía amor y conocimiento". Su espíritu siempre se identificaba con el autor de la obra, para ensalzar sus méritos o poner de manifiesto sus debilidades. Asombra por su gran temperamento literario, y por la maestría con que ejerció su ministerio de juez en las letras clásicas, sin otro ideal que el de la belleza.

Lo dominaba la pasión por la literatura, su pluma era incansable para escribir de crítica e historia, y en estos menesteres fue severo y recto. Implacable con los plagiarios, no vaciló en exhibirlos, lo cual sin duda le conquistó enemigos, que no dejaron de molestarlo, acusándolo de que en su Diccionario de pobladores de la Nueva España, había dado por suyas algunas informaciones. No obstante, tal imputación no parece fundada, porque las papeletas que utilizó para dicho libro, fueron redactadas por los mismos interesados durante los siglos XVI y XVII.

En mis años mozos leía con deleite los ensayos de Icaza que publicaba en "El Universal", especialmente los de carácter crítico, por el dominio que tenía para discernir, entre las páginas de un libro, los brillantes de la hojarasca, pero asimismo por la forma de elaborar su fallo con tolerancia para las ideas ajenas y sin ditirambos. Mucho le ayudaba en su trabajo la circunstancia de que él era un escritor completo, provisto de vasta cultura, y que por su temperamento no gustaba de los juicios vacilantes de la crítica, ni de las vaguedades de aspecto histórico o social. Estoy persuadido desde entonces, que la tarea del juzgador literario, requiere el cabal conocimiento del oficio, para conocer a fondo los problemas del mismo, y estar en aptitud de analizar en forma adecuada el valor de cualquiera creación de la pluma.

Por otra parte, Icaza, merced a su conciencia histórica, aquilataba la obra en el medio que le era propio, pues conocía todas las grandes transformaciones literarias y las reacciones del mundo en cada etapa de su evo-

lución, frente a los productos de la vida espiritual. Sabía de la plenitud y madurez de éstos, pero también de su decadencia y muerte. La existencia del arte le era familiar en todos sus aspectos, pero de ellos el que más le interesaba, era el de sus tendencias en los diversos géneros. Consideraba al igual que Brunetière, que no son las obras de arte y las formas las que deciden de sí mismas: quienes deciden sobre ellas son los hombres, y en particular los críticos.

Gustaba de opinar en las pugnas de los comentaristas, sobre las grandes figuras del Siglo de Oro, a fin de apreciarlas en toda su grandeza y popularidad, hablando extraordinariamente de su aspecto humano, como lo hizo en el caso de Lope, dejándonos unos capítulos sustanciosos sobre los amores y odios de aquel genio de la naturaleza.

En su papel de crítico, Icaza registraba como un sismógrafo los más sutiles matices de la época y del autor, no sólo para fijar bien el fenómeno artístico, sino para observar si ofrecía las palpitaciones de una nueva vida. De hecho fue un propulsor de la literatura, que contribuyó gracias a sus observaciones a depurar el gusto, pues disfrutó de la confianza de sus contemporáneos en la rectitud de sus juicios, y porque sus normas no eran inflexibles de acuerdo con el modelo clásico, ya que tuvo comprensión para lo que venía después.

La temían, no el escritor novel que él siempre ayudaba, sino el que ejercía la crítica en actitud pedante o aplicando las reglas de una estética anticuada. Fue, en fin, un crítico que luchó siempre por elevar el nivel del arte, con gesto comprensivo, ya que una necesidad interior lo llevaba a resaltar lo hermoso, a descubrir mundos de poesía en las creaciones de los hombres.

Icaza fue, sin duda, un gran hispanista por el amor que profesó a las letras españolas, y a las tradiciones de la Península Ibérica, pero fue igualmente un hombre que conservó mucho de la sensibilidad mexicana en sus escritos, y que más de una vez hurgó en nuestro pasado. Por eso su nombre forma parte de la cultura nacional, y no merece el olvido sino la inmortalidad venturosa, pues ha dejado una obra poética, histórica, de crítica y de divulgación literaria de positivo valor, por la acuciosidad de sus investigaciones, la honradez de sus juicios y la distinción y fluidez de su estilo. Un excesivo nacionalismo nos ha llevado a postergar esta y otras figuras, que tuvieron como escenario de sus triunfos extrañas tierras, pero todas son exponentes de nuestro carácter, actitudes y mentalidad, y en el caso particular de Icaza, no debemos olvidar que su permanencia fuera del país, fue en servicio de México.

El pasa a la historia como uno de los grandes fomentadores de la hermandad literaria entre nuestros pueblos, como lo acaba de reconocer el Instituto de Cultura Hispánica, al crear el premio que lleva su nombre, para

recompensar el mejor trabajo que se dé a la estampa, anualmente, sobre las letras mexicanas.

Por su parte, esta Casa, cuya voz corporativa expreso junto con don Ermilo Abreu*, se asocia con la más viva satisfacción, a los homenajes que se han rendido en los últimos días al finado insigne, que fue miembro Correspondiente de la Academia y uno de sus más claros blasones. Algunos de nuestros colegas tuvieron la oportunidad de saborear la lectura de sus obras recién aparecidas y de conquistar su afecto. Los que no tuvimos la fortuna de tratarlo, lo recordaremos siempre, a través de sus notables trabajos, como un espíritu selecto que merece la justa fama que ya se anuncia, por estos homenajes en el Centenario de su nacimiento. Dichoso destino el de Icaza, cuyo caudal legado en libros enjundiosos y elevados, nos ilumina todavía con un rayo de luz, para disipar neblinas en materias importantes, revelándonos la presencia de una alma transparente y serena, que amó la verdad y la difundió entre los hombres.

---

* La intervención de Abreu Gómez fue oral.

DON JOSE BERNARDO COUTO*

Por don José ROJAS GARCIDUEÑAS

NACIÓ don José Bernardo Couto en la Villa de Orizaba, al finalizar el año 1803. Allí cursó sus primeras letras; poco antes de cumplir sus quince años vino a México y quedó inscrito en el Colegio de San Ildefonso donde continuó, con brillantez, sus estudios. Eligió la profesión del Derecho y obtuvo su grado en 1827. Murió en esta ciudad en noviembre de 1862.

Al ejercicio de su profesión añadió, desde muy joven, la responsabilidad de los cargos públicos: primero en la Legislatura de su Estado natal y luego en las curules de una y otra de las Cámaras Federales, teniendo allí por compañeros a algunos de los que habrían de ser figuras ilustres entre los liberales moderados, como don Mariano Riva Palacio, don Manuel de la Peña y Peña, don Luis Gonzaga Cuevas, con quienes mantuvo Couto entrañable amistad por toda la vida. Más tarde llegó a ocupar sillones en el Consejo de Estado, en el Ministerio de Justicia, y la culminación de esas tareas al servicio de la República fue, al menos por su gravísima responsabilidad y su vinculación histórica, la que hubo de acometer en las negociaciones que dieron fin a la invasión americana.

En efecto, cuando después de la triste jornada de Padierna y la heroica derrota de Churubusco, el Gobierno de México se mostró dispuesto a firmar la paz, que pudo y debió negociar muchos meses antes, nombró para ello una Comisión formada por el Gral. José Joaquín Herrera, el Lic. D. Bernardo Couto, el Gral. Mora y Villamil, el Lic. Miguel Atristáin y el secretario intérprete José Miguel Arroyo. Pero, como escribió, años más tarde, Roa Bárcena: "Por noble y respetable que fuese el carácter del presidente o primer miembro de la comisión, era visto que el peso de ella iba a recaer principalmente en Couto, insigne jurisconsulto, de profundo saber y de tan clara inteligencia cuanto era de precisa, fácil y elocuente palabra." Elogios, sin duda, altísimos, pero no desmedidos, porque así de egregia era la figura de aquel insigne varón, que con plena conciencia de la pesada carga que se echa-

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 29 de marzo de 1963.

ba a cuestas, con un sentido del deber casi heroico y una señorial modestia, decía estas graves palabras al aceptar su nombramiento:

"... Persuadido de que en la desgraciada situación en que se halla la República ningún mexicano puede negarse a prestar los servicios que por la autoridad pública se le exijan, acepto la indicada comisión y me presentaré ahora mismo a recibir las instrucciones que tenga a bien darme el supremo gobierno. En la suficiencia de las dignas personas con quienes el Excelentísimo Señor Presidente se ha servido asociarme, libro toda la esperanza de un feliz resultado".

Parece que se tenía cierta idea de la posición que iba a mantener el representante de los Estados Unidos y se sabía que traía en sus planes el fijar la línea limítrofe en el grado 26 de latitud Norte. Ya se ve que eso habría sido, para nosotros, perder una porción de Tamaulipas, casi todo Nuevo León y Coahuila, Chihuahua, Sonora, parte de Sinaloa y la Baja California.

Las instrucciones a los Comisionados mexicanos las dio, como era normal, el Ministro de Relaciones don José Ramón Pacheco, y sus puntos principales eran estos: aceptar el reconocimiento de la independencia de Texas, recibiendo por ello indemnización y bien entendido que aquel territorio llegaba, por el Sur, solamente hasta el río Nueces y de ningún modo hasta el Bravo, como los texanos pretendían; oponerse a la cesión de cualquiera otra parte del territorio y en todo caso, si era necesario hacerlo, exigir la previa desocupación militar de todo lo ocupado por las fuerzas invasoras, así como levantar el bloqueo de nuestros puertos; respecto a la Alta California, se podría conceder a los Estados Unidos que se establecieran en el puerto de San Francisco, en calidad de factoría y nunca como límite, es decir, se les podría conceder el uso y el usufructo, pero no la cesión del territorio, y por tal uso deberían pagar ciertas cantidades; lo mismo se haría para ciertos derechos en un camino que usarían los Estados Unidos para comunicarse con Oregón; nuestros Comisionados deberían pedir que se indemnizara a México por concepto de daños, perjuicios y gastos extraordinarios ocasionados por la guerra; que se dieran por saldadas las reclamaciones norteamericanas contra México; devolución de buques y trofeos capturados por los invasores, así como de los irlandeses que habían caído prisioneros de los americanos; abstención absoluta de cualquier miembro del ejército americano de entrar en la capital mexicana y otras condiciones de menor importancia.

Tal parecía como si desde Resaca de Guerrero hasta Padierna, con Angostura, Monterrey, Veracruz y Cerro Gordo, los vencedores hubieran sido los mexicanos y no, como era la dolorosa realidad, que en todos esos sitios nuestras armas fueron derrotadas y que al abrirse las negociaciones de paz el jefe del ejército enemigo tenía su cuartel general en Tacubaya.

Y, además, con esas instrucciones absurdas, se daban a nuestros Comisionados unos poderes limitadísimos para negociarlas, tanto que hubieron de ser modificados a toda prisa, pocos días después.

En el campo de la diplomacia ocurría exactamente lo mismo que ya había lamentablemente ocurrido en el terreno de la lucha armada: sobreestimación pueril de las propias fuerzas, desconocimiento total de las del enemigo, falta de conocimiento y de realidad de la situación propia y de la del adversario, errores de toda índole y en tales proporciones que el lector de esas páginas de nuestra historia llega a preguntarse si está leyendo la narración de hechos y documentos reales o son páginas de ficción, escritas por un aficionado torpe que no supo urdir ni una trama coherente ni pensar relaciones sensatas, posibles y creíbles entre los hechos, los pensamientos y los actos de los personajes que por allí desfilan.

El Comisionado de los Estados Unidos de América lo era el señor Nicholas Trist, de quien Roa Bárcena dice que "era hombre como de 60 años, bien apersonado, instruido y vivo y de afable trato, y conocía bien el castellano", lo cual no es de extrañar si se recuerda que el señor Trist había sido cónsul de su país en La Habana. Y Couto, al cerrar sus explicaciones sobre la negociación y el Tratado, dirigidas al Presidente de la República, decía del que acababa de ser su adversario en las dos etapas de esa lucha diplomática: "Permítame Vuestra Excelencia manifestarle, antes de concluir, que el buen concepto que en la primera negociación se formó del noble carácter y altas prendas del señor Trist, se ha confirmado plenamente en esa segunda. Dicha ha sido para ambos países que el Gobierno americano hubiese fijado su elección en persona tan digna, en amigo tan leal y sincero de la paz: de él no quedan en México sino recuerdos gratos y honrosos."

La primera conferencia tuvo lugar el 27 de agosto de 1847 en Azcapotzalco y hubo otra al siguiente día. El señor Trist pidió que se cambiara ese lugar por otro más cerca del cuartel del Gral. Scott, con quien necesitaba estar en comunicación fácil y frecuente. El Gobierno de México estuvo de acuerdo, se arregló la llamada Casa del Inquisidor Alfaro y en ella tuvieron lugar las juntas siguientes hasta el 6 de septiembre.

Sin duda todavía hoy muchos recuerdan que la Casa de Alfaro fue, luego, largamente conocida por la Casa Colorada, y que era una vasta construcción, creo que en la esquina de la Av. Chapultepec y la calle de Praga.

El Comisionado Trist, vistos los poderes y demás trámites de rigor, presentó un proyecto de Tratado de Paz que contenía lo que hay en el que se firmó el 2 de febrero de 1848, pero con otros dos puntos especialmente importantes: entre los territorios mexicanos que pasarían a ser de los Estados Unidos incluía la península de Baja California y había un artículo 8º que concedía, para siempre, al gobierno y a los ciudadanos de los Estados Uni-

dos, el paso franco de personas y mercancías, de mar a mar a través del Istmo de Tehuantepec.

La contraproposición mexicana de ninguna manera siguió la pauta de las primeras instrucciones, lo que habría sido totalmente negativo, sino que, después de largas y difíciles discusiones, acabó por concretarse en lo que el Gobierno consideró que debía ser su última posición, que era, en el aspecto principal de los límites, el fijarlos en el río Nueces como frontera sur de Texas, que el territorio de Nuevo México seguiría siendo nuestro y en la Alta California la frontera correría por el paralelo del grado 37 de latitud Norte.

En la conferencia del 6 de septiembre de 1847 el Comisionado Trist rechazó el contraproyecto mexicano, como absolutamente inaceptable para su gobierno y declaró que tenía el sentimiento de declarar rotas las negociaciones.

Parece que en el gobierno mexicano los generales en el poder empujaron hacia el rompimiento de las pláticas, convencidos de que éstas podrían reanudarse en mejores circunstancias en cuanto hubiese una victoria de nuestras armas, que confiaban ver de un momento a otro. Lo que hubo fue la doble derrota de Molino del Rey y de Chapultepec, la ocupación de la capital por las tropas invasoras, el desplome final del ejército mexicano, la feliz huida de su jefe el Gral. Santa Anna y el traslado de los poderes federales a Querétaro.

La reanudación de las negociaciones para la paz se imponía como la más viva necesidad. Nicholas Trist dio el primer paso y el representante de la Gran Bretaña el segundo. Otra vez fueron solicitados los servicios de Couto, con sus colegas Atristáin y Cuevas, y les fueron enviadas nuevas Instrucciones, acordadas por el Presidente Interino don Pedro María Anaya y sus Ministros, fechadas en Querétaro el 30 de diciembre de 1847.

El punto 1º de esas Instrucciones es particularmente notable, pues se dirigía a conseguir que el ejército de los Estados Unidos se retirase al norte del Bravo y del Gila, evacuando el resto de nuestro territorio y, en seguida, que los Estados Unidos sometieran sus pretensiones de vencedores "a la resolución de un Congreso americano compuesto de Representantes de las potencias independientes de América y obligándose a estar y pasar por su resolución".

Ya no se pretendía, como cuatro meses antes, la desocupación total de nuestro territorio; parece que, ante la catástrofe consumada, el gobierno de México se resignaba a la pérdida de las tierras al norte de los ríos Bravo y Gila; pero lo curioso es ese llamado a un arbitraje iberoamericano, que parece significar un recóndito anhelo de que los ideales de Bolívar, que México hizo suyos en el Congreso de Panamá en 1826, se podrían ver realizados en esa hora amarga del gran choque entre las dos Américas de opuesto origen,

que también ya había presentido el genio del Libertador. Era, sin duda, una actitud ilusoria, prematura en más de un siglo; más bien parece que se quiso dejar apuntada la solución correcta y adecuada, pero sin esperanza de conseguirla, porque los puntos siguientes de las Instrucciones daban ya normas concretas a los negociadores para firmar la paz mediante la aceptación de nuevos límites y otras estipulaciones que sería prolijo referir ahora.

Pero no puedo dejar de aludir al punto 3º que dice: "se procurará que en el arreglo de límites éstos sean naturales"; lo que quiere decir que ya había en la mente de quienes dictaron las Instrucciones la convicción de que los territorios limítrofes sean arcifinios, lo cual es tan importante y trascendente que aun en estos días lo seguimos considerando fundamental. Y ese criterio de los límites naturales era también el de Couto que, en la "Exposición de Motivos" a la que luego habré de referirme, dice: "Propuesta, pues, y hasta cierto punto como un ultimátum la línea divisoria de que hemos hablado; no abandonada la pretensión sobre el Istmo de Tehuantepec y repelida definitivamente por los Estados Unidos la indicación de dejarnos las tierras de la orilla izquierda del Bravo, se abrió la segunda negociación después de la pérdida de México. En ella se nos propuso desde luego una línea que seguiría el curso del Río Grande hasta tocar el grado 32, y de ahí para adelante correría por sobre este grado hasta el Océano Pacífico. Semejante límite tenía el inconveniente de dejarnos por barrera única en toda la extensión de la frontera una línea matemática; de cercenarnos tal vez posesiones tan importantes como Paso del Norte y la margen izquierda del Gila, y de cortar la comunicación por tierra entre Sonora y la península de Baja California. Nosotros, pues, la repelimos decididamente, manifestando que sobre aquella base era imposible levantar un ajuste. Se volvió entonces a la línea propuesta por el comisionado americano el 2 de septiembre, y adoptado como preliminar el principio de que se harían en ella modificaciones que México juzgaba indispensables, y de que quedase abandonada por el señor Trist toda tentativa sobre adquisición de Tehuantepec, se entró a trabajar y se logró al fin convenir en el artículo V del Tratado."

Gran victoria fue la de Couto evitar el paso franco por Tehuantepec, aunque esa victoria se haya perdido más tarde por el Tratado de 1853.

Pero, volviendo a la cuestión de los límites naturales, causa extrañeza que si esa tesis fue objeto de atención en 1847 y en momentos de angustiosa premura, no se comprende el empeño que se puso en desconocerla en los alegatos mexicanos ante el tribunal arbitral constituido conforme a la Convención de 1810 para el Caso del Chamizal. Bien sé que esto, dicho así de modo tan compendiado, quedará tal vez obscuro para quienes no han tenido oportunidad de entrar en esos detalles de nuestra historia diplomática; explicarlo llevaría muy lejos de nuestro asunto, sólo he querido apuntar el tema

para que algún especialista lo recoja, si lo tiene a bien. Para mí, eso no es sino una de las graves ondulaciones que se perciben históricamente en el criterio jurídico de nuestra política exterior, y las consecuencias de ello no han sido ciertamente provechosas.

Imposible examinar los 23 artículos de las Instrucciones de 30 de diciembre de 1847. Ni siquiera la línea limítrofe a que se refiere resultaría inteligible sin seguirla detenidamente en un buen mapa, pero en conjunto era bastante aproximada a la que fijó luego el Tratado de 48. La parte más discutida estuvo en torno al límite entre la Alta y la Baja California; discusión llevada con el cuidado minucioso que tales asuntos requieren.

Quienes han participado en negociaciones delicadas y hasta quienes, sin la responsabilidad de la plenipotencia, se han asomado a los documentos relativos, estarán de acuerdo conmigo en la pesada labor que eso representa. Añádase, en este caso, la acritud dolorosa de tener que firmar el documento que consagraba la mutilación de la patria y, además, sabiendo que ese acto, inevitable y necesario, acarrearía censuras y ataques de los incomprensivos, los obtusos, de los que en nada habían servido a la nación y acaso habían ayudado a su caída y luego alzaban voces y ademanes de patrioterismo vacuo y gritón.

Después de esa rudísima prueba, que sólo el profundo sentido de responsabilidad y el amor a la patria pudieron hacer soportable; después que el Tratado de Paz, Amistad y Límites quedó firmado el 2 de febrero de 1848, los Comisionados de México presentaron al Gobierno una *Exposición de motivos*, que los historiadores dicen fue obra personal de don Bernardo Couto, y en verdad así lo revela todo ese documento austero, claro, sincero, sereno y valiente, en donde leemos párrafos como estos:

El Tratado —dice— "que hemos celebrado representa, sin duda, una gran desgracia, la que han tenido nuestras armas en la guerra; pero creemos poder asegurar que no contiene ninguna de aquellas estipulaciones de perpetuo gravamen o de ignominia a que en circunstancias tal vez menos desventuradas han tenido que someterse casi todas las naciones. Nosotros sufriremos un menoscabo de territorio; pero en el que conservamos, nuestra independencia es plena y absoluta, sin empeño ni liga de ningún género. Tan sueltos y libres quedamos, aceptando el Tratado, para ver por nuestros propios intereses, y para tener una política exclusivamente mexicana, como lo estábamos en el momento de hacerse la independencia. La pérdida que hemos consentido en el ajuste de paz, era forzosa e inevitable. Los convenios de esta clase realmente se van formando en el discurso de la campaña, según se ganan o se pierden las batallas; los negociadores no hacen luego sino reducir a formas escritas el resultado final de la guerra. En ésta, no en el Tratado, se había perdido el territorio que queda ahora en poder del enemigo.

El Tratado lo que ha hecho es, no sólo impedir que crezca la pérdida, continuando la guerra, sino recobrar la mejor parte del que estaba ya bajo las vencedoras armas de los Estados Unidos: más propiamente es un Convenio de recuperación que de cesión . . . ".

Al llegar a estas palabras creo pertinente hacer un paréntesis. Los que se interesan por nuestras cuestiones con los Estados Unidos habrán visto que, de cuando en cuando, con diversos motivos o sin ellos, aparecen artículos o reportajes y hasta protestas airadas, sobre el tema del llamado Archipiélago del Norte, aquellas islas situadas frente a las costas del hoy estado norteamericano de California, diciendo tales escritos que nuestros gobiernos deben reclamar y recuperar esas islas, porque los Estados Unidos no tienen sobre ellas título ninguno de posesión, porque no estando mencionadas en el Tratado de Guadalupe no fueron cedidas por México y, en consecuencia, no han dejado de ser nuestras. Quienes tal afirman, a pesar de sus pretendidos conocimientos de historia y de derecho, demuestran no haber siquiera leído o no haber sabido leer el Tratado de 48, porque allí no hay ninguna declaración cediendo los territorios de Nuevo México y California. El Tratado de 48 es un Tratado de Paz, en el que el vencedor aceptó retirarse de una parte del territorio ocupado y seguir ocupando otra parte y se fijó un límite nuevo entre los dos países. Las citadas palabras de Couto, negociador y firmante del Tratado son perfectamente claras y dicen la verdad: "El Tratado . . . más propiamente es un Convenio de recuperación que de cesión." El Archipiélago del Norte fue, como el territorio continental al que son adyacentes aquellas islas, una parte de lo que no se pudo recuperar. Pido perdón por haberme apartado del tema, pero creí que era útil y oportuna esa aclaración.

Todo el texto de la *Exposición de motivos* es admirable por muchos conceptos, pero sólo voy a citar unas líneas más, en las que leemos tristes verdades, en frases que parecen buidas con el estilo de uno de los grandes clásicos latinos:

"Hubo un tiempo —dice— en que fue posible resolver la fatal cuestión a que da término el Tratado, en condiciones muy diversas de las que él contiene: ¿pero qué hombre puede hacer volver la hora que ya pasó? De los recuerdos de atrás sólo debemos sacar útiles lecciones para el porvenir. Cada negocio tiene un momento de madurez, y si ese momento se desaprovecha, infaliblemente se sufre la pena de la imprevisión; el tiempo no desanda jamás su camino. Al presente la paz, que es la primera necesidad del pueblo mexicano, no ha podido adquirirse a menor precio, ni con otras estipulaciones que las que están escritas en el Tratado . . . ".

* * *

Don José Bernardo Couto, por sus estudios, por sus tareas profesionales, y sin duda y fundamentalmente por vocación, fue un jurisconsulto y, si vale el matiz, yo diría un jurisprudente. Discípulo y pasante del Doctor Mora, graduado en 1827, tal vez por los cargos que desempeñó al par que ejercía su profesión no fue sino hasta 1846 que se matriculó en el Ilustre y Nacional Colegio de Abogados, del que era Consiliario en 1852 y más tarde fue su Rector. En el año citado sabemos que era, también, Asesor del Tribunal Mercantil. Vivía, entonces, en la casa No. 7 de la Calle de la Acequia.

De sus escritos jurídicos dos, solamente, figuran entre sus obras publicadas por Agüeros, son: la *Defensa del Gral. D. Isidro Reyes* y el *Discurso sobre la Constitución de la Iglesia.*

La Defensa del Gral. Isidro Reyes, hecha en 1845 ante la Suprema Corte de Justicia, muestra en primer lugar el perfecto conocimiento que su autor tenía del derecho constitucional, pero creo que lo más valioso de ella es la claridad y la precisión de su construcción y de su lógica aplicada a la hermenéutica de la ley.

En cuanto al Discurso sobre la constitución de la Iglesia, es obra de mucho mayor vuelo. A lo largo de sus ciento y tantas páginas brilla el mucho saber de su autor en derecho público, en derecho canónico, en varias ramas de la historia y, naturalmente, la base de un sólido pensamiento católico y humanista. Como un puro ejemplo, uno entre muchos posibles, he aquí conceptos sobre la lucha entre lo que hoy llamamos culturas de oriente y de occidente, que aparecen planteados en estos ágiles y elegantes párrafos:

"Pretenden algunos que hay un hecho que viene atravesando toda la historia universal, y que ha sido de inmensa trascendencia para el mundo: el constante y vigoroso esfuerzo de la Europa por apartar de sí la dominación, las costumbres, el espíritu del Asia y el Africa, bien poco favorables al desarrollo de la inteligencia, y a la elevación del carácter. Dícese que esa causa se peleó ya bajo los muros de Troya, que sirvió de tema a las guerras inmortales de los pueblos griegos con los Reyes de Persia, que Alejandro la coronó de gloria en Iso y en Arbelas, que volvieron a pelearla los romanos con Aníbal y Mitrídates, que Augusto la hizo triunfar en Accio, que por setecientos años se guerreó en España, que los cruzados fueron a ventilarla en Siria y Egipto, y que en los tiempos modernos le han servido de teatro el golfo de Lepanto y los países que corre el Danubio. Agrégase que si en alguno de los lances verdaderamente críticos de esa contienda de siglos, Europa hubiera sucumbido, la especie humana que tenía puesto en ella todo su porvenir, habría quedado para siempre en ignorancia y servidumbre . . . ".

El ensayo es una enérgica impugnación del regalismo, muy especialmente referido al siglo XVIII, las ideas de la Ilustración y de la Revolución Francesa. Lo llamo ensayo y no estudio porque, en mi opinión, para ser esto

último faltaría examinar otros aspectos del regalismo, particularmente el Regio Patronato de los reyes de España desde Felipe II al último de los Austrias. Porque aunque fuese voluntaria la cesión de muchos derechos de la Iglesia al Rey (y habría que espigar sutilmente en el juego político de presiones y dádivas mutuas entre el Rey y el Papa, tema insuficientemente estudiado), hubo no pocas subordinaciones atentatorias y antijurídicas, como recuerdo que varias veces lo afirmó el P. Mariano Cuevas, S. J., y alguna vez yo aludí a esa cuestión, comentando un estudio sobre el Regio Patronato Indiano que hace muchos años publicó el señor Canónigo don Jesús García Gutiérrez. Nada de eso quita méritos a la admirable obra de Couto, que Menéndez y Pelayo consideró bastante "para la reputación del más encumbrado canonista", elogio estimable y nada más, porque en verdad el *Discurso* de Couto no es un estudio de derecho canónico pero sí es notable por sus conceptos en historia, en política y en otras disciplinas, magnífico y brillante en su estilo, todo lo cual rebasa en mucho el campo de un puro canonista.

En la década del 1850 al 60, Couto escribió la mayor parte de sus producciones menores que conocemos: diversos artículos para el *Diccionario Universal de Historia y Geografía*, la biografía de Manuel Carpio y otros. Gran latinista, hizo algunas traducciones, entre ellas la del *Arte Poético* de Horacio, que parece lamentablemente perdida.

Durante su último gobierno, el Presidente Santa-Anna restableció la Academia Mexicana de la Lengua, que había sido creada en 1835 y luego quedó de hecho extinta. Al restablecerla, por decreto de 24 de enero de 1854, figuró entre sus Miembros de Número don José Bernardo Couto y a él le fue encomendada la revisión, o acaso la redacción final, del Reglamento de la Academia, según se colige por una comunicación firmada por el Conde de la Cortina que, con otras dos docenas de documentos, forma un pequeño expediente en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores, cuyas copias espero poder entregar pronto a la Directiva de esta Academia, como un curioso testimonio de aquella otra institución predecesora de la nuestra.

La última obra de la pluma de Couto fue el *Diálogo sobre la historia de la pintura en México*, que escribió el año de 1861, pero que no salió a la luz pública sino hasta 1872, diez años después de muerto su autor. Mas, antes de referirme a esa obra, es preciso decir algo sobre otro aspecto de la vida de quien la escribió.

* * *

En 1843, en otra de las varias ocasiones que ejerció el gobierno, también don Antonio López de Santa-Anna determinó reorganizar la Academia de las tres nobles artes (pintura, escultura y grabado), o sea la Academia

de San Carlos, que entonces se encontraba en pésimas condiciones de toda índole. Para que su mejoramiento fuese posible se le entregó la renta de la lotería, bajo la autoridad de una Junta Directiva de la Academia. Seguramente el mayor acierto fue la designación de los sucesivos presidentes de esa Junta: el primero, don Javier Echeverría y cuando murió, en 1852, lo substituyó don Bernardo Couto (ya desde antes miembro de la Junta), hasta el año de 1861 en que renunció.

El señor Echeverría, nacido en Jalapa en 1797, fue un notable financiero que prestó a México grandes servicios. Para mencionar los que aquí importan, porque de ellos su continuador fue Couto, nada mejor que citar algunas líneas de las que el propio don Bernardo dejó escritas en el artículo que el Diccionario ya mencionado consagra a Echeverría:

"... Casi no había comisión o asociación de beneficencia en México que no le contara en su seno, y en que no llevara la principal parte. Mas donde especialmente se distinguió, fue en la junta de cárceles y en la Academia de Nobles Artes de San Carlos, corporaciones ambas de las que fue presidente... En sus manos renació (la Academia), que en verdad había concluido y se elevó a la clase del primer establecimiento que en su género hay en el Nuevo Mundo. El único elemento con que para esto contó fue la renta de la lotería que cedió el gobierno a la Academia en pago de lo que le adeudaba. Con los productos de esta renta, bien manejada, se han hecho al gobierno grandes suplementos, se adquirió en propiedad el edificio y otras tres casas, se han traído de Europa hábiles profesores, se mantienen porción de pensionados en México y Roma, a los alumnos todos de la Academia se franquea cuanto necesitan para aprender, se van formando buenas galerías de grabados, pinturas y estatuas, y se auxilia con más de 45 000 pesos anuales a otros establecimientos de beneficencia. Las semillas de todo este bien las echó el señor Echeverría...".

Eso escribió Couto en 1856, cuando ya era él, como dije, el continuador de esa obra, que aceleró y aumentó cuanto pudo: entre los años de 1855 y 1858 formó la colección de pintura colonial, con cuadros de los Echave, Arteaga, los Juárez, Carnero, Ibarra, Cabrera y muchos más, como se puede ver en su propio Diálogo sobre la historia de la pintura en México.

Así llevó a la Academia a un florecimiento que nunca había conocido. Pero los tiempos eran difíciles; eran los años violentos de la guerra de Reforma, y nada más costoso que la guerra. La situación y la posición de Couto en aquellos días, los últimos de su brillante gestión, hasta su renuncia al puesto de Presidente de la Junta, en 1861, las pinta con ágiles y grandes trazos Luis Islas García, en artículos de una serie destinada a recordar ilustres mexicanos cuya memoria está cubierta por más o menos intencionados olvidos. Dice Islas:

" . . . Con buenas cuentas, relativamente la Academia era rica: La única institución oficial rica de entonces. Y esa riqueza provocó las miradas codiciosas de los diferentes regímenes que gobernaban al país, en plena revolución, y muy necesitados de dinero.

"Couto se dio cuenta de que iba a serle imposible seguir administrando sobre esa base honesta, más cuando ya se le habían pedido algunos empréstitos a la Academia. Entonces se puso a gastar el dinero con gustos de gran señor: el ruinoso ex-hospital de bubas fue transformado, por dentro y por fuera, en el edificio que todavía luce con todo y el paso de los años, en la actualidad. La fachada . . . las galerías . . . el amplio salón que es la biblioteca y que encierra tesoros poco aprovechados, fueron hechos por iniciativa de Couto, por mano de Cavallari, cuando el primero vio que iban a perderse los fondos de la Academia, lo que en efecto aconteció. La inversión, pues, era la única forma de salvar algo.

"Se ve que no le alcanzó el dinero a don Bernardo, pues las obras no llegaron, como seguramente era su pensamiento, a renovar todo el edificio. Sin embargo, casi ha pasado un siglo de historia (Islas García escribía esto en 1945), y la Academia sería una ruina sin la intervención salvadora de este hombre . . .

" . . . En 1861, un año antes de su muerte, se separa de la dirección de la Junta de la Academia: estaba enfermo, había terminado su proyecto de constructor, y además con todo y prestar todos los de la Junta sus servicios gratuitamente, había recibido una comunicación violenta del gobierno en que le pedían cuentas minuciosas de los gastos. Couto cosechaba el precio de haber cuidado del despilfarro de los fondos de la Academia, pero no toleraría que se pusiera en duda su honorabilidad. Y se fue a su casa . . . ".

Intimamente ligado con su gestión en la Academia está su Diálogo sobre la historia de la pintura en México, sin duda una de las obras más importantes de don Bernardo Couto, por tres principales conceptos: la aportación de datos históricos acerca de los pintores del virreinato, las apreciaciones críticas que hace de muchas de sus obras y por la belleza del lenguaje tan castizo, la donosura y elegancia del estilo en que está escrito.

Don Manuel Toussaint, en el breve estudio que precede al texto de Couto, en la reedición de 1947, dice:

"Pocas veces se da el caso de que una obra de índole técnica sobreviva más de medio siglo a la fecha en que fue publicada . . . El pequeño libro de don Bernardo Couto sobrevivió y sobrevivirá por diversos motivos. El construyó, el primero, una síntesis de la historia de la pintura colonial. Antes de su *Diálogo* sólo existían informes aislados . . . Realizó sus investigaciones eruditas con los elementos de que podía disponer, sólo impresos, y su criterio de historiador es tan honesto y firme que distingue desde 1860 la superchería

que acerca de Rodrigo de Cifuentes había inventado regocijadamente el Conde de la Cortina . . . Couto escribe, además, con notable pureza y elegancia de lenguaje. Sin caer en imitaciones ni arcaísmos, su prosa es clara y castiza. Leer su *Diálogo* por vía de simple pasatiempo es una delicia. Alcanza a resolver, pues, este otro gran problema de cómo debe ser escrita una obra de arte o acerca del arte . . . Por todas estas cualidades de su *Diálogo*, que campean también en sus demás escritos, Couto merece ampliamente el dictado de clásico. Clásico en la más grande acepción del vocablo, clásico en su concepción, clásico en su desarrollo, clásico en su lenguaje".

Nada más justo ni nada mejor dicho que ese juicio de Toussaint. Nada hay que añadirle, si no fuesen algunos textos del propio Couto, para demostrar lo asentado pero, puesto que eso sería desmesurado en esta ocasión, quede para otra o, mejor, compruébelo quien lo desee leyendo aquellas páginas, lo cual, como dice Toussaint, "es una delicia".

En cuanto a la posición o el sentido crítico que se revela en el *Diálogo*, quien más de cerca lo ha examinado es Justino Fernández; en su ensayo de estética, *El Hombre*, publicado el año pasado, señala que:

"El ideal de Couto y demás académicos, era la belleza clásica. Por convicción de que las artes eran de utilidad a la República había contribuido notablemente a que la Academia fuera una institución de primer orden, pues Couto era una mente moderna, si bien en conflicto con la tradición. Su pensamiento lo delata: "En todas materias antes lo útil que lo bello" (dice, citando la penúltima línea del Diálogo sobre la pintura). Y diez años antes, en su *Arte moderno y contemporáneo de México*, había consagrado a Couto páginas importantes, de las que habré de conformarme con citar el párrafo que condensa el juicio que al crítico de hoy le merece su antecesor de hace un siglo: "Otra conciencia crítica, Couto, revalorizó el pasado colonial y meditó sobre nuestra historia cultural para iluminar el arte de aquella época; también ayudó al desarrollo del nuevo arte académico. Couto representa la conciencia aguda del drama, por una parte tradicionalista por sentimiento, por otra moderno por necesidad; había impulsado el arte nuevo porque eso era parte del Progreso, pero sin fe y pensando que sólo al amparo de la Iglesia podía producirse un gran arte, como en el pasado". Y en otro lugar, del mismo tratado, dice: "En el alma de Couto late, pues, el desgarramiento interior del hombre que por una parte pertenece a la tradición y que por la otra tiene que hacer frente a la civilización de la época . . . ".

Un "desgarramiento" tal ha sido tema frecuente de una modernidad, no de la época de Couto, sino de la actual (y no es lugar aquí de entrar a discutir la razón o sinrazón de ello) y, por otra parte ha florecido en medios o en sujetos radicalmente intelectualizados pero no en hombres de acción, como lo es el hombre político, en el más alto sentido del término, que se

enfrenta a la vez con ideas y con hechos, o con ideas que se traducen en hechos, que él debe acometer y en cuanto es posible utilizar para la consecución de sus fines políticos, es decir, para la dirección de la polis, de la república, de lo que hoy preferimos llamar la colectividad.

Pero yo no creo que Couto haya sido nunca ese tipo del intelectual angustiado ni desgarrado; yo no veo en él esa personalidad dividida. Porque al leer las cuatrocientas páginas de los Opúsculos Diversos de don Bernardo Couto, editados por Agüeros, más otro centenar de páginas que contienen la "Exposición de motivos presentados por los Comisionados de México" y otros documentos relativos a su gestión de negociador, yo encuentro en todo ese medio millar de páginas admirables, un ponderado equilibrio, una mesura —aun en las que tratan de temas tan lacerantes como los de la Patria sojuzgada o la Iglesia oprimida—, que en todas esas páginas hay siempre una valerosa serenidad que revela un espíritu que se siente apoyado o cimentado en bases para él muy sólidas, orientado por principios claros y definidos y que hace su camino a sabiendas de que en él abundan los pasos difíciles, pero siempre resuelto a que aunque las espinas hieran no detendrán su marcha.

En resumen, yo creo que Couto fue, precisamente, un ejemplar antípoda del intelectual puro, del "espectador" de Ortega y Gasset que deliberadamente se sitúa al margen de la vida sin otra función que pensarla y dar testimonio de ella. Yo veo a don José Bernardo Couto como un varón espiritualmente clásico. un *civis romanus*, penetrado íntimamente del sentido del derecho basadò substancialmente en la *fides*, esa fides romana que alcanzaba —como lo explicaba brillantemente mi maestro don Francisco de P. Herrasti—, desde la esencia de los contratos que cubrían las actividades privadas hasta el fundamento de la estructura que era el pueblo constituido en Estado.

Don José Bernardo Couto, católico, liberal moderado, jurisconsulto, político, escritor, que sirvió siempre con absoluta lealtad y honradez inmaculada a la Patria en el foro, en el congreso, en la diplomacia, en la administración, y que ha merecido la inmortalidad como escritor y como repúblico.

DON CELEDONIO JUNCO DE LA VEGA
UN HUMORISTA DE CASA*

Por don ALFONSO JUNCO

NERVIOSO, cordialísimo, de plática vivaz, era pequeño, extraordinariamente pequeño, y llevaba —ocultándolo cuanto podía— un nombre feo, extraordinariamente feo:

Dos cosas, para tortura,
me salieron del demonio:
tener tan corta estatura
y llamarme Celedonio.

Ya está. Se llamaba Celedonio —Celedonio Junco de la Vega— y era, para más señas, mi padre. ¿Padre de más de cuatro? De muchos más: de quince.

Por el tamaulipeco puerto de Matamoros entró al mundo, el 23 de octubre de 1863. Su padre era español de Asturias, su madre mejicana de Nuevo León. Le impusieron —y siempre le pesó como un impuesto— el susodicho nombre del abuelo asturiano: Celedonio. Contentábale, en cambio, el doble apellido paterno: Junco de la Vega. Tan significativo y poético le pareció a López-Portillo y Rojas cuando llegó a sus oídos, que de buenas a primeras creyó que era un buscado seudónimo.

Don Cele —con esta apócope le abreviábamos la pena bautismal— estudió en su nativo Matamoros, donde tuvo por condiscípulo y émulo de primeros sitios escolares a don Francisco León de la Barra. Quedó mi padre huérfano del suyo a los trece años, y desde entonces se encarnizó en el trabajo hasta los setenta y tantos, en que una hemiplejia —dichosamente superada— fue el grave aviso de que la tarea obligatoria debía cesar. Sus hijos le impusieron el descanso, y así, con desahogada espontaneidad, dedicóse a despilfarrar versos de ocasión y a entretenerse plácidamente en su rinconcito regiomontano. Y allí expiró, el 3 de febrero de 1948, a los ochenta y cuatro años bien cumplidos.

---

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 8 de noviembre de 1963.

Sesenta llevaba de haber arraigado en Monterrey. Ardió en lumbres de amor, nunca entibiado, por una serenísima regiomontana, y con ella labró, a los treinta años, su hogar. Quince hijos vinieron, el segundo de los cuales está contándolo. Nada de turbiedades y egoísmos de "birth control": limpia y cabal aceptación de la vida, con todas sus cargas y todos sus júbilos; y éstos nunca faltaron, fervorosos y claros, en el hogar sin mácula, que alcanzó glorias patriarcales en las Bodas de Oro, coronadas por medio centenar de nietos.

Aquel hogar alborozado, resonante de risas y de besos, donde eran turistas los enojos y residentes las alegrías, donde nunca se vio sino limpieza y rectitud, donde la salud moral era algo tan connaturalizado y familiar como el aire que se respira, vuelve ahora al recuerdo y la nostalgia.

Nunca sabremos todo lo que debemos a la atmósfera hogareña, a aquella formación de cada segundo que subconscientemente se infiltra y se instala en el espíritu, que no requiere tanto la advertencia o la sanción, sino que se absorbe por todos los poros con la eficacia penetrante y misteriosa de la vida. Nunca seremos bastante benévolos y perdonadores para aquellos que no tuvieron esta bendición inicial. Nunca sentiremos con hondura bastante, cómo en el hogar desquiciado se nutre la raíz de la desgracia de tantas gentes y de la ruina de tantas cosas que fortifican y salvan.

* * *

Tuvo don Celedonio, como rieles paralelos por donde corre el vivir, la cotidiana tarea y la vocación literaria; la oficina bancaria o mercantil —nunca gubernamental— y el bregar periodístico y poético.

Fecundidad insólita: montañas de artículos, diluvios de versos, algunas obras teatrales —así *El retrato de papá*, así aquel *Dar de beber al sediento* que estrenó en Monterrey, en 1909, la ilustre doña Prudencia Grifell—; todo suelto y abandonado al rigor de la intemperie, salvo tres volúmenes de poesía: *Versos* (1895), *Sonetos* (1904), y *Musa Provinciana* (1912). Triunfó en certámenes, cortó la flor natural en los Juegos del centenario de 1910, y hacia 1917 ingresó en la Academia Mejicana, propuesto por López-Portillo y Rojas, González Martínez y Fernández Granados.

Los periódicos succionaron sus jugos: desde el lejano *Cronista* de Matamoros, obra del selecto espíritu de don Guadalupe Mainero, después gobernador de Tamaulipas, hasta *El Sol* de Monterrey, donde todavía a los setenta y tantos años escribía un editorial diario; pasando por el añoso y tradicional *Espectador* neolonés, por *El Porvenir* que allá fundó la pluma diamantina de Ricardo Arenales —después Porfirio Barba Jacob— y por

otras hojas innumerables. Periodista fue toda su vida don Celedonio, y llenó toneladas de papel con una prosa transparente y una gallarda caligrafía.

En escarceos de crítica y controversia literaria puso aquella tersura y pulcritud, aquella amenidad y señorío que hechizan en Valera, siempre con la sonrisa a flor de pluma. Viéneme al recuerdo la intencionada travesura con que deliciosamente despedazó un soneto célebre de Lope de Vega, todo para defender por tácita baranda cierta poesía de Ricardo Arenales, ineptamente vapuleada por un crítico provinciano.

En cuanto a seudónimos, le haría competencia a Rafael Heliodoro Valle, de quien decían las malas lenguas que por sí solo constituía un sindicato de redactores. Don Cele se multiplicó y explayó como Y Griega, Martín de San Martín, Ramiro Ramírez, Armando Camorra, Quintín Quintana, Modesto Rincón, Silverio, Rubén Rubín, Pepito Oria . . .

* * *

Para don Celedonio toda coyuntura era causa eficiente y sobradísima razón de disparar estrofas. Una de mis hermanas que, en el recinto doméstico y sin más humos que los del hogar, cultiva también la versificación, le dio múltiples motivos. Aurora —casada con Roberto Gómez— se despedía en una carta diciéndole a don Cele que le mandaba el corazón. Y él, de rebote, le mandó esta décima:

Me envías el corazón
que habías dado a Roberto,
y me pone en desconcierto
tu original decisión.
Mas resuelvo la cuestión,
mi queridísima Aurora,
bajo ley niveladora:
aquí tu padre te envía
aquel corazón que había
entregado a su señora.

Nunca con hiel, dejó correr don Celedonio la vena humorística lo mismo en prosa que en verso:

Admiro a Samaniego,
me maravilla Iriarte:
en sus hermosas fábulas
¡qué ingenio y qué donaire!

¡cómo en forma tan fácil y castiza
han hecho hablar a tantos animales!

¡Qué chasco llevarían si, viviendo
estos dos fabulistas, intentasen
obtener ese mismo resultado
con tantos caballeros respetables!

Cultivó mi padre, con fertilidad feliz, el epigrama. He aquí uno que me parece de antología:

Sé de un ciego y una ciega
que pronto se casarán:
¿Será porque hayan sabido
lo de "cásate y verás"?

El ejemplo de don Celedonio animó por este camino del epigrama al celebradísimo Kien, según el propio Pepe Elizondo, con cariñosa humildad, se lo contó alguna vez a mi padre. El cual disparaba a cada instante la saeta, nunca enherbolada:

Te quejas de la impresión
de tu libro, buen Severo:
¡pues qué dirán los lectores
de la que ellos recibieron!

Y a otro supuesto literato:

Yo no sé por qué tu drama
lleva por título "Insomnio",
cuando en el acto primero
nos dormimos casi todos.

Sobre un usurero:

Viendo Quirós y Bujanos
al prestamista Pinillos
retratado con las manos
metidas en los bolsillos,

"Mal no está —dijo Quirós—
mas fuera mejor con las

manos metidas en los
bolsillos de los demás".

* * *

Era un humorista don Celedonio. También poeta en serio, aunque no presumía de vuelos encumbrados. Y señalábase más bien como versificador impecable y eufónico, de estupenda fertilidad y soltura, que descerrajaba improvisaciones a vuelta de esquina.

Literalmente a vuelta de esquina tropezó una vez con cierto amigo que le dijo al paso:

Adiós, ilustre pigmeo.

Y él, recogiendo el octosílabo, replicó de golpe:

Adiós, insigne gigante,
que te me paras delante
con ese rostro tan feo.

A su viejo colega Manuel Barrero Argüelles, encalabrinado cierta vez porque un cajista —inexperto o socarrón— le había trocado una vocal y convertido en "Burrero", le soltó:

Ninguno en el mundo entero
más desdichado que tú,
cuando la a de Barrero
te la han cambiado por u.

En cuanto había con quién, iniciaba el juego a dúo de la improvisación. Lo practicaba desaforadamente con Juan B. Delgado, cuando este poeta radicó en Monterrey y nos visitaba noche a noche. Al que nunca pudo conquistar fue a su gran amigo Othón, cincelador austero y premioso, que reputaba como agravios para la majestad de la poesía aquellos livianos escarceos.

Y siempre siguió bullidora la vena. Ya octogenario don Celedonio, con exquisita inoportunidad llevároнle en cierta ocasión, mientras florecía una huelga telefónica, el recibo del teléfono. Y exclamó al hacer el pago:

Es un contraste que no concibo
pero que ahora claro se ostenta:
por un servicio que no recibo
pago un recibo de ocho cincuenta.

Una improvisación recuerdo, singularmente feliz y de especial resonancia por la publicidad de la ocasión. Tenía el español don Francisco Somohano, periodista de amarga y satírica vena que escribía en *El Espectador* de Monterrey, una cantina principalmente concurrida por hombres de letras. Cierta noche, allá por el 1898, el licenciado Francisco de P. Morales —corpulento, sanguíneo, exuberante, cordial amigo de mi padre—, lo retó a que improvisaran un soneto dialogado, con la sanción de que el primero que titubeara o no hallase rápida respuesta, pagaría las copas para todos los presentes. Al dulce "peligro" se arremolinaron los contertulios. No había más que apechugar con el retórico desafío. Y establecidas las condiciones para aquel soneto "al alimón" que había de tener consonantes forzados, por decisión de la suerte tocóle a mi padre comenzar. Y oyóse este diálogo:

J. El negro porvenir está cercano,
y no quiero tomar ya más veneno.
M. No tienes tú razón, porque es muy bueno
el líquido que vende aquí Somohano.

J. Yo me debo marchar: tu empeño es vano,
que de este vino blanco ya estoy lleno.
M. Yo, que bebo mezcal, estoy sereno:
¡si no achispa jamás vino paisano!

J. Si yo sigo bebiendo pierdo el tino.
M. Y si yo te acompaño salgo mono.
J. Eso no es raro en ti, tú eres un tuno.

M. Has errado en tus bromas el camino.
J. Tú ya te emborrachaste, y te abandono.
M. Eres poco hombre tú como ninguno.

Y como ninguno de los dos interlocutores titubeó, Somohano, entre el alborozo de los oyentes, obsequió las copas para todos.

Gustábale a mi padre, como por retozo y ejercicio, plantearse dificultades y embarazos en la versificación, para vencerlos. Y así tuvo predilección por la ardua arquitectura del soneto; y lo prefirió de consonantes forzados, o le redujo las sílabas hasta la angustia, o se dedicó a suprimir en él sucesivamente cada una de las vocales, o a comenzar todas sus palabras por la mismísima letra.

¿Venía el onomástico de una hija ausente? Pues don Cele, aunque acosado a la sazón por recio achaque, lanzábale este sonetino:

Hoy que es tu santo,
cruzando el viento
mi pensamiento
te lleva un canto.

Es un encanto
que en el momento
del sufrimiento
yo pueda tanto.

No sobre el plinto
del arte, monto
para este asunto.

A tu recinto
llego de pronto,
te beso . . . y punto.

Cierta vez —eran los días de "la revolución de entonces"—, recluido en la casa por alguna ligera enfermedad, aguardaba que del periódico le llevasen su sueldo. Tenía encargo de este menester un excelente joven, Nazario Villarreal; y como demorase un poco, y como don Cele —que era un portento de puntualidad y eficacia— no se distinguía por saber esperar, le enderezó al presunto emisario estos versos:

¿Será preciso que al gentil Nazario
le dirija un soneto escrito en serio,
para que pueda yo en mi cautiverio
recibir el pedido numerario?

Que vivo de los frutos del salario
no lo puedo tomar como dicterio;
pues nunca para nadie fue misterio
que no soy opulento propietario.

No me atrevo a clamar a San Porfirio,
porque fuera pecado bien notorio;
mas clamo a San Honorio y San Saturio,

Por ver si así, calmando mi martirio,
manda, por San Saturio o San Honorio,
Nazario el numerario a mi tugurio.

En esta búsqueda de tropiezos por el gozo de saltarlos, surgió un soneto mínimo, con versos de tres sílabas, que Alfonso Méndez Plancarte —encarnizado escudriñador y catador literario— ponderaba como lo más logrado y redondo que en su línea conocía:

Canoro:
te alejas
de rejas
de oro.

Y al coro
le dejas
las quejas
y el lloro.

Que vibre
ya libre
tu acento.

Las alas
son galas
del viento.

Surgieron también cinco sonetos: Sin A, Sin E, Sin I, Sin O y Sin U. Este, el primero cronológicamente, nació suscitado por una plática amistosa y sirvió luego de ocasión y acicate para que vinieran al mundo sus congéneres. Helo aquí:

Soneto me pedís en donde omita
la postrera vocal del alfabeto,
y en dos por tres pergeñaré el soneto
si no se llega a enmarañar la pita.

Nadie para tal obra necesita
estar de ingenio y de saber repleto:
basta paciencia, y sale del aprieto
toda persona en el rimar perita.

"¡Vanidoso!" —exclamáis, ante el sentido
del octavo renglón; mas yo no paso
por mote, a mi entender, inmerecido.

Vanidad, si la tengo, será acaso
en haberme de sobra conocido
para no pedir sitio en el Parnaso.

Pero donde se las vio negras don Celedonio, fue en cierto certamen con otros ingenios amigos, a consecuencia del cual se comprometió a forjar un soneto cuyas palabras todas empezaran con C. Chorreando sudores y congojas apareció el canto a "Canuta":

¡Canuta celestial! ¡Cuán caprichoso
catoniano certamen cohibitivo!
Comenzando con C cuanto concibo
¿cómo cantar con canto cadencioso?

Cada concepto, ¡cielos!, cuán costoso,
Cadenas cargaré como cautivo.
Contémplame ceñudo, convulsivo,
ciñéndome cilicio congojoso.

Cuando cada concepto, como claro
cristal corriera cadenciosamente
¿cogiera consonantes cual "Calcuta"?

¡Condenado certamen! ¡Cuesta caro!
Comenzando con C constantemente,
¿cómo cantarte, celestial Canuta?

Este humorista, este prosador, este poeta, es ahora prácticamente desconocido. Tuvo, en sus tiempos de actividad mayor, bajo el seudónimo de Y Griega, cierto renombre que desbordó la comarca, llegó a otros rumbos de la República y le hizo trabar comercio epistolar con gentes destacadas, como don José López-Portillo y Rojas, don Enrique González Martínez, don Victoriano Salado Alvarez, don Manuel Puga y Acal... Pero siempre siguió oculto en su rincón; la provincia no posee los magnavoces que forjan nombradías, y a don Celedonio —la verdad sea dicha— le tenía absolutamente sin cuidado la fama.

Vivió dichoso en su penumbra, y nada le interesó más que el amor y la amistad. Tenía el corazón en la mano para todos, y a todos les ganaba el corazón. Era una emisora de simpatía, y la simpatía volvía a él como un eco múltiple. Hombre bueno y jovial, caballero sin tilde, varón de ternura, recogió en los suyos la que sembró. Su partida fue un duelo grande en la

capital nuevoleonesa. Tuvo vida y verdad en don Celedonio aquel alentador alejandrino de Amado Nervo:

"Cuando planté rosales, coseché siempre rosas."

* * *

Permitid ahora que el hijo evoque y reviva en estos momentos aquel trance final.

Febrero de 1948. Teléfono de Monterrey. De noche, como los ladrones, me llega la noticia. Primero, muy grave. Luego, ha muerto. Ha muerto mi padre, y ni siquiera tengo el triste consuelo de recoger sus últimas palabras y pedirle su postrera bendición. "Dios lo ha querido así: ¡bendito sea!"

Y mientras dispongo, a media noche, mis cosas para partir por el avión matutino, agólpanse, en tumulto de ternura, los recuerdos. No, no tengo de qué plañirme sino de qué dar gracias. Traspuesto el medio siglo, es la primera vez que se acerca la muerte a esculcarme en lo vivo del alma.

Vencidos los ochenta y cuatro, en su rinconcito sosegado del que estaba contento en no salir, con la sencillez con que había vivido, se extinguió don Celedonio Junco de la Vega. No tuvo mucho esfuerzo que hacer el espíritu para separarse de aquella leve y menuda porción de materia que apenas lo retenía. Se apagó mansamente la llamita veladora que sólo suavizaba ya la penumbra para señalar el sitio sagrado.

Y se levantan, en la profunda lejanía, los recuerdos.

Aquellas pláticas mientras venía el sueño, ya metidos los dos en la cama anchurosa. Mi avidez infantil, amamantada en leche de poesía y jugo de letras, suscitaba y bebía con deleite las confidencias paternales: amistades literarias, anécdotas, opiniones... Y el espíritu se iba nutriendo gustosamente.

Un día, sentado él a la mesa y a la vista las pruebas de su libro *Sonetos*, me alargó uno:

—A ver. Te doy cien pesos si me encuentras aquí una A.

¡Pero cómo no la había yo de encontrar!

Y ante la azorada decepción, vino el leer ya a sabiendas aquel soneto sin A, y luego sus medio hermanos, huérfanos de las otras vocales.

Se me representan aquellas cuartillas en que, a lápiz y con elegante caligrafía, iba mi padre trazando sus artículos, sin premiosidad ni celeridad; con un ritmo tranquilo y sin una sola tachadura. Rara vez el lápiz se invertía para borrar, con pulcritud, algún vocablo. Y así, limpio el original como la prosa, íbase a las cajas. Resmas y resmas de periódicos de provincia quedaron atestadas de aquella ingente labor, desperdigada y en gran parte

perdida, mucha en anónimo editorial, mucha bajo una capa variopinta de seudónimos.

Luego, llegada la máquina de escribir —y vencida la etapa del desdén, con reto de mi padre a los primeros inexpertos mecanógrafos para que escribieran sin errata más aprisa que él a mano— adoptó la novedad que, naturalmente, le fue al cabo imprescindible. Y así tecleó, ya anciano y durante largos lustros, un editorial diario, iniciado y concluido al amanecer, antes de que las gentes y los ruidos de la casa entraran en movimiento.

Alcanzo todavía a recordarlo en sus líricas arengas de fiestas patrias. Con dignidad y fervor celebrábanse en Monterrey las fechas septembrinas. La noche del 15, en la Plaza de Hidalgo y desde templete al aire libre, don Bernardo Reyes, gallardo en su uniforme de gala, volcaba con estentórea voz un "¡Mejicanos!" que estremecía la plaza y todavía me retumba en el espíritu. Y la mañana del 16, en el Teatro Juárez atestado de público vehemente, presidía de levita cruzada el gobernador y hablaban los letrados más idóneos. Mi padre siempre en verso, blandiendo el papel porque jamás fiaba en su memoria, y declamando con clarísima dicción y tono y mano vibrantes.

Aún no acababan los prejuicios contra España, que solían rebrotar en la oratoria populachera de esos días. Mi padre acentuaba la nota opuesta. Quédanme prendidos en la memoria los cuartetos rotundos con que inició su arenga un 16 de Septiembre:

¡Heroico pueblo de la patria mía!
No vengo aquí para lanzar injurias
a la nación indómita y bravía
que dominó en Anáhuac tres centurias.

Siempre a lo noble tributé mi culto,
y aunque a ciegos espíritus no cuadre,
no he de arrojar el lodo del insulto
sobre la tierra en que nació mi padre.

Y el pueblo nuestro, ingenuo y emotivo, pronto siempre a la voz de la nobleza, desplomábase en un enorme trueno de aplausos.

De niño —y ya autor incipiente— fui a menudo amanuense de mi padre cuando él hacía versos. Su facilidad contrastó siempre con mi dificultad. Dictábame y, sin exceso de dudas ni repulgos, corregía y se decidía. El cancelaba pronto mis perpetuas perplejidades y cavilaciones en la elección. Pero amaba la exigente pulcritud, y detestaba por igual el rebuscamiento y el descuido. Su norma se objetiva en esta décima a un poeta novel:

No tengas, bardo, a desdoro
pulir con tesón el verso
por exhibirlo tan terso
como lámina de oro.
Bien está: mas el decoro
de la musa que se estima,
pide que limar la rima
sea tan sutil labor,
que no perciba el lector
los chirridos de la lima.

Entre los versos que tracé al dictado de mi padre y que hicimos juntos, vuélveme ahora, con punzante oportunidad, un soneto a la Muerte. Desde entonces, en plenitud de tarea para sustento y por amor de los suyos, preocupábase generosamente por los demás, no por él. Cantaban los tercetos:

No de su propia suerte mi corazón se cuida:
mas a mi lado hay seres, y mírolos perplejo
pensando qué destino les guardará la vida.

Son de mi hogar encanto, son de mi amor reflejo:
y tu presencia ¡oh, Muerte! mi espíritu intimida,
no por lo que me aguarda, sino por lo que dejo.

Quiso el Señor llamarlo cuando ya no podía esta perplejidad ponerle zozobra. Y su despedida fue como para diseñarla en un deseo de buen morir. Sin prolongación de congojas ni para él ni para los suyos, resolvióse en unas horas, que le dejaron recibir con dulce lucidez los auxilios y la visita misma de Dios, llamar a los hijos para acariciarlos y bendecirlos uno a uno, poner en el dedo de la esposa el propio anillo nupcial y dedicarle un último piropo . . .

Ochenta y cuatro años de tarea ejemplar, de humor no acibarado, de inexhausta ternura, de vida hidalga, quijotesca y diáfana. Al evocarlos, quiere la sonrisa de los labios engañar la humedad de los ojos.

EVOCACION DE GARCIA NARANJO*

Por don ALFONSO JUNCO

Fluctuando en las neblinas de mis recuerdos de infancia, veo una sola vez —huéspedes de paso en Monterrey y de paseo en la plaza de Zaragoza—, a una exquisita muchacha amiga nuestra, Angelina Elizondo, y al lado suyo —descuadernado andar y vivos ademanes— a su novio, Nemesio García Naranjo, sólo de nombre conocido entonces por mí.

Aquel noviazgo cristalizó en hogar; hogar en que, a lo largo de más de medio siglo, nunca perdieron su fragancia los azahares. Cinco vástagos fueron llegando: uno, temprana y súbitamente, se fue... Triunfos y caídas, destierros y retornos, sacudieron la nave familiar, ora encumbrada en lo más alto de la ola, ora cogida en lo más hondo del vértice tempestuoso: y siempre un bravo optimismo y una apretada solidaridad de amor, mantuvieron indemne la tripulación y a flote la barca.

* * *

Temprano luchador, en la tribuna y en la prensa lanzó García Naranjo su palabra como saeta vibradora. Sangre guerrera y liberal replicaba en los pulsos de sus venas. Y el congénito ardor juvenil, alentado en atmósferas volcánicas, llegó a extremos de incendio en la pugna política, frente a adversarios que a su vez ardían en llamaradas de pasión.

Poeta orgánico —sus amigos de entonces le llamaban "el vate"—, hizo en la mocedad gallardos versos al modo heroico y romántico; y, sin rimas después, lírico fue siempre en su prosa y en su vida.

Lírico soplo había en sus discursos de la cámara, cuando con Querido Moheno, José María Lozano y Francisco M. de Olaguíbel, cerraba el célebre "cuadrilátero" de oradores oposicionistas.

Lírico empuje hubo en la arenga memorable que marcó su actitud renovadora, cuando, elevado al ministerio de Instrucción Pública, quiso abrir al aire de arriba las ventanas cerradas por un positivismo traducido en mate-

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 13 de diciembre de 1963.

rialismo práctico, y suscitar los vuelos generosos del Ideal, y vindicar los postergados fueros del Espíritu, y, como en el simbólico relato del condenado a muerte, agitar, frente al negro y acobardante pesimismo, el blanco pañuelo de la Esperanza y la Liberación.

* * *

Cuando el político vendaval lo arrojó del ministerio al exilio, llegó Nemesio García Naranjo a tierras extrañas con el certificado de su probidad en la bolsa vacía. Y, en su honrosa pobreza, tuvo que trabajar ásperamente para ganar el pan cotidiano.

El periodismo de combate fue su tarea natural: a ella le empujaban vocación y circunstancias.

Periodista nato, García Naranjo —ni erudito calmoso ni orfebre del estilo—, tiene el sentido de lo actual, la cultura vasta y múltiple, la agilidad alerta, agudo el ojo para los problemas políticos y sociales, la flor de la ironía a flor de labio, la flecha punzadora y engalanada; el escribir directo, claro y brillante, que sabe llegar a todos los espíritus en democrático ademán, sin perder la nativa distinción; que se hace entender y gustar de la inmensa mayoría, sin poner en olvido los derechos de la "inmensa minoría".

Su ingente y multiforme labor periodística permanece dispersa. Urge irla recogiendo. Apenas unos pocos trabajos quedan aprisionados en la libertad del libro: "Porfirio Díaz", "En los nidos de antaño", "Simón Bolívar", "El Quinto Evangelio", "Bajo el signo de Hidalgo" . . . Y ahora sus "Memorias", vivas y caudalosas como un gran río, vienen recorriendo el territorio de la patria. Afortunadamente las dejó completas. Nueve volúmenes andan ya difundiendo su mensaje, y pronto saldrá el tomo décimo, que corona la obra. Es un gigantesco repertorio de historia nuestra, vivida y contada con amenísima fluidez por un varón de lucha que, llegado a la altiplanicie de la serenidad, recorre el panorama de su existencia, y se confiesa en público, y para nadie tiene palabra de rencor, y trata de entender con ponderación aun a sus más ceñudos adversarios.

* * *

Conocía yo, de siempre, a García Naranjo como escritor. No como orador ni como hombre. Hasta que, después del segundo exilio, regresó definitivamente a la metrópoli mejicana, tuve ocasión de oírlo en la tribuna y de tratarlo en la intimidad.

¿El orador? Firme y nerviosa la elocuencia, fuertes y claros ademán y voz, toda resplandeciente de imágenes la idea, todo el discurso henchido

de históricas reminiscencias y paralelos que acuden en un orden caudaloso, dóciles al conjuro de una vívida memoria.

¿Y el hombre? La bondad más auténtica, la sencillez más diáfana, la salud moral más robusta, la cordialidad más campechana y acogedora. ¡Cómo los prejuicios, tan explicablemente acumulados en torno de una actitud política discrepante y de una intensa combatividad periodística, podrían disiparse al toque directo del hombre! A menudo he pensado cómo lo meramente externo y público suele traicionarnos, y cuántos preconceptos y cuántas animadversiones se atenuarían entre las gentes de bien, si se allegasen al conocimiento personal y al íntimo trato.

* * *

Un buen día, García Naranjo nos dio a todos una sorpresa. Se inauguró como autor teatral.

"El vendedor de muñecas" fue un triunfo decisivo. Me recordaba el de don Carlos Díaz Dufoo con "Padre mercader": hombres maduros —anciano don Carlos— y de fama los dos en otras muy diversas actividades, se presentaron de súbito en el teatro y ganaron al instante la primera fila.

Lo cual prueba que un hombre de talento, sin ser "especialista", puede ir a todas partes; y que un "especialista", sin el pequeño requisito del talento, no puede ir a ninguna.

Y "El vendedor de muñecas" no pierde su frescura y agilidad, pues en fechas recientes ha vuelto a subir, con triunfo, al escenario.

Por desgracia, cuando ya el autor no está en el escenario de la vida.

A punto de cumplir sus ochenta años, que por erguidos y briosos en plenitud de tarea auguraban muchos más, se nos fue rápidamente García Naranjo, tras una breve enfermedad que no presagiaba tal fin. El lo aceptó con lúcida entrega cristiana. Fue hace un año, precisamente el 21 de diciembre. Su tránsito consternó a cuantos lo conocíamos y queríamos —conocerlo y quererlo era todo uno—, y en torno de su féretro se apretaron, en unánime dolor, personalidades de las más diferentes y aun divergentes significaciones políticas e ideológicas.

* * *

Tribuno, periodista, poeta, comediógrafo, gran cultura ascendrada y aireada en el movimiento de los viajes y en el trato de las gentes, varón de cuerpo entero, patriota sin intersticios, hombre cordial y bueno en quien los desengaños y las bregas no dejaron acíbar, alma impetuosa, juvenil, abierta a todas las superaciones, Nemesio García Naranjo es uno de los definitivos nombres de Méjico.

PRESENCIA DE FRANCISCO J. SANTAMARIA*

Por don LUIS GARRIDO

HACE POCOS meses, la muerte nos arrebató a uno de nuestros colegas más insignes, el señor licenciado don Francisco J. Santamaría, y hoy tengo el honroso cometido, por encargo vuestro, de rendir homenaje a su memoria. No me ocuparé de ninguno de los aspectos de su obra esclarecida como lingüista, pues la persona que ocupe su sitial en esta corporación, hablará de ello de acuerdo con el reglamento.

Sólo voy a evocar sus prendas personales y los merecimientos que alcanzó, gracias a su inteligencia y carácter. Pocas veces lo vimos en esta Academia, pero su figura siempre estará presente entre nosotros, cuando en las sesiones de trabajo consultemos su magno *Diccionario de americanismos*.

Hombre que por su labor y su vida merece el mayor encomio, pues fue sin duda un positivo valor de la patria. Nació Santamaría en la ranchería de Cacaos, perteneciente al Municipio de Jalapa del Estado de Tabasco, el año de 1889, y voy a referiros un sucedido de su niñez, que pinta de modo maestro su personalidad entera, y el cual me fue narrado por mi excelente amigo, el señor licenciado Brito Foucher. Hijo de una familia humildísima, sin más compañía que su hermanastra Lucía Bustamante y su madre que cuidaba de él, tuvo que emigrar con ellas al rancho de Macuspana, alojándose en la morada de su tío, quien para sobrevivir trabajaba la tierra con sus hijos.

Con vocación inequívoca desde sus primeros años, se interesa por la aritmética y las letras, y cursa con gran aprovechamiento en la escuela del lugar los cuatro años primarios, ayudando al hermano de su madre en las faenas agrícolas. Por las tardes solía contemplar el majestuoso Río Grijalva, cuyas verdes y misteriosas riberas, le atraían con el encanto de sus palmeras y espeso follaje. Soñaba con trasladarse por sus aguas terrosas a la ciudad de Villahermosa, para continuar sus estudios. Pero este proyecto tenía la oposición de su tío, hombre probo y laborioso, de gran pobreza, que reclamaba el esfuerzo del niño para cultivar la tierra, considerando suficiente el que hubiera terminado su educación rudimentaria.

---

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 13 de diciembre de 1963.

Mas el pequeño campesino tuvo aliento y voluntad para sostener su magno empeño de continuar sus estudios, a pesar de la azotaina que le propinó su tío, cuando anunció su marcha a pesar de todo. Esta firme actitud doblegó la oposición familiar, y se convino con Francisco que él adquiriría sus libros, y presentaría el quinto y sexto años de estudios en Villahermosa.

Y un día, cuando sobre la superficie del agua flotaba el vaho de la madrugada, tío y sobrino remando en su cayuco, partieron rumbo a la capital del Estado. Poco después el cielo resplandecía con el crepúsculo matutino, y una pequeña brisa agitó el ala de sus sombreros de palma perdiéndose la embarcación en el horizonte bañado por un vapor sonrosado.

A la caída de la tarde llegaron a su destino, fatigados y sudorosos, y clavando el remo como estaca, para asegurar el bote, se dirigieron a una pequeña hospedería. A la mañana siguiente el tío le dijo al niño: "Haz tus gestiones, mientras yo me ocupo de mis asuntos."

Francisco comenzó a buscar a don Arcadio Zentella, director de Educación Primaria, y preguntando llegó hasta su oficina. Pidió verlo y tuvo que esperar un buen rato, mientras soñaba con su fantasía de muchacho. Por fin se le llamó y compareció ante el funcionario que deseaba. Era un hombre imponente, alto y de tipo europeo, con una blanca barba de patriarca, que clavó la mirada de sus ojos azules en el pequeño solicitante: descalzo, magro, vestido pobremente de dril, cuyas manos recorrían nerviosamente el ala de su sombrero de guano, mientras exponía su anhelo de que se le concediera examen de los dos años de primaria que le faltaban para ingresar a la Preparatoria, y además que se le otorgara una beca para seguir estudiando. Don Arcadio no resolvió inmediatamente, pues no había antecedentes de un caso semejante. Se concretó a decirle que regresara a la mañana siguiente.

Aquella noche el niño repasó a la luz de un candil los libros que había llevado consigo, y a temprana hora del nuevo día se presentó en la Dirección de Educación. Don Arcadio le manifestó que se le iba a practicar el examen que pedía. El jurado respectivo se mostró sorprendido de la inteligencia y aprovechamiento de Francisco, y en vista del resultado tan brillante, el director lo citó más tarde en el Palacio de Gobierno. El niño llegó al edificio a la hora de la siesta, sentándose a esperar en el último peldaño de la escalera principal. Poco después pasó a su lado el gobernador del Estado, general don Abundio Bandala, quien al verlo le preguntó qué hacía allí. El niño sin inmutarse le contestó, que aguardaba a don Arcadio para hablar con él. El general le hizo pasar a la antesala, y cuando llegó el director de Educación penetraron juntos en el despacho del gobernador. Este era un hombre entrado en años, de presencia respetable, de pelo y barba recortados, de baja estatura, obeso y blanco. Los recibió afablemente, sentado ante su escritorio cargado de cartas y papeles. A su espalda, colgada de la pared,

estaba una oleografía del presidente don Porfirio Díaz. Escuchó con atención la solicitud que se le formulaba apoyada por don Arcadio y la resolvió favorablemente. El niño recibió el oficio, y con el despertar de la siguiente aurora, tío y sobrino abordaron de nuevo su cayuco para regresar a Macuspana.

Así fue como Santamaría empezó a saciar su afán de aprender, iniciando sus estudios preparatorios en condiciones verdaderamente precarias. Su madre se fue a vivir con él a Villahermosa, donde vendía dulces y lavaba ropa para ayudar a los gastos de la casa, a los cuales contribuía el becado con su pobre pensión y el producto de sus clases particulares de aritmética, asignatura por la que mostró desde pequeño especial predilección. Esta hermosa anécdota representa el insuperable testimonio del carácter para estudiar, del que al correr de los años llegaría a ser una personalidad excelsa.

Santamaría nunca olvidó el episodio que acabo de referiros, y cuando más tarde estuvo en aptitud de hacerlo, ayudó a la familia Zentella en agradecimiento de lo que el jefe de ella había hecho por él en su niñez, lo que pone de relieve su fondo humano de conservar el recuerdo de los beneficios recibidos, amando a los que nos han hecho bien.

Con la sed de saber que tenía, fue un estudiante ejemplar en el Instituto Juárez, en donde gracias a su aplicación e inteligencia desempeñó varias cátedras desde muy joven. Luchó densamente por publicar en 1907 su primer libro, unos apuntes de geometría y dibujo, que dio a la estampa la casa Bouret. Al terminar sus estudios con máximas calificaciones, obtiene el título de Profesor de Educación Primaria y Superior, y se apresta a continuación para hacer la carrera de abogado, la que logra terminar el año de 1912, después de magnífico examen profesional, y sin haber dejado de ejercer el magisterio, en el cual marcó una huella perdurable por la calidad de los alumnos que formó y por los textos de civismo, geografía y aritmética que escribió, amén de una colección de mapas pedagógicos que publicó. Su vocación de maestro lo llevó a desempeñar posteriormente, en forma sobresaliente, la dirección del Instituto Juárez, al que había ingresado en la mayor pobreza.

Más tarde vino a México, en donde tuve la oportunidad de conocerlo. Desempeñaba el cargo de juez penal y por sus hábiles interrogatorios como Presidente de Debates, la prensa lo llamaba el Juez Lince. Solía concurrir los domingos al antiguo mercado de El Volador a comprar libros. Ya para entonces comenzaba a forjarse la personalidad insigne del lexicógrafo que hoy admiramos. Había escrito varios libros sobre vocabulario técnico, etimologías indígenas y voces castizas omitidas en el Diccionario de la Academia. Era un hombre delgado, de estatura mediana y de frente amplia y despejada,

nariz recta y labios finos. Por su sencilla indumentaria no se identificaba al trabajador intelectual, pero en cambio por el brillo de la mirada se reconocía al sujeto preocupado por las cosas de la inteligencia.

Platicaba conmigo en el puesto de libros donde nos encontrábamos semanalmente. Era yo un estudiante tímido y desconocido, y sin embargo, él me trataba como si fuera su colega, pues era hombre afable y modesto, que gustaba del trato de los humildes. En su conversación se revelaba la sagacidad penetrante y la lucidez de un espíritu cultivado en las mejores disciplinas. Con clara expresión ponderaba los méritos de la última obra que acababa de leer, o hacía la crítica del problema político del día. Pero sobre todas las cosas, tenía enajenada la atención por los tópicos del lenguaje. Rebosaban en su mente los análisis de las palabras y la historia de los vocablos de su Tabasco querido.

Sus admirables cualidades de observador le sirvieron sobremanera como juez. Esforzábase en desentrañar hasta el fondo, los problemas humanos que se planteaban ante él, y con ahinco obstinado procuraba no hacer una justicia fría, aplicando matemáticamente la pena, sino por el contrario adecuando la sanción hasta donde lo permitía el veredicto del jurado, de acuerdo con la personalidad del infractor y las circunstancias objetivas del hecho delictuoso que éste había realizado.

Siempre estuvo imbuido del pensamiento de aprovechar las enseñanzas de la naturaleza, pues para él, la realidad por su inagotable riqueza era un rico venero de inspiración. Su sensibilidad percibía y realizaba los aspectos más interesantes, tanto del mundo físico como del moral, y más de una vez las ideas y emociones que le despertaba se vertieron por su pluma.

La fecunda laboriosidad de Santamaría lo llevó al periodismo, en el cual mantuvo firmísimamente su vocación por la verdad. Por eso sus aptitudes nativas de escritor, estuvieron siempre al servicio de las causas justas, pues no era hombre que cambiara sus altos empeños por un interés mezquino, y más de una vez rompió lanzas para que se mejorara la administración de justicia, a la que había servido con tan ejemplar dedicación. Y con la misma dignidad con que cruzó el Foro, se adentró en el campo tempestuoso de la política, donde estuvo a punto de perder la vida.

En el ocaso de su existencia fue llamado a regir los destinos de su patria chica, húmeda y verde, y aquel letrado que había enriquecido la lexicografía con su obra monumental de americanismos, demostró que a pesar de su autoridad para iluminar con sus creaciones la cultura nacional, estaba capacitado para las jornadas del gobernante. Y en el sillón donde contempló de niño —descalzo y pobre—, sentado al general Bandala, le tocó despachar los asuntos de su Estado, mostrando su diligencia y buen juicio en atender las necesidades de su pueblo.

En alguna ocasión que visité Villahermosa, con generosa hospitalidad me alojó en la hermosa quinta donde moraba, llamada La Isabel. Fue la postrera vez que lo vi. La finca estaba a la orilla del río, rodeada de un hermoso jardín tropical de palmeras, caracuchos, siemprevivas, platanales y flores. Y cuando las estrellas aparecían en lontananza llegaba del Palacio de Gobierno y ordenaba la cena, la que presidía acompañado de su joven esposa. El aire caliente de su tierra no le molestaba, y las jícaras del chocolate humeante se distribuían al final del yantar. De sobremesa abordaba de preferencia los temas académicos, en el amplio corredor donde se instalaba el comedor.

Las hojas susurrantes y el resplandor de las luciérnagas acompañaban su charla, y a pesar de que rara vez participó de viva voz en los trabajos de esta Academia, con asiduidad perseverante comentaba las definiciones del Diccionario, a veces con un dejo de humor festivo.

Y cuando terminaba sus pulsaciones y escrutinios filológicos, daba las buenas noches, y se recluía en su biblioteca a trabajar sobre los temas de su predilección literaria, hasta las primeras horas de la madrugada. Era la suya una existencia laboriosa. La codicia del saber nunca lo abandonó. Su trayecto de la cuna a la muerte, fue de perseverancia en el estudio y del gozo de esparcir y divulgar lo que su intelecto había acumulado. De joven prodigó liberalmente sus conocimientos matemáticos y la madurez de sus hallazgos lexicográficos.

Uno de los aspectos que más cautivan de la personalidad de Santamaría es, sin duda, el relieve vigoroso que tuvo como maestro, según atestiguan sus antiguos alumnos. Para ello poseía la singular contextura de su preparación intelectual, y el anhelo que lo acompañó desde niño, de transmitir a los demás el tesoro de sus lecturas, estudios y meditaciones. Por varios años como ya dijimos, la docencia fue el centro de su actividad, y en ella dio pruebas irrefutables de su amor por la ciencia y las letras. En su trato con sus discípulos, acumulaba datos sobre el lenguaje, que posteriormente le servirían para sus trabajos especializados. En sus clases supo mantenerse con la autoridad que da la plenitud del saber, conquistando así el cariño y el respeto de los estudiantes. Era dogmático, pues como decía Chesterton, el que no habla así, es simplemente un maestro que no enseña, pero tenía la virtud de simplificar los conocimientos y capacitar a sus oyentes, no sólo para que los asimilaran, sino para que obtuvieran de ellos alguna utilidad práctica, despertando así la inquietud y curiosidad de los jóvenes en su aprovechamiento. Esta labor educativa lo fue convirtiendo en un verdadero polígrafo, al ampliar su horizonte cultural, creándole a su vez una atmósfera propicia para las obras de su ingenio creador y de sus minuciosas y pacientes investigaciones del idioma.

Durante toda su existencia el licenciado Santamaría estuvo siempre absorto en sus múltiples creaciones. Pero entre todas, a las que dedicó su alma y vida, fueron las cuestiones idiomáticas, para las cuales se encontraba forjado por su cultura y su recia preparación en el campo de la lexicología. Era, por otra parte, un amigo de verdad, y se complacía en reconocer las cualidades de aquellos pocos en quienes depositaba su afecto, y en las ocasiones difíciles compartía sus cuitas.

Su trato personal era agradable. Quien estuviera en su compañía admiraba la fertilidad de su imaginación, la que lo conducía en ocasiones a exagerar las cosas, pero también se encantaba con la claridad penetrante de sus juicios y lo certero de su expresión. Los problemas sociales aunque gustaba de comentarlos y aun de intervenir para su solución, nunca llegaron a envenenar su vida. Estuvo en el destierro varios años por pasiones políticas, y cuando regresó a la patria, no percibimos en sus palabras ninguna amargura, ya que un espíritu como el suyo, que traía una gran inclinación a leer y a escribir, encontraba en ella el mejor medicamento para ahuyentar el rencor.

Amaba la independencia, y en tal virtud abandonó la judicatura, entregándose a los trabajos forenses, a fin de formar un patrimonio que le permitiera subsistir al margen de la burocracia. Sus desvelos tuvieron buen éxito, y pudo en sus años otoñales vivir fuera del presupuesto, con bríos emprendedores y sin duras estrecheces, empleando buena parte de su dinero, en adquirir libros y mapas a los que era muy aficionado, y cuya rica colección dejó al viejo Instituto donde entró de niño desvalido y miserable.

Santamaría respiraba amorosa solicitud por las cosas de México, y en particular por las de su Tabasco querido. Con efusión hablaba de sus modismos y arqueología. Evocaba a su gente y a sus bellezas naturales con un colorido brillante, y con tales aciertos de dibujo en las cosas y casos de sus conterráneos, que no podía uno dudar de su adhesión y cariño a la tierra donde nació. Puede afirmarse que siempre estuvo ansioso de percibir las palpitaciones de su Estado con sensibilidad perceptora y enajenado cariño.

Pero si en sus tareas de maestro y escritor era el portavoz de Tabasco, como jurista, político y hombre de acción, sus aspiraciones eran de carácter nacional. Tuvo una fe exaltada en México, y en tal virtud fue un patriota cálido y vibrante, cuyo amor por nuestro país no llegó a ofuscarlo hasta el punto de hacerlo olvidar sus defectos, y entonces decía las verdades sobre nuestras claudicaciones y desventuras.

La personalidad política de Santamaría, en un Estado de vivas pasiones, estaba destinada a provocar encontrados comentarios, particularmente por su carácter regañón, y por haber actuado en períodos de naturaleza diferente. En efecto, trabajó en 1915 como Oficial Mayor del Gobierno,

durante la etapa preconstitucional de don Aureliano Colorado, habiendo figurado más tarde al lado del general Green y del licenciado Martínez de Escobar. Por aquel tiempo lo conoció nuestro extinto compañero de Academia don Agustín Aragón, quien dijo de él que era una lástima que no se hubiera educado en México, aludiendo a que Santamaría tenía la grave deficiencia de no poseer preparación filosófica, aunque tuviera dotes relevantísimas de científico, lo cual se reflejaba en sus preocupaciones sociales y puntos de vista. Pero como gobernante tuvo el mérito singular de ser respetuoso de la vida humana, de no aprovecharse de su cargo para encarcelar o despojar a sus enemigos, ni obtener lucros indebidos, y de ser celoso de la independencia del Poder Judicial. Fue, eso sí, el viejo liberal y masón, adaptado a las circunstancias de la política mexicana, pero conservando sus costumbres modestas, sus gritos y cierto decoro en sus relaciones con el gobierno del centro.

Hasta sus años postreros conservó la preocupación de proteger a todos sus familiares, porque era fidelísimo a los lazos de sangre y a las clases populares, cuyas miserias, desvalimientos y penalidades había compartido en su niñez. Tuvo defectos y virtudes como todo espécimen humano, pero en su dilatada vida, si bien no fue hombre de empresas heroicas, tuvo un valor concreto y estimable, y buena prueba de ello es que habiéndonoslo arrebatado la muerte, lo recordamos con afecto y admiración.

Todo este conjunto de atributos que he procurado recapitular someramente, de la personalidad de Santamaría, constituyen las líneas principales de su figura como hombre de alma templada, de traza y estilo, para alcanzar indiscutible categoría entre los eruditos mexicanos.

Los que tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo, conservamos de él un recuerdo cordial, y la Academia ha hecho un acto no sólo de compañerismo, sino de verdadera justicia al evocarlo en esta sesión. El ha terminanado su vida terrenal, pero su figura de hombre siempre entregado a las tareas intelectuales, y su ejemplo de autodidacto, le darán permanencia y nombradía en los anales culturales de la patria.

RECORDACION DE GONZALEZ GUERRERO*

Por don MAURICIO MAGDALENO

ENTRE los que causaron baja en nuestras filas, en este año que fina, Francisco González Guerrero compromete mi personal devoción. No fue un poeta de ruidosa publicidad ni de éxito burocrático: los que se dedican a meter a los poetas, como si fuesen artículos comerciales, en fichas de kardex, hablan de la suya como de una poesía menor. ¿Y qué es eso de poesía menor, para empezar a poner las cosas en claro? ¿Hay, entonces, una poesía mayor y una poesía menor, y consiguientemente, en un grado jerárquico preciso, una poesía intermedia entre las dos? Yo diría que hay poesía a secas y poetas y simples afanadores del verso, poetastros, como los llamaban, sin eufemismo, nuestros abuelos.

Se es poeta o se es —y allá cada quien con lo suyo— lo que se puede, merolico, gacetillero, rábula, y hasta honrado sastre y hojalatero, pero no poeta. Francisco González Guerrero fue, orgánicamente, por disposición natural de su ser, un poeta, un hondo poeta, tan poeta como el que más y más, probablemente, que muchos que pasaron por tales, por obra de los tamborazos de una buena administración o de la publicidad, y que no alcanzaron, ni mucho menos, las logradas facultades del don de Francisco. El padre Alfonso Méndez Plancarte, erudito de escalpelo nada sospechoso de debilidad, que lo conoció por dentro y comprobó la calidad de su verso, habló una vez de su "hálito príncipe". Francisco era, también, como su verso, un príncipe; pero como los príncipes ya no figuran en el gran cuento vulgar de hoy, por propia y mansueta voluntad pasó a nuestro lado disfrazado de ermitaño, un ermitaño correspondiente de las tribulaciones y las ternezas de la pobre, depredada y punible pequeña burguesía.

Su estro manejó en escala impar los acontecimientos de la aventura humana y de lo sobrenatural; amaba la vida como milagro diario, tanto más gloriosa cuanto en ella pone su temblor, en cada vuelo del instante fugaz, el roce del fin. Fue el poeta de un solo libro; se dio en un solo libro y en él celebró su paso por la tierra: *Ad altare Dei*, en el altar de Dios, para decirlo

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 13 de diciembre de 1963.

en lengua vulgar nuestra, un libro de fe, de asombros y de ejercicios superiores, que será indispensable cuando se haga, sin propósito utilitario, la suma de la poesía mexicana. En el primer poema de ese libro, hoy tormento de bibliófilos, se lee esta declaración de principios, tan seria, tan importante como la de cualquier economista que descubre el mundo, (dejemos a los economistas seguir descubriendo el mundo; allá ellos):

> Abro a la vida el alma temblorosa, cual rosa
> de nómades fragancias en un jardín de luz.

Sencillez. Un producto que se cotiza en baja, hoy, en los mercados del mundo, y que no es sujeto de crédito. El que no se revuelve en complicaciones de Freud y Joyce —casi siempre falsificadas— no es poeta ni tiene derecho a un lote, al más mínimo parvifundio en los zodíacos de la poesía, según reza la voz de mando de las sinecuras de la época. Nuestro Francisco era sencillo y no perteneció a ninguna sinecura. No alternó en los concilios, ni en las asambleas internacionales, ni se cotizó en ninguna bolsa de valores y apenas ni supo nunca de ellos. Mal oído para el éxito, Francisco, hay vidas, todavía, que son así. Yo desafío a quien quiera mermarme a mi poeta que se diga en verso más logrado dentro de la zona oscura, irracional, que regla el rumor de lo espeleológico, esto es, lo que corresponde al misterio de la caverna, del abismo, que el verso en que dijo González Guerrero:

> Después de los deleites de mi huerto cerrado,
> en mi pegaso inquieto voy a encontrar la vida . . .
> Busca mi huella, hermano, por el sendero azul.

Poesía de siempre, ajena a modas y a cábalas, poesía, y ya. Quizás carismática —carisma quiere decir don gratuito, que otorga abundantemente la divinidad a una criatura—. Ahí va la vida, nuestra vida, bajel ciego, hacia el puerto final. Eso es todo: lo demás pertenece al baratillo de las ganancias y el éxito. Hace falta haber vivido para sentir y expresar tanta sencillez. Los filósofos han escrito gruesos libros para explicar esa aventura en la que, por extraordinario y anticotidiano, lo nimio alcanza categoría trascendental.

Entre tantas cosas magníficas como escribió Ganivet, que fue otro poseído del misterio, quiero recordar esta, que atañe al alma voladora de la poesía de González Guerrero: "También los pájaros tienen amores dentro del alma, y con sus dulces gorjeos saben cantar a la patria. Yo me llevé un ruiseñor lejos, muy lejos de España, y a cantar de mí aprendió: ¡Quiero vivir en Granada!"

Y esa simbología de Granada sigue y seguirá operando en la poesía. Francisco González Guerrero no vivió en Finlandia ni añoró a Granada, sencillamente porque no incumbían a su simbología; pero en su poesía se dan, a la vez, la gloria de los días banales y la añoranza de nuestro origen sobrenatural. También Francisco cantó a la patria; la llevaba en sí, como un sacramento. Lo de menos es que nunca haya hecho de ella proclama, como los versificadores que ganan los concursos de la sinecura. Su política —si cabe emplear la palabra— es quintaesencia de patria, de esto que somos en un jirón determinado del mundo y cuya peculiaridad da tinte a nuestra voz.

Francisco González Guerrero sentía a la patria en un nimbo de misterios que no materializó en sandez de mariachi. Pero era la patria en él, su patria, en cuyos senos primordiales nació y en la que creció y a la que dio aliento insigne. Un día, al volver a su terrón natal, lo asaltó esta voz de lo suyo:

> Recoletas. Caducas.
> Sin embargo,
> nada ha podido resistir como ellas
> el telúrico baile del espanto.

Ellas eran "las casitas de faz con enjalbiego", las casitas mexicanas que cantó, por esos mismos años, López Velarde. (Qué casualidad: López Velarde y González Guerrero. Mi poeta pasó de frente, dueño de otro numen en el que nada tenía que hacer el singular poeta zacatecano.) Y sigue la tierna voz del embeleso y no tiene caso darle alcance. A la poesía no se la alcanza nunca: queda un instante, un breve y tembloroso instante que apenas percibimos, ebria, en nuestros nervios, en la matrícula fundamental de nuestra raíz. La patria nace de un encuentro asombroso; lo demás es anécdota burocrática para uso de juegos florales.

Yo quiero celebrar, en este final del año en el que también finamos en una porción desapercibida, la voz lírica de Francisco González Guerrero, el raro hermano ermitaño que se llevó su luz un día estival de esto que, en términos de calendario, hemos convenido en llamar 1963, una fecha convencional en la gran fecha sin fechas, nuestro camino de milagros en el que nos desdoblamos en años, en versos, en fantasías que esconden nuestros íntimos desalientos y nuestros ingenuos entusiasmos.

APROXIMACION A LA POESIA DE URBINA*

Por don RUBÉN BONIFAZ NUÑO

HABIENDO nacido a la literatura al final del romanticismo, habiendo presenciado en el transcurso de su larga vida el florecimiento, la decadencia y la desaparición de otras diversas tendencias poéticas, Luis G. Urbina difícilmente puede ser tenido por representante de alguna de ellas.

Saturado, al principio, de las fórmulas literarias del romanticismo que se iba, sintió que eran insuficientes para expresar al hombre; después, colmado de las experiencias de una vida agitada y variable, desdeñó las formas de expresión que adoptó la poesía durante el primer cuarto de este siglo, pensando que por intelectuales y artificiosas no eran capaces de dar cabida a profundos sentimientos humanos. Por lo tanto, apartándose de actitudes extremosas, lentamente, a través de páginas y páginas de versos que se extendían explorando el corazón y el idioma, llegó a perfeccionar una muy personal manera de escribir, en la cual, dentro de una técnica abundante en recursos, significó su propia concepción de la existencia; una concepción viril, serena y resignada.

Lo que vale de una tendencia literaria que se extingue, es precisamente aquello que logra escapar de ella y cobrar un valor que no depende del tiempo. Esto ocurre con una gran parte de la poesía de Urbina, la cual desborda el vaso de sus límites temporales, y extendiéndose hasta nosotros, lo convierte, a la vez, en padre y hermano de nuestros poetas actuales.

Supuesto que la decadencia de toda escuela poética proviene del desgastamiento de sus fuerzas originales, la escuela poética en decadencia es una suerte de arsenal de lugares comunes. Los escritores de menor capacidad aspiran a ser sólo epígonos de la escuela que decae; los verdaderos creadores habrán de ser elementos de transición, buscadores de formas nuevas, descubridores o renovadores.

Boqueaba el romanticismo cuando Urbina, deseoso de entrar en el mundo literario de su tiempo, escribió sus primeros libros. Así lo demuestran,

* Homenaje en la sesión pública efectuada el 28 de febrero de 1964.

sobre todo, los defectos de *Versos* (1890) e *Ingenuas* (1902), plagados de sentimentalismo gastado.

Después, a partir de *Puestas de sol* (1910), se diría que empieza a percatarse de la inutilidad de aquella poesía que no requiere ya esfuerzo; no quiere seguir a nadie, ni mucho menos imitarlo; y frente a la falta de efectividad de una serie de moldes poéticos sin contenido viviente, busca la renovación de los elementos expresivos, valiéndose principalmente de experimentos formales. De esta manera, comienza por hacer que el ritmo fatigoso de los versos que a la sazón están de moda, se diluya en otro ritmo que recuerda el de la prosa; lo que consigue muchas veces con una técnica audaz de encabalgamientos, o con el uso de metros variados dentro de una misma composición; explora en seguida los problemas del habla diaria, y se esfuerza por incorporar al poema vocablos y giros característicos, por entonces, de la prosa; introduce en la composición fragmentos de diálogos cotidianos, procura que la vulgaridad se convierta en vehículo de poesía.

Renuncia luego a los tópicos de que antes había abusado, y, por ejemplo, aquella tristeza que en sus primeras obras era más una postura fingida que una actitud verdadera, es intencionalmente rechazada; calificada de melancólica pereza o de presentimiento ideal, es sustituida por una tristeza de verdad, por un sufrimiento huraño y mudo que se resiste a ser plasmado en versos. También desde entonces huye, aunque sea alcanzado muchas veces por ellas, de las "viejas flores retóricas" que tanto lo sedujeron primeramente. Y desde entonces se aplica a hundirse en la realidad, a evitar todo lo fingido, a ajustar el sentido de sus versos a elementos extraliterarios, o literarios sólo por el influjo que ejercen en el espíritu del poeta, y a reconocer que la canción puede ser vulgar y frívola, y, con todo eso, acarrear verdad universal y humana.

Su poesía se engrandece al abandonar toda gracia inoportuna, y se funde con la verdad que el poeta percibe. En medio de gentes aburridas, y en un ambiente traspasado de mediocridad, sus versos, como pájaros miméticos, tal vez se contaminarán de vacuidad y tedio; pero en ellos latirá el corazón real de la verdadera poesía.

El primer libro de Urbina acusa el influjo de Bécquer; pero, como se ha señalado siempre, fue escrito principalmente bajo la sombra tutelar de Gutiérrez Nájera. En efecto, basta una lectura, por superficial que sea, para percatarse de ello. Métrica, asuntos, adjetivación, alusiones, se hallan determinados por las enseñanzas del maestro y amigo. El endecasílabo de Urbina, por ejemplo, desciende tan evidentemente del de Gutiérrez Nájera, que en no pocas ocasiones podría confundirse con el de éste, aun por algún lector avezado. Así sucede con la mayor parte de los de "Erígone", con muchos de los de "Casta", con los de "Sin sombras", "De un poema", "Pig-

malión", etcétera. Véase, si no: " . . . No es, lleno de esperanza y de consuelo, / el amor de Desdémona y Otelo, / sino el amor de Fausto y Margarita." ("Casta"); "Mi espíritu despierto emprende el viaje, / y libre del afán que lo consume, / vuela al pasado para ver tu traje, / besar tu falda de crujiente encaje / y embriagarse otra vez con su perfume." ("De un poema"); "Ya todo se apagó; sólo flamea, / como una antorcha lúgubre, la idea / alumbrando las ruinas de mi alma." ("Pigmalión"); "Y de cansancio, soledad y frío, / llegó a mis sueños la infinita calma, / y muerta la ilusión quedó vacío / el hogar pavoroso de mi alma." ("El regreso"). Y están, además, emparentando a Urbina con Gutiérrez Nájera, las alusiones usadas por los dos poetas, como aquellas que se refieren a Fausto y Margarita, Abelardo y Eloísa, Beatriz y Dante, Hamlet y Ofelia; y hay en ambos un concepto análogo de la mujer, y una semejante manera de ver las cosas y describirlas. Acaso pudiera decirse que el verso de Gutiérrez Nájera, anunciador de las virtudes del modernismo, es más ágil, más elegante en general, más tocado de gracia; pero en cambio el de Urbina, cuyo espíritu enraizaba todavía profundamente en el romanticismo, es más íntimo, más grave. Mientras el dolor de Gutiérrez Nájera adquiere en el verso ligereza de vuelo, el de Urbina es un dolor opaco, pesado, de alas cortadas. Otra diferencia que puede encontrarse, y ésta de mayor significación, es la que consiste en que, mientras los poemas de Gutiérrez Nájera carecen a menudo de una clara unidad, defecto acaso derivado de la búsqueda fácil de galas y sonoridades exteriores, los de Urbina están mejor construidos, como dispuestos sobre una armazón congruente y única.

La unidad del poema, en su totalidad, reposa en la unidad que alcanza en sí misma cada estrofa.

Si en *Versos*, libro típico de juventud, confluyen las enseñanzas de Gutiérrez Nájera, en *Ingenuas* (1902) aparecerá una madurez prometedora, y una tendencia que aleja a Urbina de su primer maestro y lo acerca a otro, Gustavo Adolfo Bécquer, cuya presencia lo acompañará tal vez hasta en sus últimas obras. Y no me refiero sólo a frecuentes expresiones de Urbina que son características del romántico sevillano, tales como "El rocío (que) en los cálices tiernos resbala", o la luz "desgarrando una nube", o vagos presentimientos y confusos rumores, o misteriosos fulgores en las ruinas, y brumas deshechas y flotantes, y tantas otras que sería posible citar; ni tampoco a composiciones encerradas en un ámbito sellado por el espíritu becqueriano, como el poema "La misa del alba", que tan de cerca se emparienta por sus elementos y su desarrollo con la leyenda "El miserere" de Gustavo Adolfo; no me refiero sólo a eso, sino también, y de manera principal, a múltiples contactos concretísimos entre las Rimas de éste y los poemas de nuestro Urbina. Intentaré dar algunos ejemplos: Dice Urbina

en "Ultima serenata": "La cabeza inclinada / como una flor cortada"; y Bécquer, en su rima XIX: "Cuando sobre el pecho inclinas / la melancólica frente, / una azucena tronchada / me pareces."

Al entrar en un aposento donde se vela el cuerpo de una muerta, Urbina advierte la presencia de los cirios encendidos, y la advierte no por su luz, que sería lo natural, sino por el sonido que producen: habla de "el crujir de las ceras"; igualmente lo había hecho Bécquer en situación análoga: "...se oía... de algunos cirios el chisporroteo." En "Redención", que por cierto había aparecido antes en *Versos*, escribe Urbina: "Como diáfana gota de rocío / sobre una flor marchita", recordando la Rima XIII en que Bécquer, a su vez, había imitado a Byron: "Las transparentes lágrimas en ella / se me figuran gotas de rocío / sobre una violeta." Y en "Invernal", poema incluido también en *Versos*, dice: "Una voz de ultratumba ha de llamarte / de lejos, de muy lejos", con que trae de inmediato a la memoria los versos de la Rima LXXI: "Y oí como una voz delgada y triste / que por mi *nombre* me llamó a lo lejos." "Suicida", de Urbina, se acerca a las Rimas XLII y XLIII del sevillano. Se lee en aquél: "Tuve un acceso de dolor; el llanto / se cuajó en mis pupilas, quedé mudo: / inmóvil cual la fría / estatua de un sepulcro; / sentí no sé qué vértigo sombrío / que estremeció mi espíritu, y al punto / se hundió mi pensamiento / en un abismo oscuro"; y en éste: Rima XLII: "Cuando me lo contaron sentí el frío / de una hoja de acero en las entrañas; / me apoyé contra el muro, y un instante / la conciencia perdí de dónde estaba. / Cayó sobre mi espíritu la noche..." y en la Rima XLII: "Mudo, sombrío, la pupila inmóvil / clavada en la pared."

Algunos ejemplos más: Urbina, en "Desde mi ventana": "Besos que estallan y en el aire expiran; / alas que tiemblan y el follaje rozan..." Bécquer, en la Rima X: "Rumor de besos y batir de alas." Urbina, en "En plena noche": "Cuando hiere tu mano las cuerdas / ¡qué armoniosos preludios arrancas!" Bécquer, en la Rima VII: "¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas, / como el pájaro duerme en la rama, / esperando la mano de nieve / que sabe arrancarlas!" Bécquer, en la Rima XXV: "Cuando se clavan tus ojos / en un invisible objeto." Urbina, en "Puesta de sol": "Mientras fijos en un punto / miran cosas invisibles / sus ojos...".

Además de lo que antecede, el empleo de ciertas formas métricas, tales como las estrofas de cuatro versos, en que son asonantados los pares, endecasílabos y heptasílabos alternados, o los decasílabos de tres acentos, revelan el mismo influjo. Claro que no es el único; aparecen también, de cuando en cuando, seguramente reflejo de lecturas que frecuentó mientras componía estos versos, el de Víctor Hugo, el de Heine, el de Musset, acaso el de Ovidio. Pero los influjos, secundarios o principales están en todo caso asimilados a una actitud propia, que se define por la inclinación a cierto

pesimismo, a un hondo sentimiento de resignación, a una soledad profunda, que con diferentes matices se mantendrán casi invariablemente hasta los últimos poemas de Urbina. Era quizá su sentimiento de mexicano y hombre culto, que integraba su forma definitiva con los elementos que encontraba en su paciente búsqueda.

En *Ingenuas* empieza a asomar, asimismo, un realismo que incorpora a la poesía ciertas cosas anteriormente excluidas de ella; de este modo, en "Puesta de sol", hallamos la siguiente, bellísima, descripción: "Tranquila está la barriada, / los talleres están mudos, / no se ven las chimeneas / empenachadas de humo, / y, a lo lejos, de las fábricas, / salen, alegres, los últimos / obreros que se atropellan / en caprichoso tumulto, / y cuyas blusas azules / borda el sol de hilos purpúreos." Y en "Prosa", poema en que el nombre mismo ya es revelador, encontramos aquella terrible descripción de un pilluelo, joya de concisión y de crueldad: "Tú no eres bueno, muchacho, / burbuja de podredumbre." El poeta se aparta de la belleza estilizada por el arte, para pensar en el odio, en el dolor, en la verdad que fermentan en la miseria.

En el aspecto formal, aparece en *Ingenuas*, por primera vez, el verso alejandrino, que en la obra subsecuente de Urbina habría de alcanzar delicadísimos acentos expresivos. "Una juventud" es el primer trabajo en que nuestro poeta acoge este metro, que seguramente no le venía de la tradición española, sino que era uno de los aportes instrumentales de la poesía francesa, puesta en boga por el modernismo. Y, como elemento interior, asoma en *Ingenuas* una visión pesimista y amarga, de la que ya hablé; un toque de bilis, como el que marca los sonetos de "Humorismos tristes", de 1900. "Me duele un poco, / mas no mata el dolor", afirma melancólicamente, desengañado. En *Puestas de sol* se definen aspectos fundamentales en la poesía de Urbina. Por una parte, una renuncia expresa a los temas falsos de sus primeros libros. Los sentimientos cantados habrán de ser verdaderos; así ha de ser el amor, así la tristeza y la alegría. Y el amor le arrancará por primera vez un grito de júbilo, aleluya, le hará sentir la encendida presencia del día, y lo encenderá con una florida primavera de golondrinas, o bien lo dejará desgarrado de ausencia, atónito y sin lumbre, sumido en la tristeza, una tristeza de la que dice él mismo: "ya . . . es de verdad": "Ya es en el pulso, falta de firmeza, en la boca, amargura . . . Ya no quiere hacer versos mi tristeza" ("A una santa memoria").

Por otra parte, un decidido alejamiento de la retórica frecuentada anteriormente. Pretende en 1907, Elegía a R. C., "La delicada forma de la rima moderna / que es a un tiempo sencilla y escultural y tierna", y rechaza "el . . . carmen que dio a nuestros mayores: toda una primavera de artificiales flores; / la metáfora arcaica que es polvoso retablo, / o la usada

moneda de un antiguo vocablo." Y en medio de un pavoroso sentimiento de pérdida constante, de despedida universal y sin tregua de todas las cosas, se agarra de ellas con toda su sensualidad, que es casi totalmente vista y tacto, y trasminado de luces y suavidades y colores, funde su ánima con la del paisaje litúrgico y alucinado de los crepúsculos suntuosos. Y vendrá el torrente de oro y violeta y blanco y rosa y púrpura y ocre y azul y escarlata y rojo y plata y glauco y carmín y cobalto y verde y oro y lila y crema y carmesí y argento y rosicler y oro; y se desplegará el lujo de los tules, los brocados, los linos, las sedas, los brocateles, los rasos policromos, los terciopelos opalescentes; y se desgranará la joyería de perlas, ópalos, diamantes, zafiros, esmeraldas, rubíes, aljófares, ágatas, granates, y de todo lo que de alguna manera reluce o refleja: mármol, luz, olas, cristales, nácares, nieve, alabastro, agua, joyas, hielo, estrellas, rayos, cuarzo, acero, espejos, ámbares, aureolas, leche, esmaltes, fuego, cirios, llamas, bronces, y se esparcirá la suavidad de las flores; corolas de lirios, de nenúfares, de lotos, de amapolas, de rosas, y el conjunto del agua y el fuego y la tierra y el aire, habrá de fulgurar, iluminar, diluir, desgranar, salpicar, ondear, esplender, clarear, encender, empapar, rayar, estañar, cobaltar, diafanizar, espejear, chispear, fosforecer, cabrillear, reflejar, arder, nimbar, fulgurar, palpitar, abrillantar, dorar, clarear, argentar, flotar en una efusión de refulgencias, opalescencias, ondulaciones, transparencias, reflejos, y la palabra misma será ojo y antena táctil, y Urbina ascenderá, por gracia de ella, al vértice máximo de la poesía mexicana de su tiempo.

Viene después *Lámparas en agonía*, donde, sin perder ninguna de las cualidades conquistadas en la obra anterior, el poeta da testimonio y prueba de un perfeccionamiento sin interrupción, en sentimiento y en técnica, con la intensificación del empleo de motivos y formas considerados prosaicos hasta entonces. Y la vulgaridad, trabajada como elemento poético, se mezcla con aquella "perenne melancolía por lo creado" que da fondo a la creación artística de Urbina, y hace que ésta se nos vuelva actual y viviente. El mismo persistente uso que se hace de la palabra "vulgar" a lo largo de *Lámparas en agonía*, es significativo de lo afirmado aquí.

"Cancioncita vulgar", se llama un poema; "¿Corriente? ¿Vulgar?, (Coquetería) dice en otro; "Serenata de antaño" "Vulgar queja", en uno más; "Un instante de prosa / vulgar e indiferente" ("Ut fata trahunt") y, son frecuentes asimismo, expresiones como "Ya me enseñaste / cuántas son cinco" ("Desde un lugar de la Mancha") y "Charla que te charla" ("Elegía infantil"). También revela esta tendencia el empleo de formas tales como la inclusión de fragmentos de un diálogo de índole cotidiana en algunos poemas; "Coquetería", por ejemplo, en el que puede leerse: "—¿Estás ahí? —Sí, mi reina, —digo acercándome . . . " y "—¿Me quieres?— ¡con toda

el alma! —¿Me olvidarás? —¡Nunca, nunca!"; o en "Charla impúdica": "No se ponga usted seria, / señorita . . . ".

Estos mismos elementos se hallarán aún más evidentemente en *Glosario de la vida vulgar*, publicado en 1916, donde abundan locuciones como las que siguen: "Y si las cuatro, a la hora de la cena . . . " ("El poema del Mariel"); "Muchas gracias" ("La voz de la noche"); "Muertos de calor", "Con los codos puestos sobre el mostrador" ("La confidencia"); "Vamos al cine" ("Un amigo puntual"); "Vuelan los autos" ("La dádiva"); "Me levanto un poco / tristón", "El agua del baño", "Soy un hombre vulgar y tranquilo" ("Cirilo"); "Rubias de agua oxigenada" ("En la hostería"); "La buena digestión" ("La vida a bordo"); "Perfil de tonel"; "A paso de tortuga", "Tomar el fresco", y palabras como "bar", "láguer", "fords", "autos", "cine", "flirtear", y otras más que podrían citarse.

Y llega un momento en que Urbina parece detenerse y mirar hacia atrás, y admitir y recoger y asumir cuanto él ha sido y es todavía. Tiene entonces alrededor de cincuenta años de edad. Y se tiende hacia lo porvenir, y en éste encuentra el anuncio acogedor de serenas virtudes que ya no habrán de abandonarlo: paz interior, esperanza, piedad. Publica en esa época, 1920, *El corazón juglar*, en que vuelven a aparecer, depurados, los elementos característicos de sus obras anteriores: colorido exaltado, melancolía, vulgaridad cotidiana; alguna vez, pasa de nuevo en sus cantos la sombra de Bécquer, algunas otras, la de Gutiérrez Nájera. Sus sentidos encuentran en las cosas casi tan sólo motivos para símiles tristes que se emparejan con su ánima crepuscular. Todo caduca, cruje, se debilita, cae suavemente, da sus últimas lumbres sin calor. Y la poesía se le puebla de jardines abandonados, paredes, fachadas mohosas, ramas desnudas, lámparas mortecinas ("El símil"); de endebles impulsos de voluptuosidad ("Semblanza"); de voces otoñales, hojas secas, sonidos resquebrados que van extendiéndose en torno de vetustas campanas ("La cita"); y también hay aquí casas abandonadas, perros ateridos, braseros mustios que apenas calientan ya, y brumas cenicientas y ancianas ilusiones y telarañas arrinconadas y soledades silenciosas. Y con todo esto, se le enciende la lámpara tranquila que no agoniza ni muere: la serenidad esperanzada, la soledad sin duelo. Y a pesar de que el libro se cierra con un fúnebre sacudimiento de crespones sombríos, encontramos en él estrofas suavemente luminosas: "Yo sufrí. Mas siento que la vida es buena / porque poco a poco mi dolor serena / y apacigua el ímpetu de mis alas rotas." ("Los tres ruegos"). Y aquella otra: "Hoy, que nadie me espera, que nadie me acompaña, / sólo siento el cansancio que hay en todo mi ser, / . . . Y estoy sereno. Un tibio rayo de sol me baña. / —Mi balcón está abierto frente al atardecer—. La senil amargura que humedece mi entraña / sube en onda de llanto y mis ojos empaña." ("Crepúsculo

de mayo"). De esta serena concepción de la vida, habrán de salir los mayores logros poéticos de Urbina. Perfecta la técnica, libres de estorbos sentimentales, nacerán sus últimas obras en medio de un dolor depurado. Son ellas sus libros *Los últimos pájaros* y *El cancionero de la noche serena*. Ambos resumen y hacen culminar su trabajo de poeta, que alcanza de este modo valores casi insuperados. En el primero de estos dos libros, el Urbina maestro de la poesía de paisaje llega a sus máximas realizaciones expresivas. Acaso la presencia plástica de los grandes maestros del color y la línea, Giotto, Rafael, Veronés, Tiziano, Miguel Angel, Tintoretto, fueron para su sensualidad visual y táctil estímulo y modelo. Sea como fuere, nunca se había mostrado tan ardiente en la luz, tan preciso y apto en el dibujo. Así por ejemplo, en "Vespertina exaltada", el paisaje adquiere un estado de ignición embriagante, de llameante delirio, de fiebre, que supera en muchos sentidos la suntuosidad de "El poema del lago" o "El poema del Mariel"; y los aciertos en la descripción se afinan y se multiplican: "Entre basuras y boñigas / en el tráfago popular, / las gentes andan. Son hormigas / en busca de migas de pan." ("Crepúsculo en una calle") o "el rostro numismático" celebrado en "El momento infantil", o en el soberbio "Elogio del vino itálico": "Perlaste la blancura de las barbas seniles"; y en "El modelo": "Y como un desfile de cuervos cansados, / los paraguas abiertos ambulan". Parecidos triunfos de expresión pueden encontrarse en todas sus descripciones, y son muchas, de calles y casas y palacios y templos y fuentes "que elevan sus chorros de luz pura". Hay, por otra parte, un aletazo de misterio que sacude de pronto las palabras, y, renovado, despierta otra vez el recuerdo de Bécquer: "Y era como si alguien, / de muy lejos, me hubiese llamado por mi nombre." Y también su actitud frente a la vida se afirma, y lo hace cantar la supremacía de la fuerza de lo que vive sobre lo que el arte plasma, y la de la fe manifestada en iglesias sombrías sobre el deslumbramiento sin término que le produce la Basílica romana. Y el sentimiento vital lo conduce a que aquella obsesión suya del adiós se fije como una regla universal, definitiva, en "Consejo": "A los seres, a las cosas, / al amor, como al dolor, / a todo aquello que sientas: / ¡Adiós! / No lo sabes; vas de prisa. / —No inquieras: ¿A dónde voy?— / Resígnate y di en silencio: / ¡Adiós!".

Al terminar *Los últimos pájaros* se abre para nosotros el último libro de Urbina, libro póstumo, su obra maestra. Maestra por personal, por sobria, por ser la intocable muestra de una serenidad de técnica poética, por encima de modas y escuelas, y por ello mismo, con aspiración a ser válida para todos los tiempos.

El cancionero de la noche serena es, por dentro, un canto a la vida sencilla y, quizá por lo mismo, altísima, del común de los hombres. El amor, la tristeza, el júbilo, la necesidad de Dios, encuentran su lugar humilde y

claro en el mundo que la vejez le ha puesto en el corazón. "Paz humilde y serena alegría" bastan a compendiar los anhelos del hombre. Habiendo pasado ya las tempestades imaginadas o reales que agitaban la sangre juvenil, se echa de ver que el dolor, fatalmente, acaba por irse o por perder importancia; y entonces se comprende que las cosas están bien, y se aprende que la dicha está sobre la tierra. Y de este modo se mantiene la ilusión antigua, y el canto sube claro y recto como agua de surtidor, con su serenidad de existencia cumplida y su fulgor alegre de reminiscencias infantiles. Por fuera, esto es, en su aspecto formal, *El cancionero de la noche serena* ostenta un racimo de los mejores poemas, no sólo de Urbina, sino de toda la poesía mexicana. Valgan como ejemplo los cinco sonetos —impecables— del poema de "Sevilla", en los cuales nada falta y nada sobra, y cuya sabiduría se desenvuelve de manera tan natural, que en ninguna de sus sílabas hay esfuerzo perceptible, o los "Instantes religiosos", que cierran a la vez el libro y la obra poética de que forma parte y la vida íntegra de un hombre bueno y sabio, sostenido por una fe que poco a poco va separándose de la angustia. "Los remos, quebrados; las redes, vacías... / ¡Y aun traigo mi vieja ilusión! / ¡Y aun quedan las heces de las alegrías / en el limpio vaso de mi corazón! / En cualquier instante, bendije tus dones. / Tuvo luz mi sombra; mi sendero, flor; / llanto, mis pesares; eco, mis canciones... / —¿Y qué quieres? / —Que no me abandones. / ¡Llego a ti en las alas de la fe, Señor!".

DON MANUEL GUSTAVO REVILLA, CRITICO Y ESTILISTA*

Por don J. M. González de Mendoza

"Tradicional va siendo en esta Academia encomendar a alguno de sus miembros el elogio de los socios difuntos; práctica laudable en gran manera, por el homenaje que se tributa a los méritos del escritor ilustre desaparecido, por la ocasión que con ello se le brinda a la labor literaria del panegirista, y porque la lectura del elogio concurre a dar pábulo a la actividad de la misma Academia."

Con esas claras y expresivas palabras dio principio nuestro destacado colega don Manuel Gustavo Antonio Revilla al elocuente elogio que de la obra preciadísima del insigne historiador y cuentista don José María Roa Bárcena hizo en sesión solemne de esta corporación, el 30 de marzo de 1909. Es un regalo para la mente la lectura de esas hermosas páginas. En ellas se descubren conceptos que se ajustan, como a la medida, a los méritos distintivos de la obra que nos legó el señor Revilla. Séame permitido citar otros párrafos en testimonio de tal aserto.

"Maneja la prosa castellana nuestro escritor con conocimiento de su índole y recursos; y no es lo menos que debe elogiársele, que en el empleo de las voces, los giros y el tono, sepa acomodarse a la naturaleza de los diversos géneros que cultiva." —"Grave y expresivo en las biografías, técnico, preciso y ceñido en la crítica, muéstrase de continuo substancioso por el pensamiento, castizo por el empleo de las voces, limado por la construcción de las cláusulas."

Certero crítico era el señor Revilla, y cuanto dice acerca de Roa Bárcena, así como de otros escritores, denota seguridad de juicio. Entre sus muchos aciertos cuenta el de haber visto en los *Preludios* de un joven jalisciense, médico en Sinaloa, las hermosas primicias de un talento que más tarde elevaría al novel escritor hasta ser uno de los "seis grandes" de la poesía mexicana moderna. A ese libro dedicó, en 1903, un laudatorio artículo

* Discurso leído en la sesión pública celebrada el viernes 13 de marzo de 1964, para conmemorar a don Manuel G. Revilla en el centenario de su nacimiento.

en *El Tiempo*. Don Enrique González Martínez recordó con agradecimiento aquel remoto estímulo a su mocedad cuando leyó su discurso de recepción en nuestra Academia.

Es frecuente hallar imprecisiones documentales en la biografía de personalidades nacidas en el siglo pasado. Así sucede en cuanto a la fecha del nacimiento del señor Revilla: en la sucinta biografía anónima inserta en el volumen 60 de la Biblioteca de Autores Mexicanos se indica el 7 de enero de 1863, en tanto que en los *Anuarios* de esta Academia el mes indicado es febrero; y en los *Datos para el Escalafón* sucritos por él mismo como funcionario consular, el año es 1864. Tales discrepancias sólo se disiparán cuando se haya encontrado la fe de bautismo. Quede ello para futuras investigaciones. En los problemas cronológicos es razonable conformarse con una aproximación del 1% ...

En 1887, el señor Revilla obtuvo el título de abogado, que probablemente sólo le sirvió para dar autoridad a su artículo sobre la Doctrina de Monroe, inserto en *El Bien Público*, periódico de Guatemala, y para que mucho después la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, de Madrid, le nombrase socio correspondiente. *De la división del Poder Público* fue el tema de su tesis profesional. Algo más que una simple mención merece ese folleto, pues si bien el abogado se limita a salir del paso con sólo 36 páginas in-4°, ya apunta en ellas el escritor que compone bien las frases y redondea armoniosamente los párrafos. Ya se percibe su gusto por el período amplio, articulado con una o más oraciones incidentales y al que pone fin una frase conceptuosa y sonora. Ya es extenso al par que escogido el vocabulario. Por supuesto, no faltan los apotegmas latinos, ni las citas de tratadistas, convenientemente mencionados en notas.

Eso en cuanto a la forma. En lo que al fondo atañe —no se tome lo que voy a decir como alusión a la política, radicalmente vedada en esta casa, sino sólo como referencia cronológica—, sorprende que en el México de 1887, durante el tercer período presidencial del señor general don Porfirio Díaz, un joven abogado aludiese a la "natural propensión del corazón humano a la extralimitación y al abuso de la fuerza", un par de páginas después de haber mencionado, ciceronianamente, "ese abrumador letargo que se llama despotismo", para añadir, más lejos: "Si hay algo augusto, sin duda lo es, el ver a un pueblo gobernándose a sí mismo"; termina con una entusiasta afirmación de principio: "deben tener todos los ciudadanos participio directo en el nombramiento de los funcionarios públicos".

Puesto que no se han estremecido las paredes al sonar en este recinto el barbarismo "tener participio" —y huelga recordar que la expresión correcta es "tener participación" o, mejor aún, "participar"— quede el punto en suspenso: más adelante volveremos sobre él.

En 1892 se le designó profesor de Historia de las Bellas Artes en la Academia de San Carlos, de la que fue Secretario a partir de 1903. En el *Catálogo razonado* de las obras de arte allí conservadas redactó la parte concerniente a la escultura y la que atañe a las pinturas de Clavé y de sus discípulos.

En 1898 viajó por Venezuela y Colombia, y asimismo por Costa Rica, Nicaragua y Guatemala.

Por oposición, en 1905 ganó la cátedra de profesor adjunto de Lengua Castellana en la Escuela Nacional Preparatoria; y fue titular de ella cuando, en 1906, falleció el profesor propietario, su docto amigo don Rafael Angel de la Peña, eminente lingüista y gramático, miembro de nuestra corporación. En 1913 la Universidad comisionó al señor Revilla como Inspector de las Clases de Lengua Castellana en el precitado plantel. También allí tuvo a su cargo, interinamente, una cátedra de Literatura. En 1919 recibió el nombramiento de Profesor de Literatura Comparada en la Facultad de Altos Estudios.

Mencioné antes el expediente consular del señor Revilla. No es muy conocida esa fase de su existencia y conviene fijarla con unos cuantos datos. "Fijarla" está en contradicción con la inestabilidad que la caracterizó. El 10 de enero de 1910 obtuvo don Manuel Gustavo el nombramiento de Vicecónsul en Madrid, cargo del que tomó posesión el 7 de abril siguiente; el 11 de mayo, a petición suya, se le designó Vicecónsul-Canciller en Génova. Ese acoplamiento de cargos indica, de revesada manera, que tenía nombramiento y ejercía funciones de Vicecónsul, pero que administrativamente su categoría —y por lo tanto, el sueldo— era de Canciller. Entró en funciones el 8 de julio y cesó en ellas ocho días después, por mala salud, que motivó el otorgamiento de dos meses de licencia y su regreso a México para curarse de la postración nerviosa en que había caído.

En la Secretaría de Relaciones Exteriores desempeñó empleos administrativos, de escribiente y de oficial. Puesto hubo en el que duró dos días: el 29 de abril de 1912 se le expidió nombramiento de oficial 3º de la Dirección General de Consulados; y cesó el 1º de mayo por haber sido nombrado Bibliotecario interino. No quedó ahí el asunto: de ese mismo mes al de julio siguiente, desempeñó nuevo cometido: el de corrector de estilo en la Comisión del Chamizal; de su mano —y de la de nuestro ilustre colega don Alberto María Carreño— hay abundantes enmiendas en los borradores de las actas levantadas con motivo de las sesiones de aquel cuerpo. Disfrutó de ascensos y de otros cambios que no hay para qué mencionar. El 25 de diciembre de 1913 cesó en su empleo —era entonces Oficial 2º en la Sección Comercial de la Dirección General de Consulados —porque el 21 de noviembre anterior se había acordado su nombramiento como Canciller

del Consulado en el Havre, "sin perjuicio de la categoría de Vicecónsul que tiene adquirida," por haber permutado su empleo en la Secretaría con el de nuestro vicecónsul en aquel puerto francés. Tomó posesión de su nuevo cargo de Vicecónsul-Canciller el 7 de febrero de 1914. No hay más datos acerca de esos vaivenes burocráticos. Interesan para su biografía porque en algunos de sus escritos quedan rastros de aquellos viajes, que le permitieron ampliar sus conocimientos.

Artículos suyos, de buena doctrina e impecable prosa, yacen perdidos en las colecciones de periódicos de fines del pasado siglo y primer cuarto del presente, entre ellos *El Nacional*, donde el 13 de enero de 1892 publicó una elogiosa reseña de la exposición de Bellas Artes efectuada en 1891 en la Academia de San Carlos, lo que acaso influyó para su nombramiento —ya mencionado— como profesor en ese plantel. En *El Tiempo*, sus artículos de fondo sobre cuestiones del día alternaron con los de tema literario: la poesía de Casimiro del Collado, la de Amado Nervo, la de González Martínez —miembros los tres de nuestra corporación—, la de Rubén Darío, las producciones literarias de don Joaquín Baranda, la *Estética* de don Diego Baz, y los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, aplaudida invención del insigne escritor ecuatoriano don Juan Montalvo.

Aparte ése, otros dos estudios del señor Revilla figuran en la *Bibliografía Cervantina en la América Latina*, recopilada por el eminente erudito don Rafael Heliodoro Valle y por su esposa, la doctísima señora doña Emilia Romero de Vàlle. Esa obra fue editada en 1947 por nuestra Academia, bajo los auspicios de la Universidad Nacional Autónoma de México, para celebrar el IV Centenario del nacimiento de Cervantes. Ahí se menciona el libro del señor Revilla intitulado *En pro del Casticismo;* 58 de sus 320 páginas conciernen al glorioso alcalaíno con motivo del centenario tercero de su fallecimiento: *Lo que enseña la vida de Cervantes*, discurso leído en esta Academia el 23 de abril de 1916; y *Laude en prez de Cervantes*, trabajo dado a conocer en la velada que cinco días después, para honrar conjuntamente a Cervantes y a Shakespeare, organizó la Dirección de las Bellas Artes en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Una extensa nota del señor Revilla ilustra acerca de dicha ceremonia.

No fue muy abundante su producción literaria. Comprende tres libros y algo menos de docena y media de opúsculos, entre éstos la traducción del *Discurso sobre el estilo*, que el conde de Buffon leyó al ingresar en la Academia Francesa, y la del estudio de Federico de Martens, jurisconsulto ruso, intitulado *Hacia la Paz por la Justicia*, ambas editadas en 1911.

Los primeros títulos de su bibliografía son: el de su tesis profesional, ya mencionada; y, en 1891, *Dos discursos cívicos*, con motivo del 16 de septiembre, uno; en loor de los Niños Héroes, el otro. En 1893 salió a luz su

libro *El Arte en México en la época antigua y durante el gobierno virreinal.* Treinta años después de esa primera edición —cuyos ejemplares son hoy rarísimos— se publicó la segunda, ilustrada, con diversas correcciones y adiciones, e incluso supresiones pues el título quedó reducido a los cuatro primeros vocablos. Forzoso es reconocer que la documentación de ese ensayo es sucinta y que parte de lo asentado en él ha sido controvertido e incluso rectificado por los investigadores modernos, a quienes corresponde el mérito de haber ensanchado notablemente el conocimiento de nuestro pasado artístico. En el campo de la investigación es acaso donde más que en cualquier otra actividad intelectual se justifica aquel aserto de la cordura popular española que don Alfonso Reyes, nuestro inolvidable colega y Director, gustaba de repetir: "Todo lo sabemos entre todos."

En 1908 salió a luz el primer tomo —y fue el único— de las *Obras* del señor Revilla en la utilísima colección editada por nuestro benemérito colega don Victoriano Agüeros. Se intitula *Biografías.* El subtítulo indica: *(Artistas).* Es libro heterogéneo, pues atañe a cuatro pintores, tres escultores, dos arquitectos y tres músicos. Cinco biografías tienen la fecha de 1901, otras tantas, 1904, una, 1902; la última carece de data. Están escritas con sencillez, no exenta de elegancia. De ellas opina don Justino Fernández —en su importante libro *El Arte Moderno y Contemporáneo de México*—, que son "un documento insustituible" para el estudio del arte mexicano del siglo XIX, amén de estar normadas por "un bien orientado sentido crítico, de acuerdo con las ideas tradicionales". Más lejos dice del señor Revilla que "su crítica de detalle es acertada, equilibrada y excelente". Todos compartimos ese pertinente juicio.

Ha de detenernos un momento —la longitud de un párrafo— el ya mencionado libro *En pro del Casticismo,* salido a luz en 1917. Reúne quince estudios, antes publicados en revistas o editados en folletos. Es sin duda la obra más característica del señor Revilla. Trata ahí seis temas filológicos y cuatro sobre la enseñanza de la Gramática; en dos ensayos, de los que ya dije algo, alaba a Cervantes con pertinencia no cegada por la admiración; y completan el volumen el brillante discurso acerca de Roa Bárcena; el que intituló *Fundamentos del arte literario,* de muy grata e instructiva lectura, pronunciado por el señor Revilla con motivo de su recepción en esta Academia; y la perfecta, admirable traducción de la breve obra maestra de Buffon. Se releen todas esas páginas con renovado provecho y, por poco que tales materias ofrezcan interés para el lector, con vivo agrado: el que causan la justedad del pensamiento, la claridad y elegancia de la expresión, la limpieza y armonía del estilo.

El novelista Blasco Ibañez es el título del discurso leído, el 6 de abril de 1920, en la velada que la Universidad de México dedicó al célebre es-

critor español en el anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria. Se limita el señor Revilla a indicar algunas características de la novela *Sangre y arena*, cuatro de cuyas ardientes páginas cita *in extenso*, y a elogiar asimismo *Los muertos mandan*, de la que también cita algunos párrafos. Para el conocimiento de la personalidad íntima del crítico importa aquel opúsculo, pues en el exordio se confiesa "entregado desde hace algún tiempo a estudiar, a analizar, a explicar a los viejos autores", comercio intelectual que le priva —dice— de la espontaneidad, frescura y acierto en el juicio, propios de quienes están atentos a la producción artística y literaria reciente; e indica "nuevo óbice para el acierto: los personales gustos y preferencia por aquella expresión de la belleza antigua, plácida, serena y armoniosa, y de tan acentuados y precisos perfiles, cual el arte que se destaca, con blancura y nitidez del mármol pentélico, sobre el límpido azul del cielo de la Hélade".

Aparte la velada confesión de haber leído poquísimos libros de Blasco Ibáñez, de cuya extensa producción sólo menciona cuatro novelas, así como *La Argentina y sus grandezas*, varios rasgos del carácter del señor Revilla se infieren de la lectura de ese folleto: la timidez y retraimiento están manifiestos en la innecesaria confesión, hecha en nota, de haber omitido párrafos del texto impreso para no alargar mucho la lectura; y en la indicación final, puesta en cursivas y entre paréntesis: "Calurosos y prolongados aplausos obligan al orador a levantarse de su asiento para dar al público por segunda vez las gracias." Como profesor, estaba acostumbrado a ser oído, pero no aplaudido; y los aplausos —se adivina— le supieron a miel.

La declaración de principios estéticos hecha entonces revela —*ex cathedra*, por decirlo así— el misoneísmo del señor Revilla, manifiesto en cuanta ocasión halló propicia. Se la brindó sonada la visita a México del poeta español Francisco Villaespesa, y en 1917 publicó un folleto intitulado *Las urracas académicas y el bulbul modernista*, donde —ocultarlo sería discreto, pero no justo— más le mueve la pasión que le guía la equidad. El tiempo, que todo lo muda, ha relegado al olvido cuanto en la poesía modernista fue exageración y descarrío. El *bulbul* trinó en tal o cual poema, pero pronto alzó el vuelo en seguimiento del *papemor* y desapareció de la lírica; ello antes de que el modernismo, triunfal un día, quedara estratificado en la Historia de la Literatura. A título aclaratorio recordaré la poética definición hecha por Rubén Darío, inventor de ambos vocablos:

"*Papemor*, ave rara: *bulbules*, ruiseñores."

Con mayor ponderación y tino que en aquel folleto expuso el señor Revilla su criterio en el prólogo a *Cauces hondos*, colección de poemas de nuestro admirado colega el presbítero don Federico Escobedo, quien la sacó a luz

en 1918. Declara que conoció las primeras poesías del P. Escobedo en 1908, y dice: "Por aquellos días estaba en alto predicamento, entre mucha gente, la escuela decadentista capitaneada por Rubén Darío; pocos eran los poetas jóvenes que no se afiliaban bajo tales banderas." "Era el decadentismo —añade— como una vía recién abierta, por donde se agolpaba la turba, espoleada por la novedad." Censura el "empleo de términos o impropios o rebuscados, amén de otros amaneramientos de la escuela, como el abuso de los encabalgamientos, el perderles de caso pensado la cadencia a los versos, emplear sistemáticamente el monótono alejandrino a la francesa, etc." Alaba diez poemas de Rubén Darío, que "delatan a la par que una muy grande originalidad, ingenio, inspiración y gracia. Esto —dice— hay que reconocerlo, confesarlo y admirarlo". Finalmente, arremete segunda vez contra "los cuatro o más convencionalismos del sistema decadentista: los versos de catorce o más sílabas, el abuso del encabalgamiento en la estrofa, la ausencia a veces del ritmo, las repeticiones simétricas, y el empleo de voces inusitadas o exóticas".

Mucho antes, en abril de 1891, cuando aún no era el hombre agrio, el profesor que en sus más cordiales juicios no perdía el tono magisterial, halló pensamientos delicados y expresiones afables para elogiar los poemas de don Juan de Dios Peza. En su prólogo a los *Recuerdos y esperanzas* del "Poeta del Hogar" opina que la Poesía es necesaria al hombre, pues "el arte le proporciona grato y honesto solaz elevando su espíritu a la contemplación de lo bello". Las obras de arte, añade, "satisfacen una necesidad: el recreo. Con él renuevan el gastado vigor del espíritu, poniéndole en aptitud de tomar de nuevo la dejada labor". Lanza un leve dardo contra la opinión de don Juan Valera sobre la inutilidad del arte, otro contra Platón, quien estimó por conveniente que a los poetas "se les desterrase de su ideada república coronándolos de rosas", lo que no se comprende "sino *[sic]* es atendiendo a que la dicha república no estaba de lo mejor organizada; opinión que —añade con templada ironía— se confirma al ver que nunca fue planteada en la práctica, ni aun se intentó siquiera llevarla al terreno de la realidad"; y arremete contra *L'art d'être grand-père*, criticando la monotonía de los alejandrinos pareados y los resabios anticlericales de Víctor Hugo; pero alaba la poesía como forma de expresión literaria, porque tiene "la perfecta medida rítmica que no posee la prosa", y es "lenguaje musical que deleita el oído, que convierte la materia bruta de la palabra en armónica y divina, y que salva al pensamiento que de ella se reviste, de la decrepitud, librándole de las variaciones a que incomparablemente está más sujeta la prosa".

Parte de la obra del señor Revilla quedó inédita; tal vez esté perdida. Es el caso —a lo que entiendo— de su estudio comparativo entre Sor Juana Inés de la Cruz y doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, como poetisas lí-

ricas y dramáticas; y no llegaron a ver la luz pública en volumen sus *Páginas de literatura y arte*, edición ilustrada, que en 1920 anunciaba como próxima a publicarse.

No podré hablar acerca de su actividad docente, pues no asistí a sus cursos; pero hay varios trabajos suyos sobre cuestiones filológicas, de acertado criterio y buena doctrina; entre ellos descuella el que tiene por título *Provincialismos de expresión y de fonética en México*, fechado en 1909. Merece particular atención cuanto escribió acerca de la enseñanza de la lengua castellana, principalmente su dictamen sobre *La lectura en voz alta como medio y como fin en la enseñanza superior*, publicado en 1917. Citaré a ese respecto algunas líneas de la *Introducción* puesta por el eminente filólogo germano-argentino Dr. Rodolfo Lenz a los estudios de gramática general y castellana que llevan por título *La oración y sus partes*, obra meritísima prologada por don Ramón Menéndez Pidal. Léese ahí: "Ultimamente he tenido el gusto de ver que también en otros países se comienza a sentir la necesidad de enseñar la lengua patria castellana por el método directo. Cuando yo —dice el Dr. Lenz—, el 16 de agosto de 1912, di en la Universidad de Chile mi conferencia: *¿Para qué estudiamos gramática?*, trataba solamente de hacer más consciente una reforma que en Chile prácticamente había ya comenzado hacía unos veinticinco años, poniendo en manos del alumno un libro de lectura en vez de la gramática. El 17 de enero de 1913, don Manuel G. Revilla leyó en la junta de profesores de la Escuela Nacional Preparatoria un discurso con el título de *La gramática y la alquimia* que . . . obedece a las mismas tendencias que la conferencia mía." Ese discurso está recogido en el libro *En pro del Casticismo*. Convence al lector.

Fue el señor Revilla dieciocho años más joven que el famoso crítico español don Manuel de la Revilla y Moreno, casi homónimo suyo, circunstancia que ha motivado alguna confusión, al punto de que la *Enciclopedia Espasa* atribuye a éste *"Cánovas y las Letras* (México, 1898)", ensayo que figura en la lista de obras de nuestro compatriota inserta en el libro antes citado.

Huelga decir que conocía perfectamente el léxico español, pero no sobra añadir que, hombre de su tiempo, no acertó a prever evoluciones que hoy nos parecen naturalísimas y que en sus días hubieran sido fenomenales, etimológicamente dicho. Así, en su ensayo *El castellano en la región montañesa*, —fechado en abril de 1910 en Solares, balneario de la provincia de Santander—, insertó una página donde don Julio Cejador y Frauca daba por seguro que ningún hablista emplearía ciertos vocablos, de los que enumeró medio centenar. Algunos de ellos, que entonces parecían extravagantes, han tomado carta de naturaleza en el vocabulario poético, por ejemplo: hiemal, sitibundo, mirífico, ínsito, urente, impoluto, erubescente, procela. Otros han

pasado a ser de uso cotidiano, y a nadie sorprende ya leer en los periódicos voces como: tórculo, abyecto, alacridad, iterativo, afabulación.

Cuanto dio a las prensas el señor Revilla tiene como sello distintivo la impecable corrección formal. Es buena prosa castellana, ajustada a las reglas gramaticales, sobre todo a las rigorosas de la sintaxis. De indicar es, no obstante ello, que no todo cuanto salió de su pluma alcanza igual pulcritud: tal cual vez se le escapan innecesarios mexicanismos, así *amarilloso* en nota a su biografía de Patiño Ixtolinque. Ya mencioné el barbarismo que afea su tesis profesional; no fue ocasional desliz de la pluma: allí mismo reivindica para España —la de los siglos VI y VII, en tiempos de la monarquía visigoda— la prioridad en la convocación de asambleas representativas "por cuya virtud toma la Nación entera participio en los negocios públicos"; más lejos repite: "la Nación española tomaba ya participio"; y en otro lugar: "Importa que los hombres que tomen participio en los negocios públicos . . . " etc. Por ser más espontáneas, las cartas que de él he leído no tienen la perfección estilística de sus impresos: hay en ellas negligencias de lenguaje, de construcción, incluso de ortografía, que, si salidas de otras péñolas parecerían nimias, en la producción de tan refinado purista sorprenden. Es que la corrupción propia del habla popular a todos contamina. Por eso, de más en más, la misión de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española adquiere importancia y crece su responsabilidad. Como la corporación matriz y las demás correspondientes, ha de velar sin descanso por la conservación, unidad y pureza de la lengua española, necesarísimo lazo de unión entre ciento y tantos millones de seres humanos, aquellos a los que alude la inmortal *Salutación del Optimista*, de Rubén Darío:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
Espíritus fraternos, luminosas almas, Salve!

"Cuánto sea lo que para la integridad y consolidación de las nacionalidades significan sus respectivos idiomas —escribe el señor Revilla en la peroración de su elogio a Roa Bárcena— pocos habrá que al presente puedan desconocerlo. Los pueblos, a menos de que nada se les importe verse postergados por otros pueblos, tienen que preocuparse grandemente por la conservación de sus idiomas respectivos. Y no es en las escuelas sólo, en los actos oficiales, en las leyes, en las transacciones del comercio, en el periodismo y en los usos diarios de la vida, donde ha de procurarse que prevalezca el idioma nativo, sino que, juntamente conviene velar por su integridad y pureza. Los escritores que en sus obras mantienen pura y no contaminada con voces forasteras y espurias la hermosa habla de nuestros padres, esos realizan obra de patriotas."

Su pericia como profesor de Lengua Castellana, sus artículos periodísticos, sus libros y folletos, le merecieron que nuestra Academia, el 11 de febrero de 1902, le llamase a ocupar la silla de Correspondiente marcada con la letra *N*. Procede aclarar, señoras y señores, que las letras y números de nuestro sencillo mobiliario han sido siempre convención mental y no signos pintados.

El 30 de marzo de 1910 el señor Revilla pasó a ser el cuarto ocupante de la silla número IX, como sucesor de don Juan de Dios Peza. De manera asidua participó en las labores académicas, y bastará al caso recordar que en 1910 fue Secretario interino y que en el infausto año de 1915, desterrado el director, don Joaquín Demetrio Casasús, él estuvo encargado temporalmente de la dirección. En 1917 sucedió a don Manuel Peredo en el puesto de Censor, que desempeñó hasta su fallecimiento, acaecido el 16 de julio de 1924.

De su ya mencionado discurso acerca de Roa Bárcena extraeré otro párrafo que también le es aplicable exactamente: "Si en la condición de académico entra por mucho el ser estudioso observador del idioma patrio, entusiasta por su galanura y bellezas, asiduo cultivador de sus formas hablada y escrita, celoso custodio de su integridad y pureza, frecuentador constante de su léxico y gramática, si bien con la conciencia cierta de las evoluciones necesarias de todo organismo viviente; si ha de propender, además, al aticismo en el estilo, depurándolo de toda frase de relumbrón o falso ornato", —y acaba ahí la cita—, don Manuel Gustavo Revilla fue, a mi ver, el dechado del académico.

De que no es fácil serlo, dan testimonio las discusiones que a veces suscita alguna elección. Suele tenerse por seguro que el escritor más celebrado es el mejor; mas no siempre existe esa concordancia. A la generalidad de los lectores le deslumbra el centelleo de las frecuentes menciones en la prensa, le nubla la visión el incienso de los comentaristas. Diferente es el criterio académico: por sobre toda otra cualidad, incluso el don inventivo y la abundante producción, pone la pulcritud del estilo, la corrección sintáctica, la propiedad y riqueza del léxico, aunque en raras ocasiones tan equitativa y conveniente norma sea abandonada. Mejor escritor que muchos de sus coetáneos fue el señor Revilla, si bien alcanzó corta nombradía y no escapó a la amargura de que oyentes ignaros interrumpieran uno de sus galanos discursos: el pronunciado el 12 de octubre de 1918 en conmemoración del descubrimiento de América. Lo recogió en un folleto, en cuyo título consta el reprobable hecho de la interrupción, escuetamente mencionado.

Pero los méritos auténticos vencen al olvido. El nombre de don Manuel Gustavo Revilla perdura en la obligada referencia a su libro *El Arte*

en México, en la de sus biografías de artistas, en la de sus principales estudios críticos y lexicológicos; sobre todo —y lo prueba esta velada, sencilla y cordial— subsiste en la memoria de sus epígonos, de quienes, como él, consagramos nuestros desvelos al cuidado de la pureza y principalmente la unidad de la sonora, rica, armoniosa, hermosísima lengua castellana.

SEMBLANZA DE DON ISIDRO FABELA*

Por don LUIS GARRIDO

CON GUSTO cumplo el honroso encargo de hablar, en esta sesión, sobre la vida y obra de un colega eminente que la muerte nos arrebató. El doctor don Isidro Fabela era uno de los escogidos de nuestra admiración, por su talento y sus dotes de jurista y escritor. El nos dio la más cordial bienvenida, al ser recibidos en esta prestigiosa Academia, acto sentido y afectuoso que nunca olvidaremos.

Desde el comienzo de su vida dio muestra de una fina sensibilidad literaria. Al recibir un homenaje en la casa donde nació, en Atlacomulco, confesó que bajo sus techos brotaron "como de un surtidor lírico, sus encendidas pasiones de hijo, de hombre, de patriota, de artista y de ciudadano del mundo". También evocaría con vehementes palabras el panorama de su pueblo, cuando en su niñez contemplaba desde la torre parroquial el verdor del Valle de Ixtlahuaca, que se extiende al pie del montecillo del Calvario.

Siempre conservó un gran cariño de la hacienda de El Salto, propiedad de sus padres, en donde Fabela aprendió las primeras letras. A ella retornaría de tarde en tarde, al radicarse en México, para completar su educación en la Escuela Normal, y posteriormente en la Escuela Nacional Preparatoria. En estas visitas, se solía acompañar de Antonio Caso y de otros condiscípulos, que más tarde serían exponentes de la cultura nacional.

Su vida campirana le despertó su amor por la naturaleza que guardaría toda su vida, y que inspiraría su pluma, para hablarnos de la belleza de los árboles y pájaros, del perfume y variedad de las flores, de la sabrosura de los frutos, de las peñas donde anidan las águilas, del canto del agua transparente, del verde vivo de los trigos, de las lomas yermas y escuetas y de las espigas floridas del maíz. La naturaleza —declaraba— "es la artista suprema; ningún genio la supera, porque los genios mismos son obra suya". Los geranios de su tierra, particularmente, le cautivaban, y en uno de sus versos pidió que, cuando muriera, se le cubriera con ellos, deseo que fue cumplido por su devoto amigo don Mario Colín.

---

* Homenaje en la sesión pública celebrada el 11 de diciembre de 1964.

En 1908 obtuvo el título de licenciado en Derecho, en la Facultad Nacional de Jurisprudencia, y a continuación desempeñó cargos públicos en la capital y en los Estados de Chihuahua y Sonora. Profesó también cátedras de literatura e historia en dichos Estados y en la capital de la república, a donde regresó como diputado, iniciando su carrera política y diplomática. En el cumplimiento de sus deberes ciudadanos tuvo una conducta ejemplar y, a la muerte del presidente Madero, puso sus mejores energías y patriotismo, al servicio de la causa constitucionalista.

Partidario y amigo de don Venustiano Carranza, recibió de éste la comisión en su carácter de Primer Jefe del Ejército de la Legalidad, de representarlo como su enviado extraordinario en diversos países europeos y americanos. En el desempeño de tan honroso encargo, siempre hizo gala de su escogida cultura, y de una visión clara y definida de las cosas. Durante el régimen presidencial de don Manuel Avila Camacho, fue electo gobernador de su Estado natal en 1942, dejando los recuerdos más gratos de su gestión, por la forma hábil y patriótica con que supo resolver los más difíciles asuntos, dando muestras elocuentes de su amor por la cultura, pues hizo adelantar las artes y las ciencias en su entidad, fundando además bibliotecas y escuelas, y despertando la devoción por la insigne poetisa Juana de Asbaje. Al término de su encargo, fue designado Juez de la Corte Internacional de Justicia, en donde se manifestó como un magistrado sapiente y justo en sus decisiones.

Escritor por vocación, de bien cortada pluma, comenzó su carrera literaria con un libro de cuentos y episodios políticos, titulado *La tristeza del amo* (1916). Esta obra fue precursora del movimiento, que aparecería después en las letras, y que tomaba como temas nuestros problemas vernáculos, principalmente los del campo.

Dichas narraciones rurales, y sus *Cartas rancheras,* ponen de relieve el interés que sentía por los asuntos campiranos y sus magníficas dotes de observación. El había respirado desde su niñez el aire de las montañas y de los valles; conocía al dedillo los problemas agrícolas y amaba a la gente campesina. Como buen mexicano estuvo compenetrado de los dolores de nuestra patria, y por ello sus primeros cuentos son viñetas de la realidad rural mexicana. La naturaleza lo inspiraba, y así escribió en *La tristeza del amo:*

> "¡Qué linda está la vega! Si la vieras... Frente a ella te escribo. En toda la campiña hay una calma santa. El sol ilumina, mirificamente, el verde vivo de los trigos, y alegra las lomas yermas y escuetas por el frío cruel de la invernada. Casi todo está seco, el pasto mustio, la llanada monótonamente amarillosa. ¡Sólo hay primavera en mi corazón!"

Claro está, que en época tan juvenil los temas del amor los abordaba con predilección: las mujeres de Justino, el adulterio de la esposa del peón, las añoranzas por su novia Clara, a la que se imaginaba en el portalón de la casona en que vivía, recibiéndolo con la doble senda perfumada de sus brazos, para darle la bienvenida.

De su estancia en París, antes de la Primera Guerra Mundial, nos legó sus mejores cuentos. Era el tiempo en que la ciudad luz tenía un ambiente bohemio y galante. Fabela llegaba con el recuerdo de sus lecturas francesas, y la leyenda verleniana. Visitó la venerable Sorbona, y experimentó la poesía del Luxemburgo. Soñó y sintió a Lutecia, en las terrazas de sus cafés, en sus bailes del Barrio Latino y en los cancionistas de Montmartre. Buscó en sus ratos de ocio a los exponentes de la joven literatura de aquellos días, y contempló a las mujercitas de rostros graciosos, morenas, rubias, "ligeras, sonrientes, frágiles" como diría Darío, que desfilaban por el bulevard. Ellas le inspiraron sus relatos, como el de la joven pecadora que se entrega a un hombre, a pesar de la puñalada que acaba de inferirle en el vientre su amante, el apache idolatrado.

Años más tarde, volvería a la ciudad de sus ilusiones. Entonces le inspiró unas deliciosas páginas, en las cuales le llama la ciudad de la armonía y de la serenidad, del trabajo y de la gracia, confesando que sus encantos le atraen, le entusiasman, le dominan y le fascinan. Pero su espíritu amante de la belleza lo lleva también a pasear por Italia, que admira con éxtasis, arrobado. La variedad y colorido de las flores napolitanas le subyugan, y la ascensión al Vesubio le causa una impresión profunda, de la cual hace una descripción cromática:

> "Las faldas del volcán son lava petrificada de colores distintos; ya parecen desechos de horno de hierro, ya vetas blancas de plata, vetas azules, vetas obscuras, todas enormes; ya increíbles buñigas o grandes manchones que recuerdan hiperbólicos patios de establos amarillo-verdoso; a intervalos, chiqueros de rebaños sepia obscura. Y luego, levantando la frente, con la cabeza descubierta, admírase el penacho del Vesubio, que asciende sin cesar al cielo, como la mirra que se quemaba en los templos paganos en honor de los dioses penates . . . ".

En Madrid publicó un tomo con discursos y títulos políticos, que llamó *Arengas revolucionarias*, el que fue saludado por la crítica extranjera como una muestra fecunda del intelecto mexicano. Se trata de trabajos de indudable valor, que ponen de manifiesto su amor por los más altos bienes del hombre, particularmente la libertad y la patria.

Sus actividades como escritor, dejaron abundante material en diarios y revistas de México y el extranjero. Abordó la crónica de viaje, el ensayo y

el artículo de fondo con decoro y limpieza. Hizo excelentes semblanzas de sus amigos e intelectuales de valía y, con noble e ingénita sinceridad, nos habló de Alfonso Reyes, Luis Cabrera, Diego Rivera, Manuel Azaña, Alejandro Quijano, Amado Nervo, Claudio Arrau, Jesús Silva Herzog y Adolfo López Mateos. Nunca olvidaré la generosidad con que trazó mi silueta, al darme la bienvenida en esta benemérita casa, con lo que daba prueba de su hidalguía, tan constante y reiterada a lo largo de su vida.

Fabela poseía un juicioso criterio estético, que lo mismo lo llevaba al comentario literario, que al juicio sobre las obras de arte pictórico. En sus años postreros, vivió rodeado de cosas hermosas: cuadros de valor, muebles antiguos, tapices genoveses y flamencos, reposteros españoles, estatuas y libros . . . Los meses que pasó bajo el cielo holandés, le dieron la oportunidad de conocer a fondo la paleta de los maravillosos pintores de aquellas tierras, y a este respecto, deja entre otros un magnífico estudio sobre la obra de Rubens, que juzga como exponente de estados de alma, pero también, y acaso más, como pintor de formas. "Su potencia —exclama— es magistral, pues no está en la sicología de sus figuras, sino en su armonía exterior."

Fabela no se limitó a escribir; como político abordó la tribuna del Congreso y de las conmemoraciones cívicas. En un discurso de su libro de arengas revolucionarias, con palabra inflamada, se pregunta: "¿Qué es la libertad?" Y a continuación da esta hermosa respuesta, que pinta su noble carácter: "La libertad es el alma de las democracias, la base de la justicia, la causa primera de toda conquista política, y el fundamento más firme de las nacionalidades."

Hombre de profundas convicciones, ostentó siempre un celo acendrado para defender sus ideales y puntos de vista. Hispanista y republicano de corazón, más de una vez defendió con su palabra y pluma a la República española y a sus funcionarios más conspicuos. En forma notoria y meritísima habló también de sus amigos como Alejandro Quijano, nuestro inolvidable director, y de López Mateos, el estadista de México. Pero donde mostraba su más pura y desinteresada emoción, era al hablar de nuestros héroes: Morelos, Hidalgo, Madero. De éste último decía, que fue alucinado, audaz y apóstol. "Nació —afirmaba— para ser símbolo: por eso fue a la muerte en la escala envidiable del martirio."

Sentía, asimismo, con hondura, las gestas de los patricios americanos: Washington, Bolívar, Artigas, O'Higgins, Sandino, y a ellos dedicó hermosos capítulos. Acreditó con esto, no sólo su amor a la patria, sino a las grandes figuras de este hemisferio, que se destacan sobre un fondo de virtudes ciudadanas y militares, merecedoras de los más cálidos homenajes. Al ensalzar su gloria, ponía de manifiesto su admiración por los que se sacrificaban en aras de una magna causa, y pagaba la deuda sagrada que todos tenemos

por los que, con sus gloriosos hechos, hicieron posible que disfrutemos de hogar y de ventura. Y con tenacidad austera e ímpetu ardoroso no dejó nunca de recordar sus nombres, pues al ennoblecer la historia de sus pueblos, los habían puesto en el camino de la libertad, de la justicia y del progreso.

En sus piezas oratorias, se advierte la formación del jurista entrenado en la cátedra y en la tribuna académica, con períodos llenos de conceptos elevados y de recia arquitectura. El estilo es pulcro, como si pensara en que sus discursos debían estar destinados a la lectura también. Su preparación para abordar los temas era notoria, pues hombre responsable, no hablaba sino de lo que conocía bien. En sus peroraciones, el hilo dialéctico une las ideas con energía y concisión, gustando poco de agrupar temas que no fueran accesibles al auditorio.

La claridad de Fabela en sus tareas intelectuales, es producto, sin duda, de las letras francesas a que tan aficionado fue en su juventud. Sin grandes ornamentaciones, su frase es sencilla y elegante, y su método de exposición lógico y persuasivo. El sabía adoptar el tono correspondiente según el asunto y las circunstancias; los vocablos aparecen vibrantes si los usaba en el fragor oratorio, serenos y pulidos en sus trabajos de Ateneo y enérgicos en las polémicas. Cuando evocaba sus andanzas políticas se entusiasmaba afirmando, rotundo, su pensamiento de aquellos días. Y así, al comentar la vida de Aquiles Serdán, expresaba: "Era como todos fuimos: ciudadanos sin ciudadanía; pero llevando en su espíritu, adelantado a la política de su tiempo, una fe de apóstol y una videncia de profeta, vidente fe que él puso al servicio de la república, con el fin de reconquistar los derechos que soñaron darnos los constituyentes de 1857."

En el campo literario tuvo excepcional predilección por la obra de Cervantes, a la que consagró enjundiosas glosas, entre otras, las contenidas en su discurso recepcional en esta Academia. Manifestaba que el autor del Quijote, era "el español que más admiro y venero, porque es el genuino y admirable representante de la raza hispana"; y agregaba que había recibido una gran merced del glorioso manco, por el bien que le había hecho:

> "enseñándome —decía— tus conceptos de la bondad, el honor y la misericordia; gracias porque me guiaste por los caminos de la estricta justicia; gracias, señor, porque en medio de tus cantos al idioma castellano, que son todos tus capítulos de romance caballeresco, encendiste en mi espíritu una llama que siempre arde, como lámpara votiva a tu idioma esplendoroso".

Al ocuparse de las creaciones cervantinas, Fabela daba ejemplo de su fina sensibilidad. Ciertamente, tuvo coloquios interiores al abandonar el libro inmortal sobre su mesa de trabajo, y reflexionar en silencio, acerca de las

maravillosas y gratísimas enseñanzas que ofrece. El hábito de leer la creación genial, contribuyó a la preocupación que abrigaba del culto por la unidad del idioma, tema sobre el que discurrió en el Primer Congreso de Academias, mostrando un espíritu al par que de respeto a la pureza de la lengua, de natural y necesario cambio, para darle:

> "paso franco al movimiento de libertad y renovación, que todas las lenguas deben tener, si anhelan su enriquecimiento, maleabilidad y regeneración incesante —concluyendo por proponer que debían aumentarse todos— aquellos vocablos, que tuviesen un uso y un valor reconocidos en su patria de origen, y que la Academia no tuviera razones de positivo fondo para rechazar. Pero esto, sin descuidar la misión —que podríamos llamar sagrada—, de proveer a la conservación y la pureza de nuestro idioma".

Como se ve, Fabela era un casticista, que estaba alerta para infundir nueva savia al tronco de la lengua. No era un filólogo, que tuviera los ojos puestos sólo en lo arcaico, sino un escritor liberal y progresista, como lo demuestra la modernidad de su estilo y de sus ideas, que admitían un hecho notorio: la evolución del lenguaje y de la sensibilidad, pues como asienta el gran Azorín:

> "Hay en nuestro acervo mental aspectos, relaciones y matices de las cosas que no había en el siglo XVII, hay también una gama de expresiones literarias —y lexicográficas— que era desconocida hace tres siglos."

En efecto, el teatro, la escultura o la pintura de nuestros días tienen aspectos, que reflejan un modo de sentir diverso, del que conocieran generaciones pretéritas.

Un sincero cultor del idioma fue el hombre que evocamos esta noche, pues tuvo siempre felicísimas expresiones en defensa de nuestro idioma, y más de una vez luchó "por la afinación, claridad, pureza y euritmia" del mismo. Su pluma nunca estuvo inactiva para poner de manifiesto, la limpia devoción que profesaba, a los máximos valores de las letras castellanas. Pero Fabela no era un buscador de imágenes raras, ni un amante sólo de la belleza formal, ya que su casticismo se inspiraba en el arte de la vida y en la emoción del verso o de la prosa.

Nuestro ilustre y extinto colega fue, además, un mantenedor fervoroso de todas aquellas cosas que juzgaba benéficas para el país. Periodista en activo a lo largo de su vida, con la voluntad y diligencia que le eran peculiares, se ocupó de asuntos políticos y diplomáticos trascendentales, execrando en algunos de ellos a los personajes que juzgaba merecedores de su

indignación. Celoso de la independencia y destino de la República, se preocupó hondamente de los problemas que planteaban nuestras relaciones con los Estados Unidos. Y así cuando nuestro país expropió la industria petrolera, escribió que corríamos el peligro de perder la independencia "si nuestros gobiernos no tenían la habilidad y la energía, de oponerse a las tendencias absorbentes de los financieros e inversionistas de Yanquilandia".

Las representaciones que Fabela tuvo en el extranjero, durante nuestro movimiento revolucionario, por su carácter de jurista lo llevaron a descollar en forma muy prominente en el Derecho Internacional. Desde joven fijó una posición personal de reconocido valor civil, dictada por su amor a los ideales bolivarianos; y fruto del examen que realizó acerca de las relaciones diplomáticas, entre las naciones iberoamericanas y el coloso del Norte, es uno de sus libros más notorios: *Los Estados Unidos contra la libertad* (1918), en donde pinta la expansión del capitalismo de ese país, con propósitos de hegemonía mundial. Fue, por otra parte, un estudioso de la doctrina Monroe, para poner de relieve las interpretaciones circunstanciales que ha tenido en el curso de su aplicación, exhibiendo cómo el gobierno de Washington la manejó en forma interesada. Igualmente se preocupó por fijar el alcance de otra doctrina: la del eminente internacionalista argentino Luis María Drago, que condena el cobro compulsivo e inmediato de las deudas por parte de los Estados acreedores.

Se puede afirmar, que el licenciado Fabela consagró lo mejor de su vida, a luchar y difundir los principios de justicia y equidad en las relaciones internacionales: actitud que lo llevó, no sólo a la investigación de la política y de las doctrinas de los Estados, sino a estudiar los requisitos que deben llenar los buenos diplomáticos. Al efecto, sostuvo que los aspirantes a serlo necesitan cursos especiales, que los capaciten para su elevada e importante misión, pues de su trabajo depende que puedan "salvar a su patria o comprometerla, y también arrastrarla a pérdidas irreparables". Consideró, por otra parte, que los diplomáticos tienen que reunir, además, cualidades de inteligencia y tacto social, sosteniendo con gran claridad de juicio, que al designar a nuestros representantes en el extranjero, el Ejecutivo debe ser menos exigente en los antecedentes políticos, y sacrificar antipatías personales, sobre todo "cuando se trata de misiones delicadas, que sólo pueden desempeñar con acierto intelectuales bien preparados".

Con motivo de la Conferencia de la Paz celebrada en Buenos Aires, la Secretaría de Relaciones Exteriores encargó al eminente internacionalista un trabajo sobre la neutralidad, que vio la luz en forma de libro en 1940, y que inspiró la política de los Estados Americanos durante la primera fase de la Segunda Guerra Mundial. Es un importante estudio, que mejoró en la segunda edición publicada en francés, y en el cual sostiene que la neutrali-

dad no se compagina con el texto y los ideales de la Carta de las Naciones Unidas.

En otro aspecto, Fabela se caracterizó por haber puesto, desde los años de la Revolución, toda su ciencia de jurista a servir los intereses de México. En él tuvo la patria uno de sus mejores defensores, como lo demuestran sus alegatos en varios cardinales asuntos de su política internacional. Por ejemplo, su trabajo sobre Belice, que es una crítica aguda sobre el tratado Spencer-Mariscal, con el propósito de sostener los derechos de México, argumentando que si la situación jurídica de Belice se modificara, México podría reclamar su soberanía en parte de aquel territorio.

De igual manera, Fabela escribió algunas obras sobre los precursores de nuestra diplomacia, y acerca de la política internacional del gobierno del general Cárdenas y de la historia de la Revolución. Y en unas conferencias que sustentó en la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, exhibió su magnífica documentación y su gran patriotismo, durante las etapas difíciles de nuestras relaciones con los Estados Unidos.

Su ideario es digno de recordación, pues siempre anheló una actitud digna y elevada para nuestra patria, en sus relaciones con otros Estados, dando muestras siempre de estar al día, en su conocimiento sobre las profundas transformaciones que se operan en el mundo. Fue partidario de la sociedad internacional de naciones, y en la extinta Liga ginebrina, su voz se levantó para condenar la agresión a Etiopía por parte de Italia, sosteniendo que no debían reconocerse las adquisiciones territoriales adquiridas por medio de la fuerza.

Durante la última guerra mundial, estuvo publicando una importante revista llamada "Mundo Libre", en la que defendió bizarramente los valores fundamentales del hombre, seriamente amenazados por el derecho autoritario y político de los países nazi-fascistas, y durante el conflicto luchó porque resplandeciera la justicia que garantizara los derechos humanos, para que no fueran estériles los sufrimientos, la sangre, los combates y la cólera de tantos millones de seres, alejados de un destino cristiano y civilizador. Sus palabras no eran de lamentación, sino de esperanza. Buscaba en aquellos días de dolor y de muerte, una luz, la llama que pone su brillo en lo mejor del hombre, cuando éste advierte que está próxima la liberación ambicionada. Y es que, Fabela sintió desde pequeño la causa de los oprimidos, y siempre tuvo el honor de ser su abogado en la prensa y en el gobierno, de manera que cuando sobrevino la conflagración mundial, luchó porque la libertad no sufriera eclipses ni retrocesos, y con gran estrategia y esperanza, le cupo el honor de ser su defensor, flagelando la dialéctica única de la injusticia y el avasallamiento.

Sin duda, una de las facetas más brillantes de la existencia de Fabela, en la cual puso su personalidad entera, y en donde alcanzó plenitud de es-

fuerzo, poniéndose en comunicación con el gran público, fue su lucha contra el imperialismo, particularmente en las Repúblicas hermanas de nuestra América. Combatió durante sus años de madurez, la política y práctica nacional de expansión y esferas de influencia de carácter económico, la utilización del trabajo indígena barato, el control de los mercados en los países subdesarrollados y, en general, el dominio de los Estados poderosos sobre sus vecinos débiles, y con tal motivo denunció los casos de Filipinas, Panamá, Cuba, Nicaragua y Santo Domingo, pidiendo que se rectificara dicha política:

> "Con esto —señalaba— iremos ganando libertad, los hispanoamericanos, y simpatía en vez de malquerencias, los Estados Unidos. Porque abrigamos esta convicción: el pueblo norteamericano no es el autor de la política agresiva que sus gobiernos han seguido contra la América española, los autores tampoco son los partidos militantes de ese país, sino ciertas personalidades de la política y de la banca estadounidenses, que han impuesto sus puntos de vista y sus proyectos, sorprendiendo a la gran mayoría de los ciudadanos de la Unión, ocultándoles la verdad de la política continental, o dándoles informaciones tendenciosas o francamente inexactas, para no provocar reacciones contrarias a sus planes de hegemonía continental".

Fiel a su pensamiento, sin desmayo estimulaba la lucha contra las manifestaciones del imperialismo. Al célebre guerrillero nicaragüense, Augusto César Sandino, le escribió diciéndole, que: representaba con gallardía a la dignidad de nuestra raza, herida por otra que trata de dominar el continente entero —agregando—:

> "No es usted un rebelde como lo llaman los invasores y los traidores; los rebeldes son ellos, rebeldes a la justicia y al derecho. Usted es un héroe, el héroe de nuestros tiempos, el que debía surgir como un imperativo de nuestra historia".

Esta ardorosa y viril actitud del finado internacionalista y académico, no sufrió quebrantos ni claudicaciones, perjudicándole más de una vez en su carrera diplomática, pero como era hombre de profundas convicciones, no hacían mella en su ánimo estas dificultades. El sabía bien, que todo gran ideal requiere sacrificios importantes, para subsistir y triunfar. Sólo así fructifican las empresas superiores.

Fabela estaba forjado para la diplomacia, y debió a la Revolución la oportunidad de haberse entrenado en las lides de la negociación, en el estudio de sus teorías fundamentales, y en sus prácticas y problemas. La conducta internacional de México, durante nuestra transformación social y política,

hirió muy poderosos intereses, y al finado colega le tocó defender con energía muchas de las conquistas del pueblo. No representaba al diplomático profesional, discreto y de suaves maneras, sino al jurista y hombre de ciencia que despliega su inteligencia y patriotismo, para sostener los puntos de vista de su Gobierno.

En estos menesteres era sobre todo un hombre de valor civil, de gran rectitud y de buen sentido. Y como fruto de sus múltiples experiencias en este campo, escribió las sesudas reflexiones a que ya nos referimos acerca de las condiciones que requieren nuestros diplomáticos. Entre las de orden técnico, mencionaba una educación universitaria amplia y sólida, amén de cualidades especiales de cultura, inteligencia y tacto, y un conocimiento cabal de la historia y el derecho de su país. En cuanto a las de carácter social, citaba la buena educación, las maneras distinguidas, un buen y fácil comportamiento en los salones y ser casado. Finalmente, era partidario de que el diplomático mexicano estuviera "penetrado de las nuevas ideas nacionales, porque no es posible —afirmaba—, humanamente representar bien a un Estado, de cuyo gobierno no se conocen las tendencias ni los hombres".

Fabela fue, sin duda, un Embajador que aunó las cualidades que predicaba. En las misiones que el gobierno le confió, dio muestra de su saber como jurista y de una fina sensibilidad política: aún recordamos su excelente actuación en la extinta Liga de las Naciones, en el caso de España, cuya República era víctima de una agresión por aquel tiempo. Su actitud la explicaría amplia y brillantemente en sus *Cartas al Presidente Cárdenas*, exhibiendo su magnífica preparación en los principios de neutralidad y no intervención. Con justicia, mi antiguo discípulo don Jorge Castañeda, califica a Fabela por este hecho, como un técnico de la seguridad colectiva y un campeón de los países pequeños.

El académico desaparecido, tenía dotes y aptitudes para ser un paladín de la paz. Vivió los sucesos turbulentos y sangrientos de nuestro movimiento social, y presenció dos conflagraciones mundiales. Esta historia enloquecedora lo llevó a ser un pacifista en defensa de la humanidad, y poner sus mejores empeños de internacionalista, en buscar soluciones pacíficas a los conflictos más escabrosos. Quería un mundo alejado de las guerras, que no albergara cárceles infames ni campos de concentración, para librar a las nuevas generaciones de las torturas que sus progenitores sufrieran, un mundo que no estuviera amenazado por la destrucción nuclear, y que reivindicara, plenamente, el derecho y la justicia.

Era una luz en los momentos de corrupción, de técnicos desacreditados y de hombres extenuados. Todos los que hemos sentido la necesidad de luchar contra el odio y la opresión, simpatizábamos con Fabela, pues los sacrificios de la humanidad por los altos ideales no deben ser estériles. Había

que continuar la batalla contra los poderes mercenarios, las revoluciones mistificadas y las ideologías mediocres, y restaurar la confianza en el trabajo, la cultura y la verdad. Por eso, evoco, no sin emoción la obra del compañero finado, quien tuvo el honor de ser apasionado por la justicia y la paz.

Con criterio estético y humano, fue siempre un enamorado de la naturaleza, a la que había observado en sus mejores aspectos. Plantas, flores, frutos, y sobre todo animales, eran materia de su admiración personal. Sentía especialmente el afán de mitigar el dolor, y asistir a los perros abandonados. Aún recuerdo una visita a su casona del Risco, tan señorial y llena de obras artísticas y muebles coloniales, pues al subir por la amplia escalera, salieron a recibirme como doce canes de todas las razas y tamaños, alborozados de ver llegar a un visitante. Obraba con un espíritu franciscano, al advertir el sufrimiento del prójimo, y daba muestras de irritación cuando se trataba con crueldad a las personas y los animales.

Isidro Fabela era afectuoso y cordial. Quien estuviese en su compañía, admiraba sus delicadezas espirituales, sus análisis penetrantes de los seres y las cosas, su delicadeza exquisita para abordar temas difíciles, y su palabra sugestiva para cautivarnos con sus recuerdos de viaje y sus impresiones estéticas. Su expresión era fluida y elegante, y manaba como un rico venero, pues era una mente plena de imágenes e ideas, y un observador fecundo. Un espíritu como el suyo, era natural que tuviera una gran inclinación por los libros, y sus lectores nos dábamos cuenta de ello, ya que sus artículos y libros estaban salpicados de citas, pero esto no significaba que fuera sólo un erudito, puesto que su inspiración la tomaba de la vida, del examen que había realizado de los hábitos y costumbres de la gente que había conocido. Muchas de las páginas que escribió, están animadas por las vicisitudes de las clases populares, cuyas penalidades y desvalimientos había tenido la oportunidad de observar.

Empleó muchos días y horas en la delectación estética de sus colecciones de pinturas, obras y objetos de arte, pero atesoraba también un comercio humano. Su sensibilidad perceptora lo hacía glosar en la intimidad, las notas cotidianas y los aspectos superiores de la vida. Profesaba a sus amigos y parientes un afecto hondo y sincero. La carta que dejó a su hijo adoptivo Daniel, es un documento que revela su benignidad cariñosa hacia las vicisitudes de la existencia, pero al mismo tiempo, su sentir noble y recto sobre lo que enaltece nuestro paso sobre la tierra. Su afectuosa simpatía y su ternura acariciadora, están puestas de relieve, en esta misiva de tan delicados y bondadosos conceptos:

> "Vas a ser el escultor de la carne y el alma de tus propios hijos. Al recibirte en nuestras manos el Señor estuvo con nosotros, pues

ya lo dijo el propio Nazareno: "El que recibe un niño en Mi nombre, es a Mí al que recibe."

Tú has tenido desde pequeño el don celeste de la alegría... (Tú y tu hermano) abrieron de par en par, con sus manecitas de niños huérfanos, una puerta que en nuestra vida estaba cerrada y que nos dejó absortos al descubrir el horizonte de la paternidad.

Cuando tú no me has visto, yo te he contemplado rezar con profunda devoción arrodillado junto a tu cama, con tus manazas de niño grande cubriéndote el rostro. La primera vez que te vi en esa actitud piadosa, me emocioné hasta sentir quebrantada la vista por el rocío de mis pupilas.

La esposa duplica los valores de esa unidad social que se llama el matrimonio. Si es discreta, mantendrá en vigencia constante el culto a la amistad amorosa que es el vínculo más eficaz, para prolongar hasta la muerte la confianza y el entendimiento entre los casados. Si es sensata, hablará cuando es oportuno y callará cuando sea preciso, avalorando en su justo precio el sabio apotegma de que el silencio es oro. Si es inteligente, evitará las discusiones banales, no olvidando que la discusión fácilmente degenera en reyerta, la reyerta en rencor y el rencor en odio.

Ten siempre presente que, pasados los primeros años de casados, la amistad entre los esposos vale más que el mismo amor.

Con los años los esposos-amantes se tornan óptimos amigos. Y entonces la comunión entre ellos se dignifica dentro de un estilo señoril que ennoblece y afina su conducta, su verbo, sus sentimientos.

El hogar es refugio de dolor, de la injusticia y de las derrotas. Haz de tu casa una isla de amor y alegría."

Cuando recuerdo diversos incidentes de la vida de Fabela, no puedo menos que admirar la reciedumbre de sus convicciones. Maderista por sus ideales democráticos, escapó milagrosamente de la represión del general Huerta y sirvió con lealtad conmovedora la causa del Constitucionalismo, pues aun después de sacrificado el varón de Cuatro Ciénegas, escribió potentes y fértiles páginas en defensa de su política internacional, cumpliendo así el ofrecimiento solemne que le hizo a su jefe y amigo; encargo que según sus propias palabras llevó a cabo:

"con entusiasmo y beneplácito, no únicamente por el amor congénito que siento por la historia de la Revolución, sino porque antes amé a la Revolución misma considerando que era no solamente la salvación de México, la base de su porvenir como pueblo en el interior, y, como Estado desde el punto de vista internacional".

Es mérito singular en Fabela esta adhesión, pues durante los años que privaron en el gobierno los enemigos del Primer Jefe, nuestro desaparecido compañero estuvo postergado, viviendo de su pluma y actividades profesionales. Más tarde, igualmente, dio muestras del mismo carácter al servir y glosar las relaciones de México, durante el período del Presidente Cárdenas.

Pero Fabela no fue sólo un internacionalista conspicuo, sino de igual guisa un buen gobernante. Llamado a regir los destinos de su Estado natal, se manifestó en sus actos como un espíritu progresista, facilitando su industrialización y procurando llevar como él dijo, "consuelo, aliento y mejoría a la pobreza de nuestro proletariado". Trabajó con ejemplar dedicación por la felicidad de su pueblo, confiando no sólo en su adelanto material, sino más, en el desarrollo de su espíritu por medio de la cultura, a cuyo efecto robusteció la enseñanza superior y multiplicó la primaria, para los que sufren penuria, inopias y carestías.

* * *

La copiosa mentalidad de Fabela fecundó con sus libros, sus artículos periodísticos y su oratoria a las nuevas generaciones, pero su vida laboriosa y honesta fue también ejemplo que irradia fecundas enseñanzas. Entre los valores intelectuales del país, figurará con distinción, pues empleó bien su tiempo, utilizando su vocación por el Derecho Internacional en períodos comprometidos de nuestras relaciones exteriores. Sin titubeos ni debilidades, se entregó a sus tareas de escritor, no para hacer una obra amanerada, sino para dar a la estampa páginas sencillas y claras, que llevaran útiles mensajes a sus lectores. Su vida a pesar de la edad avanzada en que murió, fue corta para dar cima a los grandes proyectos que abrigaba. Su existencia nos impresiona por su alteza de miras, y en ella perdura a través de su pensamiento, gran parte de su alma. Sus amigos y colegas de la Academia lo hemos perdido físicamente, pero hay algo que escapa de la jurisdicción de la muerte: esa concentración espiritual que todo hombre valioso deja en el arte o en la ciencia que cultiva.

En resumen, puede afirmarse que en Fabela dominó su pasión por el Derecho Internacional, pero además su anhelo por defender a la América Española, para que cumpla gloriosamente su misión histórica. Como gobernante ejerció una fuerte acción educadora, y mantuvo con firmeza inquebrantable el cumplimiento de la ley. Como juez hizo siempre lo que consideró justo. Como escritor deja una obra variada en su contenido, pero límpida y correcta. Como maestro enseñó a la juventud los caminos de la verdad, y como mexicano manifestó un gran sentido político y un hondo patriotismo, trabajando por una mayor coherencia de nuestra patria.

Los que tuvimos la suerte de conocer y tratar a Fabela, y los que en esta Academia fuimos compañeros suyos, guardaremos el recuerdo de su espíritu selecto, de su afabilidad exquisita, de su amor por el bien y la verdad, y de su vida y obra que constituyen una lección vital de patriotismo, y una ofrenda noble a las más altas empresas. Su figura siempre la asociaremos a los que como él, recorrieron los ásperos caminos de nuestra Revolución, portando la luz imperecedera del bienestar y la fraternidad entre los hombres.

CONFERENCIAS

IDEAS ECONOMICO-SOCIALES DEL MAESTRO JUSTO SIERRA*

Por don JESÚS SILVA HERZOG

INTRODUCCIÓN

Justo Sierra nació en la población de Campeche el 26 de enero de 1848. En Madrid, el 13 de septiembre de 1912, su voz elocuente y sabia se hundió en el silencio eterno de lo arcano. La noticia de la muerte del maestro, del patriota insigne, fue un duelo nacional.

Luis G. Urbina, el poeta de "Lámparas en agonía", habría de exclamar:

> ¡Qué cruel y angustiosa tu partida!
> ¡Qué bruma en los espíritus! ¡qué amarga
> tu remota y eterna despedida!

Sus restos mortales fueron desde luego traídos a México, donde reposan en el amor de la tierra que él amara con entrañable amor.

Jesús Urueta, ante la muerte del maestro dijo:

"Nos quedan, es verdad, para el lento consuelo de sus hijos, de sus discípulos y de sus amigos, y para el difícil consuelo de la patria que fue siempre su mejor inspiradora, las lecciones de verdad y de belleza que nos dio su palabra religiosa y opulenta y las lecciones de virtud que nos legó su vida ejemplar y humilde; nos quedan los versos ardientes y nebulosos de su anunciación y los versos serenos, límpidos y estelares como los astros cuando tocó con su frente, como Apolo, el zenit de la belleza; nos quedan sus "Cuentos Románticos" en los que la historia y la leyenda, la observación y la fantasía, son fondo y forma de creaciones poéticas estupendas en la plena juventud del amor y del entusiasmo; nos quedan sus vastos y nutridos estudios de historia general, en los que el severo clasicismo de Curtius y de Mommsen se despeja con la claridad de Lavisse, se caldea con la pasión de Michelet y se agracia con la poesía de Renan; nos quedan sus fragmentos

---

* Leída en sesión pública efectuada el 3 de mayo de 1963.

venerables de Historia Patria tan llenos de ciencia, de arte y de amor, entre los que sobresale un tomito para los niños, que si para éstos es un encanto, es una joya para los viejos; y su colosal retrato de Juárez, mejor dicho, su colosal escultura de Juárez —del tamaño de Juárez—, comparable tan sólo con la grandiosa de Guillermo Shakespeare, de Víctor Hugo, o al Víctor Hugo desnudo que hizo brotar del mármol al genio titánico de Augusto Rodín; nos quedan sus admirables obras de sociología y de política en conceptuosas monografías y en grandilocuentes discursos en las que armonizan y forman un todo el idealismo del poeta, el amor del artista, el método del escritor y la pasión por la libertad del patriota; nos quedan las piedras angulares y los planos grandiosos de su obra más amada y más amable, objetivo de toda su vida, remate de todos sus esfuerzos, la reorganización de la educación nacional, en la que puso todo su talento, todo su saber, todo su arte y todo su corazón lleno del amor a la Patria en la más tierna y en la más augusta de sus formas . . . ".

La personalidad de Sierra ha crecido con el correr del tiempo, como la de todo artista o pensador de auténtica valía. Los aficionados a la lectura lo conocíamos parcialmente. La publicación de sus obras completas editadas por la Universidad de México, obra meritoria de Agustín Yáñez, nos ha permitido conocerlo bien, de cuerpo entero, en toda su extraordinaria dimensión. Ahora podemos compararlo con los más grandes pensadores de nuestra América: Montalvo, Hostos, Alberdi, Sarmiento y Martí. Este último es el más grande de todos por su muerte heroica, al combatir por crear una patria.

El pensamiento de Sierra caminó por múltiples senderos. Vivió siempre alerta y pleno de nobles inquietudes. Le preocuparon los problemas de su país, de su América, del mundo entero. ¡Pensamiento con alas que supo explorar en dilatados horizontes! Sierra puede ser clasificado como periodista, orador, poeta, escritor político, historiógrafo y educador; a veces es sociólogo y economista, y sobre todo, sobre todo y siempre, maestro en el cabal sentido del término. Además, fue hombre bueno que gustó de prodigar el don de la amistad. ¡Hombre admirable! que jamás se fatigó de hacer el bien. Su robusta personalidad supo reunir la mayor suma de virtudes que puede soportar el ser humano. Cuando se escriba un libro titulado "Vidas de mexicanos ejemplares", Justo Sierra estará entre los mejores.

La cuestión social

A medida que se avanza en la lectura de las obras del Maestro de América, como lo declararan hace años varias universidades de nuestro Conti-

nente, se confirma que lo que más le importaba era el bienestar material y espiritual del hombre. Todo lo demás le parecía secundario. Trabajó toda su vida por clavar en el corazón de sus conciudadanos el amor a la patria, a la justicia y a la libertad; pero siempre, invariablemente, como bienes concretos, en beneficio del individuo y de la sociedad.

Su viaje a los Estados Unidos primero, y a Francia, Italia y España después, completó y ensanchó sus conocimientos y su visión del mundo, como siempre ocurre al viajero acucioso, atento, inteligente, ilustrado. El 17 de diciembre de 1899, escribía desde París refiriéndose a Francia, que mientras el Partido Socialista tendía a transformarse en uno de los grupos políticos más importantes, el Partido Liberal se había disuelto al declararse impotente para facilitar la solución de las cuestiones sociales; por no mermar la facultad del individuo para disponer de lo suyo a su guisa, y que, por consiguiente, niega al Estado el derecho de obligar, verbigracia, al patrón de una fábrica a asegurar contra la miseria final a los obreros inutilizados. Y añadía: "Este liberalismo del antiguo tipo es ya una reliquia; ahora el liberalismo parte en sus programas de esta verdad, a cuyo establecimiento ha contribuido todo el trabajo de la sociología moderna para definirse: individualismo y socialismo son denominaciones vanas si se presentan como antitéticas; precisamente el derecho individual está en razón directa de su carácter social, y el objeto del Estado, hasta en los términos mismos en que lo indican las constituciones como la nuestra, está formulado por una ecuación entre el interés social y el derecho individual: los derechos del hombre son la base de las instituciones sociales." Por supuesto que ahora, a la luz de discusiones y estudios posteriores, no pueden aceptarse como verdaderas algunas de las opiniones arriba insertas; ahora se piensa, por ejemplo, que hay un antagonismo irreductible entre la doctrina individualista y los principios de las escuelas socialistas. Por lo demás, estamos conformes en que "los derechos del hombre son la base de las instituciones sociales", aun cuando nos gustaría más decir que el bienestar del género humano debiera ser la aspiración esencial y el cimiento de toda organización económica, social y política. Lo humano, lo hemos dicho muchas veces, es el problema esencial.

Allá por el mes de julio de 1875, en el periódico "El Federalista", Sierra decía a sus lectores en un artículo bajo el rubro de "Preocupaciones de las clases obreras", que era absurdo el antagonismo absoluto entre el trabajo y el capital, porque capital y trabajo significan una relación indeclinable entre un hecho como causa y otro hecho como efecto. Siempre el trabajo —agregaba— producirá la propiedad individual del producto, y el producto, invariablemente, superará a las necesidades; el excedente es el ahorro y el ahorro es el capital. En otro párrafo del mismo artículo se lee: "No vamos a defender las preocupaciones de la clase rica, mil veces peores

y de todas maneras más inexcusables que las de los obreros; nuestro objeto es solamente demostrar cómo ciertas preocupaciones desvirtúan el juicio del obrero sobre las relaciones sociales, hasta el grado de ponerlos en la imposibilidad de comprender que el sistema industrial presente es un producto de la naturaleza humana actual . . . porque nosotros creemos en la modificación lenta, pero indefinida de la naturaleza humana". Seguramente que el lenguaje de nuestro polígrafo no coincide con la terminología de los economistas y sociólogos de nuestros días; mas se advierte que él ya tenía ideas claras sobre la ley del cambio constante que rige la vida de las sociedades humanas. Todo cambia: lo mismo lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño, lo mismo el átomo que la estrella. Lo único que no cambia —decía Antonio Caso— es que todo cambia.

En Chicago y a fines del siglo pasado, al observar la vida nocturna de la gran ciudad, aparece el crítico social, el moralista. Escribe que la civilización tiene sus enormes cloacas a donde va todo lo que tritura, desorganiza y defeca. Todo para hacer la dicha precaria de unos cuantos grupos selectos. En ese albañal —continúa— florece, hija de la miseria y de la noche, la inmensa flor negra del vicio.

Pero volvamos a sus ideas acerca de la clase trabajadora en otro artículo publicado en "El Federalista", también en 1875, artículo que tal vez complementa y aclara lo que pensaba por aquellos años. Vamos a transcribir tres de los párrafos más característicos:

"El gremio que mataba la libertad del trabajo; que estancaba la industria, enferma con la terrible gangrena del monopolio; que extinguía el estímulo, no sería tan perjudicial al perfeccionamiento social, como las pretensiones de los grupos obreros que tienen por ideal el hacerse dueños del poder en los Estados democráticos, en que el número está llamado a decirlo todo, con el objeto de hacer del Estado un instrumento de coacción para el capital. Esta es una idea falsa que, llegado el caso, no tendría resultado alguno; la mano de fierro del poder, al querer afianzar el capital, agarraría un espectro, una sombra, nada. Estas son verdades que es preciso decir sin miedo a las clases trabajadoras. Nuestra enseña es la de la libertad, y nuestros enemigos son los tiranos, lo mismo los que usan corona que los que llevan gorros frigios.

"En cambio, los obreros que buscan la solución del problema en la libertad y sólo en la libertad son nuestros hermanos, somos nosotros mismos. El gran socialista alemán Lassalle, decía en sus arrebatos proféticos que el reino del cuarto Estado iba a llegar; que el porvenir pertenecía a los obreros.

"No se engañaba. El porvenir es de los obreros, mas damos a esta palabra toda su amplitud; el porvenir es del obrero de la tierra, lo mismo que del obrero del hierro, que del obrero de la pluma; lo mismo del labra-

dor, que del herrero, que del escritor, y el artista. Todo el que trabaja tiene lugar a un lote en el gran repartimiento del porvenir."

Así es que, el joven Justo Sierra, todo lo esperaba de la libertad, opinión dominante en aquellos años entre no pocos hombres de letras y políticos de alto rango. No obstante, nótese que ni aun entonces cabe clasificar a Sierra como liberal puro; se observa en sus ideas la influencia del liberalismo social mexicano. En ese mismo año de periodista en plena labor, llevado por sus constantes preocupaciones sociales, encuentra que la teoría cooperativa es bastante buena, porque satisface en una justa proporción, las aspiraciones legítimas del obrero y corresponde a un tipo superior de organización industrial.

En la "Revista Nacional de Letras y Ciencias" —año de 1889— se publicó por vez primera el ensayo "México social y político", trabajo admirable que señala la madurez intelectual del maestro. Es una síntesis magistral de la realidad mexicana, en algo más de 40 páginas, difícilmente superada. Se cuenta que José Martí elogió con calor este estudio de Sierra en más de una ocasión. Y debiera ser leído despacio por toda persona interesada en la historia del pensamiento hispanoamericano.

Seguramente a menudo citaremos el ensayo en cuestión en el presente trabajo. Por ahora queremos incluir estos interesantes renglones: "El estado moral y social de los grandes grupos humanos depende de su estado económico. Verdad es ésta que no requiere ya demostración. Conocida la constitución etnológica de determinada fracción nacional; el modo y la intensidad de acción de los tres factores económicos por excelencia, la naturaleza, el trabajo, el capital; las relaciones sociales entre el propietario y el trabajador; la proporción entre el salario real y la productividad de trabajo del obrero o jornalero, se tendrá un conjunto de datos de donde podrá inferirse con plena seguridad cuál es la fisonomía neta de un pueblo bajo la máscara de sus instituciones generalmente copiadas, y de sus derechos escritos; cuál el valor de los elementos de sociabilidad, es decir, de civilización que en él existen; qué grado de firmeza tienen sus instituciones domésticas; cuál es su coeficiente de actividad individual, es decir, de libertad, base de la responsabilidad y substancia de la moral." Sierra veía con claridad los resortes y engranajes ocultos de la realidad social y política. Y es que él sabía historia y muchas otras cosas más que ignora la mayoría de los especialistas contemporáneos que, como dijera el venezolano Díaz Rodríguez, sólo tienen una ventana en el espíritu. Al sostener que la moral, la vida política y la vida social en general, dependen de la producción y del reparto de bienes materiales, se sospecha que no sólo conocía la obra del fundador del positivismo y la de Spencer, sino también la del maestro de aquél, Claudio Enrique Rouvroy, conde de San Simón, y quizás algunos de los libros de Federico Engels y

Carlos Marx. El párrafo arriba transcrito, con la sustitución de algunos vocablos, lo firmaría hoy un economista o sociólogo contemporáneo al tanto de la concepción económica, realista o científica de la historia.

Las riquezas de México

En un diario francés de la ciudad de México, se publicó el 18 de febrero de 1874 un artículo en el cual, al comentar la visita del presidente Lerdo de Tejada a las grutas de Cacahuamilpa, el articulista termina imaginando lo que una sibila le hubiera dicho al Primer Mandatario de la Nación. Sierra, en el periódico "La Tribuna", da su propia respuesta en el hermoso párrafo siguiente, que tiene sabor de proclama: "Así es que si hay una sibila en la gruta de Cacahuamilpa, después de decirle al ilustre viajero todo lo que el Trait d'Unión (nombre del diario) quería que le dijese, debía empuñar una trompa de bronce para que su voz, resonando desde Belice a Baja California, hiciera escuchar estas palabras al pueblo mexicano: no es cierto que seamos físicamente el pueblo más rico de la tierra; las maravillas que encantan la vista, sólo enriquecen la imaginación; somos muy pobres; las minas que encierra nuestro suelo han sido la causa de la dispersión de los conquistadores por todos los ámbitos de la Nueva España; es decir, del derrame de una población corta en un terreno inmenso, causa de nuestro malestar; necesitamos llenar ese inmenso hueco con millares y millares de pobladores; para eso es preciso comunicarnos, porque al borde del riel brota la colonia; así la mina será útil. Pero la gran riqueza de un pueblo es la agricultura, y somos muy medianamente agrícolas, porque las costumbres de la paz aún no echan raíces entre nosotros; porque si tenemos todos los climas en nuestras regiones, la irrigación natural es mezquina y corta; porque los Estados Unidos son hijos de la libertad y del Mississipi, porque un gran río central es un agente de riqueza incalculable; porque somos como un cuerpo humano que tuviera atrofiada la aorta; por consiguiente, para llegar a ser medianamente ricos, necesitamos esfuerzos sobrehumanos, tener alma de holandeses; ellos arrebataron su país al mar; abrámoslo nosotros, abramos el camino a las corrientes humanas que surcan el océano, confundiendo en todos los picos de nuestras sierras el humo del vapor y las nubes del cielo; pero pronto, porque el mundo marcha aprisa; pronto, no nos fiemos en lo que pueda hacer el gobierno; un gobierno solo nunca ha podido hacer nada; cada uno de nosotros comprenda su deber y hágalo; al trabajo todo el mundo; propietarios, abrid vuestras tierras al colono, empezad por los indígenas; ciudadanos, el hombre a la labor y el niño a la escuela, a ver si empezamos a dejar de ser pobres, porque lo somos mucho; todos esos ilusos que dicen

maravillas de nuestra riqueza, nos engañan; la riqueza es hija del esfuerzo humano. Benjamín Franklin dijo estas palabras, que debían siempre tener presentes las naciones y los individuos: 'Si alguno te dice que puedes enriquecerte de otro modo que por el trabajo y la economía, huye de él, porque es un envenenador.'

"Esto debía decir la sibila, si pudiera ser profeta en la tierra".

Es todo un programa, el de los hombres más progresistas de la época. Cada frase está escrita con honda emoción de clarinada, la emoción de un joven político desbordante de sinceridad, de un poeta que ama a su patria con encendido y claro amor. Todavía no somos ricos, todavía nos faltan caminos, aun cuando es mucho lo que hemos realizado de entonces a acá; todavía podemos repetir que la riqueza fundamental está en la agricultura, todavía podemos gritar con él, que la riqueza es hija del esfuerzo humano. Pero ya no estamos de acuerdo en lo de la colonización por extranjeros. El ensayo de las compañías deslindadoras de 1875 en adelante, fue un tremendo fracaso que causó graves daños al país. Además, siempre el inmigrante europeo, por su más alto nivel de vida, se convertirá aquí en un explotador más del labriego mexicano.

Sierra decía, refiriéndose a nuestras bellezas naturales, que "las maravillas que encantan la vista, sólo enriquecen la imaginación". Ahora cabe decir que también enriquecen nuestra reserva monetaria y el patrimonio de algunos individuos. El no pudo prever el desarrollo de la industria del turismo, fruto del adelanto de la industria del transporte y de las instituciones del progreso social, ni tampoco que fuera posible vender rayos de sol en la primavera y hermosos paisajes en el invierno y el verano. En cuanto a que los propietarios abrieran sus tierras al colono, empezando por los indígenas; como no le hicieron caso, ni a él ni a otros que vieron con claridad el problema de la tenencia de la tierra, lo hizo la Revolución que estalló el 20 de noviembre de 1910.

Agrarismo y propiedad

Creemos que ya no se sorprenderá el lector si le decimos que Justo Sierra puede ser considerado como precursor de la Revolución de 1910, precursor del agrarismo y del artículo 27 constitucional; tales afirmaciones podrán comprobarse con la lectura de esta parte del presente estudio.

En el ensayo "México social y político" antes citado, el autor se ocupa de la teoría ricardiana de la renta de la tierra en los términos que siguen: "La teoría de Ricardo sobre la renta territorial, tan combatida por la Escuela francesa, y entre nosotros por el jefe venerable de la escuela economista mexicana, don Guillermo Prieto, contiene una parte de verdad cuando se

trata de propiedad rústica en México, por lo menos el alza de la renta sin esfuerzo ninguno del propietario, en virtud de hechos sociales como las vías férreas, etc., que han decuplicado el valor de la tierra; este fenómeno que hace tamaño papel en las teorías de Stuart Mill sobre la propiedad, es aquí una verdad innegable, y ante esta verdad, cesan de ser máximas incondicionales respecto de nuestro país, las que se fundan en el dejar hacer y dejar pasar, de los doctrinarios de Manchester; deja de ser un axioma, el spenceriano de la acción benévola del Estado."

Por la cita anterior se ve que para Sierra no eran ajenos los estudios de economía política. Ya sabemos que es discutible la teoría de la renta del suelo de Ricardo desde el punto de vista histórico, como lo hizo notar hace mucho más de un siglo el economista norteamericano Carey; pero es a nuestro juicio indiscutiblemente verdadera, en cuanto a que el precio de los productos agrícolas en un mercado, se basa en el costo de producción de las tierras en uso menos productivas, pues de otra manera la sociedad carecería de la cantidad de artículos indispensables para llenar sus necesidades elementales; y los que explotan terrenos más fértiles, o con menores costos por estar cerca de los centros de consumo o de las vías comerciales, obtienen una ventaja adicional ajena a su esfuerzo, la cual se llama en la jerga económica, con toda propiedad, la renta de la tierra o el incremento no ganado.

En su periódico "La Libertad", escribe el 14 de febrero de 1878: "Somos individualistas, en el sentido de que ponemos sobre toda acción del Estado al derecho humano, pero no porque creamos que todo lo que se llama derecho individual es absoluto; al contrario, es nuestra opinión que como la sociedad no es una ficción sino un organismo real, sujeto a leyes más complejas que las de los individuos, su acción puede en determinados casos servir de límite a algunos de los derechos humanos, como el de propietario, y creemos que partiendo de esta base puede, en condiciones de la más alta justicia, pedirse una parte de la solución del problema social a una legislación que tendiese de una manera prudente y firme a la desamortización de la propiedad territorial; creemos que es éste el medio de sacar a la más numerosa de nuestras clases de la situación en que se halla y de desarrollar, rápidamente, las mejoras de que esperan nueva vida la agricultura, la industria y el comercio." Algo más de tres años después, en la Cámara de Diputados, el 5 de diciembre de 1881, sostenía las mismas ideas con estas palabras: "Para los que opinamos por el carácter histórico del derecho de propiedad, este conflicto es todavía más imposible. El derecho de propiedad, —el señor Duplán lo ha afirmado— es un derecho condicional; la condición es ésta: mientras la sociedad no declara la utilidad pública; mientras la sociedad no hace uso de su derecho de expropiar. Esto quiere decir que inmediatamente que la sociedad pone en práctica esta facultad, cesa el derecho de

propiedad. Cesa el derecho de propiedad particular, desde el momento en que conforme a las condiciones de una ley, conforme a la ley, una sociedad ha formulado el límite preciso en donde se va a detener la propiedad de un individuo; esta propiedad no puede pasar de ahí; hasta ahí debió llegar . . . ". A nuestro parecer, la historia de todos los pueblos y de todos los tiempos, comprueba la tesis del elocuente tribuno. Sólo quienes viven mentalmente en un pasado remoto sostienen aún que la propiedad es de derecho natural; que es de derecho divino, algo así como si Dios hubiera entregado las escrituras a los afortunados propietarios. No fue la propiedad la que creó la sociedad; fue la sociedad la que creó la propiedad. En resumen, para nuestro autor la propiedad es un derecho social.

El 19 de febrero de 1900, se publica en "El Mundo Ilustrado" un artículo de Sierra con el título de "Patología sudamericana". En ese artículo considera que si los latifundistas mexicanos y de otros países de la América Latina no fraccionan sus propiedades territoriales, correrán el riesgo de atraerse una ley agraria sobre sus cabezas; mas en ocasiones es todavía más categórico y radical. Por ejemplo, en el artículo que escribió en "El Federalista" el 4 de enero de 1876: "¿Quién fue el primero, cuál fue la serpiente que tentó a nuestra pobre patria, a esta Eva indiana perdida en las sombras salvajes de su paraíso, diciéndole: eres rica? De ahí vienen todos nuestros pecados, porque eso era una mentira infame, porque somos pobres y sólo a nuestros esfuerzos, a nuestra pena, al sudor que corra de nuestra frente, deberemos un día la riqueza.

"Y la colonización, ¿cómo puede ser una realidad? De un modo sólo. Dando tierras al colono. Y el gobierno, la nación, ¿no tiene baldíos? ¿Qué hacer? Decretar la desamortización que aún falta; la expropiación por causa de utilidad pública.

"Ni hay otra solución, ni otro remedio.

"Expropiación sin indemnización previa, sino posterior; es decir, suspensión de los efectos del artículo 27 de la Constitución de 1857.

"Si hay quien se atreva a iniciar esto el año que hoy comienza, esta fecha, 1876, será después de esta otra, 1810, la más grande de todas; si la última marca el nacimiento del pueblo mexicano, la primera señalará la época en que tomamos la toga viril, en que el pueblo mexicano se hizo hombre."

Unos cuantos días más tarde en otro artículo: "Dijimos nosotros que la colonización en México tenía que ser precedida de la expropiación por causa de utilidad pública sin indemnización previa. Renunciamos a sostener esta proposición si se nos prueba que puede haber colonización sin necesidad de ofrecer tierras al colono; que el gobierno tiene estos terrenos; que tiene las rentas suficientes para pagar la indemnización previa." "Creer que se violan derechos con sacar de la posesión de los particulares terrenos que no

cultivan, que no aprovechan de ningún modo, es no conocer la naturaleza del derecho de propiedad, bien distinto de los otros individuales como la libertad y la vida . . . ".

Insistimos en subrayar que Sierra en 1876 es partidario de la expropiación de la tierra por causa de utilidad pública mediante indemnización, principio que 40 años más tarde fue consagrado en la Constitución de 1917.

Ignorancia y miseria

Justo Sierra, el hombre de claro talento y de alma clara, se colma de angustia al examinar la realidad dolorosa de su patria. La ignorancia y la miseria del pueblo le llegan con su amargo temblor de lágrimas a lo más recóndito de su ser. A través de toda su vida, desde la juventud hasta la vejez, fustiga a los encomenderos de todos los tiempos y predica la doctrina de la redención popular. En sus trabajos de periodista, en sus obras históricas, en sus ensayos y en sus discursos, se encuentran de vez en vez frases que recuerdan al linaje de Amós, de Isaías, de Ezequiel.

"En "Juárez, su obra y su tiempo", encontramos algún fragmento que vale la pena reproducir:

"Y el administrador de la hacienda de caña y sus empleados eran casi siempre españoles, e hijos de españoles los amos de las otras haciendas; el trabajador del campo en sus manos era un animal a quien se enseñaba a cantar "el alabado", se le obligaba a comprar en "la tienda" en que dejaba mucho más del monto de sus jornales, con lo cual tenía un nexo terrible que lo encadenaba a la gleba, y se le trataba a palos, y se le dejaba sistemáticamente embrutecerse con la superstición, el pulque o el aguardiente y la promiscuidad generalmente incestuosa en la familia, que apenas así podía llamarse. De este estado sacaba al indio y al mestizo la "leva", que lo arreaba rumbo a todos los mataderos de la guerra civil. Pero en el fondo de este ser brutalmente mantenido en los límites de la animalidad por el alcohol y la fusta de los cómitres, había una llama de odio contra los amos, contra los capturadores, que fue precisamente la que sirvió a Hidalgo en septiembre de 1810 para incendiar la Nueva España y darle conciencia de su ser propio en el feroz grito antisocial de ¡Mueran los gachupines!, cuyo recuerdo hacía estremecer de frío al anciano don Lucas Alamán, y recrudecía su afán de resistir a los innovadores. No se equivocaba; el grito de "constitución y reforma" era nieto del de los insurgentes de 1810; era la misma protesta contra el antiguo régimen . . . ".

Años antes de "Juárez, su obra y su tiempo", al referirse a los hacendados en "México social y político", escribió: "Los criollos ricos, con mar-

cadas excepciones, apenas educados intelectualmente, creados en el despego del trabajo, encontrando en todos los vicios que facilita el servilismo, desde tiempo inmemorial establecido en las haciendas, con diversos nombres, una satisfacción suficiente para su vida animal, y en las prácticas minuciosas del culto católico el ideal de sus aspiraciones morales; los criollos ricos han constituido una clase pasiva, en donde el dogma político ha sido la incapacidad radical del pueblo mexicano para gobernarse a sí mismo y la necesidad de una intervención, y donde el amor por la patria mexicana es, cuando existe, un sentimiento de vanidad, no un afecto activo y profundo. Esta clase contribuyó a mantener a la indígena en esa especie de servidumbre de la gleba, que es aún hoy el estado social de la mayoría de nuestras poblaciones rurales, y que el día que se transforme traerá consigo la fuerza y la grandeza para nuestro país, porque una raza entera habrá ascendido entonces a la civilización."

Justo Sierra conoce la realidad amarga de México y la pinta con ejemplar fidelidad. Su voz suena a menudo discordante entre las voces del coro porfirista. Fustiga a los acaudalados y no oculta su amor a los humildes, su amor al indio y la fe en sus posibilidades de superación. Estos principios jamás lo abandonan. Son la esencia de su vida, convicción y anhelo clavados en la conciencia y en el corazón. Los defenderá cuando joven en su época de periodista, cuando hombre maduro en sus ensayos y en sus discursos en la Cámara de Diputados, y ya muy cerca de los sesenta años desde la altura del Ministerio de Instrucción Pública.

El 12 de junio de 1878, apareció en "La Libertad" un artículo escrito por Sierra con el título de "Conservadores y reaccionarios". De ese artículo se toman estas líneas: "La cuestión está en pie, más terrible que nunca, porque cada día que pasa agrega al anterior su elemento de desorden y de pena; tenemos como antaño, el mismo pueblo muriéndose de hambre, compuesto de individuos cada vez más raquíticos, porque sus padres y sus abuelos agonizaron de hambre también; incapaz de moralizarse, porque la instrucción, infundida en el que vive en la miseria, es un delirio. Como único porvenir para el proletariado existe un empleo de sangre: ser soldado; como único porvenir para el hombre de ciencias: una subvención del gobierno; para el comerciante: un negocio con el gobierno o contra él; para el profesionista: un pacto con el gobierno; para los demás: la burocracia, sola carrera en un país en que el rico es el Estado, que es un pobre."

En la sesión del 12 de diciembre de 1893 en la Cámara de Diputados, se discutió el problema de la inamovilidad judicial. Justo Sierra pronunció un brillante discurso, del cual se toman estos párrafos:

"Soy yo, señores diputados, quien hace algunos meses dijo que el pueblo mexicano tenía hambre y sed de justicia; todo aquel que tenga el honor de

disponer de una pluma, de una tribuna o de una cátedra, tiene la obligación de consultar la salud de la sociedad en que vive; y yo, cumpliendo con este deber, en esta sociedad, que tiene en su base una masa pasiva, que tiene en su cima un grupo de ambiciosos y de inquietos, en el bueno y en el mal sentido de la palabra, he creído que podría resumirse su mal íntimo en estas palabras tomadas del predicador de la montaña: 'Hambre y sed de justicia.'

"Ellas no son sino el eco del grito que se escapa de las entrañas del mundo moderno ante la intensidad profunda del malestar social. Ese espectáculo que presenta el fin de este siglo es indeciblemente trágico; bajo una apariencia espléndida, se encuentra tan profunda pena, que pudiera decirse que la civilización humana ha hecho bancarrota, que la maravillosa máquina preparada con tantos años de labor y de lágrimas y de sacrificios, si ha podido producir el progreso, no ha podido producir la felicidad."

Aquí precisa detenerse. Llama la atención, una vez más, la sinceridad de Sierra y la claridad de sus ideas. Hablaba así en pleno idilio porfiriano, en los años en que ser optimista en cuanto al presente y futuro de la Repúpública era una obligación indeclinable. Además, en todos los países de cultura occidental se tenía entonces fe en el progreso, se creía que el hombre, gracias al capitalismo creador, había encontrado por fin la ruta definitiva de la felicidad. Por lo menos esto era lo que creían los capitalistas y quienes vivían bajo su amplia sombra protectora. Sólo unas cuantas voces discordantes se oían aquí y allá, como la de nuestro Justo, nombre simbólico.

La educación superior

La educación del pueblo desde la primaria hasta la universidad fue la preocupación predominante en los últimos lustros de su vida. A ella dedicó con pasión fervorosa e interés desinteresado, sus energías, sus amplios conocimientos, y sus más nobles afanes. En las ideas de Justo Sierra se encuentran antecedentes, todos los antecedentes de la obra educativa de los gobiernos revolucionarios. Sierra coronó su obra de educador y de humanista al crear la Universidad Nacional en 1910. Y aquí conviene recoger algo de lo más característico de su pensamiento de auténtico universitario, de mexicano y de hombre universal. Dijo en su discurso de 22 de septiembre de ese año de 1910:

"No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de una patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del teles-

copio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice: no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz del Tabor."

"El interés de la ciencia y el interés de la patria deben sumarse en el alma de todo estudiante mexicano."

"Cuando el joven sea hombre, es preciso que la Universidad o lo lance a la lucha por la existencia en un campo social superior, o lo levante a las excelsitudes de la investigación científica, pero sin olvidar nunca que toda contemplación debe ser el preámbulo de la acción; que no es lícito al universitario pensar exclusivamente para sí mismo, y que, si se pueden olvidar en las puertas del laboratorio al espíritu y a la materia, como Claudio Bernard decía, no podremos moralmente olvidarnos nunca ni de la humanidad ni de la patria."

"Los fundadores de la Universidad de antaño decían: "la verdad está definida, enseñadla"; nosotros decimos a los universitarios de hoy: "la verdad se va definiendo, buscadla". Aquéllos decían: "sois un grupo selecto encargado de imponer un ideal religioso y político resumido en estas palabras: Dios y el Rey". Nosotros decimos: "sois un grupo de perpetua selección dentro de la substancia popular, y tenéis encomendada la realización de un ideal político y social que se resume así: democracia y libertad".

Estas ideas del maestro están en pie, aun cuando de manera obvia cabe adicionarlas con nuevos principios y conceptos nuevos de conformidad con la realidad objetiva del momento histórico y las nuevas corrientes del pensamiento contemporáneo. La función esencial del universitario estriba en servir con lealtad y sin descanso a la sociedad de que forma parte, con la finalidad concreta de mejorarla más cada día en provecho, por lo menos, de la mayor parte de sus componentes.

Dos profecías

El 29 de abril de 1900, en su colaboración del "Mundo Ilustrado", nos dice: "El gran fenómeno internacional del siglo XX no va a ser una federación entre las naciones, eso será en el siglo XXV, sino un sindicato entre las naciones fuertes para explotar a las que no lo son. Este "trust" lo van a iniciar los Estados Unidos; va a ser el imperio sindicado universal." ¿Al leer lo anterior no se piensa acaso en el "Pacto del Atlántico" y en el Mercado Común Europeo? Sierra vislumbró, a cincuenta años de distancia, acontecimientos político-económicos seguramente de considerable significación histórica.

Pero hay algo mucho más admirable. En sus apuntes del viaje a Europa, a bordo del vapor que lo condujo al viejo Continente, intuyó, pronosticó la

fisión del átomo. Entonces escribió mientras navegaba en alta mar: "El hombre no acometerá nunca aventura más trágica, más terriblemente capaz de demostrar en un momento toda la impotencia contra la naturaleza del que se llama su 'rey', que la de entregarse al mar —se siente, se comprende, se palpa; lo mismo es para el mar el esquife pintarrajeado del fenicio, que el barco de cuero del normando, que la carabela de Colón, que estos espléndidos "steamers", prodigios de ingenio, de fierro y de oro—. ¿Quién puede dudarlo, quién puede creer que de esta red viva de fuerzas ilimitadas tenga más probabilidades de escapar —el hombre— que si contra él se conjura la molécula, el átomo?" Y en Hiroshima y Nagasaki —agregamos nosotros— el átomo se conjuró contra la vida de millares de hombres, mujeres y niños, y es en la hora actual una pesadilla dantesca para todo el género humano, temeroso de ser destruido por el contubernio trágico de la insensatez con la maldad.

Palabras finales

Ermilo Abreu Gómez compara a Justo Sierra con Víctor Hugo. Dice que la voz del gran poeta francés fue lo que más se acercó a su espíritu. "Eran las suyas dos elocuencias humanas que se encontraban. Hay en esto más coincidencia que influencia. A los dos les gustaba el gesto, el ademán, como arma de combate. A Víctor Hugo le encantaba contemplar las montañas y medir su inmensidad. Le sobraba aliento para ello. A veces equivocaba el tamaño. No importa: el tamaño estaba en el poeta. A Sierra le agradaba arengar a los elementos desatados. De la luz de los rayos desprendía otra no menos intensa: la de su ingenio. Eran iguales los dos poetas en la actitud heroica frente a la vida. Eran espíritus gemelos. Al encontrarse se hubieran tratado como viejos amigos. Los dos tenían madurez abuela. A los dos los hería por igual la injusticia. Por esto abrigaban igual concepto del pequeño Napoleón. A los dos los había lastimado en lo más íntimo: en el amor a la patria. De sus manos, bajaba abundante misericordia. En ocasiones, de ellas caían rosas."

Ya lo dijimos al principio. Hace algunos años, Justo Sierra fue designado Maestro de América por varias universidades del Continente. Cumplido homenaje a sus méritos como hombre, como ciudadano, como pensador. Alfonso Reyes dice que "si hay momentos en que escribió de prisa, puede decirse que afortunadamente siempre pensó despacio". El amor a la patria encendió su palabra en luz de relámpago que ha tenido la virtud de perdurar. Su hermosa personalidad despierta al mismo tiempo que admiración, cariño fervoroso y apasionado. El mismo Alfonso Reyes piensa que, cuando se conoce la vida ejemplar de Justo Sierra y se leen sus libros, "acuden al

lector las palabras temblorosas de Eneas: 'aquí tienen premio las virtudes, lágrimas las desgracias, compasión los desastres'."

Y el pueblo de México debe al Maestro la más honda y rendida gratitud, porque él supo honrarlo con su clara bondad y noble inteligencia, con la limpieza de su vida y con la llama de su pensamiento; debe honrarlo porque desempeñó para la patria el oficio de antorcha.

LECTURA Y ANALISIS DE UN POEMA DE SALVADOR DIAZ MIRON

Con el título anterior, el señor académico don Carlos Pellicer comentó y leyó el poema "Idilio", de Díaz Mirón, en sesión pública que la Academia Mexicana celebró el 11 de octubre de 1963.

PROSAS DISPERSAS

En sesión pública que la Academia Mexicana efectuó el 8 de mayo de 1964, el señor académico don Julio Torri dio lectura a varias páginas de su libro inédito *Prosas Dispersas*.

LA SINTAXIS Y LA EXPRESION LITERARIA*

Por don ERMILO ABREU GÓMEZ

ES CLARO que la sintaxis es un fenómeno lingüístico y es claro también que su estudio contribuye a conocer mejor la evolución del idioma. Pero este estudio corresponde a los especialistas en la materia y no a los que apenas si somos aficionados a ella y, además, no muy duchos en el arte gramatical. Somos escritores por vocación y porque así lo ha querido el destino. Pero estas y otras razones nos han impulsado a acercarnos al valor expresivo del idioma en relación con la sintaxis, que podríamos llamar su fisonomía, su sangre viva y móvil. De esto, brevemente, tratará este ensayo.

La tarea diaria de nuestro oficio nos ha puesto en contacto con la sintaxis, que es un factor decisivo en la estructura literaria. De ahí nuestro afán de querer ordenar, siquiera provisionalmente, algunas de nuestras observaciones y de nuestras ideas sobre el tema.

Ya pasaron los tiempos en que se creía que la sintaxis era apenas una lección que debía aprenderse de memoria porque resultaba indispensable para escribir una carta, cuando menos correctamente. La gramática moderna nos ha hecho ver, aunque tarde y a deshora, que la sintaxis es el resultado de la experiencia de los que hablan y de los que escriben, y que la pobrecita no tiene culpa si éstos o aquéllos lo hacen bien o mal. Vemos que esta experiencia se ha venido traduciendo en hábitos que, por cierto, no son ni estables ni permanentes. En la sintaxis todo tiende a cambiar según las necesidades de la vida misma; obedece a exigencias de la sensibilidad, del pensamiento y aun a la propia indecisión del espíritu, materia inasible que mal logramos gobernar.

Si se quiere, hay dos sintaxis: la que corresponde a la lengua escrita y la que corresponde a la lengua hablada. La sintaxis de la lengua hablada —debemos advertirlo, desde luego— no nos sirve para nuestro propósito, por las innumerables dificultades que supone su examen. Se presta a múltiples incertidumbres y contratiempos. Para llegar a ella es preciso vencer los

---

* Leída en sesión pública efectuada el 26 de junio de 1964.

prejuicios ocultos del hablante y aun la impericia del observador, cuyas normas pedantes tal vez lo lleven a querer someter todo análisis al cartabón extraño de la sintaxis escrita. Por esto los estudios que se han hecho de la lengua hablada, partiendo de trozos literarios, basados en el modo de hablar de algunas regiones, no dejan de tener sus inconvenientes. Mientras no se deslinden los factores indígenas y los que la inmigración verbal ha acarreado, cualquier labor resultará infecunda. Los ejemplos tomados de la novela picaresca de los siglos XVI y XVII no sabemos hasta dónde son fiel reflejo del hablar de aquellos ícaros, auténticos o imaginados. Yo me temo que mucho de aquel hablar no pasa de ser mero recurso literario, como vemos que sucede en lo moderno con las obras que se nos ofrecen con lenguaje callejero o campesino. Si nuestros pelados hablaran como se les hace hablar en muchas páginas que andan por ahí, tendrían que entrar por derecho en la Academia y ponerse a corregir la plana de algunos de sus socios. (Y, dicho entre paréntesis, algunos saldríamos ganando con la enmienda.)

Sepa Dios si el *Lazarillo* hablaba como dicen que hablaba en su historia; y no me atrevería a imaginar lo que diría Juan Pablos de la naturalidad de sus propias locuciones. Es casi seguro que, llegado el caso, no sabría decirnos dónde empieza su lengua, ni dónde termina el ingenio de su amo y señor. Lo propio debe acontecer con los textos de los costumbristas del siglo XIX —Ventura de la Vega, Vital Aza y Taboada. En ellos debe haber una parte ceñida al meollo de la propia lengua y otra parte será eco del saladísimo caletre de tales autores.

Nos hemos de limitar, pues, a la sintaxis de la lengua escrita, única que ofrece seguridad para medio dilucidar nuestro problema de la expresión literaria. Es obvio que nos constreñimos a la prosa y dejamos de lado el verso, porque éste ofrece deformaciones retóricas difíciles de sujetar a un régimen exclusivamente sintáctico. (Las violaciones a esta sintaxis han sido señaladas muchas veces; ayer en Góngora, y hoy en Neruda.)

Por comodidad empecemos por repetir lo que se entiende por frase. Frase es un todo unitario, coherente y completo y su entonación misma responde a un ajuste armónico de la intención expresiva. De ahí la importancia que se ha de dar al grupo fónico tan desdeñado hoy en el aire del idioma. Una frase se compone de sujeto y de predicado, elementos que es posible descomponer en otros de índole menor: aposiciones y complementos. Alguno de estos elementos puede ser tácito, pero aun así la significación de la frase no varía y resulta perceptible tanto en lo expresivo como en lo comunicativo. Así las mismas palabras aisladas son capaces de constituir frases, cuando llevan consigo la intención mental o psíquica del que habla o del que escribe.

Nuestra frase castellana corresponde a la estructura de la frase latina; pero sólo a su estructura. No podría calcarse una frase latina sobre una

frase castellana. Al descomponerse en el suelo ibérico, el latín vulgar adquirió modalidades propias que, con el tiempo, habían de constituir la fisonomía del castellano. Las causas de estos cambios, por el momento, no importan; pero podríamos advertir que necesariamente son de índole étnica, geográfica y quién sabe si también espiritual. Por ignorancia, por facilidad, por economía de esfuerzo, por lo que sea, se rompieron o se adelgazaron ciertas normas de la frase latina. Por ejemplo, desaparecieron las declinaciones y se olvidaron las desinencias de los *casos*. Desde los primeros tiempos de la decadencia latina, el pueblo hizo que la declinación, en ocasiones, se realizara por medio de partículas antepuestas a las palabras. Así fue como el castellano —la lengua heredera— acabara por dar preferencia a los proclíticos desdeñando así, como formas de artificio, los enclíticos. Estas quedaron reservadas para la oratoria, el ejercicio de la pedantería, para no pocos académicos testarudos y para los que piensan —que son muchos— que todo el valor de Cervantes radica en escribir: dígolo, llamóle, escribióle y demás simplezas. Y los que divulgan tales disparates no viven enclaustrados sino sueltos por este mundo y hasta ocupan cátedras, donde, cuando menos, perturban el sentido del idioma y el buen gusto literario de las inocentes criaturas colocadas bajo su férula.

También las palabras regentes y regidas dejaron de unirse en sistemático maridaje. La unión dependió más de la intención y de la conveniencia del discurso. Y, por último —un último que es penúltimo o antepenúltimo— se hizo más dúctil el empleo de los adjetivos y más hábil su colocación en la frase.

El pueblo castellano prefirió las frases activas y directas. El hipérbaton latino, tan natural y sencillo para un hablante de Roma, se convirtió en forma retórica y hasta de sello antipático. Las variantes que se introdujeron en el orden de las palabras, obedecían a razones más psicológicas que técnicas o puramente gramaticales. El pueblo no comprendió bien el subjuntivo y, en muchos casos, lo sustituyó por el indicativo. Hoy mismo ha repudiado el futuro del subjuntivo que todavía se usaba en la época de Santa Teresa. En nuestros días hay que ser muy quisquilloso para decir: Si *fuere* a Puebla compraría camotes. Los cristianos decimos lisa y llanamente: Si *fuera* a Puebla compraría camotes . . . o lo que *sea*. En el mundo ibérico también se impusieron normas fonéticas más simples. Desplazamos la *f* para preferir la *h* —hierro, fierro, hermoso, fermoso— y dimos a la *s* una articulación más suave, más compañera de nuestros labios.

Ni los visigodos ni los árabes tuvieron gran influencia en la sintaxis del castellano. La influencia de sus lenguas se redujo más bien a la introducción de ciertos giros coloquiales y de un vocabulario entre habitual y cotidiano. Para entender estos hechos es preciso recordar que los visigodos llegaron

a España ya romanizados; y que, en gran parte, los árabes se adaptaron a la cultura de la España que invadían. Durante el tiempo de la Reconquista moros y cristianos convivieron en no sé cuántos sitios, donde se hablaba latín vulgar (o sea el naciente castellano) junto con el árabe rústico y callejero. Entonces prevalecían dos dialectos castellanos: el de Castilla la Vieja y el de Castilla la Nueva, y dos ciudades se disputaban la hegemonía lingüística y política: Burgos y Toledo. El triunfo del castellano de Toledo, en los siglos XI y XII, es fácil de explicar. Los castellanos utilizaban su naciente romance, tanto para hablar como para escribir, sin más diferencia que la sensibilidad y el nivel social del hombre. Gracias a esta práctica, adquirió unidad y sus virtudes y defectos resultaron coherentes. En tanto que los mozárabes, como disponían de dos idiomas: el clásico y el vulgar, este último perdió fuerzas y debilitó su impulso expansivo. Por lo que respecta a la sintaxis castellana de los primeros textos, se advierte que, en la estructura oracional, predomina la sintaxis del bajo latín; por eso aparece el verbo al final de la frase y se antepone el participio al verbo auxiliar.

En su iniciación, la prosa tiene una tendencia erudita y se aproxima a los modelos que le ofrecen el latín, el árabe o el hebreo. En esta primitiva literatura castellana se percibe un como aire que procede de estas lenguas extrañas que los escritores se veían obligados a utilizar como ejemplo de sus producciones.

Es preciso llegar a la labor del *Colegio de Traductores* de Toledo del siglo XII y a la de Alfonso X en el siglo XIII para que el castellano adquiera unidad cabal, promovida por su proceso evolutivo interno. En este castellano se puede observar cuál ha de ser ya el futuro de nuestra literatura. Al principio el párrafo se construye por medio de una sucesión de frases yuxtapuestas y el texto es más para ser oído que para ser leído. La reiteración de las conjunciones copulativas da un tono monótono a la lectura. El diálogo no existe y si esporádicamente aparece, el autor lo trabaja con fórmulas verbales, intercalando, a cada paso, expresiones de esta especie: *dice, dijo, dijeron, dicen.*

En los siglos XIII y XIV se percibe una como afirmación de la expresión propia acorde con el mecanismo del idioma. Así lo revela sobre todo la obra del Príncipe Juan Manuel que "escribe con las menos palabras que le es posible". Este escritor cuida —como claramente indica— la trabazón lógica de la frase e imprime fuerza didáctica a su estilo. Su sintaxis resulta más diversa, mucho más cambiante que la practicada por el rey, su ilustre tío. Por lo pronto, abusa menos de los pronombres, y sus frases se presentan, en parejas o en series de opuesta modalidad que procede de la tendencia popular que llega hasta él como antes no se había realizado. Le preocupa la sobriedad, acaso como una réplica a la abundancia de la prosa anterior. Pero todavía

el diálogo no lo sabe manejar; lo realiza en forma indirecta tal como venía haciéndose, como ya indicamos antes.

En el siglo XIV con el Arcipreste de Talavera la latinización, con propósitos de elegancia, empieza a imponerse. La frase se amplía y se hace campanuda. El hipérbaton cobra categoría de signo sintáctico. Esta latinización irá en forma ascendente hasta el siglo XVII. Pero su auge no gravitará en la lengua popular. Toda esa latinización quedará reducida al campo literario y, especialmente, en la prosa erudita y en la poesía culta. Esta poesía, rica en imágenes, pretenderá imponer un vocabulario culto y una sintaxis figurada. El hipérbaton y la elipsis y las trasposiciones más violentas, en un amplio sector, quisieron crear un clima de artificio en el castellano. Con este espejismo algunos críticos, nada tontos por cierto, han llegado al delirio de imaginar que el gongorismo vale por su laberinto idiomático y no por su capacidad lírica.

Ya en este siglo XIV y en el último de la Edad Media se perciben dos formas sintácticas en las letras castellanas: la culta que ejemplifica el dicho Príncipe Juan Manuel, y la popular barroca del Arcipreste de Talavera. Podría añadirse una tercera —híbrida— un poco hebrea y un poco italiana, en la obra de don Sem Tob.

En la época de Juan II y de Alfonso V, aquella latinización castellana llega a constituir una verdadera plaga literaria. Es un ahogo para el gusto y la respiración. Cuando se traducen obras latinas, se mantiene la sintaxis de la lengua madre y así la versión resulta incompleta, pues si se vierte la palabra se deja intacto el esqueleto, la trabazón sintáctica. En esta forma andan vertidos al castellano Tucídides y Tito Livio que recrean un falso gusto latino. Este error lo defendieron muchos latinistas sin conciencia y, aún en nuestros días, no faltan quienes sacan su espada para castigar al que reniega de tal error lingüístico. A este movimiento corresponde la escuela llamada del *gótico florido*, en la cual figuran, como ejemplo convincente, Enrique de Villena y Juan de Mena.

La Celestina marca la saludable reacción contra esta falsedad. Este afán de llegar a la llaneza nos lo habrá de revelar Sempronio, cuando dice a su amo Calixto cómo debe hablarse en la Corte y en el mundo urbano si queremos que nos entiendan a derechas. *La Celestina* impone el sentido de lo popular en la sintaxis y en el vocabulario. El diálogo adquiere destreza hasta entonces desconocida, si pasamos por alto el que debieron ensayar los autores de los *Autos Sacramentales* y de los *Juegos de Escarnio*. Pero todavía, *La Celestina* es más medieval que renacentista.

Es el *Lazarillo de Tormes* el que acentúa la sobriedad natural con su estilo fresco y lozano, mal que pese a su torpeza.

En el siglo XVII —por fortuna transitoriamente— el predominio de la sintaxis latina se acentúa en un amplio sector literario. La literatura clásica provocó una especie de embriaguez latinizante y las víctimas más ostensibles de este retroceso —entre otros muchos— fueron el Padre Mariana, Saavedra Fajardo y Luis de Góngora. Por un lado, la frase larga de Cicerón influyó en Fray Luis de Granada y la breve de Tácito gravitó en Gracián y en no pocas páginas de Quevedo.

La cumbre del proceso natural está en Cervantes. Cervantes intuye la verdad sintáctica del castellano, y advierte la naturaleza de los desvíos que le impusieron los latinismos que llegaron con la escuela alegórica del siglo XIV y con las tretas artificiales que trajo el Renacimiento. Cervantes juega con la sintaxis y su juego tuvo un sentido tan claro que, en boca de sus personajes, puede ofrecer los ejemplos que quiere. De este modo nos hace ver la idea profunda que tenía de las diversas sintaxis castellanas. ¿Cómo no advertir la sintaxis oratoria que emplea don Quijote en sus discursos, la vulgar en que se regodea Sancho en sus coloquios, y la equilibrada, diríamos interna, que usa el propio Cervantes?

Esta sintaxis intermedia que no se inclina ni a lo culto ni a lo popular, es la sintaxis que corresponde al proceso de la lengua castellana.

La sintaxis de Cervantes no se somete a los vaivenes de influencias extrañas; es eco y resonancia del proceso natural, expresión de su tiempo, diríamos, interior, que ni se adelanta ni se retrasa en el camino, ni menos remeda modelos retóricos. Su equilibrio corresponde al que perfilaron Jorge Manrique con sus *Coplas*, el *Lazarillo*, con su historia, Santa Teresa con sus *Cartas* y Quevedo con sus *Sueños*.

El predominio de estas estructuras sintácticas, no es sólo el efecto de la evolución del idioma sino también el influjo estilístico del escritor. Cada época, cada escuela y con frecuencia, cada escritor, producen una forma que se traduce en el carácter de un signo sintáctico. La sintaxis de un idioma corresponde a un todo expresivo. Las fuerzas que se suman en ella determinan la naturaleza, y diríamos los aspectos visibles que observamos en los textos. Todavía vale aquella sencilla observación de Nebrija, cuando dice que en las palabras de una frase u oración "hay un cierto orden natural y conforme a la razón, en el cual las cosas por su naturaleza son primeras o de mayor dignidad, se anteponen a las siguientes y menos dignas". Por esto mismo Quintiliano dice que debe escribirse: cielo y tierra, día y noche, luz y tinieblas, y no tierra y cielo, noche y día, tinieblas y luz. Todo esto no es sino una verdadera intuición de la estilística moderna.

El espíritu del idioma y la intención poética del escritor rigen la estructura de la sintaxis que es la fisonomía y el índice del proceso estilístico lite-

rario. La sintaxis es la expresión de la sindéresis —disciplina que casi olvidamos en la escuela y en la obra.

Pero Dios castiga sin palo ni piedra: los maestros y los escritores que olvidan tal disciplina, se vuelven aburridos, cuando no sosos. Ninguno de ellos podrá entrar en el reino de los cielos que está destinado, según Santo Tomás, a los que entendieron a tiempo el significado del Verbo, que no es sólo palabra, sino cabal forma de la expresión humana.

PARTICIPACION EN EL CUARTO CONGRESO DE ACADEMIAS

(Buenos Aires, República Argentina, 1964)

LEXICO EN LOS DEPORTES

Ponente:

Tema IV-16/15 — ACADEMIA MEXICANA

(ALFONSO JUNCO)

POR IMPERATIVO natural de los hechos, suelen ser los deportes fértil campo de extranjerismos. En ellos se distinguen desde luego tres casos:

I. Voz que designe cosas que tienen ya nombre en español: entonces hay que adoptar y poner en uso este nombre, desechando resueltamente el extranjero. Por ejemplo, decir *pelea* o *partido*, no *match; entrada*, no *inning*.

II. Voz que, designando cosa nueva o específica, posea estructura aceptable en castellano, de suerte que sus derivados se formen con soltura y llaneza; entonces, aceptar y españolizar la palabra misma. Por ejemplo, *tenis* (suprimiendo la para nosotros superflua doble ene), de donde fluyen con espontaneidad *tenista* y, si se quiere, *tenismo*.

III. Voz que, designando también cosa específica o nueva, presente conformación en pugna con nuestra diáfana prosodia: entonces, o se moldea castellanamente la palabra forastera, o se adopta vocablo nuestro que supla; pero hay que esforzarse —aunque a veces resulte difícil— por rechazar y reemplazar la voz exótica. Por ejemplo, *pitcher*, de cómoda sustitución por lanzador.

* * *

El primer caso es más frecuente de lo que suele pensarse; pero la pereza, la pasividad, la rutina, aceptan y repiten la ajena voz innecesaria. Aquí es fácil ejercer una vigilancia y un propósito eficaces. Debemos poner un legítimo pundonor en usar lo propio y en no subalternarnos oficiosamente a lo extranjero.

¿Por qué decirle *net* a lo que es, ni más ni menos, *red*?

¿Por qué campeonato de *singles* al de *individuales*?

¿Por qué *team* o *tim* al *equipo*?

¿Por qué un *set* a una *serie*?

¿Por qué? *umpire* o *referee* al *árbitro* o al *juez*?

¿Por qué *penalty* al *castigo?*

¿Por qué —ya lo apuntamos— *inning* a la *entrada*, *match* al *partido* o la *pelea?*

Aun el nombre de *box* —que fácilmente se castellaniza en *boxeo* con sus derivados de *boxeador*, etcétera, así aceptados por la Academia— no resulta necesario, aunque tampoco molesto. Hay la voz propia: *pugilato*, que significa precisamente pelea a puñetazos. *Púgil* (que arranca del latín *pugillus:* puño), es, exactamente y con más brevedad, boxeador; púgil, pugilato, pugilístico, son robustos vocablos que nada costaría echar a andar, y hasta a pelear, que es su específica tarea.

* * *

Del segundo caso, hemos anotado el ejemplo de *tenis*, voz acogida por la Academia. Muy racional y certero es también el uso general entre nosotros de *frontenis*, para designar el juego de frontón con raqueta de tenis: donde no se dice, cruda, larga e inarmónicamente, *frontontenis* —que tendría aires de *frontontería*—, sino, apocopando con buen oído, frontenis. Norma de brevedad y de eufonía que conviene seguir en las palabras compuestas.

El uso ha castellanizado *beisbol* y *volibol*, que en nada riñen con nuestra prosodia. Un poco riñe *futbol*, pero ya quedó connaturalizado, con todas sus derivaciones, y hasta ocupa sitial en el Diccionario. El *balompié*, no obstante la porfía aragonesa de Mariano de Cavia, no ha prendido; creo que, principalmente, porque resultan impracticables los derivados: ¿cómo designar, sin que salga enorme y deforme, al jugador de balompié?

En cuanto a *futbol*, *beisbol* y *volibol*, queda la cuestión del acento: ¿los dejamos así, sencillamente, o les ponemos vírgula y les cargamos la pronunciación con violencia para decir *fútbol*, *béisbol* y *vólibol?* En realidad, la pronunciación en inglés no es así de resuelta y categórica: más bien hay un acento doble que se apoya en cada una de las dos palabras que dan el compuesto. Yo me inclino, en español, a la pronunciación no acentuada, que me parece más sencilla y natural. Y es de hecho la que prevalece en América, aunque en la península suena más *fútbol*, que vulgarmente queda en *fúrbol*, como quien dice *árbol*.

* * *

El tercer caso ofrece más escollos, aunque no insuperables.

Tiene el *ping-pong* un nombre onomatopéyico, sacado del rítmico rebote de la pelotita que va y viene; algo asimilable a nuestro tictac. Nosotros podemos castellanizarlo quitando las ges finales y suprimiendo el guión;

sólo que, al suprimirlo, queda la primera ene antes de pe y se convierte en eme: diríamos, pues, *pimpón*. Y de él pueden salir, muy galanos y alegres, los *pimponeros*.

En el pugilato, no es difícil sustituir ciertas designaciones inglesas. Así, al *round* no hay para qué españolizarlo en *raund*, que abofetea nuestra prosodia y se resiste al plural. Es fácil e intachable llamarlo *encuentro* o *tiempo*. Una pelea a diez encuentros. Fulano triunfó en el tercer tiempo.

Lo mismo para el *ring*, palabra tan impropia en su propia lengua, que nombra *anillo* lo que es cuadrado y no redondo. Ya nosotros solemos decir, perfectamente, el *cuadrilátero*, obedeciendo al sano instinto de designar la cosa por su forma; o también *la lona*, siguiendo la autorizada propensión de nombrar la cosa por su materia. De igual suerte, al coso taurino lo llamamos, por su forma, el ruedo; por su materia, la arena.

Más problema es *knock-out*, que sale ríspido y antiespañol en *nocaut*. Sería, en todo caso, preferible *noqueo*, que corresponde mejor a *noquear*, según ya se dice: modos que siquiera no rompen la estructura del castellano, aunque puedan romper la crisma del cristiano. ¿Sería cosa de pensar en *derribo* y *derribar*, o algo semejante?

* * *

Del pugilato pasemos al futbol. Ya en la práctica tenemos convenientemente suplidos casi todos los términos exóticos. Decimos delanteros, centros, defensas, línea media, ala, árbitro, portero o guardameta. Lo mismo pase, golpe, zancadilla. Hay que insistir en *cabeceo* por *heading*, *fuera* por *out*, *esquina* por *corner*, *castigo* por *penalty*. Consecuentemente, ha de decirse área de castigo o área penal, saque de esquina, saque de castigo, saque libre (no *free-kick*)

Foul es *falta*, *infracción* y hasta en su caso, *porquería*. En vez de *shoot* y *chutear* podemos decir, muy gráficamente, *disparo* y *disparar*. Al *juez de línea o guardalínea* no hay para qué llamarle *linesman*. Y así en todo, poner y usar la equivalencia. Lo más terco es *off-side* (textualmente *fuera de lugar*), que en bocas peninsulares se retuerce y estraga en *orsay*, y que puede decirse *mal colocado* o, más corto, *mal puesto*.

El inglés *goal* es exactamente *meta;* así la nombramos, y también puerta o marco. Al hecho de introducir el balón puede asimismo llamársele meta, o bien gritar *¡tanto!* en vez de gritar *¡gol!* Este último vocablo —breve y normal para nuestra prosodia— está ya cristianado por la Academia. Por lo cual sale igualmente fácil y correcto hacer *tres tantos* que hacer tres *goles*.

Y como yo ya hice tres cuartillas, aquí acaba el juego.

INTERCAMBIO DE INFORMACIONES
BOLETIN

Ponente:

Tema I-4/3 — ACADEMIA MEXICANA

(FRANCISCO MONTERDE)

CON EL FIN primordial de que exista más frecuente comunicación entre todas las academias de la lengua española y pueda proporcionarse información oportuna, acerca de algunas cuestiones filológicas, gramaticales, etc., se propone:

Independientemente de las Memorias o anuarios de las academias correspondientes, que poseen órganos cuya periodicidad no es muy frecuente, convendría que se publicara un boletín —mensual, bimestral o trimestral—, como suplemento de aquéllas, en la forma que se considere más adecuada.

LA LENGUA VULGAR. LA LENGUA CULTA Y LA LITERATURA. VOCABULARIO Y TRADUCCIONES

Ponente:

Tema II-6/5 — ACADEMIA MEXICANA

(FRANCISCO MONTERDE)

CON EL propósito de ampliar la difusión de los libros en lengua española, ya sean originales o de autores extranjeros en traducción que de ellos se dé a conocer inicialmente en Hispanoamérica, para suprimir escollos en la lectura, se propone lo que sigue:

a) Cuando se trate de obras narrativas de carácter local o descriptivas de aspectos propios de alguna región de la América Española o de las Filipinas, en la que se empleen giros o voces no incluidas en el *Diccionario de la Academia Española*, recomiéndese a los autores y los editores que incluyan, al final del libro, el vocabulario que contenga unos y otras.

b) En cuanto a las obras procedentes del extranjero, sugiérase a los traductores hispanoamericanos que, al realizar una versión a la lengua española, eviten emplear localismos que, aunque de uso frecuente en el país propio, no sean conocidos en otros países de habla hispana.

TEMAS LEXICOGRAFICOS

AMERICANISMOS Y REGIONALISMOS VOCABULARIO

Ponente:

Tema IV-14/9 — ACADEMIA MEXICANA

(FRANCISCO MONTERDE)

PARA hacer menos laboriosa la tarea de quienes trabajan en la formación de diccionarios que puedan contener aquellos vocablos de uso limitado a determinadas regiones, tanto de España como de Hispanoamérica, se sugiere:

Encarézcase a los académicos correspondientes que, al trabajar —dentro de las respectivas zonas lingüísticas— en la selección de palabras, para aumentar el acervo de la lengua común, separen aquéllas que no deben figurar en el *Diccionario de la Academia Española*, para formar con ellas vocabularios de regionalismos.

COLABORACION INTERACADEMICA

INTERCAMBIO DE INFORMACIONES

Ponente:

Tema I-4/4 — ACADEMIA MEXICANA

(JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA)

LA CELEBRACIÓN de los Congresos de Academias de la Lengua Española debe tener como corolario la mayor cohesión entre ellas, mediante el mejor conocimiento común de sus respectivas labores. Ya en el tema IV del Primer Congreso figuraron los apartados:

5) Difusión de los estudios linguísticos y literarios expuestos en los discursos de recepción de los académicos; y

7) Procedimientos para facilitar, entre los académicos de los diferentes países, el intercambio de las producciones literarias y filológicas de carácter personal.

Los diversos aspectos de esas cuestiones dieron origen a cuatro propuestas presentadas al Primer Congreso, y a la adopción por éste de otras tantas resoluciones, encaminadas a:

1) Formar un Diccionario Autobiográfico de Académicos Hispanoamericanos y Filipinos;

2) Conocer la especialidad de cada académico a fin de que se relacionen entre sí para el ejercicio de actividades comunes, sobre todo en el campo de la lexicografía;

3) Estimular la publicación de trabajos lexicográficos en los boletines o Memorias corporativos; y

4) Acrecer la intercomunicación y la cooperación de las Academias Correspondientes y Asociadas entre ellas y con la Real Academia Española.

El tema IV del Segundo Congreso fue: "Colaboración interacadémica"; y el apartado a) de ese tema atañía a la "Intensificación de la colaboración interacadémica". A ello concierne asimismo la Resolución XXII.

En el Tercer Congreso se examinó un anteproyecto para los Estatutos de la Asociación de Academias de la Lengua Española, cuyo artículo 3º enumera "los medios de que se valdrá cada Academia para conseguir sus fines"; y el apartado g) de ese artículo indica: "Contribuir a la redacción del Anuario General de las Academias de la Lengua."

Verisímilmente, dificultades pecuniarias y de recopilación de datos han impedido la ejecución de las resoluciones aludidas. Entretanto, salvo excepciones, la información interacadémica no ha pasado de ser el canje de Boletines, Memorias y Anuarios, que no todas editan y cuya periodicidad suele ser irregular. De hecho, cada Academia ignora la casi totalidad de lo que hacen las demás e incluso, en varios casos, no sabe con exactitud quiénes forman parte de algunas de ellas. Si bien las listas completas de los académicos figuran en el *Anuario* y en el *Diccionario* de la Real Academia Española, las de este último sólo son exactas durante breve lapso, pues pronto las alteran las vacantes ocurridas y las ulteriores elecciones a lo largo de los diez o más años que transcurren entre las sucesivas ediciones.

Dado que todas las Academias de la Lengua Española persiguen idénticos fines, es evidente que entre ellas debe haber frecuente trato, así como un conocimiento amplio y cabal de los componentes de cada una y de las respectivas actividades en pro del común propósito. En consecuencia —aparte de lo que sea dable hacer tocante al Diccionario Biográfico y al Anuario General—, parece aconsejable que el Cuarto Congreso adopte una resolución que incluya los dos puntos siguientes:

I. Cada Academia de la Lengua Española remitirá a las demás el *curriculum vitae* y la bibliografía de cada uno de sus miembros; lo mismo hará en lo sucesivo, respecto de los de nuevo ingreso.

II. Cada Academia de la Lengua Española invitará a sus miembros a remitir a las demás Academias un ejemplar de cada uno de sus libros, por lo menos de los que de ahora en adelante publicaren.

LOS ELEMENTOS LEXICOGRAFICOS
INTERVENCION DE LAS ACADEMIAS EN LA FORMACION DE VOCES TECNICAS

Ponente:

Tema IV-16/16 — ACADEMIA MEXICANA

(JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA)

UNO DE LOS más urgentes problemas que han de resolver las Academias de la Lengua Española es la frecuente formación de neologismos consecutiva a los adelantos científicos y técnicos en que es fecundísimo este siglo. Generalmente los componen especialistas en aquellas materias, de lengua inglesa, y la prensa los adapta fonéticamente a nuestro idioma. El vulgo, por su parte, si bien no forma vocablos de esa clase, acoge los dados a conocer por muchos y muy efectivos medios de difusión, y a menudo los modifica, a veces con acierto, así cuando redujo a *cine* y *taxi* voces de formación docta, pero demasiado largas.

Sobre tal problema no holgará recordar algún antecedente. Cuando se efectuaron los primeros ensayos de vuelo en artefactos de motor, se adaptaron al castellano los nombres que comenzaban a ser empleados en Francia: aeroplano, monoplano, biplano, avión, etc., en tanto que el don inventivo de D'Annunzio enriqueció la lengua italiana con un neologismo expresivo y eufónico: *velívolo*.

No cabe argüir que los nombres artificiales tienen poca aceptación popular. Muchos de ellos adquieren con rapidez divulgación mundial y, quiérase o no, pasan al acervo de la lengua española, impuestos por el uso. Vocablos de ese origen son, por ejemplo: *ampere*, *voltio*, *dinamita* y, entre los más recientes, *aspirina*.

Esta importante cuestión fue sometida a la consideración de los anteriores Congresos.

—En el Primero, el punto 3 del tema III era: "Utilidad de aumentar en el Diccionario la proporción de vocablos de uso corriente en las disciplinas y técnicas modernas"; y el punto 4 de ese mismo tema rezaba así: "Conveniencia de estimular la iniciativa de las Academias Correspondientes para proponer neologismos destinados a reemplazar las voces extranjeras que el adelanto de las ciencias y de la industria lanza constantemente al torrente circulatorio de la lengua";

—El Segundo Congreso aprobó la Resolución X: "Utilidad de aumentar en el Diccionario los vocablos técnicos y científicos";

—El Tercer Congreso aprobó la Resolución No. 21, atañedera al estudio de la terminología técnica.

Con pie en esos antecedentes, parece deseable que el IV Congreso de Academias de la Lengua Española adopte una Resolución encaminada a estimular la actividad de las Academias en lo tocante a la denominación, mediante neologismos apropiados, claros y eufónicos, de los nuevos productos, actividades, etc., que el desarrollo de diversas técnicas y los adelantos de las ciencias introducen en la vida moderna.

URGENCIA DE INCLUIR EN EL DICCIONARIO DE LA REAL ACADEMIA ALGUNOS NOMBRES GENTILICIOS, ETNICOS O NACIONALES

Ponente:

Tema IV-17/1. ACADEMIA MEXICANA

(DANIEL HUACÚJA)

EN EL TEMARIO destinado al Cuarto Congreso de Academias de la Lengua Española, entre los variados asuntos, todos de sin igual importancia, que incluye, aparecen dentro del párrafo cuarto los temas de carácter lexicológico y entre ellos el relativo a la necesidad de recoger algunos elementos dispersos que deban incorporarse en el Diccionario de la Academia.

Como de interés perentorio descuella la consideración de que es obvia la necesidad de aceptar algunos *nombres gentilicios, étnicos* o *nacionales* que deben estar siempre a la mano de quienes escriben artículos literarios, informativos, políticos, sociales, etc.

Don Ricardo León afirma que es urgente imprimir fuerza al idioma, con palabras extraídas de su natural y lógico asiento, para prestar animación y vida a lo que se dice.

La lengua tiene que enriquecerse con las corrientes que provienen de sus fuentes históricas y naturales y un movimiento civilizador nos conduce a buscar la unidad de expresión en los grupos sociales.

Los adjetivos *gentilicios, étnicos* o *nacionales*, dice nuestro eximio filólogo don Rafael Angel de la Peña, hacen oficio de sustantivos cuando se aplican a las personas o cuando por ellos se designan los idiomas y denotan la nación o patria de las personas y el lugar de origen o procedencia de las cosas.

Por medio de desinencias, los derivados ideológicos transforman, en fuerza de su terminación, el significado del primitivo para señalar profesiones, industrias, empleos, destinos, sectas, ocupaciones, unas veces, y otras, dignidad, jurisdicción, etc., y siempre existe relación estrecha entre la imagen de la idea con la de la palabra.

Los gentilicios o étnicos se pliegan a tal procedimiento y a veces conservan la forma del primitivo y en ocasiones la alteran con la adición de letras formativas o la supresión de otras que, conforme al genio de la lengua, persiguen el propósito de conseguir eufonía y ahuyentar combinaciones literarias que repugnan porque hacen bronco o indeseable el vocablo.

En el idioma español son conocidísimas las desinencias propias de los gentilicios. Ellas son: *al, ano, eco, eno, ense, es, ego, ino, ita* como en orient*al*, ecuatori*ano*, guatemalte*co*, chil*eno*, bonaer*ense*, franc*és*, madril*eño*, manch*ego*, perul*ero*, granad*ino*, moscov*ita*, etc.

En México las terminaciones más comunes son: *ano*, como en tehu*ano*, michoac*ano*, campech*ano; eño*, como en tuxp*eño*, jalap*eño*, sanmarqu*eño*, alvarad*eño; es, esa*, como en leon*és*, cordob*és; ense*, como en duranguense, guanajuat*ense*, morel*ense; eco, eca*, como en comiteco, tuxtleco, juchiteco, tapachulteco; *ino, ina*, como en potos*ino*, salmant*ino*, tingüind*ino; ita*, como en carmel*ita*, monclov*ita* y nayar*ita*.

Para estructurar los gentilicios nunca los hombres se han ceñido a un cartabón férreo, ni su formación ha obedecido inexorablemente a la precisión de los números o al acatamiento de las inconmovibles leyes físicas, con lo cual ha ganado nuestro idioma en gallardía y hermosura, pues si en la constitución de estos vocablos se observara la severa inflexibilidad de las ecuaciones el resultado sería monótono y no tendría la viveza que se admira en los toponímicos actuales aun cuando encierren dificultades múltiples en su formación y sean tan distintos y variados.

Muy arduo resulta su estudio porque el capricho popular influye de modo ineludible en este aspecto, y para conocer, clasificar y dilucidar estos nombres no han sido pocas las personas que con tenacidad ejemplar han consagrado tiempo y entusiasmo perseverante. Fervorosos cultivadores de la lengua han arrimado su valiosa contribución hasta fraguar con solidez esta obra edificante. Don Rafael Domínguez, nuestro lexicólogo tabasqueño, se internó decididamente en las sinuosidades de estos meandros, analizó con talento los casos de las voces en que prevalecen las terminaciones indígenas; examinó las que incluyen letras que pertenecieron a nombres antiguos; miró las que han aceptado elementos formativos para dar eufonía al derivado y otras diversas circunstancias. Tras de labor tan meritísima dio cima a su "Diccionario General de Gentilicios", excelente obra que puso al servicio de los estudiosos.

Es loado el generoso esfuerzo del ilustre académico, el erudito lexicógrafo don Francisco J. Santamaría, quien dedicó sus envidiables energías y su probada sapiencia al progreso de las letras hasta saciar sus afanes y legarnos ese monumento lingüístico que es el "Diccionario de Mexicanismos" en el cual recogió un copioso acervo de vocablos que reflejan la imagen típica del pensamiento de nuestro pueblo, palpitante de poesía en incontables ocasiones, y que sirve, al mismo ritmo que para afianzar la unidad histórica de la lengua, como fortificador de la solidaridad social de los integrantes de la nación.

En la agobiadora brega por alcanzar resultados positivos en el enriquecimiento del vocabulario, por atildarlo y precisarlo eliminando cualquier motivo de confusión, es justo puntualizar que en todas épocas han brindado su colaboración decidida muchos maestros de escuela cuyo tesón y apego al estudio enajenan nuestra mayor simpatía.

Todas estas personas justiprecian la importancia del asunto. Por la misma razón me permito insistir en el ruego, que formulo con el mayor encarecimiento, para que la honorable comisión encargada de recoger el contenido de estos trabajos, sostenga la exigencia de que sean admitidas en el Diccionario de la Real Academia las voces que al final proponemos, atenta la conveniencia de hacerlo evolucionar, vigorizarlo y procurar completarlo.

Es imperioso el deber de divulgar los términos que enriquecen el léxico y proporcionar las acepciones más cercanas a la exactitud, con el objeto de disipar dudas y evitar confusiones.

Nuestra aspiración es premiosa en el deseo de conseguir que, quienes andan en pos de ellas, encuentren las denominaciones justas y adecuadas, cuando están en el caso de emitir un dictamen, formular algún proyecto, apoyar cierta argumentación o resolver determinada consulta y que al encontrar en el Diccionario lo que buscan con ahinco, resulten complacidos y aumenten su confianza en ese libro que a todas horas es requerido.

Algunas de las voces cuya inclusión proponemos son las siguientes:

ABAJEÑO, ÑA	Natural de El Bajío, región del Edo. de Gto.
ABASOLEÑO, ÑA	Natural de Abasolo, del municipio de Macuspana perteneciente al Edo. de Tab.
ACAJETENSE	Natural de Acajete, pueblos del mismo nombre de los Edos. de Pue. y Ver.
ACAPULQUEÑO, ÑA	Natural de Acapulco, puerto del Edo. de Gro. También Acapulquense.
AGUASCALENTENSE	Nativo del Edo. de Ags. También Aquicalidense.
AHUALULQUEÑO	Natural de Ahualulco, poblaciones enclavadas en varios estados de la República.

ALVARADEÑO, ÑA	Naturales de los pueblos que llevan el nombre de Alvarado en los Edos. de Tab. y Ver.
AMATLECO, CA	Natural de Amatlán, nombre que conservan diversos lugares en la República Mexicana.
AMECAMEQUEÑO	Natural de Amecameca del Edo. de Méx.
ANGELOPOLITANO, NA	Natural de Angelópolis, nombre que se da a la capital del Edo. de Puebla.
APASENSE	Natural del municipio de Apaseo, del Edo. de Guanajuato.
APATZINGUENSE	Natural de Apatzingán, población del Edo. de Michoacán. También se dice Apatzingueño y Apatzinganés.
ATENQUEÑO, ÑA	Natural de Atenco, población del Edo. de Méx.
ATLIXQUENSE	Natural de Atlixco, Pue.
AZTECA	Nombre con el cual se designa al individuo descendiente de una tribu invasora y dominante, de la familia nahoa, que se estableció en el sitio ocupado en la actualidad por la ciudad de México. Existen individuos de esta raza en el Distrito Federal y en diversas comarcas de los estados de Aguascalientes, Guerrero, Hidalgo, Morelos, Sinaloa, Tlaxcala, Puebla, Veracruz y Zacatecas.
BAJACALIFORNIANO, NA	Natural de la Baja California.
CAMPECHANO, NA	Natural del Edo. de Campeche.
CARDENENSE	Natural de cualquiera población que lleve el nombre de Cárdenas.
CARMELITA	Natural de Ciudad del Carmen del Edo. de Campeche.
CELAYENSE	Natural de Celaya, municipio del Edo. de Gto.
CIHUALTECO, CA	Natural de Cihuatlán, población del Edo. de Jal.
COAHUILENSE	Natural del Edo. de Coahuila.
COATEPECANO, NA	Natural de Coatepec, población del Edo. de Ver.
COLIMENSE	Nat. del Edo. de Colima. También Colimeño o Colimote.
COMITECO	Nat. de Comitán de las Flores, población del Edo. de Chiapas.
CORA	Nombre que se aplica al indígena perteneciente a una tribu numerosa que puebla varios lugares de la Sierra Madre Occidental entre los Edos. de Nayarit y Jalisco.
COSTEÑO, ÑA	Natural de cualquiera de las costas de México.

CRISTOBALENSE — Nat. de algunas de las poblaciones de Chiapas y Guanajuato que llevan el nombre de San Cristóbal.

CUAUTLENSE — Nat. de Cuautla, del Edo. de Mor.

CUERNAVAQUENSE — Nat. de Cuernavaca, del Edo. de Mor. También cuaunahuacense y cuernavaqueño.

CUETZALTECO, CA — Nat. de Cuetzalan, del Edo. de Pue.

CUICATECO, CA — Nat. del municipio de Cuicatlán, del Edo. de Oax.

CULIACANENSE — Nat. de Culiacán, capital del Edo. de Sin. También culiacano y culiacanero.

CUYUTLECO — Nat. de Cuyutlán, Col. También Cuyutlense y Cuyutleño.

CHALMENSE — Nat. de Chalma, población del mismo nombre en los Edos. de Hgo., Pue. y Ver.

CHALQUENSE — Nat. del municipio de Chalco en el Edo. de Mex.

CHIAPANECO, CA — Nat. del Edo. de Chiapas.

CHICHIMECA — Descendiente de una tribu primitiva, belicosa e indomable que, procedente del norte, llegó a establecerse en Texcoco; después se mezcló con los Nahoas y formó la nación Acolhua. Más tarde se enseñoreó en tierras del centro del país y actualmente se reduce a una zona de Guanajuato.

CHINANTECO, CA — Indígena que habita en la parte norte del Edo. de Oaxaca; es pacífico y conservador. En cultivos agrícolas están muy deficientes y recientemente han recibido atenciones para su progreso.

CHIHUAHUENSE — Nat. del Edo. de Chihuahua.

CHILPANCINGUEÑO, ÑA — Nat. de Chilpancingo, capital del Edo. de Gro.

CHOLULTECO, CA — Nat. de Cholula, población del Edo. de Pue.

CHONTAL — Individuo de una tribu indígena que cubre una extensa región que abarca especialmente el Edo. de Tab., parte de los Edos. de Oax., Chis. y Gro. y se extiende por algunas de las Repúblicas Centroamericanas.

DURANGUENSE — Nat. del Edo. de Durango. También durangueño.

GUADALAJARENSE — Nat. de Guadalajara, capital del Edo. de Jal. Más común tapatío.

GUANAJUATENSE — Nat. del Edo. de Guanajuato.

GUAYMENSE — Nat. del puerto de Guaymas en el Edo. de Sonora. También guaymeño.

GUAYMEÑO — Guaymense.

GUERRERENSE	Nat. del Edo. de Gro. y de otras poblaciones que llevan el mismo nombre de Guerrero en los Edos. de Ver., Tam. y Coah.
HERMOSILLENSE	Nat. de la capital del Edo. de Sonora.
HIDALGUENSE	Nat. del Edo. de Hidalgo y de algunas poblaciones que llevan el hombre de Hidalgo en los Edos. de Coah., N. L., Tab. y Ver.
HUAXTECO, CA	Indígena originario de la región bastante fértil y ricamente dotada de pastos y de bosques llamada Huaxteca, la cual abarca la parte noroeste del Edo. de Ver. y de sus colindancias con S. L. P., Hgo. y Tam.
HUAVE	Indígena perteneciente a una tribu de ascendencia maya quiché que habita en el Edo. de Oax., principalmente en los distritos de Juchitán y Tehuantepec y que posiblemente procede de la América Central.
HUEJOTZINCA O HUEJOTZINGA	Nat. de Huejotzingo del Edo. de Pue. También Huejotzinca.
HUETAMEÑO, ÑA	Nat. de Huetamo del Edo. de Mich. También huetamense.
HUICHOL	Indígena perteneciente a una raza que se conserva sin mezcla de ninguna otra y tienen su asiento en algunos municipios del Edo. de Jal. y en parte del Edo. de Nayarit. En la actualidad se sustraen menos al beneficio de la cultura.
IGUALTECO, CA	Nat. de Iguala, ciudad del Edo. de Gro.
ISTMEÑO	Nat. de la región del Istmo de Tehuantepec en el Edo. de Oax.
JALAPEÑO, ÑA	Natural de Jalapa de Enríquez, capital del Edo. de Ver.
JALISCIENSE	Nat. del Edo. de Jal.
JAROCHO, CHA	Originario del puerto de Veracruz.
JUARENSE	Nat. de Ciudad Juárez del Edo. de Chih.
JUCHITECO, CA	Nat. de Juchitán, del Edo. de Oax.
LANCANDÓN	De la familia de los Lacandones. Indios Mayaquichés que habitan en las selvas del noroeste del Edo. de Chiapas y se extienden hasta territorio de Guatemala. Viven de la agricultura, de la caza y de la pesca y tienden a extinguirse.

LAGUENSE — Nat. de Lagos de Moreno, Jal.

LEONÉS, SA — Nat. del municipio de León, Gto.

MATLATZINGA — Matlatcinca, Matlazinga o Matlacinca. Indígena descendiente de una tribu que habitó en el Valle de Toluca y fundó la ciudad del mismo nombre. Se diseminó después por varios lugares de los estados de México y Michoacán y va desapareciendo.

MAYA — Individuo de un importante pueblo indígena de origen muy remoto que, procedente de Centro América, ocupó, en la época precolombina, casi toda la costa oriental de México, desde el estado de Tabasco hasta el de Tamaulipas. Hoy se encuentra en la Península de Yucatán y en los estados de Campeche y Tabasco y Chiapas. Por excavaciones efectuadas se han podido descubrir restos arquitectónicos y objetos de cerámica que revelan alto desarrollo social y artístico, así como conocimientos muy avanzados en la ciencia. En Yucatán existe numerosa población maya pura, parte de la cual se mantuvo insumisa por muchos años hasta 1902.

MAZATECO, CA — Nativo del puerto de Mazatlán en el Edo. de Sin. Comúnmente Mazatleco.

MICHOACANO, NA — Nat. del Edo. de Mich.

MIXE O MIJE — Indígena perteneciente a una tribu que habitó en las montañas del Istmo de Tehuantepec y se extendió al oeste de Chiapas, sur de Tabasco, oriente de Oaxaca y otros distritos. Los mixes resisten cualquier intromisión exterior, son de baja estatura y de carácter indómito.

MISANTECO, CA — Nat. de Misantla, del Edo. de Ver. También Misantleco.

MIXTECO, CA — Individuo perteneciente a una de las más importantes y numerosas razas indígenas de México. Viven en la parte occidental del Edo. de Oaxaca y no se sabe con certeza su origen. Fueron orfebres muy notables y guerreros valerosos a quienes se afirma que los aztecas no pudieron sojuzgar. Formaron con los zapotecas muy importante civilización que se conoce aún con el nombre de Mixtecozapoteca. En la actualidad los Mixtecos

son esencialmente agricultores y como elementos de trabajo son muy valiosos.

MOCHITECO, CA — Nat. de los Mochis, del Edo. de Sin. También mochitense.

MONCLOVITA — Nat. de Monclova, del Edo. de Coah.

MORELENSE — Nat. del Edo. de Morelos o de algunos lugares de Mich., Ver., Coah., Mex., Zac. y Tab. que llevan el nombre de Morelos.

MORELIANO, NA — Nat. de Morelia, capital del Edo. de Mich.

NAHOA — Tribu que habitó en la altiplanicie mexicana antes de la conquista y que alcanzó alto grado de civilización.

NAUTECO, CA — Nat. de Nautla, municipio del Edo. de Ver. También Nautleco.

NAYARITA — Nat. del Edo. de Nayarit. También se dice nayaritense.

NEOLONÉS, SA — Nat. del Edo. de Nuevo León. También nuevoleonés y nuevoleonense.

OAXAQUEÑO, ÑA — Nat. del Edo. de Oax.

OTOMÍ U OTOMITE — Individuo perteneciente a una antigua familia indígena que, procedente del norte, se extendió por diferentes comarcas y cuyos descendientes todavía pueden encontrarse en la zona central de México, principalmente en los estados de Gto., Qro., Hgo. y Méx. y además, esparcidos en territorio de Tlax., Pue., Ver., Mich., Mor. y S.L.P.

PACHUQUEÑO, ÑA — Nat. de Pachuca, capital del Edo. de Hgo.

POBLANO, NA — Nat. del Edo. de Pue.

POTOSINO, NA — Nat. del Edo. de S.L.P.

POZARRICENSE — Nat. del municipio de Poza Rica, del Edo. de Ver. También pozarriqueño, ña.

QUERETANO, NA — Nat. del Edo. de Qro.

QUICHÉ — Individuo que pertenece a una numerosa tribu americana, que tiene vínculos de parentesco muy estrecho con los mayas. El grupo quiché ocupó una extensa región en lo que actualmente son los estados de Tabasco y de Chiapas. Su cultura era de las más elevadas y así queda atestiguado, por la importancia de los monumentos cuyas ruinas causan admiración.

QUINTANARROENSE — Nat. del territorio federal de Quintana Roo.

Realeño, ña	Nat. de Real del Monte, del Edo. de Hgo.
Regiomontano, na	Nat. de Monterrey, capital del Edo. de Nuevo León. También se le llama reinero, ra.
Salinacrucense	Nat. del puerto de Salina Cruz, del Edo. de Oax.
Salmantino, na	Nat. del municipio de Salamanca, del Edo. de Guanajuato.
Saltillense	Nat. de Saltillo, capital del Edo. de Coah. Algunas veces se usa también saltillero.
Sampetrense	Nat. de San Pedro de las Colonias, ciudad perteneciente al Edo. de Coah. También se dice sampedrense, sampedreño y sampedrino.
Sancristobalense	Nat. de las poblaciones de los estados de Chiapas y de Mich. que llevan el nombre de San Cristóbal. También sancristobaleño, ña.
Sanmarqueño, ña	Nat. de San Marcos, nombre de varias poblaciones de los estados de Gro., Gto. y Sin.
Sanmiguelense	Nat. de San Miguel de Allende, municipio del Edo. de Gto.
Seris	Indígenas de complexión atlética muy refractarios a la civilización. El territorio que ocuparon en el Edo. de Son. desde épocas pretéritas ha ido reduciéndose y actualmente comprende sólo una porción de la costa y la isla adyacente llamada del Tiburón.
Serrano, na	Nat. de las regiones llamadas de la Sierra en los Edos. de Pue. y Oax.
Simojovelteco, ca	Nat. de Simojovel, del Edo. de Chiapas.
Sinaloense	Nat. del Edo. de Sin.
Sonorense	Nat. del Edo. de Sonora.
Tabasqueño, ña	Nat. del Edo. de Tab.
Tamaulipeco, ca	Natural del Estado de Tamaulipas.
Tamazulense	Nat. de Tamazula, del Estado de Sin. También Tamazuleño y tamazulteco.
Tampiqueño, ña	Natural de Tampico, importante puerto del Estado de Tamaulipas.
Tapachulteco, ca	Natural de Tapachula, del Estado de Chiapas.
Tarahumara	Individuo de una tribu indígena que radica en las cordilleras montañosas del sureste del Estado de Chihuahua.
Tapatío, a	Nombre que se aplica particularmente a los oriundos de Guadalajara, capital del estado de Jalisco.

TARASCO, CA	Individuo de la poderosa nación indígena que fundó Michoacán y desarrolló avanzadas manifestaciones de cultura.
TAXQUEÑO, ÑA	Natural de Taxco, población del Edo. de Gro.
TEHUANO, NA	Natural del distrito de Tehuantepec, del Edo. de Oaxaca.
TEOTIHUACANO, NA	Natural de San Juan Teotihuacán, municipio del estado de México.
TEOTITECO, CA	Natural de Teotitlán, municipio del estado de Oaxaca.
TEPIQUEÑO, ÑA	Natural de Tepic, capital del estado de Nayarit.
TEPOZTECO, CA	Natural de Tepoztlán, población del estado de Morelos.
TIHUATECO, CA	Natural de Tihuatlán, población y municipio de ese nombre en el estado de Ver.
TINGÜINDENSE, SA	Natural del municipio de Tingüindín, del estado de Michoacán. También tingüindeño y tingüindinés.
TLACOTEPECANO, NA	Originario de Tlacotepec, poblaciones que llevan ese nombre en los estados de Ver., Pue., Oax., y Méx. También tlacotepecense, tlacotepequense, y tlacotepequeño.
TOLTECA	Individuo de la raza indígena de los toltecas, tribu que tuvo esplendorosa civilización propia, que peregrinó del norte al centro del país, en donde fundó un importantísimo imperio con capital en Tula.
TOTONACO, CA	Individuo perteneciente a una tribu indígena de alta cultura, que procede del norte, pobló el territorio hoy ocupado por el Edo. de Ver. y parte del de Puebla. También se usa para ambos géneros el nombre de totonaca, en forma invariable.
VERACRUZANO, NA	Natural del Edo. de Veracruz. También se usa jarocho, cha.
VICTORENSE	Oriundo de Ciudad Victoria, capital del estado de Tamaulipas.
YAQUI	Indígena vigoroso que acusa notable resistencia en los trabajos mineros y agrícolas; pertenecen a una tribu inteligente e indómita, muy extendida en las regiones fértiles del estado de Sonora regadas por el río Yaqui.
YUCATECO, CA	Natural del estado de Yucatán.
ZACAPOAXTECO, CA	Natural de Zacapoaxtla, del Edo. de Pue.

Zacatecano, na	Natural del estado de Zacatecas.
Zacateco, ca	Nativo de Zacatlán, del Edo. de Pue.
Zapoteco, ca	Individuo miembro de uno de los pueblos más civilizados y poderosos del México precortesiano, de cuyo talento artístico quedan tesoros de orfebrería y admirables monumentos en la región oaxaqueña como Monte Albán y Mitla. Habitan en el Edo. de Oax., principalmente, pero existen pequeños grupos en los Edos. de Chis., Gro. y Ver.
Zempoalteco, ca	Natural de alguna de las diversas poblaciones que llevan el nombre de Zempoala en los Edos. de Gto., Hgo., Méx., Mor. y Ver.
Zihuateco, ca	Nat. de Zihuatanejo, del Edo. de Gro.

LOS NEOLOGISMOS Y SU PELIGRO

Ponente:

Tema II-8/4

Academia Mexicana

(Manuel Alcalá)

En el Segundo Congreso de Academias de la Lengua Española celebrado en Madrid en 1956, don Dámaso Alonso puso de manifiesto, con su habitual perspicacia, la amenaza que sobre los hispanohablantes se cierne. A saber, el barrunto de que en un futuro más o menos lejano dejemos de ser lo que a gran honra somos: hispanohablantes. Y dijo entonces que "el problema que tenemos delante no es el de dar esplendor, sino el de impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos".

Ella se nos hará trizas no por las variedades fonéticas o semánticas del acervo más o menos tradicional y asimilado ya. No, el resquebrajo lo producirán —si no es que ya empiezan a causarlo— cuñas que vienen de fuera. Son ellas las múltiples palabras nuevas que debemos usar para poder domeñar nuestra circunstancia cada vez más amplia y abrumadora. Las ciencias y las técnicas avanzan a zancadas de gigante. Y casi siempre por trochas o caminos que no son los de nuestro pensar y de nuestro hablar. Pero nosotros tenemos que pensar y hablar el mismo lenguaje de esa ciencia o de esa técnica. La terminología de cada una de sus jergas, no la creamos nosotros. Se nos impone de fuera. Pero se nos viene encima en alud anárquico. Los

neologismos técnicos toman múltiples formas en nuestros países. El dar ejemplos de ello, huelga aquí. Por ellos, pues, por su abundancia y variedad de formas cada vez mayores, nuestra lengua se irá —se va ya— resquebrajando.

Vengan en buena hora a enriquecernos, pero vengan vestidos decorosamente a la española y con un solo traje. No con esa variedad de disfraces de la Porcia del *Laberinto de amor* cervantino que hace de esa comedia una verdadera confusión. ¿Sería acaso *La confusa* de que tan orgulloso estaba su autor?

¿Qué hacer para que nuestra habla no llegue a ser "la confusa"? Los arbitrios ya han sido aducidos en anteriores congresos. Entre otros por el propio colega Dámaso Alonso y por la Academia Salvadoreña.

Insisto en uno sólo porque lo creo capital y porque en nuestra Academia mexicana hemos pensado en él. El que la Academia abra sus puertas para recibir socorro del exterior. ¿Cómo? Ya sea que se abra a Institutos (como quería Dámaso Alonso) constituidos por especialistas —sean o no académicos. Ya sea que se abra a un cuerpo de asesores que no tienen por qué ser académicos.

El resultado de ello habría que molerlo luego en una aceña común: un organismo o una Academia, o una Institución. ¿Por qué no el laborioso *Seminario de Lexicografía* de la Española? De otro modo, el trabajo sería fragmentario, local y sin alcance unificador.

Algo o mucho de lo apuntado se va haciendo ya. Pero es tan grande el peligro que precisa insistir en el tema.

Finalmente, el abrirse de las academias que digo, no quiero que se tome por claudicación de su razón de ser o por ataque mío a su eficacia. No. Es que nuestra situación no es la misma hoy que antaño. Es que ahí tenemos el vivo recuerdo del virgiliano "non omnia possumus omnes."

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SEÑOR ACADEMICO DON FRANCISCO MONTERDE, EL 7 DE DICIEMBRE DE 1964, EN EL HOMENAJE RENDIDO A DON FEDERICO GAMBOA POR EL IV CONGRESO DE ACADEMIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA, EN EL PALACIO ERRAZURIZ DE BUENOS AIRES.

Señor Presidente, señores académicos, señoras, señores: El banquete que ha prometido a ustedes mi querido colega don Alfonso Junco, a quien opto por no elogiar para que no resulte esto un combate de flores, aunque agradezco profundamente las inmerecidas palabras que me dedicó, no me corresponde a mí servirlo para ustedes. En realidad, yo únicamente vengo a ofrecerles un entremés que procuraré sea ligero para que se convierta en lo que preceda al banquete que brindará nuestro compañero don Ricardo A. Machado.

Yo voy a trazar, únicamente, una biografía de don Federico Gamboa que trataré de enlazar con las palabras de don Alfonso Junco.

Al hacer la semblanza de don Federico Gamboa, quienes le conocieron en sus días juveniles, han podido hablar del contraste que sin duda existió entre la turbulenta mocedad y la tranquila senectud del hombre que vivió intensamente, para evocar después tal etapa de su existencia. Para mí, la impresión que perdura es la final, cuando su fisonomía grave —con gravedad acentuada por el bigote cano y las gafas de oscuro arillo circular— se animaba de pronto, al sonreír triste, afablemente.

Tras esa gravedad con que aparece en los retratos, se escudaba el hombre de carácter bondadoso: jovial con amigos y colegas; acogedor con aquellos que se acercaban a él, para someter a su buen juicio cualquier duda o confiarle íntimas ambiciones. A través de amigos mutuos, había tenido, antes que referencias del escritor, informes acerca del funcionario incorruptible, resuelto siempre a cumplir las misiones que se le confiaron.

Gamboa estaba convencido de la dignidad de su carrera, aun después de comprobar que no era el mejor camino para hacer fortuna, pues sólo abundaba en satisfacciones personales. Así lo confió a quien había acudido a pedirle consejo, en días juveniles, cuando seguía aún el bachillerato sin rumbo definido y se hallaba ante diferentes sendas, como en una encrucijada.

El diplomático lo disuadió de seguir esa ruta, en la que le deslumbraba quizá el brillo de los entorchados y le seducía el ambiente de las recepciones. El funcionario ejemplar, el recto diplomático había llegado a la senectud sin otro caudal que las normas de honradez que legó a su heredero. Con la remuneración de sus artículos, derechos de autor y honorarios de las clases impartidas, pudo sostenerse en los últimos años.

Fruto del matrimonio del general Manuel Gamboa y la hermana de don José María Iglesias, Lugarda, nació en el domicilio de ambos —calle de San Felipe Neri, ahora República de El Salvador—, Federico Gamboa, el 22 de diciembre de 1864. Tal fecha hace pensar en los días del Segundo Imperio, al cual prestó servicios su padre. Como oficial técnico de artillería, luchó en su juventud contra el ejército norteamericano, en la Angostura; después de desempeñar cargos importantes en Sonora y Sinaloa, fue Gobernador de Jalisco, y dejó ese puesto con el que no adquirió bienes.

La niñez y la adolescencia de Gamboa transcurrieron con privaciones, porque su padre quedó algún tiempo sin empleo. Recibió la instrucción primaria en la Amiga de la que era directora Hortensia Seguí V. de Olmedo. En la Escuela Nacional Preparatoria fue condiscípulo de quienes descollaron más tarde en sus profesiones.

Como don Manuel Gamboa, gracias a su capacidad técnica, había ayudado a construir el Ferrocarril Mexicano, se le nombró representante oficial en la Directiva que el de Tehuantepec había instalado en Nueva York, E.U.A. Partió con él su hijo, entonces de 16 años, y durante su estancia en aquella ciudad —que le permitió dominar la lengua inglesa—, estudió en una escuela nocturna, donde se hizo estimar del maestro, apellidado Golday.

De retorno en México un año después, prosiguió aquí sus estudios. Aunque él hubiera preferido la carrera de medicina, siguió los deseos de su padre, y cursó leyes, tres años. Al iniciar el cuarto, murió el general Gamboa. Huérfano, con tres hermanos, tuvo que sostenerse solo. Su hermano mayor, el abogado José María Gamboa, era Juez Civil, y lo puso a trabajar, como escribiente, en el juzgado, del cual pasaría después a otro, penal, donde estuvo en contacto con duras realidades. De este empleo, detestado por él, quedaría huella visible en varios de sus libros.

En *Impresiones y recuerdos* (1893) referirá cómo llegó al periodismo: fue primero corrector de pruebas de la revista jurídica *El Foro*, de la cual eran directores Emilio Pardo, hijo, y Pablo Macedo. Lo inició en la ruta de su vocación juvenil Filomeno Mata, quien publicaba un periódico prestigiado por su valentía: *El Diario del Hogar*, donde Gamboa hizo entrevistas y redactó crónicas, firmadas con el seudónimo "La Cocardière".

Estimulado, entre otros, por Manuel Gutiérrez Nájera —a quien recordaría al cumplir un año de muerto, en 1896—, le sigue, a distancia, no sólo por el seudónimo francés elegido: Gamboa escribió crónicas de sociedad y comentarios sobre acontecimientos teatrales. Visitas de actrices extranjeras, no siempre de categoría, le permitieron elogiar a unas y fustigar a otras —a veces, sin justificación, según confidencia suya— y de ese modo adquirió fama. Entre bastidores y en ambientes bohemios, también descritos por él en sus novelas, pudo conocer —tras la iniciación sentimental de que habla en un capítulo de aquella obra: "En primeras letras"— a las mujeres, no siempre deseadas, que igualmente recordaría, alguna vez con amargura, en otros relatos. Como la mayoría de los escritores locales, en su evolución literaria, tomó el camino en que, de acuerdo con su sensibilidad, no podía dejar de rendir tributo a la lírica. Lo hizo, bajo la romántica influencia de Bécquer, la cual persiste aún en su poesía "Otoñal", publicada en 1892, en *Buenos Aires Ilustrado*.

El joven Don Juan —que vivió escenas amorosas de pasión y desencanto, antes de llegar a describirlas—, a quien sus compañeros de aventuras dieron el mote de "Pájaro", y lo justificaba su alada ligereza, no se dejó arrastrar por el influjo de la bohemia disipada. Con la ayuda y el apoyo de buenos guías: aquel Aurelio Garay que le señaló sus errores, no solamente gramaticales, y Juan de Dios Peza, que le permitió colaborar en *El Lunes*, pasó del artículo y la revista a las novelas cortas que formarían su primer libro. Otro guía desinteresado: el editor y político Gustavo Baz, le sugirió la carrera para la cual Federico Gamboa parecía predestinado: la diplomacia, y le alentó a preparar estudios y someterse a las pruebas, que le permitieron ingresar en el servicio, tras el examen que sustentó ante un jurado presidido por el licenciado Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores.

A pesar de que tuvo un rival que contaba con firme apoyo, prevaleció la ley sostenida por el ministro, en su acuerdo con el Presidente de la República, general Porfirio Díaz, y se designó a Federico Gamboa tercer secretario de la Legación de México en Guatemala. Fue allá donde vio aparecer su primer libro: *Del natural, Esbozos contemporáneos* (1888), e inició amistades valiosas, como la del padre de Enrique Gómez Carrillo, don Agustín; la de Antonio Batres Jáuregui, y la de Salvador Falla. La lectura del prólogo de aquel libro, en vísperas de que apareciera, bastó para que aquellos tres amigos literatos enviaran ese prólogo a la Real Academia Española, y propusieran que se designara a Federico Gamboa Correspondiente de la corporación hispana. Fue el dramaturgo Manuel Tamayo y Baus, Secretario entonces de la Academia, quien en vista de la proposición —que hicieron

suya Manuel Silvela, el conde Casa Valencia y Juan Valera—, firmó, con el conde de Cheste, el diploma del nuevo Correspondiente Federico Gamboa, al mediar noviembre de 1889, mientras *Del Natural* se reimprimía.

El joven diplomático pasó de Guatemala a la Argentina y Brasil, ya como primer secretario, a las órdenes del Ministro Juan Sánchez Azcona, padre del periodista que heredó ese nombre. En la República Argentina, donde fue amigo de poetas y prosistas, como Rafael Obligado, Joaquín V. González, Martín Coronado y Calixto Oyuela, vio aparecer, impreso en la casa editora de Jacobo Peuser, *Apariencias* (1892) seguidas en el curso de un año, por *Impresiones y recuerdos*, con "mucho de mi vida y algo de la de otros", según el autor prometía. La legación en Suramérica fue suprimida. Gamboa tornó a México y obtuvo un puesto en la Aduana de Santiago, al quedar interrumpida por entonces su carrera; mas la reanudó al recibir el llamado para ocupar una plaza vacante. Casado con María Sagaseta —quien le daría un hijo: Miguel—, volvió a Guatemala, como Encargado de Negocios. De allí pasó, tras breve pausa en la Secretaría de Relaciones, a la Embajada en Washington, como primer secretario. Después de triunfar como traductor y arreglador de dos obras teatrales francesas y como autor de una comedia: *La última campaña* (1894), vio publicadas sus novelas *Suprema Ley* (1896) y *Metamorfosis* (1899).

Trabajó con el excelente Embajador Manuel Aspíroz, a quien acompañó hasta su fallecimiento en Washington, y al acaecer éste, quedó encargado de aquella Embajada, antes de que, ascendido a Ministro Plenipotenciario, volviera a Guatemala; allí prosiguió su magnífica tarea, gracias a la cual se restablecieron las relaciones entre El Salvador, Honduras y Guatemala, donde ganó admiración para México y gratitud de los centroamericanos. Después de haber desempeñado, con igual decoro, otras representaciones diplomáticas —como las de Colombia y España, ante Guatemala misma—, de retorno en México fue designado Gamboa Subsecretario de Relaciones Exteriores. Eso le permitió presidir el duelo, al ocurrir la muerte del ministro Mariscal, y varios actos en las fiestas del Centenario de la Independencia, en 1910. Ya había publicado la más famosa de sus novelas: *Santa* (1903), muchas veces reimpresa, a la que sucedieron *Reconquista* (1908) y *La llaga* (1913); se había iniciado la impresión de *Mi diario* (1907), había visto representar *La venganza de la gleba* (1905) y tenía terminada *A buena cuenta* (1907).

Los éxitos del diplomático prosiguieron cuando fue a España, como Embajador, para agradecer las atenciones que México había recibido, durante los festejos del Centenario, y en Madrid logró reconciliar a dos grandes figuras de la política: José Canalejas y Antonio Maura. Igual representación tenía para Bélgica y Holanda; pero al arribar a aquélla, encontró

un llamado de la Cancillería mexicana por el cual se le ordenaba que volviera al país, de cuya agitación política había permanecido alejado hasta entonces. Como encargado de la Secretaría de Relaciones Exteriores, tuvo que enfrentarse con decisión al representante del Presidente de los Estados Unidos, como se había enfrentado a otros embajadores y representantes de Norteamérica, en sus gestiones a favor de prisioneros y gobernantes centroamericanos.

A pesar de que Gamboa era novato en política —y a eso se debió el hecho de que aceptara conservar tal cartera, al adueñarse Huerta del poder—, cuando se hizo la convocatoria a elecciones, aceptó que el Partido Católico postulara su candidatura para la Presidencia, y presentó su renuncia como ministro. Derrotado, como era lógico, marchó al destierro: Galveston y San Antonio, Washington y Nueva York le vieron permanecer vertical ante funcionarios del país vecino, que habían discutido con él la víspera. Tuvo que salir de los Estados Unidos, para reunirse con su esposa e hijo, en La Habana, donde se le ofreció un cargo público —subdirector de la Biblioteca del Congreso— que rehusó, para aceptar sólo el de subdirector de la revista *La Reforma Social*, de Orestes Ferrara, que le permitió conservar la ciudadanía mexicana.

De nuevo en su patria al serenarse las pasiones políticas, Federico Gamboa colaboró en "El Universal" y dio clases en la Escuela Libre de Derecho, en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Preparatoria y en la Normal para Profesores. Al desaparecer el Director de la Academia Mexicana, licenciado José López Portillo y Rojas, en 1923, Gamboa —que había ingresado como Correspondiente, en 1908— fue designado para reemplazarle, y conservó ese puesto hasta su fallecimiento, acaecido el 15 de agosto de 1939. La Academia Colombiana lo había nombrado Individuo Honorario, en 1935. A los demás honores y a las condecoraciones que recibió en vida, se agregarían los homenajes rendidos a su memoria.

ORACION FUNEBRE, PALABRAS Y VERSOS

Parecería natural pensar que la vida ya nos acostumbró a la familiaridad de la muerte: ¡tantas y tan amargas veces la hemos visto frente a nosotros! Y, sin embargo, a cada nueva porción de nuestro ser que nos hurta en los seres queridos que se van, más y más sentimos ese soplo frío de la soledad en que nos vamos quedando.

Ahora mismo, al entregar a la tierra lo que tal vez no haya sido sino apariencia material de un alma extraordinaria, el alma de nuestro amigo y compañero Francisco González Guerrero, tenemos que hacer un esfuerzo para no reincidir en esa demasía de la congoja que provoca la desaparición de los que amamos. Fue —es necesaria obligación pensarlo— una vida hermosa, clara y buena, que agregó un timbre original —todo canto de verdadero poeta es timbre original— a la gloria del mundo; cultivó excelencias interiores que lo ayudaron a sobrellevar tormentas y pesares, y rindió, por fin, con la naturalidad de otro precioso verso, el último, el definitivo, su hacendosa tarea.

Es inevitable: cada árbol que cae nos recuerda el gran bosque de que formó parte y del que quedan ya, apenas, unas ralas filas de árboles. ¡Aquel rumor de bosque, cuando aleteaba en el mediodía cargado de sol, tenía algo de sagrado! Lo sagrado que tienen las almas de la familia de los que han consagrado sus días a la belleza y al bien. Con la caída de González Guerrero volvemos a evocar los pasos terrenales de muchos, de tantos de los que fue consanguíneo por el espíritu: Nervo, Tablada, Urbina, López, González Martínez, Caso, Reyes, los Méndez Plancarte... Alfonso Méndez Plancarte, otro de nimbo seráfico, contestó a González Guerrero cuando ingresó en la Academia. Alfonso habló, entonces, entre tantas otras cosas maravillosas de que habló, del "hálito príncipe" del más conocido y celebrado de los libros de Francisco, aquella donosura de día recién nacido, *Ad altare Dei*.

Pero, antes hablé de una caída, de unas caídas, y no era eso lo que yo tenía que decir frente a los despojos mortales de Panchito. Panchito: así lo llamamos en la vida de todos los días, sin menoscabo del resplandor que sabíamos que lo circundaba, sino antes bien como un modo de acabar de hermanarnos en él. No, caída no. Caídas las que tenemos mientras vivimos y que nos remuerden porque nos comprueban, con su regusto a ceniza, lo

deleznable de nuestra condición. Esa fisión de lo sobrenatural del hombre que es la muerte, está ya lograda en nuestro noble amigo. Su verso —¡qué bello verso el de aquella primavera!— obtuvo ya respuesta:

¡Y esta sorda avidez de los oídos!
¡Y el tiempo, el tiempo que se quiere ir!
¡Y el corazón, ya loco de latidos!

Francisco González Guerrero, poeta, amigo, compañero: los que contigo vinimos a despedir a tantos otros que, por turno, nos hicieron sentirnos más y más huérfanos, te despedimos hoy como a una porción, entrañable, luminosa, de nosotros mismos. La tierra de México te abrigue amorosamente. Tú, que fuiste hecho de amor, descansa en tu nuevo destino de paz.

MAURICIO MAGDALENO

(Pronunciada en el sepelio del señor académico don Francisco González Guerrero, el 8 de marzo de 1963).

PALABRAS DEL SEÑOR ACADEMICO DON SALVADOR NOVO, EN LA COMIDA CON QUE LA ACADEMIA MEXICANA CELEBRO EL CINCUENTENARIO, COMO ESCRITOR, DEL DIRECTOR DON FRANCISCO MONTERDE.

¿A CUAL de los títulos que me puedan relacionar con la persona estimabilísima cuyos primeros, fecundos, laboriosos cincuenta años de fervorosa consagración a las letras hoy celebramos, puede la muy modesta mía atribuir el privilegio de ofrecerle, con este frugal refrigerio, el sencillo, pero muy cordial homenaje que los académicos mexicanos de la lengua rinden a su Director?

Tardío, aunque empeñoso, aficionado a la arqueología como la senilidad me ha inclinado a mostrarme, excavo entre mis más arcaicos recuerdos: de la era preclásica, u olmeca, de nuestras letras, la imagen de un Francisco Monterde y García Icazbalceta que, joven escritor, sucumbió como entonces todos a la epidemia colonialista que hizo presa definitiva suya a nuestro llorado don Artemio; pero que en Francisco Monterde, más que en otro colega académico desaparecido: Julio Jiménez Rueda, fue al fin un pasajero sarampión.

De aquella misma época, o "era", parte en Francisco Monterde otra rama vigorosa de su actividad: su afición al teatro. Empezó a ejercerla como el ponderado y lúcido cronista que muchos años, en "El Universal", juzgaba los estrenos y orientaba sobre ellos: pero también, valiosamente, se vinculó a los románticos autores mexicanos que pirandelizaron por los veintes y vieron estrenadas sus obras en breves, esforzadas, temporadas. El erudito que hay en Monterde abrevó su sed de investigación congenial, y sirvió con amplitud a la historia del teatro mexicano, con allegar laboriosamente los cientos de fichas que integran su no superada Bibliografía del Teatro en México.

Jubilado como cronista: parco como autor, sigue empero asistiendo como gustoso espectador a todos los teatros. Yo, en ellos, descanso persuadido de que en el intermedio puedo tener el doble gusto de saludarle —y de que Pía me convide uno de los caramelos que ya sabe que yo espero de su amistad, y que ella siempre trae, con Panchito, en el bolso.

Mientras di clases en la Universidad, en ella solíamos coincidir, como ahora mismo en la Escuela de Teatro en que él explica su Historia. Pero aun

alejado de la docencia universitaria, el nombre y los trabajos de Francisco Monterde vuelven a mi admiración y a mis manos en los prólogos, estudios, adiciones, de la Biblioteca Literaria del Estudiante que él dirigió mucho tiempo; porque entre muchas otras cosas, Francisco Monterde sabe imprimir, y no sólo escribir libros.

¿Necesito traer a la memoria de quienes me escuchan las circunstancias tempestuosas que en cierto momento sacudieron a corporación tan apacible como se supone a la Academia Mexicana de la Lengua? Fallecido el opulento don Alejandro: pronto extinta la vida del enfermizo Alfonso, comenzó por el trono vacante una de aquellas pugnas que cada seis años alteran un poco la inercia democrática de nuestro país, e inclinan por éste o aquél pretapado las simpatías que al fin confluyen en adhesiones al destapado.

Nuestra pequeña democracia académica es, a su medida, menos turbulenta, y menos periódicamente víctima de sismos políticos. Aquí —tan triste como venturosamente—, ni el trono virtual de la Dirección es codiciado porque sea lucrativo, ni los imaginarios sillones se ocupan si no es porque sus huéspedes emprendan el inevitable, aun diferido, viaje al Mictlan. Nuestra aristocrática democracia se ejerce en pequeño y en la privacía de un mecanismo de elecciones-selecciones durante las cuales apenas si aflora, manifiesto en discrepancias, un general deseo de que quienes advengan a ocupar sillones, sean dignos de suceder a quienes los abandonaron. Una vez resuelto el caso: apurado el vaso en que se produjo la tempestad, todos volvemos a la paz y a la convivencia que tan cuerdamente predican —académicos de esta vasta corporación poliglota que es el Planeta— Kruschev, Juan XXIII, Juan F. Kennedy y este propulsor de la paz de quien tenemos el orgullo de que un colega nuestro sea Subsecretario: el Presidente, potencial académico, López Mateos.

Hubo, pues, vacante de Director; y barruntos concomitantes de tormenta. Y fue entonces cuando la acertada designación recayó en Francisco Monterde. Méritos académicos, le sobraban; pero aparte, le adornaban virtudes de paciencia, ecuanimidad, tolerancia —y una carencia de enemigos que, por inopinada, raya en la inopia.

Cincuenta años: un siglo casi de los Mexicanos, lleva Francisco Monterde, como decían los escritores elegantes en bella metáfora, de "fatigar las prensas". Y este cincuentenario: esta atadura de años, encuentra —alto en el largo, venturoso camino— premiado el esfuerzo con el respeto y la estimación de las generaciones que le han tenido por maestro: con el amor y la dulzura de su compañera: con el título honroso de Director de la Academia Mexicana de la Lengua.

Buscaba yo, al principio de estas palabras, el que me otorgara el derecho a ofrecerle, en nombre de mis ilustres colegas, esta comida.

Aspiro a haberlo hallado en la certidumbre de que sea yo, entre los presentes, acaso el más antiguo de los amigos pre-académicos de quien, en la intimidad de nuestro trato, ha sido siempre "Panchito" Monterde.

Y con ese carácter, invito a mis colegas a acompañarme en infringir la austeridad recomendada por médicos dictatoriales —y a alzar esta copa en brindis cordialísimo por la ventura de nuestro querido Director.

Versos de don J. M. González de Mendoza

Sin duda, el ser académico
nada tiene de epidémico
—o, según otros, pandémico—,
ni posee cariz endémico;
mas su espíritu totémico
lleva a un estilo leucémico,
frío cual cristal bohémico.
Pero no seré polémico:
norabuena os dé mi co-
razón, aunque en verso anémico.

INDICE ONOMASTICO

—A—

Abreu, Gómez, Ermilo, 5, 6, 9, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 93, 164, 170, 258, 262
Acevedo, T., Jesús, 117
Acuña, Manuel, 14
Agüeros, Victoriano, 178, 183, 222
Aguilar, Gerónimo de, 134
Aguilar y Marocho, Ignacio, 109
Alamán, Lucas, 254
Alberdi, Juan Bautista, 141, 246
Alcalá, Manuel, 5, 288
Alfonso X, 265
Alfonso V, 266
Alighieri, Dante, 130
Alonso, Dámaso, 288, 289
Altamira, Rafael de, 165
Anaya, Pedro María, 174
Aquiles, Claudio, 83
Aragún, Agustín, 205
Arcipreste de Talavera, 265, 266
Arenales, Ricardo, 185
Ariosto, Luis, 12
Aristóteles, 39, 124, 140
Artaud, Antonín, 106
Arteaga, Sebastián López de, 180
Artigas, José Gervasio, 232
Arrau, Claudio, 232
Arroyo, José Miguel, 171
Aspíroz, Manuel, 293
Atristáin, Miguel, 171, 174
Avila Camacho, Manuel, 230
Aza, Vital, 263
Azaña, Manuel, 110, 232
Azorín (Martínez Ruiz, José), 11, 93, 95, 96, 102, 130, 234
Azuela, Mariano, 119
Azuela, Salvador, 5, 109, 123, 127, 128, 129, 130, 131

—B—

Badajoz, Hernando de, 135
Balzac, Honorato de, 12 15, 53, 54
Bandala, Abundio, 200, 202
Baranda, Joaquín, 221
Barba Jacob, Porfirio, 185
Baroja, Pío, 11
Barreda, Gabino, 113
Barreda, Octavio G., 65, 159
Barrero Argüelles, Manuel, 188
Barrés, Mauricio, 46, 47, 48, 49, 51, 53, 54, 55, 56, 63, 66
Basave, Agustín, 40
Basave Fernández del Valle, Agustín, 5, 25, 39, 40, 41, 42, 43, 58
Basave, Margarita Fernández del Valle, de, 40
Baschet, Armand, 54
Batalla, Diódoro, 115, 117
Batrés Jáuregui, Antonio, 292
Baz, Diego, 221
Baz, Gustavo, 292
Bécquer, Gustavo Adolfo, 210, 211, 212, 215, 216, 292
Beethoven, Ludwig van, 129
Bello, Andrés, 134
Benavente, Jacinto, 113
Benítez, José R., 63, 64
Bergson, Enrique, 25, 116, 122
Bernard, Claudio, 257
Blasco Ibáñez, Vicente, 22, 223
Bloy, León, 101
Bobadilla Emilio (Fray Candil), 167
Bolívar, Simón, 174, 197, 232
Bonifaz Nuño, Rubén, 5, 67, 81, 84, 85, 86, 87, 88, 209
Bonilla de San Martín, Adolfo, 167
Boscán Almogaver, Juan, 17
Boutroux, Esteban Emilio, 116
Brito Foucher, Rodulfo, 199
Brunetière, Fernando, 169
Bryant, Arthur, 59
Buffón, Conde (Jorge Luis Leclere), 10, 11, 18, 22, 221, 222
Byron, Lord (Jorge Noel Gordon), 14, 202

— C —

Cabrera, Luis, 232
Cabrera, Miguel, 180
Calvillo, Manuel, 158
Calles, Plutarco Elías, 113
Campo, Angel de ("Micrós"), 109
Campos, Rubén M., 114
Canalejas, José, 293
Candil, Fray (Emilio Bobadilla), 167
Cárdenas, Lázaro, 236, 241
Carey, Enrique, 252
Carnero, José Rodríguez, 180
Carpio, Manuel, 179
Carranza,Venustiano, 230
Carreño, Alberto María, 89, 90, 91, 92, 102, 220
Casa-Valencia, Conde de (Emilio Alcalá Galiano), 292
Casasús, Joaquín D., 90, 227
Caso, Antonio, 5, 110, 113, 120, 122, 124, 129, 130, 142, 143, 229, 248, 297
Cassou, Jean, 65
Castañeda, Jorge, 238
Castelar, Emilio, 16
Catulo Cayo, Valerio, 70, 73
Cavallari, Francisco Javier, 181
Cavia, Mariano de, 272
Cejador y Frauca, Julio, 167, 225
Cervantes Saavedra, Miguel, 17, 18, 44, 62, 113, 163, 221, 222, 223, 264, 267
César, Julio, 71, 72
Cicerón, Marco Tulio, 110, 124, 267
Cid, El, 17
Cifuentes, Rodrigo de, 182
Clavé, Pelegrín, 20
Colín, Mario, 229
Colón, Cristóbal, 258
Colorado, Aureliano, 205
Collado, Casimiro del, 221
Comte, Augusto, 114, 117
Conrad, Joseph, 104
Córdova, Juan de, Fray, 136, 137
Corona, Ramón, General, 126
Coronado, Martín, 293
Cortés, Hernán, 51, 90, 134, 135
Cortina, Conde de la (José Gómez de la Cortina), 179, 182
Cosnac, Gabriel Julio, 102
Couto, José Bernardo, 6, 171, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 181, 182, 183
Cuervo, Rufino José, 134
Cueva, Mario de la, 157
Cuevas, Luis Gonzaga, 171, 174
Cuevas, Mariano, P., 179
Curtius, Ernesto, 245

— CH —

Chateaubriand, Renato, 130
Chesterton, Conde de (Gilberto Keith), 96, 203
Chopín, Federico, 120
Chumacelo, Alí, 146, 156, 157, 158, 159, 160

— D —

D'Annunzio, Gabriel, 120, 277
Darío, Rubén, 221, 223, 224, 226, 231
Dávila Garibi, José Ignacio, 5
Delgado, Juan B., 188
Díaz, Carmen Romero Rubio de, 113
Díaz, Pascual, 91
Díaz, Porfirio, 90, 113, 114, 115, 116, 119, 122, 197, 201, 219, 292
Díaz Dufoo, Carlos, 198
Díaz Mirón, Salvador, 160
Díaz Rodríguez, Manuel, 249
Dickens, Carlos, 53
Diógenes, 38
Domínguez, Rafael, 279
D'Ors, Eugenio, 96
Dostoievski, Teodoro, 53
Doumic, René, 55
Drago, Luis María, 235
Dumesnil, Mauricio, 120

— E —

Echavarría, Salvador, 5, 45, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66
Echave, Baltasar de, 180
Echeverría, Javier, 180
Eliot, T. S., 13
Elizondo, José, 187
Elorduy, Ernesto, 114
Engels, Federico, 249
Escobedo, Federico, 223, 224
Estrada, Genaro, 9
Espronceda, José de, 14
Estébanez Calderón, Serafín, 11
Etienne, Carlos Guillermo, 102

— F —

Fabela, Daniel, 239
Fabela, Isidro, 6, 229, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242
Falla, Salvador, 292
Feijoo, Benito Jerónimo, Fray, 167
Felipe II, 179
Fernández Almagro, Melchor, 163, 166
Fernández del Castillo, Francisco, 109
Fernández Granados, Enrique, 185
Fernández Ledesma, Enrique, 147
Fernández, Justino, 182, 222
Ferrara, Orestes, 294
Flamarión, Camilo, 115
Flaubert, Gustavo, 11, 18, 95
France, Anatole, 101
Franklin, Benjamín, 251
Freud, Segismundo, 207

— G —

Gamboa, Federico, 5, 290, 291, 292, 293, 294
Gamboa, José María, 291
Gamboa, Manuel, 291
Gamboa, Miguel, 293
Gamoneda, Francisco J., 9
Ganivet, Angel, 207
Garay, Aurelio, 292
García Calderón, Ventura, 60
García Gutiérrez, Jesús, 179
García Icazbalceta, Joaquín, 109, 133, 134
García Lorca, Federico, 106
García Naranjo, Angelina Elizondo de, 196
García Naranjo, Nemesio, 6, 92, 109, 113, 114, 115, 116, 117, 119, 122, 128, 130, 196, 197, 198
Garcilaso de la Vega, 133, 137
Garibay, Angel María, 160
Garrido, Luis, 163, 199, 229
Garza, Federico de la, 115
Gerbet, Felipe, 102
George, Henry, 118
Gide, André, 51, 55, 106
Giotto, Angel, 216
Goethe, Juan Wolfang, 99
Góngora y Argote, Luis, 12, 135, 263, 267
Gómez Carrillo, Agustín, 292
Gómez Carrillo, Enrique, 292
Gómez de Avellaneda, Gertrudis, 224
Gómez de la Cortina, José (Conde de la Cortina), 179, 182
Gómez Farías, Valentín, 146, 147
Gómez Robledo, Antonio, 39, 58, 146
Gómez Robelo, Ricardo, 116, 117
Gómez, Roberto, 186
González Casanova, Henrique, 84
González de Mendoza, José María, 6, 9, 60, 101, 218, 275, 277, 299, 301
González Durán, Jorge, 156, 157
González Guerrero, Francisco, 6, 67, 109, 146, 147, 148, 156, 160, 206, 207, 208, 297, 298
González, Joaquín V., 293
González Luna, Efraín, 40
González Martínez, Enrique, 120, 160, 185, 192, 219, 221, 297
González Obregón, Luis, 109
Gourmont, Rémy de, 51
Gourville, Juan Herault, 102
Gracián, Baltasar, 13, 267
Granada, Fray Luis de, 13, 29, 110, 124, 267
Green Abbott, Samuel, Gral., 205
Grifell, Prudencia, 185
Guevara, Fray Miguel de, 91
Gutiérrez Cruz, Carlos, 154, 160
Gutiérrez Najera, Manuel, 132, 147, 151, 160, 164, 210, 211, 215, 292
Gustavo VI, 151
Guzmán, Martín Luis, 18, 120
Guzmán, Nuño de, 126

— H —

Hafiz (Xems-Ed-Din), 22
Heidegger, Martín, 26, 155
Heine, Enrique, 212
Henestrosa, Andrés, 5, 132, 142, 143, 144, 145, 156
Henríquez Ureña, Max, 164
Henríquez Ureña, Pedro, 121, 132
Heredia, José María, 60
Herrasti, Francisco de P., 183
Herrera, Fernando de, 17
Herrera, José Joaquín, 171
Hidalgo y Costilla, Miguel, 124, 232, 254
Hipócrates, 83
Homero, 86, 120, 130, 140
Horacio, 71, 73, 179

Horney, Karen, 59
Hostos, Eugenio María de, 246
Huacuja, Daniel, 132, 278
Huerta, Victoriano, 113, 116, 240, 294
Hugo, Víctor, 118, 124, 130, 212, 224, 246, 258
Humboldt, Alejandro, 32
Huxley, Aldous, 93

— I —

Ibarra, José, 180
Icaza, Francisco A. de, 6, 21, 163, 164, 166, 167, 168, 169, 170
Iglesias, José María, 291
Iglesias, Lugarda, 291
Isaacs, Jorge, 132
Islas García, Luis, 180, 181
Ives Limantour, José, 116

— J —

Jiménez, Juan Ramón, 124, 156
Jiménez Rueda, Julio, 299
Joyce, Jaime, 207
Juan II, 266
Juan XXIII, 300
Juárez, Benito, 132, 140, 141, 246
Juárez, Bernardino, 140
Juárez, Luis, 180
Junco, Alfonso, 5, 184, 199, 271 280
Junco, Aurora, 186
Junco de la Vega, Celedonio, 6, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 192, 193

— K —

Kant, Manuel, 47
Keith, Gilberto (Conde de Chesterton), 96, 203
Kennedy, Juan F., 300
Kruschev, Nikita, 300

— L —

La Bruyère, Juan de, 96
Lagarrigue, Juan Enrique, 101
Lamartine, Alfonso de, 115
Larbaud, Valery, 104
Larra, Mariano José de, 14, 94
Lassalle, Fernando, 248
Lavisse, Ernesto, 245
Lenz, Rodolfo, 225
León de la Barra, Francisco, 113, 184
León, Fray Luis de, 17
León, Ricardo, 11, 278
Lerdo de Tejada, Sebastián, 109, 250
Livio, Tito, 266
Lizardi, José Joaquín Fernández de, 17
Lope de Vega (Félix Lope de Vega Carpio), 12, 21, 135, 169, 186
López Cotilla, Manuel, 128
López de Santa Anna, Antonio, 174, 179
López Mateos, Adolfo, 131, 232, 300
López Portillo y Rojas, José, 184, 192, 208, 294
López, Rafael, 297
López Velarde, Ramón, 5, 84, 85, 154, 160, 208
Love Pescock, Thomas, 150
Lozano, José María, 115, 116, 117, 118, 119, 122, 130, 196
Luis XI, 119
Luppold, 59
Luquín, Eduardo, 5, 89, 101, 102, 104, 106, 107, 108

— M —

Macedo, Miguel, 113
Macedo, Pablo, 113, 291
Machado, Antonio, 11
Machado, Ricardo A., 290
Madero, Francisco I., 115, 127, 230, 232
Magdaleno, Mauricio, 6, 109, 126, 206, 298
Malintzin, 134
Magnier, Pierre, 118
Mainero, Guadalupe, 185
Manheim, Karl, 59
Mann, Thomas, 53, 54
Manrique, Jorge, 17, 267
Marañón, Gregorio, 167
Marcel, Gabriel, 27
Mariana, Juan de, P., 267
Marichal, Juan, 23
Maritain, Jacques, 148, 154
Mariscal, Ignacio, 292, 293
Martens, Federico de, 221
Martí, José, 110, 130, 133, 246, 249
Martínez de Escobar, Gral., 205
Martínez, José Luis, 156, 157, 158
Martínez del Sobral, Enrique, 92
Marx, Carlos, 118, 250
Mata, Filomeno, 291
Maura, Antonio, 293

Maurois, Andrés, 94
Mena, Juan de, 11, 266
Méndez Plancarte, Alfonso, 148, 191, 206, 297
Méndez Plancarte, Gabriel, 297
Menéndez Pidal, Ramón, 13, 135, 225
Menéndez y Pelayo, Marcelino, 179
"Micrós" (Angel de Campo), 109
Michelet, Carlos Luis, 245
Miguel Angel (Buonarroti), 216
Milton, Juan, 13, 97
Mill, Stuart, 252
Mistral, Gabriela, 133
Moctezuma, 134
Molina, Diego de, Fray, 125
Montalvo, Juan, 11, 133, 221, 246
Monterde, Francisco, 5, 6, 9, 19, 25, 57, 58, 274, 275, 290, 299, 300, 301
Monterde, Piedad Fernández de, 299
Moheno, Querido, 115, 119, 196
Mora, José María Luis, 178
Mora y Villamil, Ignacio, Gral., 171
Morales, Ambrosio de, 189
Morelos, José María, 115, 232
Mommsen, Teodoro, 45
Muñoz, Alonso Adolfo, 41
Murry, Middleton, 10
Musset, Alfredo de, 22, 212

— N —

Naranjo, Francisco, 114
Navarro Sánchez, Adalberto, 45
Nebrija (Antonio Martínez de Jarava), 134, 135, 267
Necker, Jacobo, 102
Neruda, Pablo, 263
Nervo, Amado, 147, 193, 221, 232, 297
Netzahualcóyotl, 70
Novalis (Jorge Federico, Barón de Hardenberg), 62, 155
Novo, Salvador, 6, 299
Núñez Cabeza de Vaca, Alvar, 126
Núñez Cedeño, Juan, 135
Núñez y Domínguez, José de Jesús, 6

— O —

Obligado, Rafael, 293
O'Higgins, Bernardo, 232
Olaguíbel, Francisco M. de, 115, 117, 119, 196
Olea, Hipólito, 117
Olmedo, Hortensia Seguí Vda. de, 291
Olózoga, Salustiano, 141
Ormaechea y Ernáiz, Juan Bautista, 141
Orozco, José Clemente, 57, 61, 62
Ortega y Gasset, José, 94, 183
Othón, Manuel José, 37, 151, 160, 188
Ovidio, 71, 73, 140, 212
Oyuela, Calixto, 293

— P —

Pablos, Juan, 263
Pacheco, José Emilio, 159
Pacheco, José Ramón, 172
Pallares, Eduardo, 116
Pallares, Jacinto, 113
Pallares, José, 117
Papini, Giovani, 130
Pardo Bazán, Emilia, 167
Pardo, Emilio, 113, 291
Pariset, Esteban, 102
Pater, Walter, 97, 98
Pellicer, Carlos, 6, 260
Peña y Peña, Manuel, 171
Peña, Rafael Angel de la, 109, 151, 220, 278
Pereda, José María, 12
Peredo, Manuel, 227
Pereira, Carlos, 113
Pérez de Ayala, Ramón, 11
Peuser, Jacobo, 93
Peza, Juan de Dios, 224, 226, 292
Pirenne, Henri, 59
Placencia, Alfredo R., 85
Platón, 123, 125, 130, 149, 160, 224
Plaza y Jaén, Cristóbal Bernardo, de la, 90
Portes Gil, Emilio, 91
Pound, Ezra, 149
Prieto, Guillermo, 251
Proust, Marcel, 15, 54
Puga y Acal, Manuel, 192

— Q —

Quevedo y Villegas, Francisco de, 11, 12, 267
Quijano, Alejandro, 232, 300
Quintero, Hnos., 107
Quintiliano, 124, 267

— R —

Ramírez Cabañas, Joaquín, 9
Raynaud, Georges, 60
Read, Herbert, 150, 155
Rembrandt (Hermanszoon van Ryn), 106
Renán, Ernesto, 245
Reyes, Alfonso, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 43, 59, 60, 96, 97, 98, 102, 107, 113, 132, 133, 154, 160, 222, 232, 258, 297, 300
Reyes, Bernardo, 116, 194
Reyes, Isidoro, General, 178
Reyes, Rodolfo, 116
Revilla, Manuel Gustavo, 6, 218, 219, 220, 222, 223, 224, 225, 226, 227
Revilla y Moreno, Manuel de la, 225
Ritcher, Odón, 62
Ripalda, Gerónimo, P., 140
Riva Palacio, Mariano, 171
Rivas Mercado, Antonieta, 143
Rivas Sáinz, Arturo, 45
Rivera, Agustín, Pbro., 126
Rivera, Diego, 232
Roa Bárcena, José María, 19, 171, 173, 218, 222, 226, 227
Rodín, Augusto, 120, 246
Rojas Garcidueñas, José, 142, 170
Rolland, Romain, 130
Romero, José Rubén, 166
Rostov, W. W., 53
Rosenblat, Angel, 137
Rouvroy, Claudio Enrique, 249
Rubens, Pedro Pablo, 232
Ruiz, Juan, 17
Ruiz de Alarcón, Juan, 21, 33

— S —

Saavedra Fajardo, Diego de, 267
Sacher, Hermann, 59
Sagaceta, María, 293
Sahagún, Bernardino de, Fray, 107
Salado Alvarez, Victoriano, 113, 192
Salanueva, Antonio, 140
Salustio, 140
Salazar, Abel C., 116
San Agustín, 35
San Francisco de Asís, 23
San Juan de la Cruz, 16
San Pablo, 41
Santo Tomás, 268
Sánchez Azcona, Juan, 293
Sánchez Mármol, Manuel, 109, 159
Sandino, César Augusto, 232, 237
Sand, George (Armandina Dupín), 54
Sainte-Beuve, Carlos Agustín de, 102
Santacilia, Pedro, 141
Santamaría, Francisco, 6, 133, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 280
Santa Teresa, 16, 17, 91, 264, 267
Sanzio, Rafael, 216
Sarmiento, Domingo Faustino, 246
Scott, Winfield, Gral., 173
Scheller, Max, 28
Schneider, Otto, 50, 53
Sem Tob, don, 266
Serdán, Aquiles, 233
Shakespeare, William, 130, 221, 246
Shelley, Percy Bysshe, 150, 155
Sierra, Justo, 109, 114, 121, 123, 245, 246, 247, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258
Silva Herzog, Jesús, 6, 232, 245
Silvela, Manuel, 292
Sinclair, Lewis, 53
Sócrates, 30
Somohano, Francisco, 189
Sor Juana Inés de la Cruz, 140, 224, 230
Spencer, Herbert, 249
Stendhal, Enrique Beyle, 11
Steimbeck, John, 50
Suárez de Figueroa y Henestrosa, Gómez, 133

— T —

Tablada, José Juan, 114, 160, 166, 297
Taboada y Coca, Luis, 263
Tácito, 13, 61, 267
Taine, Hipólito Adolfo, 23, 46, 47, 49, 54, 56
Tamayo y Baus, Manuel, 292
Tasso, Torcuato, 12
Teja Zabre, Alfonso, 117, 120
Teresa de Mier, Servando, Fray, 37
Thibaudet, Albert, 101, 107
Tiberio, 71
Tintoretto, Jacobo Robusti, 216
Tiziano, Vecellio, 216
Tocqueville, Alejo, 52, 53
Torres Villarroel, Diego de, 11
Torri, Julio, 6, 67, 109, 261
Toussaint, Manuel, 181, 182
Toynbee, Paget, 101

Trist, Nicholas, 173, 174, 175
Tucídides, 266

— U —

Unamono, Miguel de, 11, 140
Urbina, Luis G., 6, 114, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 217, 245, 297
Urueta, Jesús, 117, 118, 119, 120, 121, 124, 130, 245

— V —

Valdés, Juan de, 110
Valdés, Octaviano, 146
Valenti, Rubén, 114
Valenzuela, Jesús E., 114
Valera, Juan, 101, 102, 107, 186, 224, 292
Valéry, Paul, 61
Valle-Arizpe Artemio de, 9, 10, 19, 22, 299
Valle, Emilia Romero de, 221
Valle, Rafael Heliodoro, 186, 221
Valle-Inclán, Ramón del, 6, 15
Vasconcelos, José, 67, 87, 127, 130
Vega, Ventura de la, 263
Vera Estañol, Jorge, 113
Verlaine, Paul, 118
Veronés (Alejandro Turchi), 216
Villarreal, Antonio, Gral., 119
Villarreal, Nazario, 190
Villaespesa, Francisco, 23
Villaurrutia, Xavier, 81, 160
Villena, Enrique de, 13, 266
Virgilio, 70, 87, 140

— W —

Washington, George, 232
Weil, Simone, 55
Wilde, Oscar, 97
Wilson, Woodrow, 91

— X —

Xirau, Ramón, 157

— Y —

Yáñez, Agustín, 57, 67, 81, 146, 156, 246

— Z —

Zaldumbide, Gonzalo, 63
Zarco, Francisco, 115
Zea, Leopoldo, 156, 157
Zentella, Arcadio, 200, 201
Zolá, Emilio, 15
Zubaran Capmany, Rafael, 117

INDICE GENERAL

Prólogo, por don José Ignacio Dávila Garibi 5

DISCURSOS DE RECEPCION

Discurso del estilo, por don Ermilo Abreu Gómez 9
Contestación al discurso anterior, por don Francisco Monterde .. 19
La imagen del hombre en Alfonso Reyes, por don Agustín Basave Fernández del Valle 25
Contestación al discurso anterior, por don Antonio Gómez Robledo 39
El problema del desarraigo, por don Salvador Echavarría 45
Contestación al discurso anterior, por don Francisco Monterde .. 58
Destino del canto, por don Rubén Bonifaz Nuño 67
Contestación al discurso anterior, por don Agustín Yáñez 81
El escritor y la crítica, por don Eduardo Luquín 89
Contestación al discurso anterior, por don José María González de Mendoza 101
Naturaleza de la elocuencia y cuatro semblanzas de oradores mexicanos, por don Salvador Azuela 109
Contestación al discurso anterior, por don Mauricio Magdaleno.. 126
Los hispanismos en el idioma zapoteco, por don Andrés Henestrosa 132
Contestación al discurso anterior, por don José Rojas Garcidueñas 142
Acerca del poeta y su mundo, por don Alí Chumacero 146
Contestación al discurso anterior, por don Andrés Henestrosa .. 156

HOMENAJES

Don Francisco A. de Icaza, por don Luis Garrido 163
Don José Bernardo Couto, por don José Rojas Garcidueñas ... 171
Don Celedonio Junco de la Vega. Un humorista de casa, por don Alfonso Junco 184
Evocación de García Naranjo, por don Alfonso Junco 196
Presencia de Francisco J. Santamaría, por don Luis Garrido 199
Recordación de González Guerrero, por don Mauricio Magdaleno 206
Aproximación a la poesía de Urbina, por don Rubén Bonifaz Nuño 209
Don Manuel Gustavo Revilla, crítico y estilista, por don José María González de Mendoza 218

Semblanza de don Isidro Fabela, por DON LUIS GARRIDO 229

CONFERENCIAS

Ideas económico-sociales del Maestro Justo Sierra, por DON JESÚS SILVA HERZOG 245
Lectura y análisis de un poema de Salvador Díaz Mirón, por DON CARLOS PELLICER 260
Prosas dispersas, por DON JULIO TORRI 261
La sintaxis y la expresión literaria, por DON ERMILO ABREU GÓMEZ 262

PARTICIPACION EN EL CUARTO CONGRESO DE ACADEMIAS

Léxico en los deportes, por DON ALFONSO JUNCO 271
Intercambio de informaciones. Boletín, por DON FRANCISCO MONTERDE 274
La lengua vulgar, la lengua culta y la literatura. Vocabulario y traducciones, por DON FRANCISCO MONTERDE 274
Temas lexicográficos. Americanismos y regionalismos. Vocabulario, por DON FRANCISCO MONTERDE 275
Colaboración interacadémica. Intercambio de informaciones, por DON JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA 275
Los elementos lexicográficos. Intervención de las Academias en la formación de voces técnicas, por DON JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA 277
Urgencia de incluir en el Diccionario de la Real Academia algunos nombres gentilicios, étnicos o nacionales, por DON DANIEL HUACÚJA 278
Los neologismos y su peligro, por DON MANUEL ALCALÁ 288
Discurso pronunciado por el señor académico DON FRANCISCO MONTERDE, *el 7 de diciembre de 1964, en el homenaje a don Federico Gamboa por el IV Congreso de Academias de la Lengua Española, en el Palacio Errázuriz de Buenos Aires* 290
Oración fúnebre, pronunciada por el señor académico DON MAURICIO MAGDALENO *en el sepelio del señor académico don Francisco González Guerrero* 297
Palabras del señor académico DON SALVADOR NOVO, *en la comida con que la Academia Mexicana celebró el cincuentenario, como escritor, del Director don Francisco Monterde* 299
Versos de DON JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ DE MENDOZA 303
INDICE ONOMÁSTICO 305

ESTA OBRA SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 11 DE DICIEMBRE DE 1968 EN LOS TALLERES DE OFFSET LARIOS, S. A., SALVADOR ALVARADO 105, TACUBAYA, D. F LA EDICION CONSTA DE 1 000 EJEMPLARES.